

# MADRID

---

## DÍA UNO



XAVIER VILA COLL

MADRID  
DÍA UNO

Xavier Vila Coll

MADRID  
DÍA UNO

Xavier Vila Coll

# MADRID DÍA UNO

Xavier Vila Coll



[facebook.com/xevivilacoll](https://facebook.com/xevivilacoll)



[@xevivilacoll](https://twitter.com/xevivilacoll)



[@xaviervilacoll](https://instagram.com/xaviervilacoll)

# MADRID DÍA UNO

Xavier Vila Coll



[facebook.com/xevilacoll](https://facebook.com/xevilacoll)



[@xevilacoll](https://twitter.com/xevilacoll)



[@xaviervilacoll](https://instagram.com/xaviervilacoll)

©Xavier Vila Coll, 2020  
Diseño de portada: Tu libro en Amazon / Xavier Vila Coll  
Maquetación: Tu libro en Amazon / Xavier Vila Coll

[xevivilacoll@gmail.com](mailto:xevivilacoll@gmail.com)

Todos los derechos reservados

ISBN: 9798639892127

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transcripción en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

©Xavier Vila Coll, 2020  
Diseño de portada: Tu libro en Amazon / Xavier Vila Coll  
Maquetación: Tu libro en Amazon / Xavier Vila Coll

[xevilacoll@gmail.com](mailto:xevilacoll@gmail.com)

Todos los derechos reservados

ISBN: 9798639892127

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transcripción en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

*Para Adriana. Por esperar todo este tiempo  
al otro lado del hilo rojo.  
Y para ti papá. Te sigo echando de menos.*

*Para Adriana. Por esperar todo este tiempo  
al otro lado del hilo rojo.*

*Y para ti papá. Te sigo echando de menos.*

*Hay quien miente por interés, por dolor,  
porque simplemente la noción de decir  
la verdad le resulta ajena o porque espera el momento  
oportuno para decir la verdad.*

*Stephen King*

*Hay quien miente por interés, por dolor,  
porque simplemente la noción de decir  
la verdad le resulta ajena o porque espera el momento  
oportuno para decir la verdad.*

*Stephen King*









# PRÓLOGO

por Iván Gilabert

Cuando Xavier Vila me propuso hacer el prólogo de su libro no dudé ni un momento en decirle que sí porque soy uno más de sus lectores, un friki de la literatura apocalíptica sin importar el motivo que la inicie. Conocí a Xavier a través de las redes sociales y poco después en persona durante una presentación que se hizo en la librería Gigamesh, en Barcelona. Él hacía de maestro de ceremonias de otro escritor al que ambos seguíamos. Yo ya había leído alguno de los libros de Xavier e intuía que teníamos gustos similares, cosa que me quedó muy clara tras las primeras palabras que cruzamos. Desde entonces hemos mantenido el contacto y nos hemos visto en varias ocasiones más, siempre alrededor de libros, de zombis y de apocalípticos gustos en común.

Cuando Xavier me informó hace un par de meses que estaba inmerso en un nuevo proyecto me alegré mucho, primero porque llevaba un tiempo sin escribir y se le echaba de menos en el mundillo y, segundo, porque al igual que él, yo soy un ávido devorador de historias zeta, sea cual sea su formato, y deseaba hincarle el diente a esa nueva aventura suya. Pero cuando me pidió que le hiciera el prólogo me alegré todavía más... Yo hace poco tiempo que aterricé en el mundo de la literatura independiente, pero, cuando lo hice, él fue a uno de los primeros autores que leí. Y, por supuesto, escribir estas líneas en uno de sus libros es un honor para mí.

Y aquí estoy, en mi casa de Barcelona, recluido, como miles de millones de personas en el mundo en pleno confinamiento a causa de la pandemia de Covid-19 que asola nuestro frágil planeta. Dándome cuenta de que la realidad, cuando supera a la ficción, la supera con creces. Y qué mejor momento que este para contarte que la historia que tienes entre manos y que estás a punto de devorar —permite que te tutee, amigo lector o amiga lectora— es, como ya podrás imaginar, una historia apocalíptica en la que el ser humano, al igual que nuestra actual realidad también pondrá a prueba su resiliencia. Vas a sumergirte en una novela en la que los muertos y los vivos tienen un lugar especial. Vas a encontrarte sumido en toda una aventura de supervivencia elevada a la máxima expresión en la que habrá una incansable lucha constante contra dos enemigos: uno que huele a muerte y tiene poco que perder; y otro muy distinto, más vivo, insensato e irracional que aflora justo en el mismo instante en el que la humanidad perece.

Los que conocen y han leído a Xavier Vila saben lo mucho que disfruta al narrar situaciones complejas y al escribir sobre la esencia del hombre, algo que hace también en este libro, por supuesto, pero con un importante añadido que debemos de tener en cuenta: el aprendizaje y la maduración que todo escritor que se precie demuestra gracias a una evolución natural, fruto resultante del esfuerzo y del trabajo bien hecho.

Esta novela no es solo un cuento de zombis, es una historia de superación. La crónica de una posibilidad extremadamente realista de lo que, por desgracia, vivirían los pocos supervivientes de un desastre como el que aquí se narra. Una explosión de anarquía apocalíptica que sacará a la luz los peores instintos del ser humano en la que, esos mismos que viven a nuestro alrededor, camuflados entre amables vecinos, se transformarán por arte de magia en animales sin escrúpulos. Porque, amigo o amiga, cuando aquello que retiene los instintos más básicos de un depredador desaparece, nada ni nadie puede detenerlo. Y si alguno de nosotros se cruzara en su

camino lo único que podría hacer sería huir, luchar o morir.

Iván Gilaber  
Barcelona, abril de 2020

e  
l  
b  
o  
e  
s  
s

o  
l  
l  
e  
a  
r

l  
l  
l  
a  
s  
l  
s  
a  
s  
o

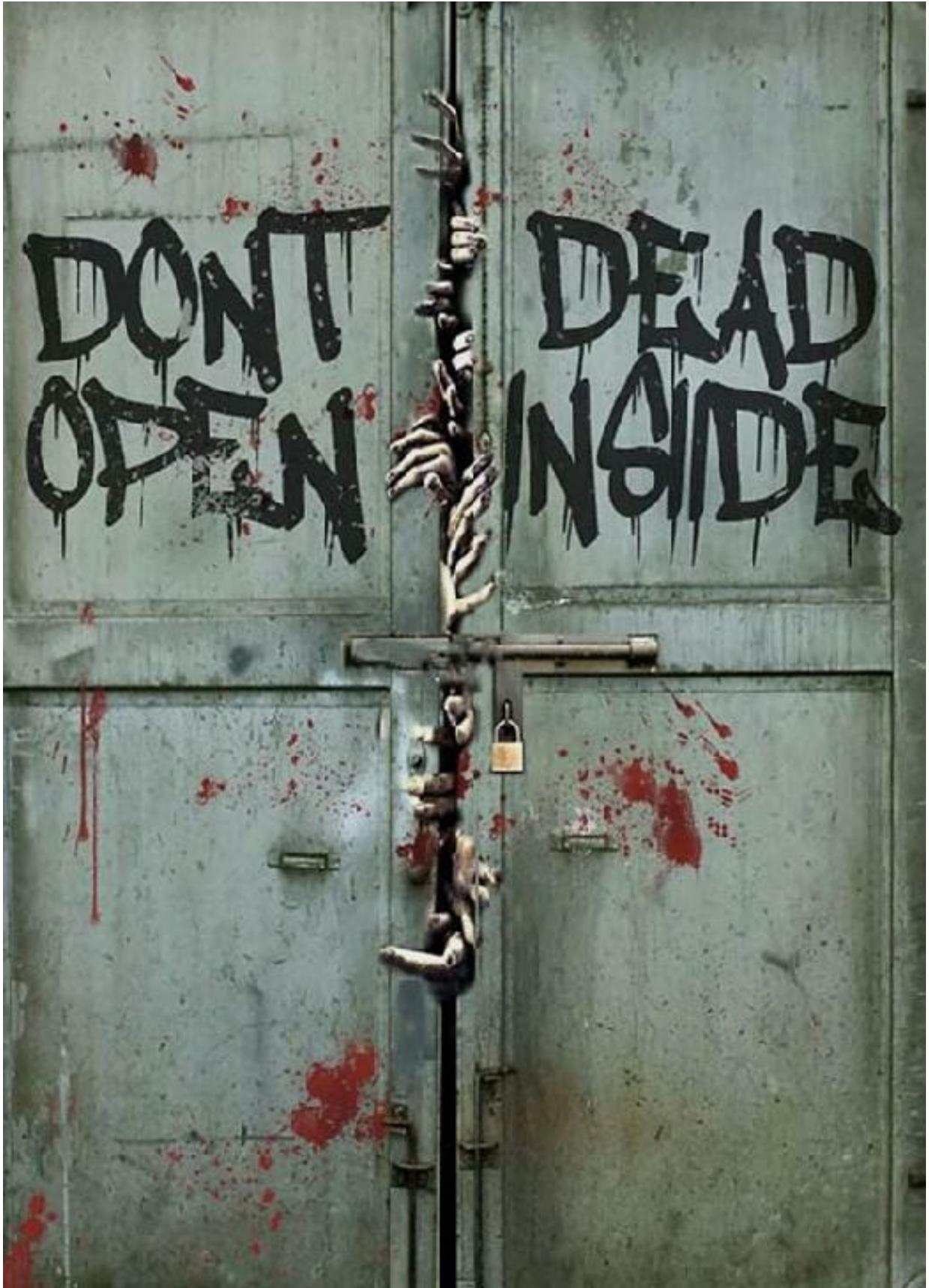
r  
e  
l  
n

e  
s  
a  
o  
n  
n  
u

camino lo único que podría hacer sería huir, luchar o morir.

Iván Gilabert  
Barcelona, abril de 2020.







# CAPÍTULO 1

## —LA CHISPA ADECUADA—

### 1

Madrid

24/09/2019

Los cuerpos se amontonaban por docenas bajo sus pies, que se hundían quejumbrosos en un mar hediondo de vísceras, sangre y restos humanos. La orden era clara: no dejar salir a nadie con vida del hospital. ¿Por qué? Ninguno de los allí presentes sabía el motivo, pero tenían claro que algo muy grave estaba sucediendo en el interior. Alfonso cambió el cargador vacío de su fusil, que seguía caliente después de un sinfín de percusiones, y se preparó para un nuevo embate. Esta vez nadie cruzó las desvencijadas puertas, que a estas alturas de la contienda eran poco más que una estructura metálica, agujereada y abollada.

Alfonso respiró aliviado y se frotó la barba de cuatro días que empezaba a oscurecer su rostro. Llevaba una semana sin afeitarse y se sentía seguro escondido tras esa sombra de pelo negro que cubría parte de su cara. Le otorgaba seguridad, además de añadirle algún que otro año que ayudaba a que los demás lo tomaran en consideración.

Poco a poco el ambiente se fue relajando, y los soldados abandonaron la formación para repartirse en pequeños grupos de trabajo. Ahora tocaba la peor parte: mover los cadáveres, apilarlos y prepararlos para el traslado a la base. Allí se procedería a las labores de identificación para poder informar a las respectivas familias. Sin lugar a dudas, ese hecho no pasaría desapercibido a ojos de la opinión pública. Una operación de tal magnitud, con numerosa víctimas civiles en pleno centro de Madrid, no era propia de un país moderno y democrático como España. Algunos soldados aprovechaban la ocasión para fumar un cigarrillo que sabía a gloria por victoria, aunque conocían a la perfección que ese humo les estaba consumiendo por dentro ennegreciendo los pulmones y taponando las arterias. Otros, bajo omisión voluntaria o intencionada de su superior, se apresuraban a rebuscar entre los muertos cualquier cosa que le pudiera ser de utilidad.

—¡Mierda! ¡Sargento! Aquí hay uno que se mueve. Juraría que hace un segundo estaba muerto. ¡Joder! Tiene un agujero de bala justo en el corazón —gritó uno de los soldados. Su cara era el reflejo del asombro que estaba experimentando. Esa herida era mortal para el cien por cien de la población del planeta. Nadie era capaz de sobrevivir a un agujero del tamaño de una moneda de veinte céntimos en mitad del corazón.

—¡Este también se mueve! —dijo uno de sus compañeros señalando a un hombre de unos cincuenta años, que peleaba por escapar del involuntario abrazo de dos cadáveres que cayeron sobre él. El soldado lo apuntó con el arma y retrocedió dos pasos. Estaba nervioso y sudaba :

mares.

—¡Aquí hay otro! ¿Qué demonios está ocurriendo? —bramó otro de los militares mientras intentaba, sin éxito, abatir al recién levantado a golpes de fusil. Usaba la culata de su arma para apartar al hombre, que intentaba echársele encima con la mitad de la cara desgarrada por un disparo.

Cada pocos segundos, el grito de alguno de los soldados anunciaba que otro de los cadáveres se ponía en pie. En cuestión de algunos minutos, no quedó ninguno en el suelo, más allá de los dos o tres que habían muerto de un certero disparo en la cabeza y que yacían en mitad de un charco de sangre.

—¡Fuego a discreción! —se apresuró a gritar el sargento Garduño a sus hombres—. No paréis de disparar, malditos inútiles —añadió. Pero ya era demasiado tarde, y una de esas cosas había agarrado su pierna y mordía con devoción su gemelo derecho.

Cada vez más soldados caían bajo las garras de los recién levantados, engrosando las filas de resucitados mientras el sargento sacudía la pierna y mascullaba palabras malsonantes e incomprensibles. Finalmente, sacó su pistola y disparó. El no muerto yacía al fin con un enorme agujero de bala en mitad de la frente, sin moverse, pero guardando entre sus dientes el sabo oxidado de la sangre del sargento que, incapaz de asimilar lo ocurrido, dio un leve rodeo y se acercó al centro de la formación, donde todavía resistían alguno de sus hombres.

El sargento Garduño había visto de todo durante su dilatada carrera. Se desvirgó participando en misiones de auxilio durante la Guerra del Golfo, y rescatando cuerpos maltrechos y deformes de entre los escombros de enormes y viejos edificios. Comprobó con sus propios ojos de lo que era capaz el armamento químico, y cómo este corroía los pequeños cuerpos de los niños del desierto. Padeció hambre y sed hasta límites insospechados, llegando incluso a ser torturado por una célula terrorista en Afganistán, mientras participaba en una operación de reconocimiento formando parte de un destacamento de las Fuerzas de paz de Naciones Unidas. Las había visto de todos los colores, pero lo que estaba ocurriendo ante sus ojos no tenía nada que ver con ninguna guerra o agente patógeno conocido hasta la fecha. Los cuerpos muertos se estaban levantando ajenos a la voluntad de sus dueños, como marionetas movidas por hilos invisibles que abrían y cerraban sus bocas, levantaban sus brazos y retorcían sus dedos alrededor de unos soldados que poco podían hacer.

En apenas unos minutos, los pocos soldados que quedaban todavía en pie se vieron rodeados por completo por un enjambre de zombis. No eran como esos estúpidos de las películas de serie B, estos corrían más que caminaban y los pasos, firmes y decididos, aceleraban a medida que se acortaba la distancia entre ellos y los vivos. Uno tras otro, atacaban con una voracidad y una perfección extrema a un objetivo claro y, como si se comunicaran entre ellos, escogieron a sí mismos a una víctima, repartiéndose como hormigas ante diversas migas de pan, formando grupos alrededor. Un batallón de criaturas hambrientas se formaba ante las puertas del hospital y empezaba a ocupar las calles colindantes en busca de nuevas presas.

El último soldado cayó, dejando escapar un grito ahogado entre un mar de sangre caliente que salió por su boca y se derramó sobre la acera.

n  
a

s

a

n

Alfonso, que había permanecido escondido entre dos furgonetas de reparto de medicamentos, optó por echar a correr y resguardarse en el interior de uno de los bloques de apartamentos cercanos al hospital. Era un edificio antiguo, de mediados de siglo pasado, con las paredes recubiertas por una pátina de humedad que ennegrecía la fachada. La puerta estaba abierta, cosa rara en Madrid, y no dudó ni un segundo antes de cruzarla para evitar que esas cosas le descubrieran. El corazón le iba a mil por hora y la cabeza no dejaba de dar vueltas, pensando en todos los compañeros que acababa de perder en pocos minutos. A escasos metros de él, el sargento se arrastraba de forma ridícula y lastimosa por el suelo, suplicando una ayuda que jamás recibiría. «Y una mierda» pensó Alfonso sin mediar palabra, tras mirar al exterior con la espalda apoyada en la pared y escondido tras un enorme seto. «Prefiero mil veces ser un cobarde vivo a un héroe muerto» añadió justo antes de cerrar los ojos y respirar hondo. Aunque no estaba a salvo, había superado el primer asalto. Se frotó la cabeza rapada y notó el relieve de la pequeña cicatriz que le acompañaba desde pequeño, cuando jugando al fútbol con su hermano Joaquín, se cayó al suelo y se golpeó contra el bordillo.

El teléfono de Alfonso sonó y le devolvió de golpe a la cruda realidad. El sonido atrajo la atención de algunos de los no muertos, que rápidamente se colocaron veloces frente a la puerta del edificio. Por el momento no podían entrar, pero si el número crecía, y así lo estaba haciendo, no tardarían en romper el cristal. En ese mismo instante, una voz de mujer le habló desde una de las viviendas de la planta baja.

—¿Quién anda ahí? —preguntó con un hilillo de voz propio de una persona de cierta edad desde el lado opuesto de la pared.

—Me llamo Alfonso. Soy militar —contestó intentando que el tono de voz no desenmascarara ni un ápice del nerviosismo que le carcomía.

—¡Vete! Déjanos en paz. Desgraciado. ¡Todo esto es culpa vuestra! —respondió la anciana enfadada.

—¡Yo no tengo la culpa de nada! Estaba cumpliendo órdenes —exclamó el soldado con un ojo puesto en la calle y otro en la puerta. La situación se estaba complicando en el exterior y el cristal empezaba a temblar.

La señora no contestó y Alfonso pudo escuchar el tintineo de unas llaves que daban otra vuelta a la cerradura. Debía pensar rápido y buscar un lugar donde esconderse o sería el fin. La puerta de la calle no tardaría en ceder, ya que el cristal estaba resquebrajándose por los costados. Una enorme grieta lo recorría de arriba abajo, a la vez que infinidad de ramificaciones aparecían y se perdían bajo los bordes del perfil de aluminio.

—¡Sube! ¡Rápido! —gritó alguien desde el piso superior.

Alfonso no lo dudó y en un santiamén ascendió por las escaleras hacia una puerta abierta en el entresuelo. Dentro, un chico joven le indicó que entrara con gesto nervioso.

—¡Esto es una mierda! ¿Has visto eso, tío? ¡Son zombis! Son unos putos zombis y están po

todas partes. No me lo puedo creer, es como una película —dijo aquel chaval joven, cercano a la veintena, mientras brincaba por el comedor—. Alfonso lo miró a la vez que recuperaba el aliento. Las gotas de sudor resbalaban por su frente y unas manchas oscuras rompían el monótono gris de su sudadera de chándal. Estaba nervioso y asustado, eso era evidente.

—Es peor que una película. Muchos de esos zombis eran compañeros míos. Ese era mi mejor amigo —respondió Alfonso, asomado a la ventana del comedor que se encontraba a pocos metros más de dos metros del suelo, mientras señalaba a un hombre de unos treinta años que andaba yerrante por la calle y con el que había vivido tantas cosas que hacían que lo considerara prácticamente un hermano.

En la calle, el espectáculo era desolador. Los coches empezaban a amontonarse, impidiendo la normal circulación de vehículos mientras la gente se veía obligada a salir de ellos y, sin saberlo, exponerse a las garras y bocas hambrientas de los resucitados. Entre estos, Alfonso pudo distinguir con toda claridad al sargento Garduño, agazapado junto al cuerpo abierto en canal de una mujer rubia. Tenía la cara manchada de sangre y los intestinos del cadáver resbalaban entre sus manos. «Siempre fuiste un cerdo», pensó llevándose las manos a la cabeza y reprimiendo unas lágrimas que tarde o temprano acabarían por salir. Alfonso era incapaz de asimilar el calvario desatado ante sus ojos, a escasos metros de donde se encontraba. Bajo la ventana, a nivel de suelo, el enjambre de criaturas crecía de forma exponencial y todo aquel que se cruzaba en su camino era engullido por la muchedumbre. Los ríos de sangre corrían a lado y lado del asfalto hasta perderse por el alcantarillado, y los restos de cuerpos humanos hacían la función de adoquines. El chapotear de pasos sobre la mugre se mezclaba con los gritos agudos de los transeúntes pidiendo auxilio, creando una horrible y caótica melodía.

—Tío. Eh, tío. Te están llamando —le dijo el chico mientras se sentaba a su lado. Alfonso había perdido por completo el contacto con la realidad y estaba absorto en sus propios pensamientos, elucubrando posibles causas y soluciones al problema que se presentaba ante ellos.

El teléfono sonó una vez más antes de que respondiera con las manos temblorosas.

—¿Sí?

—¡Cariño! ¡Por fin! —exclamó su mujer al otro lado del aparato.

—¿Estás bien? ¿Dónde estás? —preguntó nervioso. La llamada lo trajo de vuelta al mundo real, con un gancho de derecha directo al estómago que lo alejó del estado catatónico en el que estaba sumido.

—En casa. ¿Y tú? Deberías haber regresado hace rato —aunque no estaba enfadada, el tono de voz era el propio de una reprimenda.

Alfonso meditó bien todas las opciones antes de contestar. Si su mujer no sabía nada, tal vez era mejor no desvelar lo ocurrido e intentar llegar hasta ella antes de asustarla. Tenía un arma, munición y formación militar. Además, llevaba más de dos años preparándose para correr el maratón de Madrid. Sabía de qué eran capaces esas cosas, pero esta vez no le iban a coger desprevenido.

—¿Cariño? ¿Estás ahí? —preguntó su mujer. No tardaría en sospechar que algo estaba sucediendo a menos que se inventara alguna excusa.

a —Sí, no te preocupes. Nos hemos entretenido tomando unas cervezas en el bar de Tony  
o. Ahora mismo salgo para allá. No te muevas, en un abrir y cerrar de ojos estoy en casa —Alfonso  
esabía perfectamente que eso no era verdad, y que llegar a casa sería toda una odisea. No le  
gustaba mentir a su mujer de nuevo, pero no le quedaba más remedio que hacerlo.

ii —Vale, no tardes. Te quiero.

o —Y yo cielo. Mucho —respondió justo antes de colgar.

a César, que observaba la calle a través del cristal del comedor, se giró hacia su inesperado  
a compañero.

o —¿Te largas? ¿En serio? ¿Tú has visto lo que hay ahí abajo?

n —¿Tienes familia? Si la tienes, lo comprenderás. ¿Vienes? —añadió mientras le tendía la  
o mano.

e El sonido de la puerta principal al caer resonó en todo el edificio como una macabra  
e carcajada del destino, y los pasos de los podridos empezaron a rebotar por el hueco de la  
S escalera.

o —Debemos salir de aquí ahora mismo —dijo Alfonso. —¿Cómo te llamas?

u —Ce...Ce...César —respondió al fin el joven de chándal gris. Todo aquello le estaba  
b superando y su cuerpo parecía una losa imposible de mover. Tenía todos los músculos agarrotado  
e por el miedo y era incapaz de dar un paso.

S —¡Reacciona ya, joder! O te dejo aquí tirado —gritó el militar intentando sacar a César de  
shock.

o Alfonso le asió por la sudadera y lo empotró contra la pared. No pensaba morir por culpa  
S de un niño estúpido.

Entre ambos empujaron el sofá del comedor hasta dejarlo frente a la puerta de entrada. Si esas  
cosas querían entrar, eso las retendría durante un tiempo. Apilaron todo lo que pudieron junto a  
sofá, mesa y sillas formaron una trinchera improvisada contra los golpes y empujones de los  
o muertos. Ante la imposibilidad de salir por allí, abrieron las ventanas de par en par y ojearon a  
e exterior. Una bocanada de aire frío y fétido inundó la estancia. El hedor de la sangre, mezclada  
con el humo de los vehículos que todavía permanecían en marcha, formaba una nube tóxica que  
impedía respirar con normalidad. Alfonso tosió e indicó a César que se tapara la boca. A sus pies  
o aunque la calle todavía estaba infestada de no muertos, la densidad era considerablemente menor  
debido a que gran parte de ellos estaba ahora mismo recorriendo las entrañas del edificio.

Z Alfonso comprobó que su arma estaba cargada y se dirigió a la cocina. Él estaba armado  
b pero César necesitaba algo con lo que defenderse. Se dirigió a los cajones, cogió un cuchillo y se  
a lo entregó al joven, que lo aceptó como si de una ofrenda se tratara. Ambos se miraron. Los ojos  
r del militar transmitían seguridad, aplomo y valentía. Los de César, de un azul oscuro casi gris, se  
movían de un lado a otro, incapaces de enfocar con claridad. Ambos se situaron frente a la  
a ventana y dieron un último vistazo al exterior antes de saltar.

—¡Ahora! —gritó Alfonso mientras saltaba sobre la cubierta de una furgoneta blanca.

aparcada justo debajo. El techo crujió bajo sus pies, pero aguantó el golpe sin apenas doblarse. César le siguió, y aunque la caída no fue tan limpia, consiguió mantener el equilibrio sin trastabillarse. Lo más difícil estaba hecho. El chaval parecía haber superado el miedo y estaba dispuesto a seguirle hasta el fin del mundo si hacía falta. Su mirada era ahora la de un hombre que no teme a su propia muerte, aunque crea que está próxima, y que va a pelear lo que haga falta por vender muy cara su derrota—. A la de tres saltamos —añadió quitando el seguro de su arma.

—¿Hacia dónde? —preguntó el chico, que sostenía con fuerza el cuchillo entre sus manos.

—Tú sígueme, no te separes de mí ni un momento. ¿Estás preparado? —La cara de César era un poema. Alfonso entendía a la perfección lo que su improvisado compañero de fuga estaba experimentando. En el ejército había visto de todo y era capaz de reconocer el terror de un novata a kilómetros de distancia.

—No. Jamás lo estaré, pero no nos queda otra —contestó César consciente de que su única opción era permanecer con Alfonso. Sin él, las posibilidades de sobrevivir eran nulas.

<sup>a</sup> Alfonso se santiguó y besó la cruz de oro que colgaba de su cuello desde el día de su comunión.

—Una, dos y... ¡tres!

<sup>a</sup> Ambos saltaron al mismo tiempo y cayeron de bruces contra el suelo. Estaba resbaladizo y lleno de escombros y restos humanos esparcidos de cualquier modo. Los miembros cercenados cubrían las aceras. Brazos y piernas se repartían formando un sangriento puzzle que mostraba un paisaje amargo, pintado con rojos vivos sobre un mar de asfalto gris. Un riachuelo de sangre se formaba a su lado, empujando el líquido, aún tibio, contra la acera. El tacto espeso del pavimento les pareció repugnante, y solo de imaginar a qué era debido les revolvió el estómago de tal modo <sup>a</sup> que luchar contra las náuseas se convirtió en la primera de sus prioridades.

Empezaron a correr sin mirar atrás y cruzaron el parque de la Ventilla sin mayores problemas. Parece ser que los zombis prestaban más atención a los gritos de los vecinos de los edificios cercanos que a ellos. Solo un par de esas cosas salieron a su encuentro y no fue difícil librarse de ellas con certeros disparos a la cabeza. Alfonso era un tirador experto, curtido en el campo de entrenamiento de la base militar. Siguieron por la avenida de Asturias al mismo tiempo que esta caía bajo dominio enemigo. Los coches se arremolinaban unos contra otros formando un enorme gusano de acero. Los cláxones y las alarmas se disparaban unos tras otras, creando una desintonía de caos y destrucción que presagiaba lo peor. Los primeros no muertos llegaron de todas partes y se enzarzaron entre los vehículos como una planta enredadera que envolvía a los pasajeros en el interior. Buscaban y apresaban, mordían y mataban a todo aquel que encontraban. No tenían piedad de nadie. El mismo espectáculo dantesco se repetía una y otra vez a escasos metros de ellos, y las personas dejaban de serlo para transformarse en uno más de esos seres irracionales y feroces.

<sup>s</sup> Poco a poco abandonaron el caos y avanzaron hacia plaza Castilla. Alfonso era consciente de que no podían aminorar la marcha, pero César, que no decía nada, empezaba a flaquear.

<sup>a</sup> —¡No pares! —gritó Alfonso a su compañero, que le seguía unos metros detrás, rojo como un tomate y resoplando como una locomotora falta de mantenimiento.

<sup>a</sup> El militar frenó hasta ponerse a su altura. Sabía por su formación que el cuerpo humano e

una máquina increíble, capaz de sacar fuerzas de donde no las hay cuando las situaciones límite como esa lo requieren. En ello, la psicología juega un papel fundamental. «Si quieres, puedes» Todavía recordaba la primera vez que el sargento Garduño le había dicho esas palabras, la primera de muchas que vinieron después. Ahora el sargento era un puto zombi y él corría para no convertirse en otro.

El paseo de la Castellana todavía respiraba cierta normalidad. Ese enorme gusano que engullía el tráfico de la capital a diario se apagaba poco a poco y, aunque los primeros resucitados no habían llegado todavía, los coches estaban parados en mitad de la calzada impidiendo que la marabunta avanzara. Eso tampoco era de extrañar en una vía que ya nacía congestionada.

A sus espaldas, las torres Kio dieron la bienvenida a una infección que contaba ya con centenares de vidas humanas en el marcador. Los gritos se multiplicaban como una avalancha que avanzaba pisándoles los talones mientras les apestaba con su fétido aliento. Alfonso sabía que, si era capaz de ir por delante de esas cosas durante todo el trayecto, llegaría a casa con tiempo para proteger a su mujer. César corría unos pasos por detrás, con un ojo pegado en Alfonso y otro vigilando la retaguardia. Estaba extenuado, pero se negaba a parar mientras esas cosas siguieran a tan poca distancia.

—¿Falta mucho? —preguntó César al militar mientras observaba cómo seguía corriendo sin sacusar ni un pequeño síntoma de agotamiento.

—No, ya queda poco —respondió Alfonso consciente del enorme trecho que quedaba todavía por recorrer.

—No me jodas, tío. Seguro que es mentira

—¡Calla y corre! —sentenció Alfonso. Esta vez sin mirar atrás.

El tráfico se detuvo por completo y la gente abandonó sus vehículos en un acto desesperado de verdadera inconsciencia. La estampa se repetía exactamente igual fuera cual fuera el decorado que servía de fondo a la función. Los zombis llegaban y avanzaban en tromba entre los coches atacando a todo aquel que se cruzara en su camino. De vez en cuando, un grito sobresalía de un barullo general y llamaba la atención de esas cosas, creando un hueco en la vía que el resto aprovechaba para escapar.

El Santiago Bernabéu les saludó vacío. Alfonso imaginó por un momento la ebullición de un estadio en un día de partido, y dio gracias al cielo de que hoy no fuera uno de esos. Rezó una breve oración para que toda esa gente se encontrara en un lugar seguro. Aminoraron un poco la marcha para recuperar fuerzas. Por fin, y después de una maratónica carrera, los gritos se escucharon un poco más lejos. Ambos respiraron aliviados, sobre todo César que, cubierto de sudor y con las manos apoyadas en las rodillas, estaba exhausto.

Unos helicópteros militares sobrevolaron entonces el cielo de la ciudad y se dirigieron hacia el norte de forma perpendicular a la calle. Las fuerzas aéreas estaban reaccionando, y eso les brindó un poco de esperanza. Lo que no sabían ni Alfonso ni César es que en esos helicópteros viajaban el presidente del gobierno, algunos de los ministros y la Casa Real. Tampoco sabían que no se trataba de ninguna operación destinada a socavar el daño causado por los zombis, simplemente evacuaban de la zona afectada a los que ocupaban el primer lugar de una exclusiva.

elista de privilegiados. Los demás transeúntes alzaron la vista sin comprender bien lo que estaba ocurriendo. Todavía no se habían enfrentado a esas bestias que avanzaban hacia ellos sin dudar, y no podían imaginar el horror que se vivía a muy poca distancia de donde se encontraban. «Ilusos como no saben lo que se les viene encima», pensó Alfonso mientras miraba a César y le indicaba que se incorporara.

Un grito les indicó que era el momento de continuar. No hizo falta ningún tipo de comunicación verbal, una mirada les bastó para echar a correr de nuevo.

Siguieron avanzando ante el estupor de la gente. Un hombre vestido de militar, cubierto de sangre y vísceras hasta las rodillas y armado, no era fácil de ignorar en un paseo de la Castellana que estaba dando sus últimos coletazos. Dejaron atrás la plaza de Colón y entraron en el parque del Retiro, perdiéndose entre sus árboles y múltiples senderos.

Salieron del parque por la puerta sur y les pareció estar en una realidad diferente. No vieron gente corriendo, no se escuchaban gritos, y el maldito olor a sangre que les perseguía desde que dejaron el piso de César había desaparecido por completo. La infección quedaba atrás, al otro lado del parque, como si la puerta de Alcalá hubiera ejercido de freno. Aun así, y conociendo de primera mano la voracidad de esas cosas, sabían que no tardarían en llegar a su posición para convertir las tranquilas calles de esa parte de la ciudad en el más oscuro y cruel de los infiernos.

Anduvieron por la avenida de la ciudad de Barcelona, cruzaron por la avenida de la Paz y se dirigieron por la avenida de la Albufera hasta llegar al estadio de Vallecas, donde tantas veces había disfrutado viendo a su Rayo Vallecano. Allí, Alfonso no pasaba desapercibido y la gente lo observaba con preocupación. Sus ropas manchadas de sangre y vísceras eran un reclamo demasiado evidente para los demás transeúntes. Pero, en lugar de interesarse en ellos, le esquivaban y cambiaban de acera o aceleraban el paso. César hacía caso omiso a las miradas que se posaban sobre ellos y se centraba en seguir junto a su compañero, que sin correr, avanzaba a un paso demasiado rápido para él.

—¡Ya casi estamos! —exclamó el militar para insuflar nuevas fuerzas a las maltrechas piernas del civil.

—¡Ya era hora! —contestó César intentando esbozar una leve sonrisa de alivio—. Me duele hasta el último hueso del culo y los calambres me van a destrozar los gemelos.

Llegaron al piso de Alfonso, situado en un pequeño y antiguo edificio, antes de que la normalidad se viera truncada. El barrio de Vallecas respiraba con total tranquilidad. Lorena, que se sorprendió al ver a su marido de esa guisa, sudado y lleno de sangre, notó el horror reflejado en sus ojos castaños y lo abrazó con fuerza. Algo terrible había sucedido y lo sabía. Alfonso era un libro abierto para ella y su mirada le contaba, como un torrente de información, todo lo que sus palabras callaban. Se extrañó al ver que un joven de poco más de veinte años acompañaba a su esposo, pero dejó que fuera él el que le contara quién era ese chaval.

—Pon la televisión —dijo Alfonso mientras se recuperaba del esfuerzo realizado y abría un par de cervezas—. Toma, te la has ganado —añadió mientras alargaba el brazo hacia su nuevo compañero.

César sonrió aliviado y cogió la lata. Dio un largo trago y se sentó frente al televisor con un

ojo vigilante hacia el exterior. En la pantalla, unos pseudo periodistas analizaban la vida de yfamoso de turno. Ninguna noticia de lo ocurrido. «Seguramente por el bien de la población que ,estúpida como es, debe mantenerse al margen», pensó el chaval de forma irónica, sin se econsciente de la suerte que había tenido y maldiciendo al insensato que ordenó no informar : nadie; dio otro trago a la cerveza.

e —¿Qué ha pasado? —preguntó Lorena a su marido, que se había despojado del arma ; tomado asiento al lado de César en una silla vieja y desvencijada que habían rescatado de casa d e sus abuelos, procurando no manchar el sofá.

a —No te lo vas a creer —respondió Alfonso antes de empezar a explicarle todo lo ocurrido.  
e

n  
e  
o  
e  
a

y  
s  
o  
o  
s  
e  
n

s  
e

d  
e  
n  
n  
s  
u

n  
o

n

ojo vigilante hacia el exterior. En la pantalla, unos pseudo periodistas analizaban la vida del famoso de turno. Ninguna noticia de lo ocurrido. «Seguramente por el bien de la población que, estúpida como es, debe mantenerse al margen», pensó el chaval de forma irónica, sin ser consciente de la suerte que había tenido y maldiciendo al insensato que ordenó no informar a nadie; dio otro trago a la cerveza.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Lorena a su marido, que se había despojado del arma y tomado asiento al lado de César en una silla vieja y desvencijada que habían rescatado de casa de sus abuelos, procurando no manchar el sofá.

—No te lo vas a creer —respondió Alfonso antes de empezar a explicarle todo lo ocurrido.

## CAPÍTULO 2

### —EL ÚLTIMO METRO—

Pablo bajó la persiana de la pequeña tienda de electrodomésticos que regentaba en la calle Alcalá, en pleno centro de Madrid, ajeno a lo que estaba ocurriendo a escasas manzanas de donde se encontraba. La tienda era propiedad de su familia desde que su abuelo la abrió en 1954, pero con el auge de los grandes centros comerciales y el maldito internet, a duras penas llegaba a pagar las facturas que se acumulaban sobre la mesa de su despacho. Una leve brisa le erizó la piel. En invierno no había llegado, pero las temperaturas habían empezado a descender a medida que los días se iban acortando. Septiembre se acababa sin ser el mes caluroso al que estaban acostumbrados, en un año atípico de frío y lluvia. Miró el teléfono y empezó a caminar hacia la parada de metro más cercana. Por una vez en la vida salía puntual, cosa que ocurría muy pocas veces, y se sintió afortunado. Si se daba prisa podría llegar temprano y ver a su mujer antes de que se fuera a trabajar. Le extrañaba que no le hubiera escrito, pero lo achacó al estrés al que estaba sometida en el nuevo trabajo.

El rugir cercano de las hélices de unos helicópteros agitó el aire de los alrededores levantando papeles, plásticos y las miradas de los pocos curiosos que todavía seguían en la calle ajenos a lo que estaba a punto de suceder. Un disparo desató el caos y empezaron las galopadas en todas direcciones sin saber de qué estaban escapando. El recuerdo de los atentados de Barcelona todavía estaba presente en la memoria de muchos, y seguramente esa fue la primera imagen que le vino a la cabeza antes de echar a correr. Pablo aceleró la marcha casi por inercia y se refugió en el interior de la boca de metro de Canillejas, momentos antes de que uno de los encargados de seguridad cerrara la puerta metálica.

—Has tenido suerte, imbécil —le dijo cuando casi atrapa su barriga contra ella.

—¡Cierra de una puñetera vez! —le gritó su compañera. Parecía nerviosa y no paraba de toquetear el *walkie-talkie* sin obtener respuesta—. Han cancelado todos los trenes, aquí se está cocinando algo muy gordo.

—¿Qué te crees que estoy haciendo?! No es mi culpa que este puto desgraciado se haya metido en medio —le increpó mientras la puerta avanzaba correosamente por la guía, que se resistía a causa de lo vieja y oxidada que estaba.

Pablo hizo caso omiso a las palabras del agente de seguridad. «Puto gorila sin neuronas» pensó.

La puerta se cerró al fin, y ante sus ojos apareció el primero de esos seres (aunque ninguno de los allí presentes era consciente de lo que estaba sucediendo). Era un chico joven, de unos veinte años. Presentaba una horrible herida en la cara, similar a un mordisco, que dejaba entreve la musculatura que existía debajo de esta. Sus ojos estaban coronados por multitud de capilares rojos y un sudor amarillento perlaba su rostro, contraído en un rictus espantoso lleno de ira y dolor. Por un instante se quedó completamente quieto y los miró fijamente, escrutando el interior

de la gruta que se abría a sus pies. Un momento después, golpeaba la puerta con todas sus fuerzas.

—¿Qué puñetas pasa? —preguntó una chica rubia que estaba apoyada en una de las máquinas expendedoras de billetes—. ¿E.e... está drogado? —titubeó sin apartar la vista de la puerta que empezaba a doblarse por la brutalidad de los golpes.

—¡Aparta de ahí! —gritó el seguridad acercándose a la puerta.

El chico golpeaba sin cesar. Sus manos eran poco más que un amasijo de cortes y sangre oscura y coagulada que salpicaba alrededor con cada intento. Un hombre se añadió a la trifulca y los puñetazos se multiplicaron por dos.

—¡Van a tirar la puerta! —gritó Pablo, que había permanecido callado hasta el momento.

Los segundos transcurrían pesados como losas mientras el ritmo de los golpes se mantenía constante como un metrónomo perfectamente ajustado que acompañaba una terrible melodía. La puerta no tardaría en ceder y se verían cara a cara con ellos, sin rejas, sin nada que los mantuviera fuera. Nadie decía nada, pero en la mente de todos se empezó a formar la imagen de lo que pasaría a continuación. Lo habían visto en cientos de películas y, aunque inverosímil, eran conscientes de que eso era precisamente lo que estaba ocurriendo.

La boca del metro se hizo pequeña ante la multitud de engendros que acudieron a la llamada agolpándose unos encima de otros, empujando los últimos a los primeros contra la verja metálica que estaba resistiendo más de lo que en un principio parecía. El efecto tapón les estaba regalando unos valiosos minutos que no debían desaprovechar si querían salir de allí con vida. Aunque, por desgracia, la única salida posible era echar a correr por los oscuros y húmedos túneles. Allí, si apenas una luz que les guiase, serían una presa fácil para sus perseguidores.

—¡Al túnel! —gritó el agente de seguridad, mientras intentaba contactar con alguien al otro lado del *walkie*.

—¡Rápido! Por aquí —añadió su compañero, consciente de que esa era la única opción.

Todos sin excepción empezaron a correr paralelos a las vías y pegados a la pared. El haz de luz de las linternas les marcaba un camino cimbreado que permanecía despejado. En total eran siete las personas que se movían apresuradamente y sin saber hacia dónde diablos se dirigían empujados por las ganas de salir de allí tan rápido como fuera posible. La sensación de claustrofobia les oprimía los pulmones, impidiendo que dieran todo lo que podían de sí. La parada de Torre Arias no debía quedar lejos, pero no sabían qué se iban a encontrar una vez llegaran a ella. Ojalá también se hubieran cerrado las puertas a tiempo cuando se dio la orden desde la central, tal y como hicieron ellos. Desgraciadamente, eso no lo sabrían hasta llegar allí.

A su espalda se escuchó un terrible estruendo e infinidad de voces gritaron al unísono. La puerta acabó por ceder y esas cosas ya estaban dentro, a tenor de los pasos que se escuchaban retumbando por toda la instalación. El miedo se apoderó del grupo, agarrotó las piernas de los más miedosos y pateó el trasero de los más rápidos, imprimiendo una marcha más a su carrera. Debían correr y debían hacerlo cuanto antes o sería demasiado tarde.

«Vamos a morir», pensó Pablo al percatarse de que estaba perdiendo fuelle. No notaba las piernas y corría por inercia viendo alejarse al resto del grupo. Al fondo del túnel, tras un envolvente y asfixiante oscuridad, la luz de la estación de Torre Arias los esperaba como un faro

anunciando la posible salvación. Él era consciente de que no llegaría allí ni loco, aunque cien manos le empujaran de golpe, su sobrepeso le estaba pasando factura en el momento más inoportuno. Esas cosas se escuchaban cada vez más cerca y sus pulmones se negaban a engullir más aire corrompido y húmedo. Estaba exhausto y al borde del colapso. Era cuestión de segundo que la boca de uno de los zombis se hundiera en su carne. «Esos malditos cabrones quieren llevarme al lado oscuro», pensó. «Yo soy tu padre», añadió para sí, imaginando a Darth Vader con su voz metálica y ronca. Ese pensamiento, por raro que pueda parecer, le arrancó una sonrisa. Si iba a morir, sería riendo. No quería ser un puto zombi amargado.

Pablo cayó al suelo víctima del agotamiento. Era incapaz de dar un paso más sin que los pulmones, el hígado y los donuts de chocolate que había merendado saliesen por su boca en forma de vómito y último aliento. De repente, una pequeña puerta metálica que quedaba perfectamente camuflada entre dos columnas y un cuadro eléctrico se abrió a su derecha, y unas manos diminutas le asieron de la solapa para levantarlo y acompañarlo hasta una pequeña habitación. «¿Qué coño?», pensó Pablo temiéndose lo peor. Gimoteó como un niño tendido en el suelo del cuchitril cubriéndose la cara con ambas manos. Estaba muerto de miedo.

—¡Calla, imbécil! —ordenó una voz de mujer—. Vas a descubrirnos.

Pablo alzó la vista y se encontró en mitad de un húmedo y maloliente cuarto de servicio lleno de cajas eléctricas y pantallas de televisión que mostraban las evoluciones de los trenes y la estación. Fuera, el caos se apoderaba del túnel, mientras ellos lo observaban a través de las cámaras de seguridad. El grupo jamás llegó a Torres Arias, que era un hormiguero de criaturas hambrientas, quedando a merced de dos pelotones de ejecución perfectamente engranados. Aunque las imágenes carecían de sonido, Pablo creyó escuchar todos y cada uno de los gritos de aquellas personas que hasta hacía un instante eran sus compañeros de huida. Rompió a llorar como hacía años que no hacía, como cuando se metían con él en el instituto y llegaba a casa con el pecho lleno de moratones que se esforzaba en esconder, sintiéndose desanimado y hundiéndose aún más en la madre de todas las tristezas. Todo estaba perdido. Cogió el teléfono una vez más y observó que tenía cobertura, pero ninguna notificación importante que ser revisada. Seguía sin recibir noticia de su mujer, que a esa hora ya debía de estar camino del trabajo. Tal vez seguía en casa y le estaba esperando. Tal vez no había salido a trabajar, porque le dolía la cabeza o porque jugaba en el Atlético y las calles estaban colapsadas. Tal vez... Omitió ese último pensamiento y levantó de nuevo la mirada. En las pantallas, los cuerpos yacían bajo multitud de garras que rompían, abrían y arrancaban todo aquello que podían llevarse a la boca. Pudo observar cómo le arrancaban la cabeza de un tirón al gorila sin cerebro que se había burlado de él. Sonrió y pensó que era un digno final para un desgraciado al que nadie echaría en falta.

—Muchas gracias —dijo Pablo con un hilillo de voz más propio de un chico de trece años en plena pubertad que de un hombretón de ciento diez kilos de peso, mientras miraba a la mujer que le acababa de salvar la vida. Si no hubiera sido por su intervención, ahora estaría muerto desmembrado o algo peor: se habría transformado en uno de esos zombis sanguinarios. Un leve remordimiento le nubló por unos leves instantes la mente, quizá su muerte hubiera retrasado a las criaturas y habría permitido que los demás escapasen. Quién sabe, ya era demasiado tarde para lamentarse por eso y se alegraba de seguir con vida por encima de todas las cosas, aunque fuera solo unos minutos más. Estaba aprendiendo a marchas forzadas que cada segundo contaba cuando el siguiente podía ser el último—. ¿Por qué a mí? —preguntó a la pequeña mujer que le

observaba sentada sobre una vieja y sucia silla de oficina—. Por cierto, me llamo Pablo —añadió para terminar.

r —Aroa, encantada.

s Pablo sonrió por segunda vez ese día. Y ese gesto hizo que su horonda cara se ensanchara un poco más. Tras su canosa perilla se escondían unos diminutos y agradecidos labios.

i —Tuviste suerte, nada más. No podía salvar a todo el mundo y tú parecías bastante apurada —Aroa hizo una pausa en la ardua tarea de morderse las uñas, que acababa de retomar tras tres largos años de abstinencia—. Vamos a tener que salir de aquí tarde o temprano —escupió un trozo de uña sobre el suelo húmedo. Aroa era una persona nerviosa, de eso no cabía la menor duda y aunque pequeña de estatura, desprendía una seguridad impropia de una mujer de su edad—. Mi marido y mi perro están en casa y quiero asegurarme de que están bien. Además, aquí no hay nada de nada, ni siquiera una triste botella de agua.

, Pablo asintió con la cabeza mientras no paraba de pensar cómo se las apañarían para salir de allí. Correr no era lo suyo, eso había quedado más que demostrado, pero era listo e ingenioso; había leído infinidad de libros sobre la materia. Aunque para ser sinceros, jamás hubiera imaginado que aquello que narraban las páginas de las novelas de sus autores favoritos podría hacerse realidad.

a —Hijos de perra —exclamó al levantar la vista hacia las pantallas.

s Lo que vio le transportó inmediatamente a las películas de George A. Romero. A su adolescencia, a las salas de cine con olor a tabaco y niebla y al primer beso. Beso que en su caso llegó tarde, muy tarde. La vida pasó ante sus ojos como una película española mala y rancia de los sesenta; una de esas de domingo por la tarde que nadie admite haber visto. La historia de un chaval gordito y tímido que daba bandazos de un lado a otro intentando encajar, haciéndose elegante y arrimándose a aquellos que destacaban en algo para ser aceptado. Aún no era consciente de que años más tarde sería él el que conseguiría destacar en algo mucho más importante que el deporte o la popularidad. Mucho más importante que un beso en el asiento de atrás de un coche o un polvo mal echado en los mugrientos baños de una discoteca. Pablo, el chaval regordete y tímido al que nadie quería, conseguiría salir con vida de una de las situaciones más complicadas a las que un hombre puede hacer frente, venciendo a una bestia hedionda y despiadada llamada cáncer. Así era Pablo, un superviviente.

a —Vamos a salir de aquí —afirmó en un tono que no admitía ni duda ni réplica—. Solo debemos esperar el momento oportuno. Tarde o temprano esas cosas se irán en busca de más comida y aprovecharemos para salir. Si conseguimos llegar a la salida, podremos buscar un medio de transporte que nos permita movernos con cierta facilidad. Una moto o algo parecido que nos ayude a superar el colapso.

' Aroa sonrió. Por fin una pequeña luz inundó sus diminutos ojos y borraron parte del lastre de tristeza que los inundaba. Un rayo de esperanza se abrió paso hacia su mente y vio cerca la oportunidad de volver a ver a su familia. Sabía que las posibilidades de llegar hasta ellos eran más bien escasas. Si en la calle las cosas estaban igual de mal que en el metro, estaban perdidos.

o Poco a poco, la densidad de no muertos fue menguando hasta que en el suelo no vislumbraron más que los restos de aquellos que habían quedado demasiado maltrechos como

para ponerse en pie. Pablo salió primero, mirando a ambos lados hasta asegurarse de que all fuera no quedaba nadie. Aroa le siguió tan de cerca que topó con su espalda antes de que los ojos se acostumbraran a la oscuridad. A pocos metros de ellos, el cadáver de una mujer joven se retorció incapaz de levantarse. Aroa vomitó al verlo, no lo pudo evitar. Una terrible arcada creció en su estómago y se apoderó de su garganta, empujando todo aquello que su diminuto cuerpo no había sido capaz de metabolizar. Eso le recordó que hacía horas que no comía ni bebía nada y, lo que era peor, no sabía cuándo lo volvería a hacer.

—Por aquí —indicó Pablo con el brazo extendido. Sus pies tropezaban continuamente con miembros mutilados de los que habían sido sus compañeros de huida. Caminaban entre brazos y piernas y rostros tan deformados que ni sus familiares más cercanos serían capaces de reconocerlos. Allí había más gente de la que él recordaba, seguramente la estación de Torres Arias debía estar en plena ebullición cuando los zombis entraron en ella. Cada vez les costaba más caminar entre tanto cuerpo, un paso en falso y los dientes de alguno de ellos acabarían con cualquier posibilidad de sobrevivir. Pablo reconoció la cabeza cercenada del gorila sin cerebro y le propinó una soberana patada que la elevó dos palmos por encima del suelo y la estrelló contra la pared —Gol de Cristiano! —susurró con los dientes apretados—. Ese hijo de mil perras no me llamará gordo nunca más —Aunque no sabía a qué se refería, Aroa sonrió y negó con la cabeza.

—Gracias —dijo Aroa con voz dulce. Esa pequeña broma macabra le había hecho olvidar por unos instantes el infierno que estaban viviendo—. Ve con cuidado, te sigo de cerca —añadió apoyando su mano derecha sobre el hombro de Pablo.

—Ya falta poco —respondió él. La luz de la estación se veía cada vez más cercana, y con el silencio crecían las esperanzas de salir de allí.

Pablo trastabilló un poco y apoyó el pie en el estómago de uno de los cadáveres. El crujido de las costillas les erizó la piel. Tan solo un par de horas antes, esa persona era como ellos; ahora estaba muerta, o algo parecido. Había mutado en una especie de ser imperecedero que no reconocería la muerte verdadera y definitiva hasta que alguien se apiadara de él y destruyera su cerebro. Pablo pensó en hacerlo, pero no se sintió con fuerzas. Al fin y al cabo, era una persona, y eso creía hasta que gruñó de forma antinatural.

La luz de la andana les indicó que estaban llegando al final del túnel. Habían sido solo unos minutos de camino, pero les parecieron eternos. Se sintieron aliviados cuando creyeron haber cruzado por fin la línea que separaba la vida de la muerte, una línea imaginaria, una pared que debía otorgarles seguridad y confianza. Una especie de zona segura. Pero no fue así. Unos ojos inyectados en rojo y recubiertos por infinidad de capilares se posaron sobre ellos cuando se prepararon la pared de la vía. Unos ojos vivos, pero muertos al mismo tiempo, fríos como el hielo y a la vez calientes como el más ardiente de los infiernos. El pánico se apoderó de ellos cuando esa criatura profirió un grito aterrador y se les echó encima a la velocidad de la luz.

Pablo cayó al suelo mientras intentaba rehuir el ataque, quedando a expensas de lo que la bestia quisiera hacerle. Con ambas manos y gran esfuerzo, intentaba mantener la cabeza del zombi tan alejada como le era posible de la suya, aunque con cada impulso se acercaba un poco más. Aroa permaneció inmóvil, observando la escena incapaz de reaccionar. Estaba en shock y, aunque su cerebro trabajaba a destajo, su cuerpo se negaba a responder. En un momento de lucidez se acercó corriendo y propinó una patada al monstruo cargada con toda la rabia que guardaba en sí.

ípequeño cuerpo. La criatura apenas se inmutó. Aroa debía pensar en algo y hacerlo rápido, o sería el fin de su compañero y, con toda seguridad, justo a continuación el suyo.

Escrutó alrededor, pero no encontró nada que pudiera serle útil. Se esforzó un poco más y agudizó la vista para buscar más allá de lo que la fría luz de la estación de metro le mostraba. Por fin divisó una de las porras de los miembros de seguridad tirada debajo de un banco. Seguramente se cayó cuando, presos del frenesí de la huida o ya convertidos en zombis, corrieron hacia la calle en busca de nuevas víctimas.

Aroa empuñó el arma. Su tacto era frío y de una textura parecida al cuero. La sujetó con fuerza y se acercó por detrás mientras Pablo suplicaba con la mirada un auxilio que divisaba un poco más cerca. Era consciente de que no podría resistir mucho más y, centímetro a centímetro, el aliento se le escapaba entre los dedos de su contrincante.

—¡Ahora! —gritó Pablo en una última súplica desesperada por su vida. Si supiera rezar lo habría hecho; si pudiera apostar, lo apostaría todo a ese golpe. No tenía otra opción.

Aroa no esperó más y asestó un primer impacto directo a la cabeza de la criatura. Aunque ésta no cedió en su empeño, pareció perder un poco de fuelle y Pablo recuperó algo del terreno perdido. El sudor que resbalaba por su frente le escocía en unos ojos que apenas permanecían abiertos debido al esfuerzo, transformados en pequeñas mirillas hacia otro mundo. Otro golpe arrancó un pedazo de cabellera, dejando al descubierto un cráneo grisáceo y viscoso que se abrió paso entre un reguero de sangre oscura y espesa. Aroa lo observaba con asco mientras se preparaba para golpear de nuevo. Una tercera investida abrió definitivamente el melón maduro y esquirlas de hueso salieron disparadas hacia la cara de la muchacha que, pese al asco que sentía no dudó en golpear una y otra vez hasta que el no muerto cayó inmóvil sobre el cuerpo de Pablo.

Lloró.

Y golpeó una última vez.

Pablo respiró aliviado. Aroa vomitó de nuevo. La bestia permanecía inmóvil, había muerto para siempre.

Ambos se miraron buscando consuelo mutuo e intentaron sonreír. La primera victoria le había insuflado esperanzas nuevas, pero seguían siendo igual de pesimistas que antes. Algo excavaba en sus corazones, como si de un maldito gusano hambriento se tratara, y eso se reflejaba en sus rostros sucios, sudados y ensangrentados, mientras hacían malabares para aparentar cierta normalidad. Ese gusano era el miedo, un miedo que se abría hueco en sus entrañas. Un terror irracional y verdadero como nunca habían experimentado. Miedo a morir, tal vez sí. Pero peor aún, miedo a seguir con vida.

—Debemos buscar algo que nos sirva para acabar con esas cosas —dijo Pablo a la chica que todavía sostenía la porra entre sus manos. Esta miró y asintió. Aunque ella tenía un arma, por inofensiva que pareciera a simple vista, él seguía indefenso. Aroa torció el gesto y levantó la mirada intentando escudriñar en su mente.

—¡Por aquí! —exclamó mientras empezaba a andar por la andana esquivando cadáveres y miembros cercenados. No se escuchaba nada, todo estaba desierto, pero ni aun así se permitieron bajar la guardia. Siguieron con los cinco sentidos alerta con el fin de percibir cualquier indicio—  
Creo recordar que hay un cuarto de mantenimiento no muy lejos. Quizás allí encontremos algo que

anos pueda ser de utilidad.

Pablo siguió a Aroa sin dejar de vigilar su retaguardia. Entraron y aseguraron la puerta tras de sí. Él conocía las reglas de supervivencia en caso de apocalipsis zombi al dedillo, y asegurar las puertas era sin lugar a duda una de las primeras. Aunque estuvieran solos no podían correr ningún riesgo innecesario mientras rebuscaban en la pequeña, húmeda y maloliente habitación. El aire apenas circulaba y les costaba respirar con normalidad debido al fuerte olor a humedad y productos químicos que lo impregnaba todo. Las paredes, de un gris opaco, estaban cubiertas por una infinidad de manchas de moho que dibujaban caras y cuerpos que se retorcían formando estampas imposibles.

—¿Cómo llegaste hasta aquí? —preguntó Pablo mientras abría uno de los cajones. Sentía la imperiosa necesidad de interactuar con Aroa. Imprimió cierta normalidad en su forma de hablar pese a la situación en la que se veían envueltos.

—Estaba esperando en el vestíbulo cuando entraron esas cosas de golpe. Al principio no entendí nada de lo que pasaba, hasta que los gritos se acercaron hacia donde me encontraba. Seguramente, si hubiera estado justo en la entrada no lo habría contado —suspiró—. Empecé a correr y bajé las escaleras mientras la gente iba cayendo y se amontonaba detrás, impidiendo que unos y otros lograran avanzar. Luego vi la sangre resbalando por los escalones, las mordeduras en los cuerpos recién caídos, los cadáveres destripados, y comprendí que no podía escapar a no ser que fuera más inteligente que esas cosas. Sin dudar, salté a las vías y opté por la solución más fácil: buscar un buen escondite y permanecer quieta.

—¡Y tan bueno! —exclamó Pablo—. ¡Están todos muertos menos tú!

—Por el momento —respondió cabizbaja—. Me parece que ahí fuera las cosas están peor que aquí. De todos modos, pronto saldremos de dudas. No podemos permanecer encerrados para siempre.

Pablo no respondió. Había comprendido a la perfección lo que su compañera quería decir. Echó un vistazo rápido a su teléfono, pero no encontró notificación alguna. Intentó llamar, pero no obtuvo señal. «Tal vez los teléfonos han dejado de funcionar», pensó buscando un poco de alivio. El sosiego que le producía no saber nada de su mujer. Guardó de nuevo el móvil en el bolsillo de su pantalón y siguió buscando hasta dar con una pequeña hacha que gentilmente cedió a Aroa, junto a una palanca metálica gruesa y contundente. La chica se lo agradeció con una pequeña sonrisa.

—¿Salimos? —preguntó ella.

—¡Salimos! —respondió él.

,  
r  
a

y  
n  
.  
e

nos pueda ser de utilidad.

Pablo siguió a Aroa sin dejar de vigilar su retaguardia. Entraron y aseguraron la puerta tras de sí. Él conocía las reglas de supervivencia en caso de apocalipsis zombi al dedillo, y asegurar las puertas era sin lugar a duda una de las primeras. Aunque estuvieran solos no podían correr ningún riesgo innecesario mientras rebuscaban en la pequeña, húmeda y maloliente habitación. El aire apenas circulaba y les costaba respirar con normalidad debido al fuerte olor a humedad y productos químicos que lo impregnaba todo. Las paredes, de un gris opaco, estaban cubiertas por infinidad de manchas de moho que dibujaban caras y cuerpos que se retorcían formando estampas imposibles.

—¿Cómo llegaste hasta aquí? —preguntó Pablo mientras abría uno de los cajones. Sentía la imperiosa necesidad de interactuar con Aroa. Imprimió cierta normalidad en su forma de hablar pese a la situación en la que se veían envueltos.

—Estaba esperando en el vestíbulo cuando entraron esas cosas de golpe. Al principio no entendí nada de lo que pasaba, hasta que los gritos se acercaron hacia donde me encontraba. Seguramente, si hubiera estado justo en la entrada no lo habría contado —suspiró—. Empecé a correr y bajé las escaleras mientras la gente iba cayendo y se amontonaba detrás, impidiendo que unos y otros lograran avanzar. Luego vi la sangre resbalando por los escalones, las mordeduras en los cuerpos recién caídos, los cadáveres destripados, y comprendí que no podía escapar a no ser que fuera más inteligente que esas cosas. Sin dudar, salté a las vías y opté por la solución más fácil: buscar un buen escondite y permanecer quieta.

—¡Y tan bueno! —exclamó Pablo—. ¡Están todos muertos menos tú!

—Por el momento —respondió cabizbaja—. Me parece que ahí fuera las cosas están peor que aquí. De todos modos, pronto saldremos de dudas. No podemos permanecer encerrados para siempre.

Pablo no respondió. Había comprendido a la perfección lo que su compañera quería decir. Echó un vistazo rápido a su teléfono, pero no encontró notificación alguna. Intentó llamar, pero no obtuvo señal. «Tal vez los teléfonos han dejado de funcionar», pensó buscando un poco de alivio al sosiego que le producía no saber nada de su mujer. Guardó de nuevo el móvil en el bolsillo del pantalón y siguió buscando hasta dar con una pequeña hacha que gentilmente cedió a Aroa, junto a una palanca metálica gruesa y contundente. La chica se lo agradeció con una pequeña sonrisa.

—¿Salimos? —preguntó ella.

—¡Salimos! —respondió él.

## CAPÍTULO 3

### —EL MÁS TRISTE ADIÓS—

Raúl abrazó una vez más el cristal que recubría el féretro donde descansaba su madre. A su ochenta y dos años, el corazón había dicho basta, alejándola de cualquier tipo de dolor y sufrimiento. Ya no podría volver a notar la pesadez de sus piernas, el dolor de las articulaciones al moverse o el temblor de sus manos.

—Descansa —dijo Raúl en voz baja mirándola una vez más, mientras apretaba con fuerza la mano de David, su pareja, buscando algo de consuelo.

David observaba la estampa sin saber muy bien qué decir ni qué hacer.

—¿Vienes a tomar algo de la máquina? Voy a salir a fumar —preguntó incómodo. Necesitaba salir de allí como fuera. Notaba el dulzón olor a funeraria en su ropa y en su pelo. Llevaban ahí metidos todo el santo día y no podía quitarse de la cabeza esa mezcla de incienso y muerte que le perseguía por todo el edificio, produciéndole un leve dolor de cabeza.

—No, cielo, me quedo un rato más con mamá. Pronto cerrarán y prefiero estar con ella —respondió Raúl mimando cada sílaba—. Mañana es el entierro y no podré verla nunca más.

—Sí, ya sé. Te comprendo. En fin, ¿te traigo un café?

—No, gracias. Prefiero dormir esta noche, ya sabes cómo me siento a estas horas.

David esbozó media sonrisa y salió por la puerta. Raúl se quedó, a escasos minutos para que echaran el cierre, solo con su madre. Se acicaló el pelo negro como el carbón que había heredado de su progenitora y dejó escapar un largo suspiro.

—Estás preciosa —dijo al cadáver de su madre, que permanecía inmóvil bajo el imponente cristal que los separaba.

La miró una vez más. El leve tono rosado de las mejillas y el rojo intenso de los labios pretendían esconder el color amarillento adquirido por los difuntos. A pesar de eso, seguía siendo la misma mujer fuerte y valiente que sacó adelante una familia azotada por la tragedia. Raúl jamás conoció a su padre, que murió poco antes de que él naciera en un aparatoso accidente de tráfico. Por suerte y, a pesar de la desgracia, la indemnización recibida facilitó un poco las cosas y permitió que su madre compaginara un trabajo a media jornada en una pequeña tienda de ropa de barrio de Chamberí, con el cuidado de sus dos hijos. Eduardo, el mayor, murió años después víctima de una sobredosis de heroína. Una más de las muchas vidas que sesgó la droga en una década, la de los ochenta, que parecía interminable en los miles de hogares donde el caballo se coló. Pese a todo eso, Raúl jamás pudo reprochar nada a una madre que suplió la figura de ambos convirtiéndose en padre y hermano, multiplicándose hasta el infinito si hacía falta.

Se secó las lágrimas, que prometió no derramar al principio del día, y se giró. David

todavía no había regresado y el tanatorio de la M30 estaba prácticamente vacío. El silencio se apoderó del edificio y el bullicio propio del gentío que llenaba el lugar durante la tarde se evaporó como el agua de una olla hirviendo. Le costó dar el primer paso, separarse de su madre resultaba una tarea titánica, y solo de pensar que por la mañana la vería reducida a cenizas lo destrozaba el corazón.

Un te quiero fue lo último que esbozaron sus generosos labios antes de salir de allí. David estaba fuera, apurando el cigarrillo más largo del mundo. No le culpaba y comprendía que todo aquello le viniera grande. Al fin y al cabo, llevaban juntos poco más de medio año y, aunque la relación con su madre era cordial, jamás se creó un auténtico vínculo afectivo entre ellos.

—Te dejaste los cuatro intermitentes encendidos. ¡Serás tonto! —dijo David intentando esbozar una sonrisa que rompiera la solemnidad del momento. Raúl estaba muy triste y eso le disgustaba por encima de todas las cosas. Podía soportar lo que fuera, pero ver a su pareja de ese modo le partía en dos. Lo conocía demasiado bien como para no saber que esas situaciones siempre acababan en una riña, ya que ambos se ponían muy insoportables al ver que el otro no estaba bien.

Juntos subieron al coche. Se disponían a emprender la marcha cuando una mujer golpeó el cristal de la puerta del acompañante con las manos ensangrentadas.

—¡Abrid el coche! ¡Por favor! Os lo suplico, abrid el puto coche.

Raúl puso el dedo encima del botón de cierre centralizado justo en el momento en que la mujer intentaba abrir la puerta trasera con todas sus fuerzas. Pese a ello, la puerta no se abrió. El *Clack* resonó por todo el vehículo dando al traste con las esperanzas de la chica, que forcejeaba con el pomo.

—¡Cabrones! ¡Abridme! Por lo que más queráis, ¡me van a matar! —gritó encolerizada. La cara de la mujer era un auténtico poema, con el rímel corrido e infinidad de salpicaduras de sangre que mancillaban su tez pálida y enmarañaban su pelo rojizo, parecía sacada de una película de terror de los años noventa. Sus ojos se movían de forma frenética escrutando a su alrededor mientras las lágrimas caían a borbotones por sus mejillas.

—Por favor —suplicó una vez más.

Finalmente, David se apiadó de ella y abrió las puertas del coche. Raúl lo miró contrariado y frunció el ceño en un claro gesto de desacuerdo.

—¿Qué haces? —preguntó a su pareja.

—¿Qué se supone que quieres que haga? ¿No ves cómo está? Le va a dar un jamacuco —respondió David mientras mantenía el dedo sobre el botón de apertura del cierre centralizado.

La mujer entró de un salto y cerró la puerta sin perder ni un segundo. Respiraba muy rápido como si el aire no llegara a sus pulmones. No fue hasta al cabo de un minuto que recuperó un ritmo de respiración normal y miró a sus salvadores. Estaba dentro y a salvo de lo que fuera que le persiguiese, aunque por la cara de asombro de los ocupantes del vehículo, no tenían la más remota idea de lo que estaba ocurriendo.

David se puso en lo peor e imaginó que escapaba de un intento de violación o un terrible accidente de tráfico con nefastas consecuencias. Iluso como era, no sabía que algo mucho peor

estaba a punto de llegar andando por la avenida de Badajoz. Un ejército de cuerpos sin vida, pero no muertos, avanzaba hacia su posición arrasando con todo lo que encontraba a su paso. Nadie, o casi nadie, escapaba a la horda de zombis que contaba con cientos de miembros capaces de arrancarles el corazón con sus propias manos con tal de llevarse algo a la boca.

—¡Arranca de una vez! ¡Ya vienen! —inquirió la mujer con la mandíbula desencajada de tanto gritar.

—Pero... ¿quién demonios viene? —preguntó Raúl con la preocupación propia de alguien que empieza a dudar de la salud mental de la recién llegada.

—No sé qué coño son, pero han matado a mucha gente. Parecen...

—¡Zombis! —exclamó David mirando al frente.

A unos cincuenta metros de distancia, el pelotón de no muertos avanzaba hacia ellos de forma constante e irreversible. Estaban en su radio de visión y eso les convertía en un blanco fácil y factible. El resto de la zona estaba desierta, como si Madrid se hubiera apagado de repente y sus calles, que normalmente llenaban las calles hasta bien entrada la noche, aguardaran escondidas en sus madrigueras.

Raúl giró la llave, pero el coche no arrancó. Estaba seco, sin batería. El chico golpeó el volante varias veces descargando la ira que llevaba acumulada todo el día y lo intentó de nuevo. Nada, ni un rugido.

—¡Arranca! —gritó la mujer que lloraba presa de un pánico atroz.

—¿Y qué crees que intento? ¿Quieres probar tú si te crees tan lista? —Raúl estaba al límite de perder la poca paciencia que le quedaba.

—¡Arranca, por Dios! Van a matarnos como a los demás... —repitió la mujer incapaz de controlar los nervios. Un charco empezó a formarse entre sus piernas, empapando los asientos traseros del coche.

—¡No puedo! ¡Está sin batería! ¡Me cago en la puta! —Raúl golpeó el volante una vez más y se echó hacia atrás mirando al techo. Resignado, cerró los ojos y suspiró.

—Joder... joder... ¡Joder! ¡Se están acercando! —David no había quitado ojo a esas cosas que avanzaban hacia ellos. Todavía les separaban una veintena de metros, pero la distancia era una cosa tan efímera, que cada segundo que transcurría sin que hicieran nada jugaba en su contra.

—Volvamos al tanatorio. ¡Corred! —ordenó Raúl después de un último e infructuoso intento de poner el motor en marcha. El coche no quería moverse e iba camino de convertirse en un improvisado ataúd de metal. Las lunas no resistirían la fuerza de cientos de manos y, tarde o temprano, conseguirían romperlas para sacarlos a rastras de ahí. Ahora que podía apreciar con claridad la cara de esos seres, se le formó un nudo en la garganta y en el corazón, que ya de por sí funcionaba por encima de su capacidad y pugnaba por mantenerse en el interior de su velludo pecho.

David fue el primero en salir y echar a correr. La mujer lo hizo justo después y se pegó a su espalda. Solo unos metros les separaban del muro del tanatorio. Una vez dentro estarían a salvo, o eso querían creer. Raúl salió el último y avanzó hacia ellos mientras detrás se desataba el caos de los muertos, que hasta el momento avanzaban andando, empezaron a correr también. El silbido de

Las gargantas de esas cosas se clavaba en la espalda de Raúl como un cuchillo ardiendo e, incapaz de mirar atrás, corría sabiendo que en cualquier momento una garra podía sujetarlo por el hombro quedando al traste con cualquier posibilidad de escapar. Por suerte para todos no fue así y llegó al interior del edificio sano y salvo. Detrás, solo quedó el sonido de los huesos de alguno de los zombis al romperse contra el muro. Estaban a salvo, se permitieron respirar profundamente y, por primera vez en mucho tiempo, sintieron que estaban vivos.

Entraron de nuevo en el interior del establecimiento y cerraron las puertas a cal y canto apoyando en ellas todo lo que pudieron encontrar en el diáfano espacio. El poco personal que todavía quedaba en el edificio los miró sorprendidos, pero no dijeron nada al observar el estado en el que habían entrado, pero sobre todo, al ver en el que se encontraba la mujer. Cuando por fin dejaron de apilar los sillones frente a la puerta, el gerente intervino.

—¿Qué se supone que están haciendo? No pueden entrar aquí como lo han hecho y empezaron a moverlo todo. ¿Qué está ocurriendo? ¿Qué representa todo este alboroto?

—¡Cállese! —respondió Raúl gritando. Estaba fuera de sí, con la adrenalina corriendo por todo su cuerpo como un caballo desbocado—. Si quiere vivir, y supongo que quiere hacerlo cállese y no moleste. Están por todas partes.

El gerente creyó que estaban locos. No le faltaban motivos para ello, viendo lo sucedido. Él no había estado fuera y no sabía lo que se cocía al otro lado de los muros que los separaban de esas cosas. No se había enfrentado a aquellos seres irracionales que estaban sembrando el caos por toda la ciudad, mientras él se limitaba a rellenar papeleo en su preciosa oficina decorada con fotos de unos niños felices y una mujer espectacular a la que jamás volvería a ver. Madrid acababa de ser tomada y el centro de la capital era un verdadero hormiguero, lleno de zombis hambrientos que poco a poco llenaban las calles de sangre y vísceras en el resto de la ciudad.

El ambiente en el interior del velatorio era ahora algo más crispado. Raúl y David permanecían pegados a la ventana, mirando cómo en el exterior los zombis se arremolinaban alrededor del edificio, incapaces de superar el muro que les separaba. La mujer, sentada en uno de los sillones que se salvaron de formar parte de la improvisada barricada, miraba al techo con la vista perdida mientras bebía una botella de agua que le había sido entregada por una de las trabajadoras que, a juzgar por su uniforme, parecía ser la chica de la limpieza. La otra empleada vestida con camisa blanca y falda negra, permanecía de pie junto al gerente y lo observaba todo sin mediar palabra.

—¡Venga aquí! —ordenó Raúl al director. Este le hizo caso y se acercó a la ventana.

—Pero... ¿Qué están haciendo todas esas personas? ¿Qué demonios está pasando? —preguntó el hombre, que intuía de antemano la respuesta. Quien más o quien menos había visto alguna película de zombis en algún momento de su vida. Todo el mundo sabía lo que eran, aunque nadie en su sano juicio hubiera imaginado que podían ser reales.

—Muertos. Zombis. Podridos. Llámelos como quiera, pero están aquí y quieren entrar a morderle las pelotas.

El tipo enmudeció y se retiró unos metros hacia atrás, incapaz de asimilar lo que acababa de ver, y miró a las dos trabajadoras que aguardaban detrás del mostrador buscando un poco de consuelo. En el exterior, cientos de muertos campaban a sus anchas, intentando dar con la forma de

zsuperar el muro y llegar hasta ellos. Dentro, el ambiente estaba cargado. David encendió un ,cigarrillo haciendo caso omiso a los carteles de prohibido fumar sin que nadie le dijera nada lExistían cosas mucho más importantes que el humo nocivo de un simple pitillo.

<sup>s</sup> Un ruido seco y tosco rompió el silencio sepulcral en el que estaban sumidos. Algo acabab:  
<sup>r</sup>de caer al suelo en una de las salas contiguas, las del velatorio, donde reposaban los cadávere  
esperando que alguien los devolviera a la cámara. A los pocos segundos, unas manos amarillenta  
,asomaron por el marco de la puerta que daba acceso a la sala A, donde reposaba el seño  
eMelquíades Villatoro Suárez, según rezaba la esquila que identificaba la estancia. Los pies de  
odifunto aparecieron justo después, acompañando un cuerpo viejo y maltrecho que se movía con  
ndificultad.

La conmoción se apoderó de todos durante los primeros segundos, y ninguno de lo  
rpresentes reaccionó mientras el señor Villatoro avanzaba hacia ellos. Se paró un momento  
intentó chillar, pero sus labios no se separaron ni un ápice. Estaban sellados, al igual que sus ojos  
rCon desprecio y una fuerza increíble para un cuerpo de ochenta y tantos años, se arrancó lo  
,párpados y los labios de un fuerte tirón, dejando expuesta parte de la calavera. Esta, de un gri  
,pétreo, se fundía con la carne y la sangre coagulada que formaba grumos que se introducían en la  
hendiduras del hueso. De su boca asomaba el algodón que con esmero había usado e  
l<sup>t</sup>anatotopractor para rellenar el cadáver y evitar la expulsión de fluidos *post mortem*. Ahora, si  
e<sup>p</sup> paso era más rápido y sincronizado. Parecía haberse adaptado a la nueva condición con  
s<sup>a</sup>asombrosa rapidez y avanzaba apresuradamente sin que nadie fuera capaz de hacer nada a  
n<sup>r</sup>espeto. Cuando estaba a pocos metros de ellos, Raúl reaccionó cogiendo el extintor que colgab:  
d<sup>d</sup>de un soporte al lado de la ventana donde se encontraba recostado.

<sup>s</sup> —¿No veis lo que está pasando? ¡Se están levantando igual que lo han hecho los demás! —  
gritó Raúl al resto del grupo.

<sup>d</sup> —No-me-jo-das —respondió David, remarcando cada sílaba para así comprender mejor lo  
n<sup>n</sup> que acababa de gritar su novio.

a —No-te-jo-de —apuntilló la mujer, burlándose de él. Parecía que la presencia del seño  
sVillatoro la había sacado del letargo en el que estaba sumida desde que entraron.

<sup>b</sup> Raúl avanzó hacia el anciano y le interceptó a pocos metros de donde se encontraba el resto  
<sup>o</sup>del grupo. Alzó el extintor por encima de su cabeza, blandiéndolo con las dos manos, y se prepar  
para asestar el primer golpe. Los ojos del señor Melquíades eran un nido de pequeños capilare  
rojos que contrastaban con lo oscuro de sus ojeras. La piel arrugada y amarillenta estab:  
\_recubierta por infinidad de venas negras como el carbón que se repartían como raíces de un árbo  
\_centenario por todo su cuerpo. El muerto gritó, salivó y babeó, a pesar del algodón que se resisti  
<sup>j</sup>a caer y quedó encajado en su boca. Al ver a su presa tan cerca, se lanzó corriendo hacia él.

El primer golpe de extintor le tumbó, dejándolo tendido en el frío suelo de mármol blanco  
a Un segundo impacto le abrió la sien y de la herida brotó una especie de sangre negruzca y espesa  
a formando un río pútrido y enlodado por infinidad de vertidos tóxicos que iba a morir en su boca  
Un tercer golpe le aplastó el cráneo, obligando a la criatura a dejar de moverse al fin, moment  
e<sup>e</sup> que Raúl aprovechó para arrojar el extintor lejos de donde se encontraba. Se sentía sucio y l  
e<sup>e</sup>repugnaba lo que acababa de hacer. Pensó que no era posible que eso sucediera, pero sí, lo era  
e<sup>e</sup>No era una pesadilla como las que padecía de niño y lo mantenían en el interior de las sábanas

nteniendo lo que se escondía bajo la cama. Todo lo que había visto era real, los muertos se levantaban y andaban a su alrededor como en las películas, y mordían, arañaban y comían todo aquello que seguía con vida a su paso.

a Raúl se sentó en el suelo, recostando espalda y cabeza contra la pared. Miró alrededor y profirió un largo suspiro. A su mente acudieron las imágenes de lo sucedido y una lágrima se escapó de sus ojos. De repente, como un rayo, un macabro pensamiento cruzó su cerebro. La imagen de su madre luchando contra el cristal que recubría el féretro le estremeció e hizo que se pusiera en pie de un salto. El sonido del metacrilato rebotando torpemente contra el suelo le indicó que era demasiado tarde como para hacer algo al respecto. Mamá estaba despierta y no tardó en aparecer por el umbral de la puerta para escrutar al grupo buscando su primera víctima. Iba vestida con sus mejores galas, al igual que el señor Villatoro, y su cuerpo viejo, marchito y lleno de cicatrices empezó a moverse hacia ellos. Su cara se arrugó, formando una horripilante mueca, y apretó los dientes y las manos con una fuerza inhumana justo antes de arrancarse los párpados, los labios y empezar a correr. Raúl observaba atónito, incapaz de reaccionar. Su madre aceleró el paso y se acercó a él con los brazos alzados. En otro tiempo esa estampa hubiera precedido a un fuerte abrazo lleno de amor y comprensión, pero en ese momento presagiaba cosas muy distintas a las que cualquier hijo podría esperar de una madre. Los besos habían quedado atrás y la boca solo ansiaba una cosa: el sabor de su carne.

n El extintor yacía a un lado, pero lo ignoró. Era incapaz de golpear a su madre con él y optó por la opción más fácil. Se resignó y acurrucó sobre sí mismo esperando el momento en el que el aser que le había dado la vida, se la quitara de golpe y lo transformara en uno de esos monstruos. Si ya era duro perderla una vez, no quería ni imaginar cómo sería verla morir de nuevo y, aunque la visión de su madre transformada y despojada de párpados y labios era terrorífica, Raúl abrió los brazos y cerró los ojos. Esperó durante unos segundos en los que creyó notar que sus garras lo apresaban, que su boca se posaba de nuevo en su piel, como hacía cuando era un niño para propinarle besos por todo su diminuto cuerpo y que, finalmente, sus dientes se clavaban en su carne. Creyó morir y despertar hecho una fiera hambrienta y desesperada, antes de descubrir que nada de eso ocurría.

El cadáver de su madre cayó a plomo sobre él.

o Estaba muerta otra vez.

ó Cuando abrió los ojos descubrió el cuerpo de su madre inerte sobre su pecho y lo abrazó con sumo cuidado. Alguien le había golpeado en la nuca con el extintor, abriendo una enorme brecha que iba a morir en su espalda.

ó Una sensación de rabia creció exponencialmente en su interior hasta repartirse por cada terminal nervioso de su cuerpo y cada poro de la piel. Su sudor olía a rabia, sus lágrimas olían a rabia; hasta su miedo olía a rabia. Le costaba respirar y el corazón latía con tanta fuerza que fue incapaz de controlar la ira. Alzó la vista y vio al gerente del tanatorio sujetando la improvisada arma entre sus manos.

o La vista se le nubló y un impulso irracional, nacido desde lo más profundo de su ser, lo puso en pie. Raúl fue incapaz de controlarse. Noventa kilos de furia se acercaron al gerente con el puño alzado. Un puñetazo. Otro. Y otro más.

s Siguió golpeando hasta que aquel tipo cayó al suelo.

e David intentó separar a su pareja del cuerpo inconsciente del director del tanatorio, pero lo fue imposible, un empujón lo estrelló contra la pared.

Raúl cogió el extintor y lo uso para seguir aporreando a su rival.

y Poco después, todo se quedó en silencio. Un silencio frágil y quebradizo como una hoja caduca en un mes de octubre. Un silencio agrio e incómodo, enfermizo, que se hizo pedazo cuando David empezó a llorar. La mujer que habían rescatado pocos minutos antes sonrió de forma irónica.

e —Estamos sentenciados. Si no nos matan los zombis, lo hará algún loco como este.

o David la miró e hizo el amago de responder, pero en el fondo sabía que era cierto. Lo que Raúl acababa de hacer no tenía excusa posible. Era un asesinato. En el suelo yacía un hombre cuyo único delito, aparte de enriquecerse durante lustros con la desgracia ajena, fue intentar salvar la vida de los allí presentes.

e En ese momento se creyó incapaz de volver a mirar a su pareja del mismo modo, de quererlo como lo había hecho hasta el momento. Raúl había sido su mundo desde que lo conoció después de una cena de trabajo; una de esas noches que se escapan de las manos por culpa de alcohol y alguna que otra sustancia. Él, que se creyó hasta ese día un heterosexual casado, acabó en casa de un homosexual. Primero sintió vergüenza de sí mismo, después odió a Raúl y lo culpó de lo ocurrido aquella noche. Aunque sabía que no era así, necesitaba expulsar la culpa y la forma más fácil era que esta recayera sobre otro. El mundo siempre ha funcionado de esa manera, y hasta en las altas esferas se señala a los demás por los errores propios. Con el tiempo, menos de lo que se imaginó en un principio, aceptó que lo ocurrido en un piso del barrio de Chamberí era tan natural como cualquier otro acto sexual consentido. Comprendió que lo que llenaba su corazón era el más puro y sincero amor que jamás había conocido, mucho más franco que el que sentía por su mujer amarchitado por el paso de los años y las infidelidades.

u —Lo siento —susurró Raúl en un gesto inútil por apaciguar los ánimos. La mirada de David lo perforó con unos ojos rojos inundados de lágrimas.

—Déjame, ni me mires. Lo que has hecho no tienen perdón. Eres un monstruo. Eres peor que esas cosas que hay fuera. ¡Joder! Ellos no piensan, no razonan. Tú... deberías haberlo hecho. ¡Tu madre te quería matar! ¡¿No lo viste?!  
o

—Sí...

e Raúl se acurrucó sobre sí mismo, abrazándose las rodillas con las mismas manos manchadas de sangre que acababan de asesinar a un hombre. Manos sucias por una culpa que le acarcomía las entrañas. Era consciente del cambio que eso significaba. Si algún día esos zombis desaparecían y la vida volvía a ser la misma de antes, lo juzgarían y debería pagar por sus pecados, porque no le cabía la menor duda que los que habían presenciado el asesinato lo denunciarían, incluido David.

Las trabajadoras del centro, que habían permanecido ajenas a lo ocurrido, limitándose a contemplar con estupefacción, apartaron el cuerpo de su jefe del meridiano de la sala y lo recubrieron con el mantel que decoraba el expositor. Oculto a la vista parecía menos ofensivo y eso creyeron hasta que la tela empezó a empaparse de sangre, dibujando un cuadro abstracto de terrible trazo. Ambas estaban asustadas y sabían que su única opción era unirse a esos tres

edesconocidos que parecían sacados de una película de Tarantino.

—Mónica, me llamo Mónica —dijo al fin la mujer que habían rescatado en el exterior de velatorio—. Ya va siendo hora de que nos conozcamos y pongamos las cartas sobre la mesa. Esto es una mierda enorme y prefiero saber con quién puedo contar —añadió mientras miraba a los presentes, poniendo especial énfasis en las empleadas. A David, y en menor parte a Raúl, le debía la vida.

Mónica encendió un cigarrillo y respiró hondo dejando que el humo llenara sus pulmones.

Todos se presentaron e intercambiaron miradas, intentando calibrar la situación. Estaba claro que Raúl y David, pese a lo ocurrido, eran el núcleo dominante. Mónica se encontraba en tierra de nadie, sin ningún lazo afectivo que la uniera a alguno de los allí presentes. Marta y Judith se negaban a interactuar con el resto. Estaban asustadas, las que más, y todo les parecía algún tipo de pesadilla de la que querían despertar.

—¿Hay más cadáveres dentro? —preguntó Mónica a las chicas.

—Sí, encerrados en las cámaras de la parte trasera. Dudo que puedan salir de allí sin el código de seguridad que abre las puertas —respondió Judith, siendo la primera en quebrar el caparazón del miedo.

—Mejor, así nos ahorraremos problemas —contestó Mónica. Ahora que conocía de su existencia y agudizando un poco el oído, pudo escuchar los golpes de los difuntos contra el meta de la puerta.

—¿Cómo vamos a salir de aquí? —interrumpió David, que se acababa de incorporar a la conversación consciente de que allí dentro no durarían mucho. Esas cosas se estaban apelotonando contra el muro de la calle y no tardarían en derribarlo.

—No vamos a salir; al menos, no de momento —respondió Raúl.

—Tú te callas —le increpó Mónica incapaz de controlar los nervios. Todavía no era capaz de comprender como pudo reaccionar de la forma que lo hizo. Acabar con la vida de una persona de un modo tan atroz solo podía ser obra de un demente—. Eres el menos indicado para dar órdenes. Tú harás lo que los demás decidamos y si no te gusta te jodes. No vamos a obedecer a un asesino.

Raúl arrugó la frente, cerró los ojos y suspiró por enésima vez. Aunque se había calmado un poco, tenía los nervios a flor de piel y las palabras de Mónica lo golpearon como un puñetazo americano directo a la tripa.

—No sabes lo feliz que sería ahora mismo si el gilipollas de mi novio no te hubiera abierto la puerta. Nos debes la vida, no lo olvides —contestó Raúl rebuscando las palabras correctas en su mente para infligir el mayor daño posible a la mujer.

—Se la debo a él, cabrón de mierda. Tú querías dejarme morir, no lo olvides —Mónica arrojó la colilla, que aún ardía, cerca de los pies de Raúl. Este la apartó de una patada.

El aludido se levantó y salió de la habitación. Odiaba a Mónica, odiaba a David y el mundo entero le importaba lo mismo que un escarabajo pelotero cargado de mierda. Odiaba a la humanidad en sí, pero sobre todo se odiaba a sí mismo.

s

¡Crash!

Un cristal se rompió a sus espaldas. Por un momento habían olvidado que los muertos estaban asediando el edificio desde el exterior. El muro se acababa de romper por la parte más débil y los zombis accedían en tropel al perímetro interior. Las ventanas del edificio, de aluminio blanco e impoluto, empezaron a temblar debido a las acometidas de un putrefacto tumulto de muertos andantes, y los cristales caían como una cascada sobre la hierba del patio.

—¡Mierda! —exclamó David.

—¿Qué demonios hacemos? —preguntó Mónica mirando al exterior—. Hay un montón de cosas dentro.

Se quedaron callados durante unos instantes. El sonido de pies arrastrándose en los jardines, golpes enérgicos contra los cristales rotos que resistían pegados al marco de metal de las ventanas y el gorgoteo de bramidos guturales infligió en ellos una nueva oleada de terror. Esta vez mayor y más violenta que las anteriores.

—¡Rápido! ¡Por aquí! —les indicó Judith a la vez que empezaba a correr—. ¡Al garaje! —añadió comprobando que todos la seguían.

Echaron a correr con el corazón contraído en un puño y los pulmones a punto de salir por la glotis, exprimiendo al máximo sus piernas. Los muertos ya entraban en el recibidor del tanatorio y sin armas con las que defenderse, no tenían opción alguna de seguir con vida.

Marta, la chica de la limpieza, se subió a uno de los coches fúnebres y puso el motor en funcionamiento al mismo tiempo que accionaba la puerta mecánica del garaje con el mando a distancia. Ante ellos, Madrid se mostró como una boca hambrienta que empezaba a escupir humo y fuego. Los coches lloraban gasolina, destrozados en mitad de la calle, mientras la gente luchaba por salir de ellos y escapar a tiempo. La inmensa mayoría caía después de dar dos pasos fuera del vehículo, probando el duro asfalto entre mordiscos y zarpazos, justo antes de desaparecer para siempre.

—¡Por allí! —exclamó David mientras cerraba la puerta. Los demás, a excepción de Raúl ya estaban dentro del coche y esperaban ansiosos que empezara a rodar. Él fue el último en entrar y se sentó sin decir nada mientras observaba la calzada intransitable que debían recorrer para salir del garaje. Un pequeño hueco en el arcén, por el que cabía un solo vehículo y poco más, se ofrecía como única vía de escape.

El coche mortuario salió disparado hacia el hueco, y lo atravesó rozando con los laterales los vehículos que le cerraban el paso. Multitud de chispas salieron disparadas a cada lado del automóvil. Raúl se aferró a su novio, que en un primer instante lo rechazó. Mónica cerró los ojos deseando que todo aquello pasara rápido mientras Marta pisaba más y más el pedal de acelerador.

Todo se detuvo como por arte de magia. Los ocupantes del vehículo salieron rebotados en todas direcciones. El ruido ensordecedor del metal chirriando contra el asfalto se mezcló con el de cristales rotos, sangre y gritos. Todo ello sucedió en una porción de tiempo tan ínfima que apenas se dieron cuenta de nada.

El golpe fue descomunal, terrible. Los cristales estallaron en mil pedazos cuando Marta

salió disparada y atravesó el parabrisas. Judith siguió el mismo camino, pero su cuerpo quedó atrapado sobre el capó del vehículo.

Raúl abrió los ojos como pudo. Le dolía todo, y moverse resultaba un esfuerzo colosal. Finalmente, tras unos cuantos intentos, desistió. David estaba justo a su lado. El cinturón de seguridad había impedido que ambos salieran disparados fruto de la inercia, pero los restos de una farola caída se habían clavado en el pecho de él.

—Ca...cariño —suplicó Raúl incapaz de alzar la voz. Cada vez que sus pulmones se abrían para coger aire, un relámpago de dolor le recorría el pecho. Cuando se cerraban era todavía peor.

David no contestó. Su cabeza reposaba sobre su hombro como el péndulo oxidado sobre la madera de un reloj de pared sin cuerda. Estaba roto, empapado de sangre, y los pedazos de cristal se clavaban en su piel.

Ese fue el preciso instante en el que se dio cuenta de que su novio había muerto.

Raúl rompió a llorar sin prestar atención al dolor que experimentó por todo su magullado cuerpo. Olvidó que estaba en plena calle, en mitad de un Madrid supurante e infecto, perdido en el ojo del huracán de un maldito apocalipsis zombi. No se percató de que Mónica seguía inconsciente en el asiento contiguo ni de que Marta y Judith habían muerto. Su cabeza estaba muy lejos de aquel lugar.

Olvidó también que los zombis estaban por todas partes y que uno de ellos lo acababa de agarrar por el cuello.

a  
o  
a  
l  
a

,  
r  
a  
e

s  
l  
s  
l

n  
l  
e

a

salió disparada y atravesó el parabrisas. Judith siguió el mismo camino, pero su cuerpo quedó atrapado sobre el capó del vehículo.

Raúl abrió los ojos como pudo. Le dolía todo, y moverse resultaba un esfuerzo colosal. Finalmente, tras unos cuantos intentos, desistió. David estaba justo a su lado. El cinturón de seguridad había impedido que ambos salieran disparados fruto de la inercia, pero los restos de una farola caída se habían clavado en el pecho de él.

—Ca...cariño —suplicó Raúl incapaz de alzar la voz. Cada vez que sus pulmones se abrían para coger aire, un relámpago de dolor le recorría el pecho. Cuando se cerraban era todavía peor.

David no contestó. Su cabeza reposaba sobre su hombro como el péndulo oxidado sobre la madera de un reloj de pared sin cuerda. Estaba roto, empapado de sangre, y los pedazos de cristal se clavaban en su piel.

Ese fue el preciso instante en el que se dio cuenta de que su novio había muerto.

Raúl rompió a llorar sin prestar atención al dolor que experimentó por todo su magullado cuerpo. Olvidó que estaba en plena calle, en mitad de un Madrid supurante e infecto, perdido en el ojo del huracán de un maldito apocalipsis zombi. No se percató de que Mónica seguía inconsciente en el asiento contiguo ni de que Marta y Judith habían muerto. Su cabeza estaba muy lejos de aquel lugar.

Olvidó también que los zombis estaban por todas partes y que uno de ellos lo acababa de agarrar por el cuello.

# CAPÍTULO 4

## —ELLA NO TIENE DUEÑO—

### 1

Paz se cansó de tanto aguantar. Ya no reconocía en él al chico cariñoso y amable del que se enamoró. Su vida, antaño bonita y placentera, llena de flores y cenas románticas, construida a base de largos paseos por la playa en los días de vacaciones; su vida, esa vida de cuento de hadas, se había transformado en la peor de las pesadillas.

Sobre la mesa del comedor y encima de un flan de marca blanca, del que ni siquiera probó bocado, reposaba la cabeza sin vida de su marido. Un enorme corte en el cuello ejecutado quirúrgicamente de izquierda a derecha mientras lo sujetaba por el pelo de la nuca, abrió una grotesca sonrisa por la que manaba una ingente cantidad de sangre. Tantos años deshuesando jamones en el trabajo y otros tantos destripando pollos en la granja familiar, habían dotado a Paz de una excelente técnica de corte a la que por fin había dado un buen uso.

La sangre tiñó de rojo la mesa y parte de la pared, fundiéndose con el gotelé raído y obsoleto que tanto le disgustaba. Paz la observó con detenimiento. Esa mancha roja y brillante no significaba otra cosa que libertad, y a esa idea se abrazó mientras no malgastó ni una sola lágrima en lamentar lo ocurrido. Ni una sola. En su corazón habitaba el más frío de los inviernos, y en su interior no asomó ni un resquicio de culpabilidad con la intención de fundir la escarcha tejida por las mentiras y las traiciones que la habían mantenido en el limbo entre la cordura y la locura. Si esa capa a modo de armadura, habría enloquecido tiempo atrás, víctima de las vejaciones y los golpes.

Se sentía feliz, liberada del yugo que suponía la vida al lado de su maltratador. Más feliz de lo que recordaba haber estado nunca, pero, sobre todas las cosas, se sentía libre.

Paz abrió el grifo del agua caliente y se sumergió bajo la ducha para dejar que toda la sangre se escurriera. Primero resbaló por sus dedos, luego recorrió sus piernas hasta llegar a sus pies y acabó por derramarse sobre el material blanco de la bañera camino del desagüe por el que se perdió. Con ella se fueron los años más oscuros y tenebrosos de su vida. Al fin era libre y se sentía más viva que nunca.

Se excitó.

El rojo líquido que moría bajo sus pies desató un mar de sensaciones en su vientre, que empujó sus manos hacia su sexo, húmedo por algo más que el agua de la ducha, preparado para recibir la acometida de sus dedos. El placer hizo que olvidara durante unos interminables segundos el asesinato que acababa de cometer.

### 2

Salió de la ducha y se enrolló una toalla blanca en el pelo para recogerlo en un práctico moño. Si miró después en el espejo empañado del baño y permaneció así varios segundos. Paz contaba con más de cuarenta primaveras y su cuerpo no había soportado demasiado bien el paso del tiempo ella lo achacaba a los medicamentos para la depresión que la acompañaba de forma perenne desde que su marido la golpeó por primera vez, anulando por completo su voluntad. Aunque hacía mucho que no se sentía a gusto con su cuerpo, según los amigos de su marido, desgraciados como él, seguía de buen ver. Si de algo estaba orgullosa era de sus senos, los cuales todavía permanecían ajenos al efecto de la gravedad.

e Acabó de secarse el pelo mientras preparaba la ropa que se iba a poner a continuación eTenía ganas de salir a la calle y gritarle al mundo que era libre.

e Prendió un cigarrillo e inspiró hasta que los pulmones se cerraron, aprisionando el humo en su interior. Aguantó unos segundos y lo liberó de golpe para formar una gran nube gris. La primera calada de su nueva vida la embriagó y se sintió mareada igual que la primera vez, mecida por un leve vahído, unos pasos dubitativos y un tenue dolor de cabeza que pasó enseguida. Nada podía estropear ese momento, nada ni nadie. El horror que la esperaba día tras día a manos de un hombre que estaba muerto sobre la mesa del comedor le pareció lejano y ajeno, como si perteneciera a otra vida, a otra mujer, mientras ella ardía en deseos de salir a explorar Madrid como nunca había hecho, secuestrada por el que hasta hoy era su condena, cárcel y verdugo.

y Un ruido tosco y seco rompió el idílico momento, devolviéndola de nuevo a la cruda realidad. Algo había caído al suelo del comedor, el sonido del parqué era inconfundible. Enseguida le vino a la mente la imagen de su marido tumbado en el suelo inerte, amarillo, frío y con un rastro de sangre reseca alrededor de la herida del cuello. El ruido de unos pasos borró esa visión de su cabeza. Alguien arrastraba las suelas por el parterre de forma pesada y cansina acercándose lentamente hacia su posición.

s Una mano ensangrentada se apoyó en el marco de la puerta y recorrió la moldura dejando un rastro de sangre tras de sí. El brazo empezó a emerger despacio, como una serpiente, hasta mostrar una camisa que ella misma planchó con esmero el día anterior. Negó con la cabeza y pensó que aquello era imposible, mientras multitud de imágenes recorrían su mente intentando hallar una explicación lógica a lo que veían sus ojos. Aunque sabía perfectamente quién se encontraba al otro lado de la pared, se negaba a aceptarlo. Su marido asomó por el hueco de la puerta con la garganta abierta de par en par y la cabeza echada hacia atrás de forma grotesca. Sus brazos se extendieron hacia ella y un grito ahogado salió por el hueco abierto, justo donde se encontraba la glotis. Un alarido aterrador; sordo, lleno de rabia y maldad, que presagiaba un fata desenlace.

—¡Desgraciado! —gritó Paz mascullando entre dientes—. ¡No puede ser! —exclamó mientras lo que antes era su marido, un desgraciado ejemplar de puertas afuera y un maldito demonio dentro de casa, avanzaba hacia ella.

s Paz ojeó a su alrededor sin saber bien qué hacer. Cogió un bote de laca y rebuscó en el bolsillo del albornoz hasta encontrar el mechero. Apuntó a la cara de su marido al mismo tiempo que prendía el chorro de espray. La llamarada alcanzó su objetivo. Los pelos enmarañados

ardieron casi al instante y los ojos se fundieron poco después, como una gelatina burbujeante víctimas de las llamas y el calor. Multitud de ampollas que se agrietaban y explotaban ocuparon la piel del rostro.

Por desgracia, eso no fue suficiente para detenerlo y el engendro siguió avanzando durante unos segundos que parecieron una eternidad, antes de que cayera muerto al suelo otra vez.

Ella respiró aliviada y arrojó el bote y el mechero sobre el cuerpo de su marido, mientras comenzó a llorar de forma iracunda, canalizando los nervios y la ansiedad.

### 3

Las toallas comenzaron a arder. A continuación, la cortina del baño prendió en una gran llamarada y se fundió sobre la bañera. Paz permanecía inmóvil, ni siquiera comprendía lo que acababa de presenciar y no sabía si le apetecía vivir ni un minuto más en un mundo donde los hijos de puta regresan de la muerte como acababa de hacer su marido. En unos segundos, la libertad que experimentó al asesinarlo por primera vez se convirtió en un infierno que ahora la envolvía con sus amenazadoras llamas. El cadáver seguía en el suelo, chamuscado por completo, con la piel negra y un penetrante olor a cerdo quemado mezclado con productos químicos y plástico derretido.

Paz alzó la cabeza y miró el fuego. «¿Es este mi final?», pensó justo antes de que las llamas prendieran otra vez, de forma tímida, el cuerpo que reposaba junto a ella. «Definitivamente no» se dijo a sí misma. Echó un último vistazo al desgraciado que yacía muerto y se levantó de inmediato del inodoro.

Sin tiempo apenas para respirar y con mil y una dudas enmarañando su mente, decidió que merecía vivir, se vistió con el vestido corto y las medias negras que había preparado para la ocasión y abandonó la vivienda. Solo cogió el bolso, el monedero, todo el dinero del que disponía y la documentación. Llenó un macuto con un par de mudas y cerró la puerta tras de sí. Ya en la calle se giró para echar un último vistazo a su apartamento. Las llamas empezaban a devorar parte del comedor y el humo se colaba por los resquicios de las ventanas. La luz anaranjada, viva y centelleante, le insufló nuevas fuerzas. Al fin era libre; ese cabrón no la podría tocar más.

El Madrid que descubrió Paz en su nueva vida resultó ser un auténtico caos. Los coches se amontonaban en mitad de la calzada como hierros olvidados por sus propietarios. Familias enteras intentaban escapar como podían de los ataques de otras personas que parecían haberse enloquecido. «Sí, son zombis», pensó justo antes de empezar a correr. Sin saber por qué, cruzó la calle y se encontró cara a cara con una de esas cosas. Era asquerosa y estaba cubierta por completo de una pátina de sangre coagulada que colgaba del hueco donde debían estar sus extremidades superiores. Su boca se abrió y profirió un gemido aterrador que alertó a otros que deambulaban alrededor en busca de una presa.

—¡Corre! —gritó alguien detrás de ella. Un militar corría acompañado de otro chico. A

¡Igual que los demás, intentaban escapar de aquella diabólica marabunta. Paz se unió a ellos sin tiempo para pensar, pero fue incapaz de mantener el ritmo y optó por esconderse en el interior de un pequeño supermercado de barrio que tenía las persianas abiertas. Por suerte, no había nadie dentro y pudo cerrar la puerta sin problemas. No hacía ni cinco minutos que había abandonado su casa y casi había muerto entre las garras sucias de esas cosas.

—«¿Qué diablos está pasando aquí?!» —cuchicheó alterada mientras encendía el último cigarrillo que quedaba en el arrugado paquete.

—Zombis —respondió la voz de un hombre que la observaba escondido detrás de mostrador—. Muchos zombis —añadió.

—Eso ya lo he visto, ¡joder! ¿De dónde sales tú? —escupió Paz cabreada y sorprendida a partes iguales. Al entrar escudriñó la pequeña tienda, pero no vio nadie en su interior convenciéndose de que estaba sola en el local.

—Del mismo lugar que tú. Entré justo antes; ni siquiera me dio tiempo de cerrar la puerta y puedes dar gracias por ello. Si no, ya serías una más de esas cosas.

Aquel hombre, de unos cincuenta años, abandonó la penumbra y se mostró a ojos de Paz. Su piel era blanca como la nieve y el pelo no distaba mucho de esa tonalidad. Sin duda, era una persona albina. Los ojos azules del hombre se posaron en el vestido de ella, que en apenas dieciséis minutos había quedado hecho unos zorros.

—¡Menuda mierda! —exclamó Paz mirando más allá del aparador. La calle era ahora un auténtico camposanto y los cuerpos, demasiado magullados para ponerse en pie, ocupaban buena parte de la calzada. Entre los coches aún se podían escuchar los gritos de los pocos supervivientes que seguían con vida, presos en el interior de los vehículos mientras la maraña de zombis intentaba llegar hasta ellos.

—Aparta de ahí —le ordenó—. Si uno de ellos te detecta, estamos muertos. Se mueven como una manada de hienas y se comunican por gemidos, o algún tipo de telepatía, quizás. Cuando uno grita, los que están alrededor acuden hacia el mismo objetivo. En unos segundos tendríamos una decena golpeando el cristal y dudo que resistiera mucho.

Paz obedeció y se retiró unos pasos. Desde la cobertura que le daba una de las estanterías siguió observando cómo las criaturas transitaban por delante del pequeño comercio en busca de presas. Mientras fueran discretos, ahí estarían a salvo. *Twinkies*, pensó recordando una famosa y divertida comedia que trataba sobre el apocalipsis zombi, y dejó escapar una leve sonrisa a recordar cómo uno de los protagonistas recorría todo Estados Unidos buscando una de esas golosinas. Ni ella misma entendió la reacción de su cuerpo, tal vez esa sonrisa no fuera más que un mecanismo para descargar la tensión y no enloquecer en el acto.

Un disparo resonó en la trastienda del local. El sonido era inconfundible y, aunque ninguno de los dos lo había escuchado con anterioridad, lo reconocieron al instante. Otro, algo más rapagado, le siguió. Se oyeron gritos y pasos; sin duda, había alguien allí y estaba librando una terrible batalla. De repente, silencio.

Todo quedó mudo.

Paz indicó a su compañero que se callara, acercando el dedo índice a su boca. Lentamente se acercó a la puerta y apretó la oreja contra ella. El tacto le rebotó en la oreja cuando alguien

golpeó la hoja de madera desde el otro lado. La mujer se apartó de un salto y permaneció alerta. Contó hasta cinco antes de acercarse de nuevo para escuchar. Cuando estaba a escasos centímetros de ella, la puerta se sacudió por completo tras otro golpe.

u —Sal de ahí —susurró el hombre, que lo observaba todo agazapado detrás del mostrador.

o —No me jodas. Si hay algo tras la puerta quiero saber qué es. ¿Acaso nos vamos a quedar aquí quietos, mientras estamos rodeados por ambos lados? Tal vez sea alguien herido que intenta pedir ayuda. Los disparos, ya sabes...

l —Tú misma, si la palmas lo tendrás más que merecido. Yo me quedo aquí detrás escondido —respondió el hombre con un enfado más que notable.

a —Como todos, mucha boca y luego nada —refunfuñó Paz con los labios prietos. Su interlocutor no pudo escucharla, pero ella se quedó a gusto. No pensaba callar nunca más, ya lo llevaba haciendo durante demasiado tiempo.

Tras muchos golpes, la puerta cedió. El pomo cayó al suelo y tras un sonido tosco y seco salió rodando hacia el borde inferior de una de las estanterías donde, tras tambalearse un poco, se detuvo. Paz también se tambaleaba. Ante ella, una de esas cosas la miraba fijamente. Medía casi dos metros de alto por metro y medio ancho, y de su boca aún chorreaba la sangre de su anterior víctima. Vestía una camiseta blanca, con el lema *WHITE PRIDE* en negro serigrafiado en el pecho. La cabeza rapada, botas militares y pantalones estrechos. «Sin duda, es un puto neonazi» pensó Paz. Apretó los puños y maldijo no disponer de ningún arma de fuego como en las películas americanas, donde hasta el más tonto tiene una pistola. Ojeó a su alrededor, pero no encontró nada que pudiera serle de utilidad. La sección de charcutería quedaba al otro lado de la habitación y no sabía del tiempo que dispondría una vez que uno u otro decidiera moverse. Tras unos instantes de duda, la bestia dio el primer paso. No fue un movimiento pequeño ni mediano. Fue una enorme zancada que le situó muy cerca de Paz. Esta no se movió un pelo, observando a su rival con atención. Aprovechando un momento de incertidumbre, mientras la bestia intentaba mantener el equilibrio tras tropezar con el pomo de la puerta, fintó a la izquierda para moverse hacia la derecha. La criatura mordió el anzuelo y chocó con la estantería de productos de limpieza desparramando su contenido por el suelo. Un bote de suavizante se abrió, camuflando en cierta medida el hedor a sangre que desprendía la criatura. El engendro resbaló, dándose de bruces contra el suelo. Paz estaba por fin junto a la sección de charcutería y blandía un enorme cuchillo y jamonero en la mano. «Es un puto jamón enorme. Eso es, Paz, solo un jamón», se convenció mientras observaba cómo el zombi se levantaba y la miraba enfurecido. Por un momento vio un resquicio de racionalidad en su mirada. «No puede ser. Un fascista no piensa», concluyó para sí.

e La bestia se situó junto a Paz e intentó agarrarla. El primer corte cercenó la mano derecha. No la cortó de cuajo, pero la seccionó por la mitad. La criatura ni se inmutó y con la otra mano lo intentó de nuevo. Otro corte le rajó la cara. El arma estaba sumamente afilada y el tajo fue limpio sabriendo la mejilla y la boca de la criatura, que escupió una importante cantidad de sangre oscura y coagulada. Un tercer empuje de la bestia se saldó con el cuchillo clavado en la sien.

Sus ojos se abrieron de par en par, su cuerpo paró en seco y, tras retirar el cuchillo con cuidado, cayó al suelo.

e Paz respiró aliviada.

n

l. El albino la miró asombrada.

S El nazi estaba muerto.

—Uno menos —dijo Paz al medica que se escondía tras el mostrador—. Era escoria en vida y lo seguía siendo después. Nadie lo va a echar en falta.

r Casi sin darle tiempo a reaccionar, el escaparate de la tienda se rompió en mil y un pedazos.  
a El cristal no aguantó las embestidas de un grupo nada desdeñable de no muertos que pugnaba por entrar. Varios de ellos quedaron aplastados contra el suelo, ensartados en los trozos de vidrio más grandes que todavía resistían sujetos al marco de madera, mientras los demás pasaban por encima de ellos. La imagen resultaba escalofriante. Las caras deformadas por el peso, pisotones que rompían manos y dedos, gemidos y aullidos casi animales y sangre; mucha sangre, vísceras y casquería que rebosaban de los cuerpos magullados. Paz no se percató de que durante la pelea mantenida el ruido alertó a los zombis que se encontraban por la zona, haciendo que un gran número se concentrara frente al pequeño comercio.

o —Salgamos por detrás —indicó Paz al albino que todavía permanecía de cuclillas tras el mostrador—. Si quieres vivir, sal de ahí y corre. Por la trastienda hay vía libre, ¡vamos!

r Paz empezó a correr justo en el momento que una de esas cosas se echó encima de su compañero. Todo lo que pudo ver fue su cara de horror cuando la criatura le mordió el cuello y desgarró su garganta. No se resistió. No luchó. Había aceptado su destino mucho antes de que esas cosas entraran en la tienda. Paz no se inmutó y siguió su camino, dejando atrás las estanterías llenas de comida, bebida y productos varios. Abrió la puerta posterior y salió a una callejuela estrecha y despejada. Olía mal, muy mal, como si todos los vertidos de la ciudad fueran a parar en la boca de alcantarilla que se encontraba justo a sus pies, pero lo resistió y, hasta cierto punto, lo disfrutó. Cualquier hedor era mejor que la pestilente sangre que recorría las calles, para formar riachuelos en los laterales. Cerró los ojos y se recostó en la pared tras cerrar la puerta y atrancarla con el palo de una escoba que encontró tirada en el suelo. Estaba viva, y eso era suficiente para ella. Respiró profundamente y miró al cielo. «Ahora toca sobrevivir», pensó, mientras se abrochaba la chaqueta.

a Ahora que el nerviosismo quedaba atrás, respiró durante unos segundos para recobrar el aliento.  
S Notaba el aire frío sobre su piel. La temperatura estaba descendiendo de forma considerable y el cielo encapotado amenazaba tormenta.

n

l.

o

,

a

n

El albino la miró asombrada.

El nazi estaba muerto.

—Uno menos —dijo Paz al miedica que se escondía tras el mostrador—. Era escoria en vida y lo seguía siendo después. Nadie lo va a echar en falta.

Casi sin darle tiempo a reaccionar, el escaparate de la tienda se rompió en mil y un pedazos. El cristal no aguantó las embestidas de un grupo nada desdeñable de no muertos que pugnaba por entrar. Varios de ellos quedaron aplastados contra el suelo, ensartados en los trozos de vidrio más grandes que todavía resistían sujetos al marco de madera, mientras los demás pasaban por encima de ellos. La imagen resultaba escalofriante. Las caras deformadas por el peso, pisotones que rompían manos y dedos, gemidos y aullidos casi animales y sangre; mucha sangre, vísceras y casquería que rebosaban de los cuerpos magullados. Paz no se percató de que durante la pelea mantenida el ruido alertó a los zombis que se encontraban por la zona, haciendo que un gran número se concentrara frente al pequeño comercio.

—Salgamos por detrás —indicó Paz al albino que todavía permanecía de cuclillas tras el mostrador—. Si quieres vivir, sal de ahí y corre. Por la trastienda hay vía libre, ¡vamos!

Paz empezó a correr justo en el momento que una de esas cosas se echó encima de su compañero. Todo lo que pudo ver fue su cara de horror cuando la criatura le mordió el cuello y desgarró su garganta. No se resistió. No luchó. Había aceptado su destino mucho antes de que esas cosas entraran en la tienda. Paz no se inmutó y siguió su camino, dejando atrás las estanterías llenas de comida, bebida y productos varios. Abrió la puerta posterior y salió a una callejuela estrecha y despejada. Olía mal, muy mal, como si todos los vertidos de la ciudad fueran a parar a la boca de alcantarilla que se encontraba justo a sus pies, pero lo resistió y, hasta cierto punto, lo disfrutó. Cualquier hedor era mejor que la pestilente sangre que recorría las calles, para formar riachuelos en los laterales. Cerró los ojos y se recostó en la pared tras cerrar la puerta y atrancarla con el palo de una escoba que encontró tirada en el suelo. Estaba viva, y eso era suficiente para ella. Respiró profundamente y miró al cielo. «Ahora toca sobrevivir», pensó mientras se abrochaba la chaqueta.

Ahora que el nerviosismo quedaba atrás, respiró durante unos segundos para recobrar el aliento. Notaba el aire frío sobre su piel. La temperatura estaba descendiendo de forma considerable y el cielo encapotado amenazaba tormenta.

## CAPÍTULO 5

### —NO HAY TREGUA—

Lorena respiró profundamente y miró a su marido, que se había aseado y despojado de la ropa sucia y llena de sangre. El militar estaba exhausto, y observaba todo lo que ocurría en el exterior desde el fondo de una visión borrosa y perlada por multitud de lágrimas que pugnaban por salir después de la larga caminata y de todo el horror vivido hasta llegar a casa. Sabía que esa era la expresión que tenía cuando no sabía qué hacer, cuando se encontraba perdido. La había visto con anterioridad; poco después de un primer aborto que truncó sus esperanzas de ser padres y lo condenó a un sinnúmero de trámites para conseguir una adopción que jamás cuajó y a punto estuvo de acabar con su matrimonio. Por suerte, superaron el bache y con el tiempo todo eso quedó atrás relegado al cajón de los trapos sucios y, aunque no llegaron a olvidarlo, aprendieron a vivir con ello. Las cosas mejoraron con el tiempo y la relación se afianzó, pero los años que pasaron en el hastío, en el yermo páramo de la duda, dejaron heridas de las que nunca se cierran, solo se suturan con capas y capas de trabajo diario para mantenerlas pegadas. Insultos, desprecios, celos y alguna infidelidad puntual por ambas partes, astillaron el mástil que sustentaba su amor y requirió de un gran esfuerzo mutuo evitar que se acabara de romper.

Se acercó a él y lo abrazó por la espalda. Alfonso se derrumbó como un castillo de naipes y rompió a llorar. Le costaba hacerlo en público, tenía tendencia a guardar lo que sentía bajo llave hasta que le retorció tanto el corazón que estallaba de forma incontrolada. Las cosas en la calle iban a peor y nadie salía con vida de los ataques de los no muertos. Los podía contar por decena en el pequeño espacio que se apreciaba desde la ventana. Por el momento, dentro de casa estaban seguros. Pero él sabía que tarde o temprano deberían salir y exponerse al peligro. La nevera estaba casi vacía y no sabían durante cuánto tiempo podrían disfrutar de agua corriente.

—Tenemos que llenar todo lo que podamos con agua del grifo mientras esta sea potable. Quién sabe cuánto tiempo deberemos subsistir aquí, y más nos vale estar preparados para lo que pueda pasar —dijo Alfonso sin apartar la mirada del cristal.

—De acuerdo, cielo. Voy a llenar la bañera y todos los cacharros que encuentre. ¿Por qué no intentas descansar un poco mientras lo hago? Pareces exhausto.

—No puedo —respondió Alfonso junto a la ventana—. Mi cabeza trabaja a mil por hora y soy incapaz de relajarme. Yo debería estar allí abajo, luchando contra esas cosas, y no aquí metido como una estúpida rata. Soy militar, ese es mi deber. En cambio, estoy aquí escondido sin saber qué hacer mientras mis compañeros mueren en la calle, intentando defender nuestro país — Las lágrimas, sin freno alguno, empezaron a recorrer el rostro de Alfonso que, incapaz de contener la ira, lloraba desconsoladamente. En un acto desesperado, golpeó el jarrón que reposaba encima de la mesita. Este cayó al suelo rompiéndose en incontables pedazos ante la atenta mirada de su mujer.

—Cielo... —dijo ella mientras apretaba los brazos alrededor del cuerpo de su marido para rescatarlo del mar de lágrimas en el que naufragaba—. Estás aquí conmigo. A la mierda el país, ¡a la mierda todos. Estamos nosotros, ¿qué más importa? Debemos permanecer unidos como hemos hecho desde el día que nos conocimos en aquel bar mugriento, cerveza en mano y cantando esa canción de los KISS.

—*I was made for loving you baby* —cuchicheó él esbozando una leve sonrisa. Pese a la situación, ella era todo lo que deseaba tener a su lado.

—*You were made for loving me* —añadió ella mientras lo besaba.

a  
r  
r  
a  
n  
Un enorme estruendo rompió el idílico momento e hizo añicos el beso, esparciendo los retales de lo que era hasta el momento un pequeño oasis de felicidad en mitad de un desierto de maldad y locura. El mundo se estaba yendo a pique bajo sus pies y una descomunal grieta resquebrajó el edificio de arriba abajo, envolviéndolo en una enorme y peligrosa nube de polvo.

s  
echico del chándal gris que recorrió toda la ciudad junto a Alfonso, había caído rendido encima de la sofá cama de la habitación de invitados. La pareja casi se había olvidado de él, pese a que se retiró solo durante un par de horas.

l  
n  
a  
n  
Una pequeña erección se intuía tras la tela del pantalón del gallego pese a los esfuerzos de este por disimular. César acababa de regresar de golpe a la realidad, y esta le pilló entre las sábanas de su cama, soñando con chicas de generosos pechos y mirada lasciva.

—¡Tenemos que irnos! —respondió Alfonso gritando—. ¡Esto no va a aguantar mucho!

y  
calle, pero no esperaban que fuera tan pronto. Se sentían seguros en su pequeño piso del barrio de Vallecas. En apenas unos segundos, ese manto de seguridad se vino abajo. Un enorme camión de bomberos se acababa de estrellar a toda velocidad contra la planta baja del edificio. De lo que quedó de la pared empezó a caer yeso en forma de polvo blanco, convirtiéndose en una nube de que hizo el aire irrespirable. Los gritos de alarma se escuchaban por todo el edificio, alaridos histéricos, llantos y lamentos que se multiplicaban y reproducían por toda la escalera. Alguien saltó de uno de los pisos superiores y pasó delante de la ventana del comedor en caída libre a gran velocidad. El ruido tosco y pastoso del cuerpo rebotando contra la acera se pudo escuchar desde el interior de la casa y se grabó a fuego en el pequeño estómago de Lorena, que vomitó lo poco que había cenado.

é  
La mujer empezó a toser mientras corría de un lado a otro, a la vez que metía todo lo que podía ser útil en una pequeña bolsa de deporte negra. Alfonso, mientras tanto, se ocupaba de hacerlo mismo en la cocina, intentando hacer acopio de todos los alimentos y el agua que podía acarrear sobre su espalda. César se unió a ellos de inmediato, segundos antes de que la pared del comedor se abriera de forma irreparable, mostrando las entrañas oscuras y polvorientas del hueco del ascensor. El aire frío de la calle penetró en el interior de la vivienda cuando la fachada se vino abajo, e hizo el ambiente asfixiante y puso el reloj de arena en su contra. No iba a aguantar mucho y eran conscientes de ello. El edificio se sustentaba sola y únicamente por una estructura oxidada que contaba con más de cincuenta años desde su construcción. Aunque el estado general de la obra era bueno, el daño era tan grave que ni las ciento dos plantas del Empire State lo podrían soportar.

a Un grito destrozó las pocas esperanzas que les quedaban y advirtió, sin más explicaciones a que esas cosas estaban entrando en el edificio. Salir de allí con vida sería un auténtico desafío.

s Mientras recorrían el rellano cuchillo en mano, varios vecinos se unieron a ellos. No s<sup>a</sup> saludaron, ni se miraron, todos mantenían la vista fija en el mismo punto. Las escaleras era l<sup>a</sup> única opción que tenían de salir, pero también era el camino directo hacia las garras de esas cosa a que ya empezaban a recorrer la planta baja. Alfonso quitó el seguro de su rifle, un HK G36 modelo alemán que había sustituido al mítico Cetme que usaban hasta hacía pocos años en e ejército español, y tomó la delantera. Era el único miembro del recién formado grupo que contaba con experiencia en el manejo de armas de fuego y, a su entender, era el que debía tomar l<sup>a</sup> iniciativa. Su orgullo le hizo acreedor del rango superior y, por lo tanto, debía ser él el que encabezara el ataque como hacían los reyes en la Edad Media, comandando a los ejércitos de espadachines y arqueros hacia la batalla. «Esos sí que eran reyes, no como los soplagaita vividores que mantenemos en la actualidad», pensó. No lo consultó con Lorena, pues sabía de sobra que ella no estaría de acuerdo, simplemente aceleró y se situó en cabeza con decisión. Y había desertado una vez, escapando de las puertas del hospital, y no iba a permitir que una persona más perdiera la vida sin intentar hacer nada para evitarlo.

El primer zombi empezó a subir el tramo de escaleras que les separaba. Se trataba de una mujer joven que no pasaría de los veinte años y que andaba renqueante. Al notar su presencia, l<sup>a</sup> sira se desató en su interior como un géiser burbujeante que ascendía de lo más profundo de su ser como un instinto ancestral y subconsciente que empujaba un cuerpo a existir más allá de los límites naturales del ser humano y le obligaba a alimentarse de sus semejantes, como un depredador que se sabe en la cima de la cadena alimentaria, siendo conocedor de que todo lo que se mueve alrededor son víctimas potenciales. Sus garras se abrieron de una forma inhumana y sus dedos se tensaron hasta límites imposibles, convirtiéndose en verdaderas tenazas que no dudaría en apresar a cualquiera de los presentes entre ellas y despedazarlos por completo.

e Un disparo desató una algarabía de gritos y gemidos. Los pasos se aceleraron y la e escaleras empezaron a temblar bajo sus pies. La pared se agrietaba otra vez y nuevas estrías l<sup>s</sup> recorrían en su totalidad. Alfonso vio caer el cadáver de la chica hacia atrás, rebotando sobre los n escalones. Sus ojos protestaron debido al polvo que lo cubría todo, y tímidas lágrimas s<sup>a</sup> escaparon furtivas mientras la tos golpeaba su pecho. Debían salir de allí y debían hacerlo rápido r porque cada segundo jugaba en su contra.

Uno tras otro, los muertos fueron llegando hasta donde se encontraba el grupo de vecinos e Por suerte, ellos mismos formaban un embudo en el cuello de la escalera que les regaló unos r segundos más de sosiego. Eran el vivo reflejo de la estupidez humana, pero aun así, criaturas que en apenas unas horas estaban destruyendo la ciudad que tanto esfuerzo había costado levantar. Una a urbe moderna y cosmopolita llena de vida. Por desgracia, lo que quedaba de Madrid no era más j que un araño en la sesera de un mundo que se iba a pique.

e No tardaron en llegar las primeras bajas en el grupo de vecinos. La cotilla del quinto fue l<sup>r</sup> primera en caer al suelo, y un par de aquellas criaturas se cebaron con su enorme barriga. Si a marido, que apenas se detuvo para ayudarla, tampoco tuvo suerte. Un zombi lo agarró del pie y lo tumbó a su lado. No fue ni bonito ni romántico como en las películas. Se convirtieron contra s<sup>o</sup> voluntad en el pienso de esas cosas, ayudando a que los demás ganaran otro par de valiosos segundos.

Alfonso era incapaz de dar muerte a todas las criaturas que llegaban hasta ellos y avanzar a mismo tiempo. A su espalda, cada vez más vecinos acudían a la desesperada viendo cómo sus viviendas se desmoronaban. Esas personas que incrementaban el grupo, empujaban a los que iban en cabeza hacinándolos contra el pelotón de zetas que los esperaba con la boca abierta. Debían actuar rápido o ninguno de ellos lograría salir a la calle con vida. «Maldita ironía», pensó Alfonso mientras seguía amartillando el percutor de su fusil. «Que una calle llena de toda esta mierda sea nuestra única salida significa que estamos muy jodidos», añadió para sí mismo mientras cambiaba el cargador.

Una nueva ráfaga de disparos hizo mella en la horda de muertos que acudían al reclamo como niños ante un ti vivo de feria, consiguiendo abrir un angosto y resbaladizo pasillo entre ellos.

—¡Ahora! —gritó el militar, que empezaba a correr entre un mar furioso de garras y bocas que intentaban darle caza. Sus pies apenas tocaban el suelo, ya que se posaban sobre los restos de los cuerpos inertes de los zombis que había conseguido abatir.

Lorena y César le seguían de cerca y acudieron de inmediato. Los muertos no tardarían en rellenar el hueco creado y debían aprovechar aquella preciosa ocasión si pretendían salir con vida de allí. Junto a ellos consiguieron pasar dos personas, solo dos. Los demás se difuminaron entre la legión de zombis que se abalanzaron sobre el grupo sin dudar.

Alfonso corría con un ojo delante y otro detrás, sujetando con una mano el fusil mientras con la otra tiraba de Lorena. Ante ellos, el espectáculo era dantesco y los cuerpos yacían amontonados a ambos lados de la calle. En el centro, un montón de coches esperaban a sus dueños con las puertas abiertas y los motores encendidos, suplicando a gritos que alguien los apagara. No quedaba nadie con vida alrededor y, por más que corrían, no conseguían dejar atrás la marabunta de podridos que les pisaba los talones. Torcieron a la izquierda, y ante ellos se presentó un panorama no menos desolador. Una mujer suplicaba auxilio mientras dos de esas cosas le lanzaban al suelo. Tuvo suerte, sin duda, y su cabeza golpeó con fuerza el bordillo causándole una muerte casi instantánea. A su derecha, en cambio, el cochecito de bebé que hasta hacía unos segundos empujaba con ambas manos salía despedido varios metros, mientras su diminuto ocupante no paraba de llorar. Eso despistó a sus perseguidores, que se lanzaron sobre el carrito como si de una sola unidad se tratase, provocando que el lactante callara para siempre unos segundos después.

Los tres supervivientes consiguieron zafarse al fin de sus perseguidores y aminoraron un poco la marcha. César se alisó el pelo rubio y respiró aliviado, estaba a punto de quedarse atrás Alfonso y Lorena estaban en mejor forma y respiraban con normalidad, ya que salían a correr juntos durante las jornadas de permiso del militar.

El trio miró alrededor. Sin darse cuenta habían dejado atrás a las dos personas que consiguieron salir tras ellos.

—Vamos, no hay que perder tiempo —dijo Alfonso mirando a su mujer. —No tardaran en venir a por nosotros, el pobre bebé no les parecerá más que un simple aperitivo.

—¿Cómo puedes decir eso? —le recriminó Lorena. En el fondo, jamás abandonó la esperanza de ser madre—. ¿Cómo puedes hablar así de un recién nacido? ¿No te acuerdas de nada? ¿Es eso?

1 Su voz sonaba a rencor añejo, a rabia madurada con el paso del tiempo en barricadas de madera carcomida por las dudas y el temor. Ella siempre pensó que Alfonso lo había olvidado todo demasiado rápido, que le daba igual tener o no ese hijo, y que se limitaba a intentar complacerla. Ella, en cambio, se moría de ganas de ser madre.

3 —¡No hay tiempo para riñas estúpidas! —gritó César con la vista fija en la calle. Los zombis estaban abandonando el edificio que hasta hace unos minutos les servía de hogar. Ahora era poco más que un esqueleto de metal y hormigón, una víctima más de lo que estaba pudriendo un Madrid de cielo encapuchado y polvoriento que poco parecido guardaba con la ciudad que enamoró al mundo.

e —Tiene razón —refunfuñó Alfonso. —Debemos huir de aquí a toda prisa. Seguramente, en las afueras las cosas estén mejor. Creo que nuestra única baza es correr hacia una zona menos poblada.

e

La avenida de Buenos Aires presentaba un panorama aún más catastrófico. La isleta central se convertía poco a poco en un campo de batalla donde decenas de podridos se cebaban con todo aquello que se movía. Un coche patrulla de la policía local, mal aparcado en una de las esquinas parecía poner límite a la algarabía. Más allá, el camino se veía despejado y la noche engullía los edificios hasta hacerlos desaparecer bajo su oscuro manto.

n —¡Rápido! —gritó Alfonso para alentar a sus compañeros—. Casi estamos fuera —añadió en un burdo intento de animar a los demás. Aunque por el momento pudieran escapar de la epidemia, tarde o temprano esta les daría alcance. Sabía por su condición que no existía persona suficiente para acabar con tal desastre. Y, aunque lo consiguieran en un primer momento, tarde o temprano la balanza se decantaría del lado de las bestias.

n —Solo un poco más —dijo César a Lorena, que corría a su lado, pese a que era ella quien estaba en mejor forma—. Solo un poco más —se dijo a sí mismo. Empezaba a estar cansado de huir y de la incertidumbre de hasta cuándo sería capaz de aguantar. Él, que siempre había sido el último de la clase en Educación Física, se veía envuelto en una carrera sin fin para salvar la vida. Si le vieran ahora los demás, los que nunca le escogían para jugar al fútbol y los que se reían de él... ¿Qué habrá sido de todos ellos? Por un momento pensó en su Galicia natal presa de las llamas o, peor, en manos de los zombis. Se imaginó su antiguo instituto, el Xoan Montés, destruido en su totalidad. Vio un montón de escombros polvorientos y humeantes y vislumbró, debajo de ellos, al cabrón que le amargó la adolescencia. Sí, a Darío “hijo de puta” Mariño. En su visión Darío agonizaba con una enorme brecha en la cabeza, la boca torcida y sin la mitad de las piezas dentales y un ojo fuera de la cuenca. Si el karma existiera, sería algo parecido a eso.

e —¡Eh! ¡Regresa! —Lorena lo asió por el hombro para devolverlo a la apestosa y cruda realidad. Estaban parados en mitad de un aparcamiento amurallado sin un alma alrededor. César no sabía cómo había llegado hasta allí, seguramente fruto de la inercia, mientras permanecía desconectado de la mierda que les rodeaba y el recuerdo de Darío hecho polvo le acompañaba.

—Por el momento, aquí estamos a salvo. El recinto está vallado, dudo que se fijen en nosotros si no armamos alboroto —dijo Alfonso algo más relajado—. La garita del encargado debe estar en uno de los extremos. Lo más sensato sería entrar e intentar descansar un rato —añadió mientras ojeaba el perímetro con la mirada.

e Caminaron entre los coches hasta llegar al extremo norte del aparcamiento, justo en la calle de Sierra Salvada. Como era de esperar, la caseta estaba cerrada, pero la puerta no opuso demasiada resistencia. Se trataba de un habitáculo prefabricado de chapa gris y acabados toscos. El interior no era nada del otro mundo y consistía en algunas estanterías repletas de archivadores, una mesa, dos sillas y un pequeño televisor en blanco y negro que debía estar conectado a las cámaras de seguridad. Ni una cafetera, ni una máquina de refrescos, nada.

o —Me cago en la puta —masculló César, que ya empezaba a notar los efectos de sobreesfuerzo en su cuerpo. Necesitaba azúcar, o eso creía. Las bebidas energéticas formaban parte de su alimentación y su cuerpo experimentaba algo parecido al síndrome de abstinencia. Estaba nervioso, agitado y se movía de un lado al otro de la pequeña habitación intentando descargar la tensión acumulada.

—Vas a desgastar el suelo, estate quieto —le reprochó Lorena. Aunque el tono de su voz era amigable y algo más sosegado, no dejaba de ser una riña. Quería descansar y tranquilizarse. Más que quererlo, lo necesitaba.

e César se detuvo un par de minutos después y se sentó en una de las sillas tapizadas. El cuerpo estaba desgastado y su tacto era áspero y frío. No le importó, hasta que recostó los brazos en los reposaderos. La rugosidad de la piel descurtida le resultó molesta y hasta cierto punto desagradable. Se levantó y observó por la ventana cómo la luz del sol empezaba a romper la noche. Habían sobrevivido hasta ver un nuevo amanecer, cosa que la gran mayoría no podía decir.

a Lorena abrazó a Alfonso. Ambos estaban tumbados en el suelo, aunque les era del todo imposible conciliar el sueño. La pareja se miró y sonrió tímidamente mientras los rayos de sol empezaban a colarse en el interior del habitáculo.

n  
e  
l  
.  
e  
s  
o  
e  
l  
s

a  
r  
ó

n  
o  
-

Caminaron entre los coches hasta llegar al extremo norte del aparcamiento, justo en la calle de Sierra Salvada. Como era de esperar, la caseta estaba cerrada, pero la puerta no opuso demasiada resistencia. Se trataba de un habitáculo prefabricado de chapa gris y acabados toscos. El interior no era nada del otro mundo y consistía en algunas estanterías repletas de archivadores, una mesa, dos sillas y un pequeño televisor en blanco y negro que debía estar conectado a las cámaras de seguridad. Ni una cafetera, ni una máquina de refrescos, nada.

—Me cago en la puta —masculló César, que ya empezaba a notar los efectos del sobreesfuerzo en su cuerpo. Necesitaba azúcar, o eso creía. Las bebidas energéticas formaban parte de su alimentación y su cuerpo experimentaba algo parecido al síndrome de abstinencia. Estaba nervioso, agitado y se movía de un lado al otro de la pequeña habitación intentando descargar la tensión acumulada.

—Vas a desgastar el suelo, estate quieto —le reprochó Lorena. Aunque el tono de su voz era amigable y algo más sosegado, no dejaba de ser una riña. Quería descansar y tranquilizarse. Más que quererlo, lo necesitaba.

César se detuvo un par de minutos después y se sentó en una de las sillas tapizadas. El cuero estaba desgastado y su tacto era áspero y frío. No le importó, hasta que recostó los brazos en los reposaderos. La rugosidad de la piel descurtida le resultó molesta y hasta cierto punto desagradable. Se levantó y observó por la ventana cómo la luz del sol empezaba a romper la noche. Habían sobrevivido hasta ver un nuevo amanecer, cosa que la gran mayoría no podía decir.

Lorena abrazó a Alfonso. Ambos estaban tumbados en el suelo, aunque les era del todo imposible conciliar el sueño. La pareja se miró y sonrió tímidamente mientras los rayos de sol empezaban a colarse en el interior del habitáculo.

# CAPÍTULO 6

## —EL SILENCIO DE LA NOCHE—

Carlos ojeó su teléfono una vez más. Desde el fondo de pantalla de este, una mujer y un perro lo observaban sonrientes. Sam estaba a su lado, como casi siempre, mirándole con sus ojos azules y la cabeza ladeada. Seguramente, adoptar a ese perro fue la mejor de las decisiones que pudieron tomar.

—¡Maldita sea! —estalló Carlos con la mirada puesta en la calle. Era noche cerrada y apenas podía ver una decena de metros más allá de la verja que rodeaba la vivienda unifamiliar—. ¿Dónde está mamá? —preguntó a Sam, que ladeó un poco más la cabeza al escuchar el nombre de su propietaria—. ¿Dónde se ha metido?

Carlos intentó llamar una vez más a su mujer. Como en el resto de las ocasiones, le fue imposible establecer la llamada. Probó suerte con el 112 y el 091, obteniendo el mismo resultado. Finalmente desistió y abrió otra cerveza. Ninguna aplicación de mensajería funcionaba y las redes sociales estaban caídas desde hacía horas. En la televisión, los mismos programas de mierda de siempre: que si el Madrid por aquí, que si el Barça por allá, un programa sobre el control de aduanas y la teletienda. Nada más.

Carlos miró por la ventana al mismo tiempo que alguien salía de entre los árboles y cruzaba la calle. Dejó caer la cerveza al suelo y salió al balcón. Era una mujer de unos treinta años y se encontraba en mitad de la acera, a escasos metros de la puerta. Estaba prácticamente desnuda y parecía desorientada, mirando a un lado y a otro sin cesar, moviéndose de forma dubitativa errante.

Pese a la sorpresa inicial, se decepcionó al comprobar que no se trataba de su esposa; bajó la escalera tan deprisa como su barriga le permitió. Nunca había sido un hombre delgado, al contrario. Ganaba peso con facilidad y, desde que Aroa se había apuntado a esos malditos cursos de cocina, sus michelines crecían sin parar.

Abrió la puerta sin pensarlo. Algo le había ocurrido a esa mujer, eso era evidente, y no podía eludir su responsabilidad, él no era así. Debía socorrerla, o intentarlo al menos.

—¿Estás bien? —preguntó desde el interior de la valla. Todavía no había puesto un pie en la calle cuando la mujer se giró hacia él. No respondió—. ¿Qué te ha pasado? Pareces asustada.

Carlos abrió la reja que separaba el patio de la calle, sin llegar a salir. Los goznes chirriaron un poco mientras la pintura que los recubría protestaba.

La mujer pareció reaccionar. Su expresión había cambiado por completo al escuchar la voz de Carlos. La frente arrugada, frunciendo el ceño, coronaba unos ojos llenos de rabia que lo escrutaban de arriba abajo. Un leve siseo se escapaba de la boca entreabierta de la chica. Carlo

se asustó, la valentía jamás había sido uno de sus fuertes, aunque sus convicciones le obligaban a actuar a pesar del temor. La sensación de terror que experimentaba esta vez era real. No era el tipo de miedo que sentía al ver una película, ese le encantaba. El leve hormigueo en el estómago, los sobresaltos y sustos propios de un filme de terror le hacían sentir vivo. Ahora, en cambio temía por su vida sin saber muy bien por qué. «Me cago en Dios», pensó en el mismo instante en que una imagen le vino a la cabeza y cayó en la cuenta. «¿Cómo diablos no lo había adivinado antes?». Era un zombi, como los que había visto miles de veces en *The Walking Dead* o *Z Nation* aunque en esta ocasión no era maquillaje lo que cubría su tez, era sangre seca y real.

Carlos cerró la puerta a tiempo y la mujer se estrelló contra ella. Rápidamente se incorporó y de nuevo y metió las manos entre los barrotes de la verja, intentando agarrar a su presa, que no era otra que Carlos, que la observaba desde una distancia prudencial. Los dedos de la criatura arañaban el aire, buscando la carne cántabra de él, que retrocedía siguiendo el camino de regreso.

El ruido del motor de una moto acelerando alertó a ambos, víctima y verdugo. De ellos bajaron dos personas: un hombre canoso entrado en kilos y una mujer bajita. Pese al casco que le cubría su rostro, pudo reconocerla de inmediato. Se trataba de Aroa, su pareja. Sam ladró y ella levantó la cabeza. El perro lo observaba todo desde el balcón.

Con gesto decidido, Aroa se acercó hacia la criatura que se acababa de incorporar y la miraba desafiante. De debajo de la chaqueta sacó la pequeña hacha que le había entregado Pablo en el cuarto de servicio del metro y la elevó hasta situarla por encima del hombro. Aroa no era la misma que entró en aquella habitación de control de la estación de Canillejas. Ahora era una mujer fuerte, capaz de cualquier cosa con tal de seguir con vida. El cambio se había producido tan rápido que ni ella misma era consciente de ello. La mujer que permaneció escondida mientras los zombis mataban a diestro y siniestro en aquel túnel, se dirigía en ese preciso instante, hacha en mano, hacia una criatura irracional y hambrienta.

El arma se clavó en mitad de la cabeza de la chica, que cayó al suelo desplomada. Aroa recuperó el arma y la limpió con la poca ropa que llevaba el cadáver. Un camión de encaje blanco no era el mejor atuendo para salir a la calle, pero cabe imaginar que no lo eligió con tanta fin.

Carlos respiró aliviado.

Aroa también.

Todavía no se creía capaz de lo que había hecho, pero ver a esa cosa a escasos pasos de su casa, atacando a su marido, despertó en ella una sensación de valentía y seguridad que desconoció hasta entonces.

El abrazo no se hizo esperar. Aroa se puso de puntillas y besó a su marido. Ahora que lo tenía delante, todo parecía mejor. Estaba vivo, y eso ya era mucho tal y como iban las cosas en Madrid.

Pablo observaba a la pareja desde una distancia prudencial. Había cerrado la puerta tras de sí para asegurar el perímetro. Si uno de esos caminantes llegó hasta allí, otros podrían hacerle también.

—Bueno, pareja, ¿entramos dentro? —insinuó Pablo en tono jocoso. La seguridad de una pared de ladrillo era algo que ansiaba desde el mismo momento en que se desató el caos—. Y

atendréis tiempo para arrumacos. Por cierto, ¿tenéis cerveza?

l Carlos sonrió.

' —No te la vas a acabar. En esta casa nunca falta la birra. Cerveza y pienso —respondió e  
,  
,  
n cántabro mientras observaba cómo Aroa abrazaba a Sam, que bajó corriendo las escaleras. E  
y husky le dedicó una mirada a su dueño mientras relamía la cara de Aroa con su enorme lengua.

' Ya en el interior las cosas se veían de otro modo. Sentados en el sofá, con una cerveza en l:  
mano, el apocalipsis parecía una pesadilla lejana. De vez en cuando observaban a través de  
y enorme ventanal del comedor, pero de momento no se apreciaba ningún tipo de movimiento en l:  
a calle, aunque por desgracia, la visibilidad a esas horas de la noche no era la mejor.

a —¿En serio no han dicho nada en la tele? —preguntó Aroa a su marido justo después d  
, contarle lo ocurrido—. Me parece increíble —añadió mientras daba un pequeño sorbo a un  
a *Season IPA* afrutada con toques de cítricos y frutos rojos.

e —Nada de nada, puedes comprobarlo tú misma. Y, por ende, el móvil no funciona. Lleva sin  
aseñal desde el atardecer, al igual que las redes sociales y demás.

—No quieren alarmar a la población —interrumpió Pablo—. ¿Os acordáis del 11M? Todo  
ael mundo sabía quiénes eran los autores de los atentados y seguían insistiendo con el tema de ETA  
o Si esto ha empezado en Madrid, tal vez no ha llegado al resto del país. Imaginad el alboroto que  
ase produciría en otras ciudades como Barcelona o Valencia.

a —¡No me jodas, tío! ¡No pueden esconder algo así! ¡La gente tiene derecho a saberlo par:  
n poder protegerse o yo qué sé! —exclamó Aroa indignada.

n Sam, que hasta el momento había permanecido tumbado a los pies de sus dueños, empezó a  
gruñir.

a —¿Qué pasa, Sammy? ¿Tú también estás hasta los mismísimos de las tonterías de Pablo? —  
e le preguntó Aroa de forma cariñosa mientras le acariciaba la cabeza.

l —¡En la calle! ¡Mirad! —gritó Carlos señalando tres siluetas que caminaban en mitad de l:  
calzada. Aunque la distancia no les permitía divisarlos con total claridad, se podían intui  
perfectamente tres personas que avanzaban hacia su posición.

Los tres callaron de golpe y apagaron la luz. Sabían, por experiencia, que permanece  
ocultos era la mejor manera de escabullirse de esas cosas. Si no te detectaban, estabas a salvo  
u Aroa sujetó con fuerza la mano de Carlos y la apretó contra su pecho. Este la miró y le dio un beso  
a en la mejilla. Sam se encontraba a sus pies, con la mirada fija en las tres formas que seguía  
avanzando, pero no ladraba. Estaba perfectamente adiestrado y sabía que no podía ladrar en e  
o interior de la casa. Pablo respiró hondo y cerró los ojos.

n Agazapados detrás del sofá y con las luces apagadas, observaron cómo aquellos no muerto  
pasaban por delante de la vivienda y proseguían su camino calle abajo. Los tres respiraron  
e aliviados y se sentaron de nuevo. Esta vez no encendieron la luz y permanecieron en silencio. Sar  
o se tumbó junto a sus dueños, pero no se durmió como era costumbre en él. Permanecía alerta, con  
la vista fija en la calle.

s

a

l  
l

a  
l  
a

e  
a

n

o  
-  
e

a

a

-

a  
r

r  
.  
o  
n  
l

s  
n  
n  
n

## **Mensaje de Su Majestad el Rey.**

Españoles, me dirijo a todos vosotros para daros una terrible noticia. Un brote de una enfermedad desconocida ha azotado nuestra querida capital. Por la seguridad de todos se recomienda no salir de casa, excepto en casos que sean de vital necesidad. Se ha decretado el Estado de sitio a partir de las diecinueve horas de esta tarde y hasta nuevo aviso. Los servicios médicos y el personal militar están haciendo todo lo posible para que la situación se normalice lo antes posible. La Reina y yo estamos conmovidos por lo sucedido, y queremos dar nuestro más sincero pésame a las familias de los fallecidos. Como país, hemos superado juntos infinitas adversidades, y la nación española siempre ha salido victoriosa. Esta, por supuesto, será otra de estas victorias. No tengáis ningún tipo de duda de que haremos todo lo posible para que en pocos días todo vuelva a la normalidad y se puedan subsanar, en la medida de lo posible, las consecuencias de este brote.

Atentamente, S.M.



**CASA DE S. M. EL REY**

## **Mensaje de Su Majestad el Rey.**

Espanoles, me dirijo a todos vosotros para daros una terrible noticia. Un brote de una enfermedad desconocida ha azotado nuestra querida capital. Por la seguridad de todos se recomienda no salir de casa, excepto en casos que sean de vital necesidad. Se ha decretado el Estado de sitio a partir de las diecinueve horas de esta tarde y hasta nuevo aviso. Los servicios médicos y el personal militar están haciendo todo lo posible para que la situación se normalice lo antes posible. La Reina y yo estamos conmocionados por lo sucedido, y queremos dar nuestro más sincero pésame a las familias de los fallecidos. Como país, hemos superado juntos infinidad de adversidades, y la nación española siempre ha salido victoriosa. Esta, por supuesto, será otra de estas victorias. No tengáis ningún tipo de duda de que haremos todo lo posible para que en pocos días todo vuelva a la normalidad y se puedan subsanar, en la medida de lo posible, las consecuencias de este brote.

Atentamente, S.M.



**CASA DE S. M. EL REY**

# CAPÍTULO 7

## —PONGAMOS QUE HABLO DE MADRID—

### 1

Raúl notó los dedos de la criatura como una pinza alrededor de su cuello. Respiraba con dificultad debido al golpe, y el abrazo del maldito zombi no ayudaba a que pudiera hacerlo mejor. Mónica estaba al otro lado del asiento trasero, inconsciente, con la cabeza recostada en el reposacabezas y la mano izquierda apoyada sobre el muslo de David. Raúl miró el cadáver de su novio, atravesado por los restos de una farola, y suplicó que no se convirtiera en una de esas cosas, no lo merecía. Él lo había sacado del pozo en el que se encontraba meses atrás, cuando la ansiedad y la depresión impedían que fuera una persona funcional. Era incapaz de hacer nada y se limitaba a contemplar cómo pasaban los días como si no fueran con él, encerrado en su habitación con el portátil y una botella de dos litros de Coca-Cola. Esa era su vida, hasta que por casualidad se cruzó con David.

Haciendo acopio de todas sus fuerzas, Raúl agarró la mano gomosa y resbaladiza que le oprimía el cuello e intentó retirarla. El tacto frío de la piel del zombi le asqueó. Era antinatural que un cuerpo pudiera estar tan frío a no ser que estuviera en la camilla de una morgue. Tragó saliva e imprimió algo más de fuerza sin saber de dónde demonios la había sacado. Ahora sí, la mano retrocedió.

—¡Suéltame! ¡Maldito cabrón! ¡Déjame! —gritó Raúl aun a sabiendas de que la criatura no podía comprender lo que decía.

A pesar de la situación, estaba más tranquilo de lo que jamás hubiera imaginado. Quizás las emociones se habían agolpado con tanta velocidad que su mente era incapaz de asimilarlas, o tal vez le importaba todo una mierda después de perder a su madre y a su pareja con tan pocas horas de diferencia. Pero sí, estaba relativamente tranquilo.

Casi sin pensarlo abrió la puerta, golpeando con ella al podrido que quería comerle la cabeza. Este dio con su trasero en el suelo y, antes de que pudiera levantarse, una patada hizo que parte de su dentadura volara por los aires. Raúl estaba de pie sobre aquella criatura que intentaba alzarse de nuevo; la miraba con cara de asco. Le pateó la boca de nuevo. La sangre salía espesa de entre sus encías. Era sangre muerta, coagulada.

Pese a los golpes, la criatura no cesaba en su empeño y, apoyando las manos sobre el suelo intentó levantarse de nuevo. Esta vez Raúl no se lo permitió. Con una enorme roca que encontró en el arcén, a escasos metros de donde se encontraban, le propinó un contundente y certero golpe en el cráneo. Uno solo bastó para que dejara, al fin, de moverse. El zombi estaba muerto.

Raúl regresó al vehículo y besó a su novio por última vez antes de salir de allí corriendo. Los demás muertos, alertados por el alboroto, estaban acudiendo en manada. En pocos segundos estaría rodeado de ellos y no tendría opción de escapar.

—¿Vas a dejarme tirada otra vez? ¡Serás hijo de la gran puta! —exclamó Mónica, que acababa de regresar de su letargo. Veía borroso y le dolía la cabeza como nunca lo había hecho. El golpe en la frente había sido terrible, pero por suerte, podía moverse con total normalidad.

—¡Déjame en paz! —escupió Raúl—. Nadie te ha dado vela en este entierro. Voy a hacer lo que me dé la gana. Y... ¿sabes qué? Me apetece mucho perderte de vista de una puñetera vez —añadió crispado. Con los nervios a flor de piel y la reciente pérdida de sus seres queridos, le daba igual todo.

—No hace falta que te diga quién era mi favorito de los dos. Como siempre, los buenos se van primero. Lárgate, sé apañármelas solita —respondió Mónica visiblemente enfadada.

Raúl empezó a correr de forma patosa y lastimera. Los gestos de dolor eran evidentes. Mónica lo observaba desde el interior del vehículo. Por suerte, los zombis no se habían percatado de su presencia ahora que tenían un objetivo a la vista. Raúl intentó zafarse de los primeros muertos que le salieron al paso a trancas y barrancas. Lo consiguió sin perder el equilibrio y siguió alejándose. Las criaturas empezaron a correr tras él, una a una; como si de un enorme ciempiés se tratara, enfilaron el camino que les marcaba su liebre. Mónica respiró aliviada y sonrió. «Muérete. Lo tienes bien merecido», pensó antes de abrir la puerta del coche y salir.

En aquel preciso instante, David abrió los ojos. Mónica lo vio y se llevó las manos a la boca. Ya no era él, era una bestia más que luchaba para liberarse de la farola que lo mantenía pegado al asiento trasero.

El frío de la madrugada le erizó la piel. Todavía era de noche, pero una tenue luz empezaba a despuntar por el este anunciando un nuevo día. El sol no tardaría en salir. «Si fueran vampiro otro gallo cantaría. Estas malditas cosas no descansan ni de día ni de noche», pensó recordando el último libro que acababa de leer. Estaba exhausta y dolorida, se sentía sucia, y con esa sensación auestas empezó a andar en la dirección opuesta a la marabunta de podridos que perseguían a Raúl.

## 2

Doscientos metros más y estaría muerto. Raúl lo sabía y, pese a que no quería aminorar la marcha sus piernas no le seguían. Le dolía la garganta, la tenía al rojo vivo. Nunca había respirado bien por la nariz; ya que de pequeño siempre la tuvo taponada. Pese a la operación de vegetaciones que le realizaron a muy temprana edad, no mejoró y se acostumbró a respirar por la boca. Eso en invierno era terrible; faringitis, anginas y un sinfín de complicaciones le habían acompañado durante toda su vida. Durante mucho tiempo, su mejor amiga fue la amoxicilina. Por desgracia, las recetas se acabaron cuando su médico de cabecera se jubiló; su sustituto no recetaba antibiótico ni cuando Raúl estaba enfermo de verdad.

«Un poco más», pensó mientras recorría la calle de Roberto Domingo, paralela a la M30 justo en frente de la plaza de toros de las Ventas. Detrás suyo podía escuchar los pasos de esa

ecosas. Se sentía como una insignificante liebre en una carrera de galgos o, peor, como una chica guapa en una discoteca llena de babosos borrachos a las tres de la madrugada. Se sentía y se sabía muerto mucho antes de que le dieran alcance. No tenía ninguna oportunidad de salir airoso de una persecución contra decenas de bestias incansables; él era humano, joder si lo era. El más humano de los humanos. Y como tal, se cansaba, seguramente antes que la mayoría, ahora que está de moda salir a correr con ropas ajustadas y fosforitas. Él había llevado una vida muy sedentaria; correr, lo que se dice correr, había corrido lo justo y necesario para no perder el autobús.

Las rodillas de Raúl se doblaron víctimas del esfuerzo y cayó al suelo desplomado. No podía mover ni un dedo, estaba desfondado. Sin comer en horas, sin hidratarse y después de una maratónica carrera, lo que menos le importaba era ser mordido por una de esas cosas. Solo pedía que no doliera, ya había sufrido bastante como para encima morir de forma dolorosa. En el fondo casi le apetecía hacerlo. Estaba harto de vivir en la miseria, y sin mamá y David, que eran lo único que lo mantenía cuerdo, no se creía capaz de seguir adelante.

De repente, sus ojos se apagaron como un televisor al que no llega electricidad. Raúl no veía nada, solo la más absoluta oscuridad. Tampoco escuchaba sonido alguno y se sentía muy lejos del asfalto, como si levitara. Ante él aparecieron las figuras de su padre y su hermano, tal como los recordaba. A su padre solo lo había visto en fotos, pero lo reconoció de inmediato. Su hermano Eduardo parecía sacado de alguna serie casposa de los ochenta como Verano Azul. Le miraban con semblante serio y se mostraban disgustados. Raúl no podía pronunciar palabra y se limitaba a observar cómo estos negaban con la cabeza, decepcionados. Su madre se unió a la visión, estaba radiante y vestía sus mejores galas. Nada tenía que ver con la mujer decrepita que intentó acabar con su vida en el tanatorio. Era una versión más joven, aunque madura, de la mujer que le había parido. Los tres lo observaban con detenimiento mientras él se mecía en tierra de nadie, balanceado por una nube invisible que lo transportaba en la oscuridad. Sintió cierto mareo pero un mareo dulce, agradable hasta cierto punto, que le conducía aún más hacia el sueño profundo y reparador que tanto anhelaba. Se durmió. Se durmió como un bebé agarrado a un peluche mullido y suave que solo existía en su imaginación; un peluche con aroma a suavizante y ojos saltones que brillaban en la oscuridad. El mismo muñeco que le acompañó durante tantos años y que fue su compañero en las frías noches de Chamberí, cuando todavía soñaba con ser guitarrista de un grupo de rock, al mismo tiempo que se meaba en la cama. Se sintió liviano flotando encima de un mar de aguas cristalinas que le llevó hasta Cuba, donde había viajado para seguir la pista de su amado Che Guevara. Sobrevoló La Habana, y se detuvo en el Malecón. Tenía veintitrés años y ganas de comerse el mundo. Quién le iba a decir a aquel joven hambriento de curiosidad, que acabaría siendo víctima de uno de los males de las sociedades modernas: la depresión. Había prometido, a muy temprana edad, que viviría todo lo que quisiera vivir, y que lo haría sin pensar en lo que le depararía el futuro; que ahorrar no servía para nada; que hoy está aquí y mañana tal vez muerto. La vida se encargó de enseñarle aquello a base de golpes llevándose a lo que más quería a un lugar del que no se puede regresar.

Recordó Chueca. Sus bares habían sido su segunda casa durante mucho tiempo. Dormía de día y vivía de noche sin dejar de recorrer esas calles en busca de compañía. Acudía siempre solo y con cierto temor a ser descubierto. Tardó mucho en salir del armario, demasiado, pero cuando lo hizo se sintió bien. Dejó atrás las vergüenzas y los miedos, y trató de vivir con una normalidad que se veía empañada de forma habitual por la discriminación, e incluso, en una ocasión, por un

ataque homófobo que le llevó al hospital. Ser homosexual en España era una tarea muy difícil en los noventa, al igual que en otras partes del mundo occidental. Con el devenir de los años la cosa había mejorado. Durante mucho tiempo se trabajó por una sociedad más justa y equitativa, donde todas las personas tuvieran los mismos derechos sin discriminación por raza, origen u orientación sexual. Ese esfuerzo dio los primeros frutos, pero la España vieja y rancia que permanecía escondida en las sombras de húmedas y putrefactas cavernas, sacó las garras. Partidos de ultraderecha empezaron a ganar protagonismo y, de la noche a la mañana, sin que la población se diera apenas cuenta, todo retrocedió. Los fascistas tenían voz y voto y gente que los escuchaba. Los machistas se sentían fuertes. Los homófobos protegidos. Y los colectivos que en principio debían ser protegidos por las instituciones, se sintieron más vulnerables que nunca.

David se unió a la visión, se tumbó a su lado y miró a la nada.

—¿Qué ves? —le preguntó a Raúl, que seguía viajando a la deriva en un universo de recuerdos y sensaciones.

—Nada —respondió Raúl—. Solo oscuridad.

—¿Qué sientes?

—Todo, lo siento todo.

—Pues despierta, te queda mucho por vivir —concluyó David, que se desvaneció a instante.

### 3

Mónica seguía siendo una mujer independiente. La soledad había sido su compañera durante muchos años, más de lo que la mayoría hubiera soportado sin enloquecer. Demasiado inteligente para las conversaciones aburridas de la gente anodina, había aprendido a desconectar del mundo cuando las cosas se tornaban vulgares y triviales. Correr se convirtió en su principal afición durante mucho tiempo y, aunque hacía meses que no salía tan a menudo como le hubiera gustado, su forma física seguía siendo admirable, al igual que su cuerpo, torneado durante años a base de ejercicio y buena alimentación. Jamás le faltaba compañía masculina si así lo deseaba, pero no estaba hecha para las relaciones serias. El sexo le encantaba y disfrutaba de él tanto como podía ya fuera sola o acompañada. Pero no se negaba a vivir bajo la sombra de nadie, y las parejas no le duraban más de un par de meses a mucho estirar. Todos los hombres que habían pasado por su vida estaban cortados por el mismo patrón: cariñosos, atentos al principio y bestias en la cama que con el tiempo se convertían en egoístas que solo buscaban su propio placer. En ese momento llevaba unos meses sola, feliz, y gracias a una estupenda maquinita china, autosuficiente en el plano sexual.

La noche estaba llegando a su fin cuando, sin saber cómo, apareció delante del Wizin Center. Los primeros rayos de sol se reflejaban en los enormes paneles de cristal que abrazaban la entrada. Dos camiones militares barraban el paso, creando una muralla infranqueable entre ambos. Sobre ellos, varios soldados armados con fusiles disparaban contra los zombis que intentaban

nacer. A los pies de los vehículos, los cadáveres se amontonaban tirados de cualquier manera con las cabezas reventadas a balazos.

—¡Fuego a discreción! —gritó el militar que parecía estar al mando—. ¡Que no quede ninguno de esos hijos de puta en pie!

Mónica se estremeció al pensar que esos “hijos de puta” a los que hacía referencia el soldado eran personas como ellos hacía solo unas horas. Se escondió tras un coche que dormitaba volcado en mitad de la calle. De sus entrañas aún salía un humo negro y espeso que enturbiaba el aire con una mezcla de olores que recordaba a gasolina y aceite; a taller mecánico. A carne carbonizada. Tosió levemente y se tapó la boca al instante, silenciando la tos. Permaneció escondida durante unos segundos. Sabía bien que esos cabrones armados no distinguirían entre un zombi y una superviviente a tanta distancia, y ante la duda, dispararían a matar. Avanzó agazapada entre los vehículos evitando así la balacera que agujereaba el aire, mientras intentaba no mirar el interior de los automóviles, compungida por los dramas vividos en su interior. Ejecutivos que fallecieron con el teléfono móvil pegado a la oreja intentando anular una reunión a la que nunca llegaron. Señoras de clase alta, ataviadas con pieles enormes y brillantes joyas. Trabajadores que intentaban llegar a casa para ver a sus niños después de una dura jornada laboral.

La muerte no hacía distinciones. Y en eso era mejor que muchas personas. Le daba igual el dinero que tuvieran o las tías a las que se cepillaban entre reunión y reunión. Le daba igual las joyas, las pieles o las operaciones estéticas a las que se hubieran sometido para darle esquinazo. Se los llevó a todos, sin excepción.

Un proyectil pasó muy cerca de donde Mónica aguardaba escondida. Una de esas cosas cayó a su lado, produciendo un sonido seco y tosco que difícilmente olvidaría en su vida. El cráneo se partió en el mismo momento en que tocó el suelo y no se movió más. La sangre, o algo parecido a ella, empezó a brotar de forma tímida, como un río de lava densa, de una enorme grieta recién formada en la cabeza de la criatura. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Mónica, que tuvo que mirar hacia otro lado durante unos segundos para intentar recobrar fuerzas y serenarse.

—Cabrones —refunfuñó entre dientes—. Un poco más y me dais.

Evidentemente, nadie la escuchó. Se encontraba demasiado lejos para que sus protestas fueran audibles. Además, entre tanto ruido, su voz parecía un leve susurro condenado a ser olvidado.

Avanzó un poco más. Cada vez se encontraba más cerca de los camiones y cruzar con normalidad sobre los cadáveres amontonados resultaba ser una tarea casi imposible. Se incorporó en mitad de la calle con los brazos en alto.

Si su destino era morir, sería en aquel momento.

—¡Cabo! ¡Hay alguien en mitad de la calle! —gritó a viva voz uno de los soldados que se encontraba en la primera línea de fuego.

—¡Fuego de cobertura! —ordenó el cabo al resto de soldados—. ¡Que alguien vaya a buscarla y la traiga aquí!

Dos de los soldados se apearon de la cubierta del camión y avanzaron hasta ella. Mónica

„seguía de pie en mitad de la calzada, inmóvil, mientras los disparos surcaban el aire a su alrededor, para derribar a los no muertos que querían darle caza. Uno de los militares la sujetó por el hombro. El otro cubría el perímetro. Los cuerpos caían uno tras otro, como piezas de dominó, dibujando la estela del camino que deshacían para regresar al puesto. Mónica no fue consciente del trayecto y se dejó llevar por los soldados sin oponer resistencia.

l  
a Unos brazos fuertes la asieron hasta subirla al camión.

l —Estás a salvo —le dijo cerca del oído, para hacerse escuchar por encima del ruido producido por los disparos.

ó Mónica echó a llorar de forma irracional. Lloraba tanto que le costaba respirar. Lloraba tanto, tanto y tanto, que apagó el infierno que quemaba dentro de su ser. Inundó las dudas, los temores y las inseguridades que horas antes no formaban parte de su vida, pero que ahora le hacían dudar de su propia seguridad. Al fin, tras expulsar toda la ira que la carcomía por dentro se sintió a salvo y segura.

a  
e Fue conducida al interior del recinto. En mitad de la pista, los militares trabajaban a destajo para disponer infinidad de camas que formaban un laberinto enredado de colchones y mantas. Ella no era la primera que había sido rescatada de las calles hambrientas de Madrid. Los supervivientes se encontraban en una pequeña zona de la gradería, custodiados por varios hombres armados. Vio a médicos visitando a las personas que lo necesitaban, algunas de ellas con ostentosas heridas. Un equipo de psicólogos trabajaba con los que parecían más alterados. Esa personas, al igual que Mónica, habían padecido un verdadero infierno hasta llegar allí.

—Siéntate aquí y espera un momento —le dijo el militar que la acompañaba—. Ahora mismo estoy contigo.

e El cabo se alejó un instante y habló con el que parecía estar al mando. Regresó con una taza de café caliente y un bollo que dejó sobre la mesa. Se sentó frente a ella y sonrió.

n  
e —A ver, ¿nombre completo? —le preguntó.

—Mónica Giménez Ruiz —respondió.

y El interrogatorio se alargó durante unos minutos con las preguntas típicas de un control médico rutinario, tras los cuales fue conducida junto al resto de supervivientes. Ninguno de ellos le resultó familiar y, evidentemente, Raúl no estaba ahí.

n  
ó El reloj no avanzaba, y el único entretenimiento posible era ver cómo los militares trabajaban para disponerlo todo. Mónica quería fumar; necesitaba fumar. Maldito vicio que la condenaba a vivir pegada a un tronquito maloliente y cancerígeno. Estaba nerviosa y desquiciada se maldecía por no tener otro paquete de tabaco con el que mitigar el estrés. De todos modos, le hubiera durado poco. Los militares requisaron todos los objetos personales al llegar, los metieron en una bolsa con su nombre y un número, y los depositaron en una caja junto a los demás.

a No había interactuado con ninguno de los presentes desde su llegada, pero podía notar cómo los ojos de muchos hombres y de algunas mujeres se posaban en ella. Se sabía una mujer atractiva siempre lo había sido, aunque muchas veces contra su voluntad. Estaba harta de las miradas

ugroseras, de los piropos e insinuaciones, de los “te haría un favor” o “quién te pillara”. Estaba harta de los hombres, cada vez más. Por más increíble que pareciera, pese a la situación por la que estaba atravesando, el hombre no dejaba de ser hombre.

e —Hola, guapa, ¿cómo estás?

Mónica miró de reojo al autor de esa desafortunada frase. «Otro macho ibérico español» pensó. Le dedicó una sonrisa torcida cargada de asco y repugnancia para ignorarlo después.

o El hombre no se dio por aludido. Se tocó la entrepierna y se pasó la mano por el pelo grasoso y brillante.

a Mónica no quiso ni mirarlo.

s «Otro típico macho. Otro puto baboso como otros tantos que me han seguido a las tres de la madrugada con cinco cubatas de más. Otro cerdo que solo buscará manosearme a la que me descuide. Otro machista depredador de discoteca rancia, acechador de salas de bachata. Otro acosador de manual. Otro pesado hijo de puta que no aceptará un no por respuesta», se dijo a sí misma.

a Mónica lo miró fijamente, levantó la mano derecha y le mostró el dedo corazón.

s —Vete a la mierda —Mónica no dijo nada más. Se giró y le dio la espalda.

n —Zorra —respondió el hombre, adoptando una actitud agresiva. Su voz ya no pretendía ser dulce y aterciopelada como la de hacía unos segundos. Uno de sus compañeros lo agarró por el hombro y le cuchicheó algo al oído. Ambos la miraron con desprecio y se retiraron.

a Mónica decidió no prestarle más atención de la que se merecía: ninguna. Siguió mirando a la nada, mientras el tiempo transcurría lentamente entre las paredes del improvisado centro de atención. Los disparos del exterior no eran audibles desde su posición, pero por el ir y venir de militares armados, podía intuir que en el exterior las cosas se estaban poniendo feas. Cada vez era menos el personal que se dedicaba a tareas administrativas y de organización; abandonaban carpetas y útiles de limpieza para coger los fusiles y unirse a la refriega.

## 4

l  
s

S Raúl abrió los ojos. A su alrededor, los cadáveres se amontonaban formando una muralla de cuerpos lacerados. Se palpó buscando una herida que no existía, un agujero de bala, algo. Pero no la encontró. Le dolía el cuerpo fruto de las secuelas del accidente y el cansancio, pero estaba vivo.

e Vivo.

n De eso no había duda. Cómo consiguió sobrevivir era todo un misterio para él. Su último recuerdo fue abandonarse a la muerte en mitad de una calzada repleta de zombis y dar por hecho que alguno de ellos se alimentaría de sus generosas lorzas.

b Escuchó pasos, voces, disparos y gritos que retumbaban ante lo que parecía ser el ruido de  
s

afondo de las hélices de un helicóptero. Escuchó los gemidos frenéticos de las criaturas y el amartillar de los cargadores al caer vacíos al suelo. De repente, una gran explosión. Varios cuerpos salieron despedidos por el aire, que era poco más que una nube de humo y polvo irrespirable. Tosió; escupió algo parecido a la sangre y lloró suplicando que todo terminara. Los disparos siguieron resonando como una nefasta sinfonía; un réquiem compuesto exclusivamente por tonos graves que tejían una pieza que rezumaba muerte en cada uno de sus compases. Una auténtica oda a la destrucción que no cesaba y lo envolvía en una espiral de miedos y temores que se retorcían en lo más profundo de sus entrañas. Un terror ancestral e inconsciente, sin fecha de caducidad, que databa de mucho antes de que el hombre aprendiera a andar, a hablar y a fastidiar a sus semejantes. Un terror tan puro como el miedo a todo aquello que no podemos controlar. Aquello que no depende directamente de nosotros y no podemos manejar a nuestra merced.

e  
e Todo aquello que se escapa de nuestro control nos produce pavor.

o  
o Poco a poco, el bullicio dejó paso al más absoluto silencio. Los ruidos se alejaron y el helicóptero alzó el vuelo, provocando un viento huracanado que removió las ropas ajadas de los cadáveres. Raúl, que había permanecido agachado, escondido tras la montaña de cuerpos, se levantó. Los primeros rayos de luz empezaron a lamer las heridas de una ciudad que, por primera vez en siglos, no se despertó. No sonaban los cláxones a los que estaba acostumbrado, ni circulaban los autobuses, los taxis o las ambulancias a toda velocidad con las sirenas encendidas y repletas de malas noticias. Los vehículos estaban parados en mitad de la calle, tal y como habían sido abandonados. Ya nadie se atrevía a andar por las aceras, ni a cruzar los pasos de peatones. Nadie entraba en las paradas de metro, ni tomaba un café rápido en la terraza de algún bar mientras ojeaba la prensa del día y apuraba un cigarrillo. Ya no había prensa, y pronto no quedarían cigarrillos.

e  
e Raúl se sintió solo en Madrid. Él no era más que un ciudadano anónimo ante los restos de algo que una vez fue una gran urbe venida a menos, humeante y polvorienta. Se resignó y empezó a andar sin rumbo, encadenando una calle con otra sin saber por qué ni hacia dónde. No consiguió ubicarse, y nada de lo que veía le resultaba conocido. Los aparadores rotos, ensangrentados en su mayoría, eran como los de cualquier calle de cualquier barrio de la ciudad.

Madrid lo había masticado, engullido, regurgitado y escupido. La capital lo había pisoteado como si fuera una cucaracha cualquiera. Se sentía sucio, y olía tan mal que a él mismo le repugnaba el hedor que desprendían sus ropas y su piel.

e  
o  
a

o  
o

e

fondo de las hélices de un helicóptero. Escuchó los gemidos frenéticos de las criaturas y el martillar de los cargadores al caer vacíos al suelo. De repente, una gran explosión. Varios cuerpos salieron despedidos por el aire, que era poco más que una nube de humo y polvo irrespirable. Tosió; escupió algo parecido a la sangre y lloró suplicando que todo terminara. Los disparos siguieron resonando como una nefasta sinfonía; un réquiem compuesto exclusivamente por tonos graves que tejían una pieza que rezumaba muerte en cada uno de sus compases. Una auténtica oda a la destrucción que no cesaba y lo envolvía en una espiral de miedos y temores que se retorcían en lo más profundo de sus entrañas. Un terror ancestral e inconsciente, sin fecha de caducidad, que databa de mucho antes de que el hombre aprendiera a andar, a hablar y a fastidiar a sus semejantes. Un terror tan puro como el miedo a todo aquello que no podemos controlar. Aquello que no depende directamente de nosotros y no podemos manejar a nuestra merced.

Todo aquello que se escapa de nuestro control nos produce pavor.

Poco a poco, el bullicio dejó paso al más absoluto silencio. Los ruidos se alejaron y el helicóptero alzó el vuelo, provocando un viento huracanado que removió las ropas ajadas de los cadáveres. Raúl, que había permanecido agachado, escondido tras la montaña de cuerpos, se levantó. Los primeros rayos de luz empezaron a lamer las heridas de una ciudad que, por primera vez en siglos, no se despertó. No sonaban los cláxones a los que estaba acostumbrado, no circulaban los autobuses, los taxis o las ambulancias a toda velocidad con las sirenas encendidas, repletas de malas noticias. Los vehículos estaban parados en mitad de la calle, tal y como habían sido abandonados. Ya nadie se atrevía a andar por las aceras, ni a cruzar los pasos de peatones. Nadie entraba en las paradas de metro, ni tomaba un café rápido en la terraza de algún bar mientras ojeaba la prensa del día y apuraba un cigarrillo. Ya no había prensa, y pronto no quedarían cigarrillos.

Raúl se sintió solo en Madrid. Él no era más que un ciudadano anónimo ante los restos de lo que una vez fue una gran urbe venida a menos, humeante y polvorienta. Se resignó y empezó a andar sin rumbo, encadenando una calle con otra sin saber por qué ni hacia dónde. No conseguía ubicarse, y nada de lo que veía le resultaba conocido. Los aparadores rotos, ensangrentados en su mayoría, eran como los de cualquier calle de cualquier barrio de la ciudad.

Madrid lo había masticado, engullido, regurgitado y escupido. La capital lo había pisoteado como si fuera una cucaracha cualquiera. Se sentía sucio, y olía tan mal que a él mismo le repugnaba el hedor que desprendían sus ropas y su piel.

El Hospital Carlos III de Madrid ha desarrollado un nuevo fármaco, que ya ha empezado a probar en cuarenta pacientes de la ciudad, cuya principal característica es evitar que las células tumorales se expandan y causen metástasis o recaídas, y que activa el sistema autoinmune para reducir el tumor.

El nuevo fármaco bloquea LIF, una citoquina (proteína que regula la función de las células que las producen sobre otros tipos celulares) que está presente en muchos tumores y promueve la proliferación de las células madre tumorales, además de desactivar la alarma del sistema inmune.

*“Todavía faltan varios años hasta que este fármaco pueda llegar a todos los pacientes porque está en la primera fase del ensayo clínico”.*

El innovador medicamento, llamado CLAUS1/256 y de cuyo desarrollo informa este martes la revista *Nature Communications*, ha logrado bloquear LIF, lo que reactiva la alarma del organismo y promueve el reclutamiento del sistema inmune contra el tumor, según han demostrado en modelos animales.

Así, el medicamento, que ha superado todas las fases preclínicas con éxito, induce la infiltración de *Clostridium* en las células de los tumores para atacarlos y eliminarlos, y ya ha comenzado el primer ensayo clínico Fase I con cuarenta pacientes que se están tratando con inhibidores de LIF en el mismo hospital.

**Agencia ESE. Martes 12 de Agosto de 2019.**

El Hospital Carlos III de Madrid ha desarrollado un nuevo fármaco, que ya ha empezado a probar en cuarenta pacientes de la ciudad, cuya principal característica es evitar que las células tumorales se expandan y causen metástasis o recaídas, y que activa el sistema autoinmune para reducir el tumor.

El nuevo fármaco bloquea LIF, una citoquina (proteína que regula la función de las células que las producen sobre otros tipos celulares) que está presente en muchos tumores y promueve la proliferación de las células madre tumorales, además de desactivar la alarma del sistema inmune.

*“Todavía faltan varios años hasta que este fármaco pueda llegar a todos los pacientes porque está en la primera fase del ensayo clínico”.*

El innovador medicamento, llamado CLAUS1/256 y de cuyo desarrollo informa este martes la revista *Nature Communications*, ha logrado bloquear LIF, lo que reactiva la alarma del organismo y promueve el reclutamiento del sistema inmune contra el tumor, según han demostrado en modelos animales.

Así, el medicamento, que ha superado todas las fases preclínicas con éxito, induce la infiltración de *Clostridium* en las células de los tumores para atacarlos y eliminarlos, y ya ha comenzado el primer ensayo clínico Fase I con cuarenta pacientes que se están tratando con inhibidores de LIF en el mismo hospital.

**Agencia ESE. Martes 12 de Agosto de 2019.**

# CAPÍTULO 8

## —SOBREVIVIRÉ—

### 1

La noche había llegado a su fin y el amanecer descubrió a Paz dormida en el interior de un vehículo. Con un ojo abierto y el otro cerrado, descansó algo más de dos horas después de andar escondida entre las sombras, hasta lo que pareció ser un lugar seguro. No sabía a ciencia cierta dónde se encontraba, pero intuía por la distancia recorrida que no debía andar lejos de Vallecas.

El lugar en cuestión no era otro que un aparcamiento público que, aunque no ofrecía gran protección, disponía de unas vallas que habían mantenido el lugar limpio de zombis. Y eso era más que suficiente.

Caminó hacia uno de los extremos, donde se encontró con una autocaravana vieja. «No pienso montarme jamás en una cosa de esas. Ya lo hice demasiadas veces con el hijo de puta de mi marido», pensó Paz. «Aquel cabrón solo sabía pegarme y ponerme los cuernos. Odio esos cacharros. Pasé veranos enteros dentro de uno, cocinando paellas insípidas y arenosas en aquel camping de mierda que a aquel mamarracho tanto le gustaba». Paz recordó el día que dijo basta a una decisión que se saldó con otra paliza más.

Descartó esa opción al instante y escogió un familiar negro, bastante nuevo, que se encontraba a poca distancia. Estaba cerrado, como era de esperar. Ese coche no había sido abandonado a toda prisa, y a juzgar por la fina capa de polvo que lo cubría, llevaba unos días estacionado. Rompió el cristal del acompañante, usando la chaqueta a modo de protección, y se tumbó detrás.

Llevaba un rato despierta, pero se negaba a abandonar el vehículo. Con el frío que se colaba por el cristal roto y unas agujetas incipientes en los gemelos, la idea de salir de nuevo a la calle se le hacía muy cuesta arriba. De pronto, un ruido a su espalda la alertó. Casi de forma inconsciente se acurrucó sobre sí misma hasta parecer poco más que un revoltijo de ropa olvidado por alguien en el asiento de atrás. Se escuchaban pasos y voces. Se escuchaban cerca, muy cerca. Logró distinguir una voz de mujer y dos de hombre. No parecían hostiles, al contrario, hablaban con un tono cordial. Aun así, decidió no salir todavía hasta cerciorarse de que la situación era segura.

Pocos minutos después, salió de su escondite. No le quedó más opción y, ante la posibilidad de encontrarse sola de nuevo, optó por presentarse ante ellos con los brazos en alto. No conoció sus intenciones, pero hasta el más cabrón de los villanos respetaba una declaración de paz.

—Me llamo Paz, no voy armada. Solo he entrado aquí para descansar —dijo con voz temblorosa. Estaba asustada por no saber qué harían con ella los desconocidos.

—Yo soy Alfonso —dijo el primero de los hombres, que a juzgar por su complexión y vestimenta, bien podría ser militar. Paz no se percató del fusil que llevaba colgado del hombro hasta que fue demasiado tarde para reaccionar. De haberlo hecho, tal vez seguiría acurrucada en su escondite—. Estos son César y mi mujer, Lorena —añadió señalando a los demás, que se

encontraban un paso detrás de él y saludaban de forma tímida con la mano—. Soy miembro de ejército español, soldado de primera Zamora, por eso voy armado. No temas, hemos pasado la noche en la autocaravana. Ayer tuvimos que abandonar nuestro hogar.

Paz se relajó y se echó a llorar. Lorena se acercó despacio y la consoló. Aunque no conocía a esa mujer, sabía por experiencia propia lo que debía haber vivido hasta llegar allí. Seguramente había corrido como nunca, peleado como una loba y visto cosas que no querría haber visto jamás. A ella también se le escapó una lágrima, que secó rápidamente con la manga de su sudadera mientras recordaba cómo tuvieron que abandonar su hogar. Se le escapó otra más cuando recordó las horas vividas sin tener noticias de su marido, y cuando pensó en toda la gente que ya no volvería a ver. Eran afortunados de seguir con vida y lo sabían, pero todavía era demasiado pronto como para celebrar nada.

—Bueno, ¿y ahora qué? —preguntó César—. ¿Cuál es el siguiente paso? —aunque dejó la interrogación en el aire, todos supieron a quién iba dirigida.

—Lo más sensato sería avanzar hacia zonas con menor densidad de población. Allí, sea lo que sea que está ocurriendo, tal vez no ha llegado. En caso contrario, la amenaza será menor —respondió Alfonso con seguridad, tras medir cada una de sus palabras. Sabía que no había efectivos suficientes en Madrid para combatir contra esas cosas. Pero si ganaban algo de tiempo el ejército podría enviar tropas desde otros puntos de la península—. La sierra no sería un mal lugar —añadió.

Eso insuffló algo de esperanza al grupo. Por fin, aunque lejano, veían el final de aquel túnel en el que llevaban metidos desde que la primera de esas cosas regresó de entre los muertos. ¿Qué había sucedido? Nadie lo sabía. O sí, pero no era el caso de los allí presentes.

—Me parece bien —afirmó Lorena, que seguía consolando a Paz. Esta levantó la cabeza y miró a los demás. Parecía dispuesta a hablar, pero se limitó a mover la testa en un claro gesto de afirmación.

Si las calles estuvieran despejadas, seguramente optarían por coger un vehículo. Madrid era un cementerio de coches abandonados en mitad de la calzada, que imposibilitaba la huida sobre cuatro ruedas. Otra opción era coger prestadas un par de motos, pero a excepción de Alfonso ninguno de los allí presentes sabía conducir las.

Enfilaron la avenida de Buenos Aires y empezaron a andar. No tardaron en toparse con el primer grupo de muertos. Les dieron esquinazo y avanzaron despacio por precaución, mirando a todos lados, cubriéndose las espaldas y escondiéndose detrás de vehículos, marquesinas y todo lo que les era útil. Cualquier error podía dar al traste con sus esperanzas de abandonar Madrid sanos y salvos. El grupo de muertos no debía superar la decena. Revoloteaban agazapados alrededor de lo que parecía un cadáver. Desde la distancia no se podía apreciar bien, pero seguramente se trataba de alguien que acababa de fallecer. A veces, esas cosas se cebaban con los cuerpos y los dejaban irreconocibles, devorando hasta el último gramo de carne, apurando los huesos como quien engulle una pata de pollo asado. Lo comprobaron con sus propios ojos el día anterior, cuando vieron a un grupo de ellos devorar los restos de un chaval de no más de doce años. Por desgracia aunque resulte hasta cierto punto irónico, eso ocurría en contadas ocasiones. La mayoría de las veces, los cuerpos se levantaban al cabo de poco tiempo y se unían a una legión de muertos que,

lesas alturas, ya debía contar con buena parte del censo de la ciudad de Madrid.

a Dieron un pequeño rodeo con el fin de esquivar a los zombis y avanzaron escondidos hasta que los dejaron atrás.

a —Alto... —susurró Alfonso mientras levantaba la mano derecha.

e Estaban justo en la intersección con la avenida de Pablo Neruda. Un autobús en llamas se había estrellado contra lo que antes era una agencia de viajes. Del vehículo rezumaba gasolina que prendía al instante produciendo enormes llamaradas. Esas cosas se volvían locas junto al fuego. Corrían, gemían y brincaban como brujas alrededor de la hoguera, celebrando algún tipo de ritual o una adoración demoníaca. Se lanzaban contra el fuego y salían envueltas en llamas. Algunas criaturas caían al suelo inertes poco después, otras corrían decenas de metros antes de caer.

a —Fuego... —masculló Alfonso entre dientes—. No es mala idea. El fuego brilla y hace ruido, les atrae como la miel a las moscas.

o —Joder, ya te digo. Parecen niños pequeños en un parque infantil después de un chute de azúcar. No paran quietos ni un segundo —comentó César, que vivía pegado al culo del militar relegando a Lorena a un tercer lugar que le empezaba a resultar molesto.

o Paz seguía sin abrir la boca. En su vasto mundo interior, había decidido que no merecía la pena interactuar con esas personas más allá de lo justo y necesario. No le apetecía estrechar lazo con alguien que había aparecido en su vida de golpe y sin avisar, conocedora de que probablemente se iría del mismo modo.

é Alfonso avisó al resto, con un gesto claro y conciso, para que avanzaran. Corrieron aprovechando la distracción que les brindaba las llamas, y cruzaron la avenida sin ningún contratiempo. El fuego seguía achicharrando a esas cosas, y el olor a carne asada empezaba a dominar el ambiente.

—¡Rápido! A las vías del tren —ordenó Alfonso a los demás—. Es nuestra mejor baza.

a Los demás asintieron y corrieron detrás. La estación de El Poz no quedaba lejos y, aunque entrar en ella sí podía albergar cierto peligro, una vez en las vías el camino estaría libre, a no ser que algún tren hubiera descarrilado o sufrido algún tipo de accidente. No sería de extrañar en esa situación y, aunque los demás parecían ignorarlo, Alfonso era consciente de ello. Omitió comentar ese detalle a sus compañeros mientras dirigían sus zancadas hacia la estación. César lo seguía justo detrás, compitiendo con Lorena por la segunda plaza. No podía permitir que una mujer ocupara su lugar junto a Alfonso. Paz iba unos pasos tras de ellos, intentando no perder fuelle.

s No hizo falta entrar en la estación. Accedieron directamente, escalando sobre el techo de una furgoneta negra que permanecía aparcada debajo del andén, al aparcamiento público. El andén estaba vacío y era un cementerio de todo tipo de equipajes tirados por todos lados de cualquier modo. Allí no quedaba nadie, ni vivo ni muerto. Solo manchas de sangre, pisadas y señales que indicaban el combate que se había librado.

n  
o  
o  
s  
a

a

Caminar por las vías resultó ser una buena opción que les permitió avanzar con facilidad. Durante mucho rato no se toparon con obstáculo alguno, y solo de vez en cuando alguna de esas cosas se fijaba en ellos desde la distancia, pero le era imposible darles alcance. Alfonso iba en la cabeza, como casi siempre, marcando un ritmo constante, aunque no demasiado exigente. Lorena caminaba a su lado, mientras César y Paz los seguían algo rezagados. Pese a los empeños de este chico por mantener el ritmo en cabeza, optó por distanciarse y ponerse junto a Paz.

l

—No os quedéis atrás —dijo Alfonso—. Esto no es una puta excursión del colegio. No quiero malgastar ni una bala por vuestra pereza.

César y Paz no respondieron, pero aceleraron la marcha. Las calles abarrotadas de zombis habían quedado atrás; las vías estaban despejadas y no había nadie en cientos de metros alrededor. «¿Por qué diablos debemos ir tan rápido?», pensó César.

e

—Cuanto antes nos alejemos de Madrid, más serán las posibilidades que tendremos de sobrevivir con vida —continuó Alfonso que, sin saberlo, acababa de responder la pregunta que César se acababa de formular—. Debemos buscar víveres, agua y un lugar donde poder resguardarnos. Y a todo esto debemos hacerlo antes de que anochezca. ¿No os apetece comer algo caliente junto a un fuego? Pues espabilad. Esto no es un maldito juego.

e

Lorena no dijo nada, pero pasó la mano por la cintura de su marido. Este la miró y sonrió.

Dejaron atrás la parada de Vallecas y siguieron avanzando a buen ritmo. La siguiente estación era la de Santa Eugenia, o eso creía recordar Alfonso, que conocía el camino. Aunque hacía muchos años que no usaba el tren, durante buena parte de su carrera profesional estuvo destinado en la base de Torrejón de Ardoz. Ahora, las pocas veces que acudía hasta allí por meras formalidades y visitas de cortesía, usaba el coche. Le resultaba más rápido y, sobre todo, mucho más cómodo. El militar sabía que tras esa parada encontrarían una tregua. La zona del Pinar de Santa Eugenia era una enorme arboleda rodeada por terrenos yermos y campos de conreo. No había viviendas o naves industriales que pudieran albergar sorpresas en un centenar de metros. Podrían salir de las vías y descansar brevemente en la sombra, beber y alimentarse con lo poco que les quedaba en las mochilas y recobrar fuerzas. Les esperaba un buen trecho antes de que cayera la noche y, por entonces, ya deberían haber encontrado un lugar donde dormir.

r

e

n

r

e

Caminar por las vías resultó ser una buena opción que les permitió avanzar con facilidad. Durante mucho rato no se toparon con obstáculo alguno, y solo de vez en cuando alguna de esas cosas se fijaba en ellos desde la distancia, pero le era imposible darles alcance. Alfonso iba en cabeza, como casi siempre, marcando un ritmo constante, aunque no demasiado exigente. Lorena caminaba a su lado, mientras César y Paz los seguían algo rezagados. Pese a los empeños del chico por mantener el ritmo en cabeza, optó por distanciarse y ponerse junto a Paz.

—No os quedéis atrás —dijo Alfonso—. Esto no es una puta excursión del colegio. No quiero malgastar ni una bala por vuestra pereza.

César y Paz no respondieron, pero aceleraron la marcha. Las calles abarrotadas de zombis habían quedado atrás; las vías estaban despejadas y no había nadie en cientos de metros alrededor. «¿Por qué diablos debemos ir tan rápido?», pensó César.

—Cuanto antes nos alejemos de Madrid, más serán las posibilidades que tendremos de seguir con vida —continuó Alfonso que, sin saberlo, acababa de responder la pregunta que César se acababa de formular—. Debemos buscar víveres, agua y un lugar donde poder resguardarnos. Y todo esto debemos hacerlo antes de que anochezca. ¿No os apetece comer algo caliente junto al fuego? Pues espabilad. Esto no es un maldito juego.

Lorena no dijo nada, pero pasó la mano por la cintura de su marido. Este la miró y sonrió.

Dejaron atrás la parada de Vallecas y siguieron avanzando a buen ritmo. La siguiente estación era la de Santa Eugenia, o eso creía recordar Alfonso, que conocía el camino. Aunque hacía muchos años que no usaba el tren, durante buena parte de su carrera profesional estuvo destinado en la base de Torrejón de Ardoz. Ahora, las pocas veces que acudía hasta allí por meras formalidades y visitas de cortesía, usaba el coche. Le resultaba más rápido y, sobre todo, mucho más cómodo. El militar sabía que tras esa parada encontrarían una tregua. La zona del Pinar de Santa Eugenia era una enorme arboleda rodeada por terrenos yermos y campos de conreo. No había viviendas o naves industriales que pudieran albergar sorpresas en un centenar de metros. Podrían salir de las vías y descansar brevemente en la sombra, beber y alimentarse con lo poco que les quedaba en las mochilas y recobrar fuerzas. Les esperaba un buen trecho antes de que cayera la noche y, por entonces, ya deberían haber encontrado un lugar donde dormir.

**Base Militar Secreta**

**Ciudad Real**

**Informe interno núm. Z1287X9**

**Sesión núm. 12**

**Fecha: 11/08/2019**

Nombre del sujeto: Desconocido

Número de identificación: Desconocido.

Edad: 35 años aprox.

Sexo: Varón.

Raza: Caucásica

Lugar de procedencia: Madrid

El sujeto no presenta alteraciones durante las horas que dura el aislamiento. Permanece quieto e inmóvil, de pie, mirando fijamente al mismo punto sin pestañear.

Se procede a la estimulación de sus sentidos auditivos. Reacciona positivamente a los sonidos mucho antes de lo que haría cualquier sujeto convencional. Se pone nervioso y se mueve de un lado a otro frenéticamente cuando la intensidad de la señal se incrementa, regresando a un estado más sosegado cuando esta decrece.

No se aprecian cambios significativos en función del espectro audible. Reacciona de mismo modo a los sonidos agudos y graves. En ausencia de sonido, el sujeto no reacciona a los cambios lumínicos. Se ha intentado estimular su vista con diferentes tonalidades de luz, llegando a simular intensidad diurna mediante rayos UVA. Aun así, permanece totalmente inmóvil. Podemos asegurar que el sujeto no está ciego, pues responde cuando alguno de los miembros del equipo se acerca al cristal de la sala donde está confinado. En décimas de segundos se lanza en su búsqueda dándose de bruces contra el cristal. Lo araña y golpea con insistencia, llegando incluso a lastimarse las manos, los dedos y las uñas. No parece sentir dolor y prosigue hasta que el estímulo desaparece, para volver instantes después a su letargo. La linde del dolor del sujeto Z1A está muy por encima de la que podría soportar una persona normal, si es que la tiene, cosa que algunos miembros del equipo empiezan a dudar, ya que sobrepasa con creces los límites establecidos.

Se introduce una pelota en la habitación a las 14:05. El objeto capta su atención nada más comenzar a botar. No hay forma de que detecte a la persona que hay detrás de la pared. Aun así muestra mucho interés. Unos minutos después ha empezado a interactuar con la esfera. Parece que el movimiento ha despertado cierto interés en él. Al principio se acerca al balón de forma brusca haciendo que este salga disparado en dirección opuesta. Un rato después, lo coge entre sus manos pero no lo lanza; lo sujeta con tanta fuerza que lo revienta. Parece ser que el sujeto Z1A tiene cierta capacidad de aprendizaje. Pasados unos veinte minutos se introduce un nuevo balón en la

cámara. Lo coge y sujeta, esta vez sin tanta fuerza, y lo lanza contra la pared. Regresa botando a su posición sin que lo recoja, y acaba por ignorarlo por completo.

**Informe interno núm. Z1287X9**

**Sesión núm. 18**

**Fecha: 23/08/2019**

El sujeto ha intentado abrir la puerta del habitáculo donde se encuentra. Primero, ha golpeado el pomo sin querer y la puerta, aunque blindada, ha temblado un poco. El sistema de apertura no puede ser accionado desde dentro. Después de varios golpes más, ha cogido el pomo y lo ha girado con brusquedad, tirando de él con fuerza. Evidentemente, la puerta no ha cedido. Después de unos minutos de letargo, lo ha intentado de nuevo, acometiendo con fuerza contra la hoja de metal.

Se procede a administrar un sedante al sujeto. La dosis, aunque suficiente para sedar a un espécimen de cien kilos, no parece hacerle efecto. Se complementa con otra dosis de igual valor.

El calmante no hace efecto alguno.

e El sujeto lleva más de dos días sin alimentarse. No ha ingerido comida que no proceda de un cuerpo humano. No presta atención a las piezas de cadáveres de animales. Se introduce el brazo de una mujer, procedente del depósito de muestras de la base y con identificador A124VC, a las 19:00 horas. Lo devora al instante, comiendo hasta la carne pegada al hueso, que lanza después contra el cristal opaco tras el que le observamos. Hay miembros del equipo que creen que el sujeto sabe que estamos allí.

l  
s  
a  
s  
e  
b  
a  
o  
y  
s

s  
,  
e  
b  
s  
e  
a

cámara. Lo coge y sujeta, esta vez sin tanta fuerza, y lo lanza contra la pared. Regresa botando a su posición sin que lo recoja, y acaba por ignorarlo por completo.

**Informe interno núm. Z1287X9**

**Sesión núm. 18**

**Fecha: 23/08/2019**

El sujeto ha intentado abrir la puerta del habitáculo donde se encuentra. Primero, ha golpeado el pomo sin querer y la puerta, aunque blindada, ha temblado un poco. El sistema de apertura no puede ser accionado desde dentro. Después de varios golpes más, ha cogido el pomo y lo ha girado con brusquedad, tirando de él con fuerza. Evidentemente, la puerta no ha cedido. Después de unos minutos de letargo, lo ha intentado de nuevo, acometiendo con fuerza contra la hoja de metal.

Se procede a administrar un sedante al sujeto. La dosis, aunque suficiente para sedar a un espécimen de cien kilos, no parece hacerle efecto. Se complementa con otra dosis de igual valor.

El calmante no hace efecto alguno.

El sujeto lleva más de dos días sin alimentarse. No ha ingerido comida que no proceda de un cuerpo humano. No presta atención a las piezas de cadáveres de animales. Se introduce el brazo de una mujer, procedente del depósito de muestras de la base y con identificador A124VC, a las 19:00 horas. Lo devora al instante, comiendo hasta la carne pegada al hueso, que lanza después contra el cristal opaco tras el que le observamos. Hay miembros del equipo que creen que el sujeto sabe que estamos allí.

# CAPÍTULO 9

## —CABALLO DE TROYA—

Sam empezó a ladrar, nervioso, poco después de que amaneciera. Aroa fue la primera en abrir un ojo y farfullar algo sin sentido entre dientes. La noche había sido larga y dura, tanto que se quedó dormida en el sofá. Junto a ella, Carlos seguía durmiendo a pierna suelta y, a juzgar por los ronquidos, parecía estar muy lejos de allí. Pablo, que se había acostado en la habitación de invitados, asomó la cabeza.

—¿Qué le pasa al perro? —preguntó a Aroa, que acariciaba con delicadeza la cabeza de husky—. ¿Ya se acabó el puto mundo? —añadió sonriendo.

A Aroa no le hizo ninguna gracia el comentario jocosos de su compañero y negó con la cabeza.

—Déjate de gilipolces, imbécil. Hay peña muriendo por todos lados, estamos vivos de milagro y tú sales con tonterías —respondió la cántabra con un enfado considerable. En el fondo tal vez le debía la vida a Pablo. Aunque era ella quien lo había rescatado en dos ocasiones, este le había insuflado el valor suficiente para llegar hasta allí. Quizás sin él se habría dado por vencida. A pesar de eso, cada vez que soltaba alguno de sus chascarrillos, a Aroa le chirriaban los oídos. Se conocía y sabía de sobra que tarde o temprano acabaría saltando.

—¡Silencio! —gritó Carlos recién despierto—. Si escucho una tontería más se va a acabar el mundo para alguno de vosotros. Ya estoy harto de estupideces, lleváis toda la noche igual. En lugar de intentar descansar y coger fuerzas para lo que pueda ocurrir, os pasáis el rato soltando memeces.

Aroa y Pablo no dijeron nada. Ella se apartó un poco de su marido y miró hacia otro lado como solía hacer cuando este se enfadaba. Las palabras de Carlos le habían hecho daño. No esperaba que su pareja reaccionara de ese modo, pese a su mal despertar habitual. Pablo regresó a la habitación y se tumbó en la cama. Se notaba extraño y sentía la necesidad de encajar en el improvisado trío. Sin Asun a su lado, le costaba ser él mismo. Su mujer era el mástil sobre el que había construido su vida. Su faro, su norte. Sin ella se sentía incapaz de hacer nada. Aun así tampoco tenía las suficientes agallas como para salir en su busca. Era como si tuviera otra vez catorce años y fuera de nuevo el chico regordete que iba de un lado a otro intentando hacerse el gracioso para encajar. Si eso no le funcionó en su momento, dudaba que lo hiciera ahora. Aroa se estaba cansando de sus chorradas y Carlos de las de ambos.

Pablo salió de la habitación y se dirigió al comedor. La pareja seguía en el sofá, en silencio. Sabía a la perfección lo que ocurría. Lo mismo que ha ocurrido en todos los hogares durante la dilatada historia de la humanidad: estaban enfadados.

—Venga, chicos, ya está. ¿El mundo se va a la mierda y os vais a cabrear por una tontería?

—dijo en tono conciliador—. Dejemos las bobadas y las riñas y pensemos qué vamos a hacer ahora. No podemos permanecer encerrados para siempre. ¿Cuánta comida tenemos? ¿Cuánto tiempo vamos a disponer de agua potable? Poco. Además, quiero encontrar a mi mujer —este último lo dijo aun a sabiendas que no era posible. Su casa quedaba en la otra punta de Madrid, en el epicentro de la infección. Llegar hasta allí iba a ser tan difícil como llegar saltando a luna.

El matrimonio le miró sorprendido. Era la primera vez que Pablo mencionaba a su mujer. Ambos daban por supuesto que era soltero y no tenía familia cercana. En ningún momento mencionó que quería salir en su busca. Carlos se levantó y se acercó a la ventana. El sol brillaba sobre un Madrid desolado que suplicaba clemencia. Infinidad de columnas de humo escalaban hasta un cielo que las engullía sin rechistar, disolviendo la suciedad y esparciendo las partículas de ceniza más allá de lo imaginable.

—Hay alguien abajo —susurró Carlos—. Está parado frente a la puerta. Creo que es una de esas cosas.

Aroa y Pablo se levantaron y acudieron a su lado junto a la ventana y, escondidos tras el sofá, observaron al individuo que permanecía quieto frente a su casa. No había duda de que era un zombi. Llevaba el pelo enmarañado y vestía ropas raídas y sucias. Una enorme brecha cruzaba su cabeza de lado a lado y, aunque no le había causado la muerte, el golpe debió ser importante. Estaba quieto, expectante, y miraba hacia arriba como si supiera que estaban allí.

—Da miedo —dijo Pablo intentando no alzar la voz—. Mucho miedo.

—Ya te digo. Es un puto zombi máster. Debe medir por lo menos metro noventa —respondió Aroa, parapetada tras la espalda de su marido.

—Uno noventa o dos cincuenta. Me suda la polla lo que mida esa cosa mientras no me toque los huevos —comentó Carlos sin quitarle ojo de encima.

El zombi seguía inmóvil frente a la puerta. La cabeza inclinada hacia arriba y la vista fija en la ventana. No se había movido en los más de diez minutos que llevaban observándolo. Parecía no respirar, no abría la boca. Solo miraba fijamente al cristal.

—Nos ha visto —gruñó Carlos.

—Es imposible —respondió Pablo.

—Entonces... ¿por qué no deja de mirarnos y se va? Ese cabrón sabe que estamos aquí. De algún modo u otro ha notado nuestra presencia. Tal vez nos ha escuchado con su súper oído u olido con su súper nariz. ¿Qué más da? La putada es que sabe que estamos aquí y no parece dispuesto a irse.

La criatura sonrió. Sí, sonrió. Una enorme y macabra sonrisa que les erizó la piel. Una sonrisa llena de oscuridad y maldad.

Un escalofrío recorrió sus cuerpos de arriba abajo, activando todas y cada una de las terminaciones nerviosas. El maldito zombi sabía que estaban allí y acababa de sonreír.

—¿¡Habéis visto eso?! —preguntó Pablo sobresaltado—. El muy hijo de cien mil madres ha sonreído. ¿Desde cuándo los zombis sonríen? ¡No piensan! ¡No hablan! ¡No rien!

—Me cago en la p... —intentó decir Aroa. No fue capaz de terminar la frase antes de que

los demás vieran lo mismo que ella. El zombi se movía hacia la puerta.

—No puede entrar. No puede abrir la puerta. ¡No puede! Es un maldito podrido —gritó Pablo histérico. Se había puesto en pie de un bote y se encontraba apoyado junto al ventanal. Los tres estaban de lado, viendo cómo esa cosa se disponía a coger el pomo.

—¿Está cerrada con llave? —preguntó Carlos—. Yo no cerré. ¿Alguno de vosotros lo hizo? —Pablo y Aroa no respondieron, solo se encogieron de hombros y se miraron. Carlos golpeó la mesa con el puño y se lo llevó a la boca para morderse los nudillos—. ¿Y ahora qué? ¿Qué coño vamos a hacer? —gritó Carlos a los demás. Aunque él era igual o más culpable que el resto descargó su ira contra Pablo y Aroa, que aguantaban estoicamente el temporal. Ella se mordía la lengua sin dejar de mirar al suelo, mientras él parecía hacer caso omiso y observaba por la ventana cómo el zombi traqueteaba con el pomo, intentando abrir la puerta.

—Va a entrar. Lo hará si no hacemos nada al respecto. ¿Bajamos y le zurramos? —preguntó Aroa—. Ya hemos matado a un par de ellos, no es tan complicado. Un golpe en la cabeza y ¡bam! zombi muerto.

—No siempre nos va a salir bien, este es diferente. ¿No lo veis? ¡Está intentando abrir la puerta! —respondió Pablo, que seguía sin salir de su asombro. Dos décadas enteras dedicadas a engullir películas, libros y cómics de zombis que le decían que esas cosas no pasaban, que esos seres solo se dedicaban a comer. Dos décadas tiradas a la basura en cuestión de segundos por un podrido capaz de sonreír y jugar con una puerta.

El zombi consiguió abrir más por azar que por conocimiento y entró en el jardín. Tras muchos intentos que habían acabado en fracaso, consiguió su objetivo y, en aquel instante, se encontraba en el interior de la finca. El zeta miró otra vez hacia la ventana y sonrió. Esta vez no sorprendió al trío, que seguía discutiendo pegado al cristal. Se dirigió hacia la otra puerta e intentó hacer lo mismo. Esta vez no funcionó, estaba cerrada con llave desde el interior.

Desde su posición no podían ver cómo la criatura manoseaba la manilla, pero podían escuchar los golpes y embestidas. Mover y empujar, había aprendido la lección, pero en esta ocasión no funcionaba.

La calle empezó a llenarse de zombis. Como si acudieran a un reclamo mudo, se acercaban desde todas las direcciones posibles y se congregaban en el mismo punto: delante de la casa. En un abrir y cerrar de ojos, un enjambre de cuerpos putrefactos les había rodeado por completo.

—Me cago en la puta —esta vez Aroa pudo terminar la frase. Estaba asustada, muy asustada—. Están por todas partes —añadió nerviosa. Era un manojo de nervios, no tenía uñas y se agarraba el pelo buscando un sosiego que no encontraba por ningún lugar. Se había creído seguro entre esas cuatro paredes. Era su hogar, su casa. El nido de amor que tanto esfuerzo les había costado a Carlos y ella pagar con sudor, lágrimas y dolores de cabeza mes a mes, hipotecando algo más que su dinero y su juventud. Trabajaron muy duro para conseguir aquello y en un minuto solo un minuto, el castillo de naipes se estaba derrumbando. Se sintió desnuda, desprotegida como si le hubieran arrancado la ropa en mitad de un centro comercial un puñetero *Black Friday* «Un treinta por ciento de descuento en los televisores 4K Full HD, señoras y señores; un veinticinco en la PlayStation 4 con el *Fifa* no sé qué cuántos, llévese tres libros y pague dos y ¡Aroa desnuda!».

Palideció justo antes de enrojecer, henchida por la rabia, y rompió a llorar pese a los esfuerzos por contener el llanto.

—Ya te digo —dijo Pablo, que no sabía a dónde demonios mirar. El espectáculo en la calle era dantesco. El jardín se había convertido en un vivero de plantas carnívoras deambulantes y deseosas de pegarles un buen bocado a la que tuvieran ocasión. Si entraban, estaban muertos. Los tres lo sabían.

Sam observaba a sus dueños desde un rincón del comedor. Su rincón. Acurrucado en la cama y cubierto con una manta polar de *La patrulla canina*, aun así tiritaba. No tenía frío, estaba asustado. Un leve lloriqueo se le escapaba de vez en cuando, un sonido agudo y lastimoso, casi una súplica, que rezaba para que esas cosas se fueran de allí. Aunque no las había visto, las podía oler. Sí, Sammy era muy bueno en eso. Oía y rastrea todo el día; también era un coche escoba maravilloso que engullía todo lo que encontraba en el suelo. No se le escapaba un trozo de bocadillo a medio roer o un caramelo pegajoso lleno de arena. Todo era susceptible de ser llevado a la boca.

Carlos no dijo nada. A diferencia de sus dos compañeros, estaba pensativo. La puerta no resistiría eternamente el embate de los zombis, y debían actuar rápido si querían salir de allí. Cogió una mochila y metió en ella agua y latas de conserva. Agradeció ser cántabro y la visita anual de su madre, que venía siempre acompañada de una enorme cesta de comida; y agradeció a Dios, sin ser creyente, todo lo que había vivido hasta la fecha. Prometió proteger a Aroa con su vida y hacer todo lo necesario para que no le pasara nada. Todo ello lo hizo sin ser consciente. Si el momento había llegado; ese instante por el que había estado preparándose tanto tiempo, superando las burlas y mofas de los demás, el momento de dejar atrás complejos e inseguridades. Ahora tocaba ser fuerte, coger el toro por los cuernos y salir de allí rebanando cabezas si hacía falta. ¿Cuántos había en la calle? ¿Cien? ¿Doscientos? No podían ser más pesados que los putos testículos de Jehová que llamaban al timbre continuamente con la misma estúpida y burda pregunta: «¿Crees que hay algo después de la muerte?». Ahora sabía la respuesta y no le gustaba. Lo que hay después de la muerte estaba llamando con insistencia a su puerta y los quería sacar de allí hechos puré.

Carlos se colocó la chaqueta. Su expresión, al contrario de lo que podía ser normal en una situación límite como esa, era serena y reflejaba seguridad en sí mismo. Aroa se percató de ello y se tranquilizó un poco. Sabía de lo que Carlos era capaz, lo había visto en sus clases de *Kra Magá* desarmar a dos y tres contrincantes a la vez e inmovilizarlos con sus manos desnudas. Ya no era el chico tímido y algo simplón que conoció en el instituto y que, muchas veces, dudaba de sí mismo. Se había forjado un carácter fuerte y arrollador. Carlos cogió el cuchillo más largo y afilado que encontró y lo agarró con fuerza. Los dedos se enrojecieron por la presión y una gota de sudor cayó al suelo. Ese fue el pistoletazo de salida, el inicio de una carrera de cien metros en la olimpiada de la vida. Una prueba de obstáculos, con la supervivencia como único premio. Aquí no se ganaban medallas, ni becas, ni premios en metálico. Aquí solo existían los amaneceres y anocheceres, y cuantos más de ellos observabas, más afortunado te podías sentir.

—Salgamos por la cocina —dijo sin dar más explicación.

Aun así, Aroa lo comprendió enseguida, la cocina estaba justo sobre el tejado de cobertizo trasero. Aunque allí había puerta, un muro de algo más de metro y medio los separaba

Desde la calle. Con toda la congregación de zombis reunida en la parte frontal de la casa, era difícil esperar que la trasera estuviera despejada. Carlos era un chico listo, de eso no tenía ninguna duda.  
e —¿Por la cocina? —protestó Pablo—. Allí no hay puertas, ¿cómo coño vamos a salir? —añadió.

S —Tú calla y sígueme —respondió Carlos a la vez que Sam se colaba entre sus piernas y tomaba la delantera—. Puedes quedarte si quieres, nadie te obliga, aunque dudo que tarden más de diez minutos en entrar. ¿Escuchas ese leve tintineo después de cada golpe? Son los goznes de la puerta que están pugnando por no salirse.

i Pablo no respondió y se pegó a la espalda de la pareja. Entre los tres apilaron la mesa de la cocina, las sillas, la nevera e incluso la tostadora para poder salir por la pequeña ventana que daba al cobertizo. En el exterior, el aire era frío y echaron en falta el sol, que en aquel instante se escondía tras una espesa nube de humo gris.  
r

Sam fue el primero en saltar, parecía comprender a la perfección las intenciones de sus dueños. Con ese perro tuvieron una conexión especial desde el primer momento que lo vieron, sucio y herido, en la protectora. Fue un flechazo mutuo a tres bandas y desde entonces eran inseparables. Carlos lo siguió y observó tras el muro, estaba despejado. La calle de la fuente de San Pedro se presentó ante ellos como nunca lo había hecho: llena de escombros, basura, manchas de sangre y restos de cadáveres a medio devorar. Había pies, manos, una cabeza e incluso algo que parecía intestinos humanos colgados entre dos árboles. «Joder, es como si los putos zetas se hubieran dedicado a jugar con las entrañas de la gente», pensó Carlos. Esto no era lo que esperaban de un apocalipsis zombi. Ellos, los tres, eran asiduos a los libros y películas de esta temática. Esperaban zombis tontos y toscos fáciles de matar y, aunque es cierto que encontraron algunos de esos, este último parecía ser un cabrón inteligente y cruel. Más cruel de lo que cabía esperar de un resucitado porque, si no tienes cerebro, puedes cometer atrocidades sin ser consciente de que estás obrando mal, pero si eres consciente y, aun así las haces, significa que eres malo de verdad. «Esos putos zombis son listos y diabólicos», pensó Carlos sin dejar de mirar a la calle. «Son peores que políticos corruptos o los banqueros sin escrúpulos. Son el mal en persona. Un mal definitivo que te busca en la seguridad de tu casa y te saca a rastras hecho pedazos. Un mal que no descansa. Un mal eterno del que nunca se puede escapar y del que nunca puedes huir sintiéndote seguro de que no te va a dar caza. Son como una miasis. Son gusanos hambrientos que se alimentan de la carne desde lo más profundo de la sociedad, desde las tripas. Te atacan en la tranquilidad de tu hogar, en el cine o en un puticlub. No les importa dónde te halles ni qué estés haciendo. Te devoran sin miramientos con el único fin de saciar un hambre sin límite», añadió para sí mismo.

n  
í Sam gruñó y mostró unos dientes largos y afilados. Parecía un lobo grande y majestuoso. En su mirada no quedaba rastro del animal dócil y juguetón, algo tontorrón, que solía ser. Ahora era una bestia enfurecida y miraba fijamente al frente. La seguridad de sus propietarios estaba en juego, y eso había desatado en él una fuerza y una seguridad de la que no hacía gala con asiduidad. A no mucha distancia, cien metros como mucho, un par de zombis daban cuenta del cadáver de un pobre repartidor de pizzas. La moto, muerta también, seguía tirada a su lado con el compartimento dedicado a albergar la entrega abierto. Las pizzas, en su caja aceitosa, descansaban en el suelo

efrías, al igual que el cuerpo que estaba siendo devorado. El perro echó a correr como si persiguiera una pelota lanzada a toda velocidad. Brincó como un guepardo, estirando las piernas al máximo y replegándose sobre sí mismo para coger impulso. Era un tren a toda velocidad, un coche deportivo surcando el asfalto. Era simplemente espectacular.

En un santiamén se situó sobre uno de los zetas y le mordió en la cabeza. No la arrancó de cuajo, pero lo zarandó un par de metros hacia la izquierda. El otro se incorporó dispuesto a atacar al can que, con el hocico rojo por la sangre, le propinó una enorme dentellada en la pierna. El zombi cayó de bruces al suelo. Se escuchó el crujir de los huesos bajo la piel podrida y agrietada. La pierna estaba rota por varios lugares que coincidían con las marcas de los dientes de Sam que, entretanto, se ensañaba con el primer zeta y le destrozaba el cuello. Aun así, la criatura intentó agarrar al perro, que se sacudía como si le clavaran mil alfileres ardiendo.

El barullo duró apenas un par de minutos. Los zombis descansaron para siempre junto a las cajas de pizza ensangrentadas. Restos de cerebro y meninges adornaban la estampa, esparcidos por aquí y por allá, entre cabeza y cuerpo separados por algo más de un palmo. Un charco de sangre negra y maloliente empezó a correr lánguidamente hacia los laterales de la calle, donde un bocado oscuro se lo tragó. Carlos recordó la película de *It* y sonrió. «Aquí abajo todos flotan» pensó justo antes de acariciar a Sam, que había regresado a su lado. El perro volvía a ser el compañero tranquilo y fiel que conocía, pero su pelaje estaba sucio y manchado. El can se relamió sin parecer importarle la procedencia de los fluidos que le recubrían, y un espasmo recorrió su cuerpo. Vomitó todo el contenido de su estómago entre gemidos. Aroa se arrodilló a su lado para tranquilizarlo. Para ella, era el hijo que nunca tuvo. Un hijo que había deseado durante muchos años y que nunca podría llegar después de que le extirparan los ovarios tres años atrás, con la treintena recién cumplida; aunque no habían visto ningún animal transformado en una de esas cosas, la duda se instaló en su mente.

—Vámonos —ordenó Pablo. El madrileño había permanecido callado mientras observaba cómo Sam peleaba contra esas cosas—. Sammy necesita descansar y nosotros poner distancia. No tardarán en entrar, descubrirán que no estamos y el puto zombi listo de los cojones se mosqueará.

—¿Hacia dónde? —preguntó Aroa desde el suelo. Seguía pendiente del perro, que parecía recuperarse de la indigestión causada por la sangre.

—Hacia las afueras —respondió Carlos, que con el cuchillo alzado señalaba la dirección a seguir.

Pablo tuvo razón. Los zombis entraron en la casa y no encontraron a nadie. A poca distancia de ellos, calle abajo, caminaban los tres supervivientes y Sam. Escucharon un grito, uno muy fuerte como si las puertas del infierno se acabaran de abrir y todo el maldito ejército de Lucifer se estuviera desgañitando. Se asustaron, se asustaron mucho, pero ya estaban fuera de su alcance y a menos, por esta vez, la suerte les había sonreído.

Pablo se resignó y pensó en Asun, su mujer. No sabía nada de ella desde que se fue a trabajar, antes de que todas esas cosas se levantaran y, aunque había pasado poco tiempo, sentía en su interior que no estaba viva. Ella no era fuerte, ni rápida, ni ágil. Veía poco y mal si con un poco de suerte llevaba las gafas de culo de vaso a las que vivía pegada. No, no le quedaba esperanza alguna, y mientras seguía andando miró al cielo y suplicó que su muerte hubiera sido

iplácida y definitiva.

s  
n

e  
a  
l.  
y  
e  
a

s  
s  
e  
a  
,  
l  
ó  
u  
a  
s  
a  
s

a  
o

a

a

e  
,  
e  
l

a  
a  
n  
a  
o

plácida y definitiva.

# CAPÍTULO 10

## —UNA PATRIA MALDITA—

### 1

El ruido de los disparos alertó a Raúl, que llevaba un buen rato deambulando sin rumbo por las calles de lo que quedaba de Madrid. No se había cruzado con ningún zombi después de la refriega presenciada en silencio para no ser descubierto. A poca distancia de allí, se estaba librando de nuevo una auténtica batalla campal. Escondido tras un coche, observó cómo trece hombres, vestidos con ropas militares, arrastraban lo que parecía ser un cuerpo y lo dejaban tirado en mitad de la ancha avenida. Uno de ellos accionó el teléfono móvil e hizo que sonara una canción a través de un pequeño altavoz que dejaron recostado junto al cadáver. Raúl se sorprendió al observar que la tecnología funcionaba todavía. Él no era un experto en esos cachivaches y siempre tenía problemas con las conexiones. Software, firmware y hardware eran palabras que le sonaban a chino, y casi siempre acababa por recurrir a las cosas más simples: un viejo radiocasete con CD, un ordenador de cuando las Olimpiadas de Barcelona, una televisión de tubo y un reproductor de DVD eran toda la tecnología que conocía.

Los hombres se escondieron tras una enorme furgoneta de reparto que dormía empotrada contra una farola y esperaron. No tardaron en aparecer los primeros zombis, alertados por la música, si es que así se podía llamar a lo que estaba sonando de forma inalámbrica por el aparato. Las criaturas se lanzaron en tromba sobre el cadáver, arrancaron brazos y piernas y los devoraron como quien saborea un algodón de azúcar; sujetaban las extremidades con la mano y se llevaban pedazos de carne a la boca. Los militares aguardaron unos instantes más, obedeciendo a la orden del que estaba al mando, antes de empezar a disparar. En pocos segundos no quedó ni un zeta en pie y la música dejó de sonar.

—Rosalía quince, zombis zero —dijo uno de los soldados mientras encendía un cigarrillo.

Los militares recogieron el pequeño dispositivo y reanudaron la marcha, dejando tras de sí un puñado de cuerpos desmembrados y montones de casquillos de bala. Raúl los siguió a una distancia prudencial, intentando no ser detectado. Junto a ellos, el camino estaba despejado y eso lo debía aprovechar. El modus operandi de los soldados era siempre el mismo: tender pequeñas emboscadas para atraer a los zetas que se encontraban en los alrededores y así poder avanzar sin contratiempos. No era mala idea, y Raúl la anotó en su archivo mental de cosas que hacer para salvar el culo. Se escondió de nuevo al ver cómo los hombres detenían la marcha. Uno de ellos sacó un teléfono de su macuto. No era un aparato convencional, era grande y pesado, con una enorme antena desplegable. Raúl se acordó de los programas de supervivencia extrema que tanto le gustaban a David, su David, y reconoció en seguida el aparato. Se trataba de un teléfono vía satélite, que funcionaba incluso sin cobertura. Apenas pudo escuchar fragmentos sueltos de la conversación, frases inconexas seguidas de miradas de preocupación. «La situación es crítica... acudid de inmediato...el Wizink Center está siendo tomado».

Echaron a correr como quien escapa de un león hambriento mientras Raúl decidía s

seguirles hasta lo que parecía un asedio en toda regla de las tropas de Sauron a Minas Tirith, o esconderse como una rata y salir cuando todo hubiera pasado. Hasta el momento, eso de huir o esconderse le había dado buen resultado. Era consciente de sus limitaciones y sabía que no tenía ninguna opción ante un enjambre de zombis hambrientos. Por el contrario, en un grupo numeroso de personas tenía más posibilidades de sobrevivir, sobre todo si eran militares armados o preparados para el combate.

Tras una lista mental de pros y contras, que duró el tiempo de chasquear los dedos, optó por seguir a los militares hasta la batalla. Aun así, decidió no participar en ella y optó por observarla todo desde una distancia prudencial. Era un cobarde y se sentía como tal, pero no se avergonzaba de ello. Los cobardes viven, los héroes mueren. «Esto no es una puñetera película americana, ni yo Milla Jovovich en *Resident Evil*. Esto es la vida real y esas cosas matan», pensó Raúl.

## 2

Mónica seguía tumbada en el suelo, sin moverse, tal y como le habían indicado. El ir y venir de proyectiles sobre su cabeza era motivo suficiente para obedecer sin rechistar. Esas cosas habían conseguido penetrar en los pasillos laterales del edificio, y toda la lucha se centraba en impedir que irrumpieran en la pista central donde se encontraban los supervivientes y el personal médico. El Wizink Center había dejado de ser un lugar seguro y se estaba convirtiendo en un matadero.

—No vamos a salir de aquí —dijo la mujer que tenía justo al lado.

Mónica no respondió y se tapó los oídos con ambas manos. Estaba harta de los disparos o los gritos, de las explosiones. Pero, sobre todo, estaba hasta los ovarios de la estupidez humana. «¿Te va a servir de algo decir esta jodida mierda?», pensó mientras la rabia empezaba a hervir en su estómago. «¿Vas a vivir más por jodernos con tus estupideces?». Los pensamientos se entrelazaban en su cabeza al mismo tiempo que el nudo que se formaba en su garganta crecía. Estaba nerviosa, furiosa y necesitaba hacer algo. Sabía que después sería tarde, muy tarde. Si esas cosas penetraban en la anilla central se desataría el caos.

Se levantó ante la mirada de los que permanecían tumbados alrededor: una veintena de supervivientes que temblaban como gusanos y esperaban a ser clavados en el anzuelo. «Ahí están como es habitual en los humanos, aguardando a que alguien les saque la mierda del culo y tire en papal a la taza. Esperando a que mamá les dé la papilla masticada y golpecitos en la espalda de forma cariñosa para echar el eructo y quedarse bien a gusto», pensó Mónica. Ella no era así nunca había dependido de nadie y tampoco lo haría ahora por muy jodidas que estuvieran las cosas. Ella era una mujer de pies a cabeza, una mujer dura y curtida en mil batallas cotidianas. Una mujer que había salido adelante pese a las zancadillas que la vida le había puesto en el camino, una luchadora que escapó intacta de un intento de violación con apenas dieciséis años gracias a que pateó a su agresor en las pelotas. Todavía hoy se sentía sucia al recordar aquello aunque estaba orgullosa de su reacción y no se avergonzaba de lo ocurrido, pese a que este país siempre se empeñara en recordárselo violación tras violación, sentencia tras sentencia. «De lo único que me

oavergüenzo es de vivir en un país machista, retrógrado y fascista. Un país que criminaliza a la  
víctimas, que rebaja las condenas en función de la longitud de la falda o de las veces que la  
agredida intentó resistirse antes de caer en estado de shock. Un país donde el machismo campa  
sus anchas, deseando que la mujer sea poco más que un florero, por mucho que se empeñen a decir  
que la sociedad está cambiando», pensó.

Mónica miró a las personas que se retorcían en el suelo como gusanos, y sintió pena y asco  
ra partes iguales. Estaban allí a merced de cualquiera que quisiera acabar con ellos. Daba igual si  
eran los zetas o un pirado con un arma y ganas de montar jaleo. No podían hacer nada, no tendrían  
tiempo para reaccionar.

i Sintió lástima, hasta que algo llamó su atención.

Alguien la observaba, alzándose lo justo del suelo como para no respirar el polvo que la  
cubría. Era él. Aquellos ojos, esa barba y esa nariz casi aguileña apuntando hacia donde ella se  
encontraba.

«No me lo puedo creer. Ese es el cabrón más grande que ha pisado el Congreso de los  
Diputados desde que Tejero entrara pistola en alto. Ese cerdo es el puto líder de la ultraderecha  
que ha llegado hasta donde está a base de mentiras y engaños», pensó Mónica sin quitarle los ojos  
de encima.

s —¡Hijo de puta! —exclamó sin pensar.

n Se acercó hasta él y le cruzó la cara de una fuerte patada.

l —¡Hijo de puta! —exclamó Mónica de nuevo, que por primera vez en mucho tiempo se  
sentía plena, realizada—. Eso va por todas las mujeres —añadió justo antes de escupir. El gargajo  
cayó en mitad de la frente, se acomodó en su mejilla y se perdió cuello abajo.

y Él no dijo nada. Se limitó a lloriquear mientras un reguero de sangre resbalaba por su nariz  
hasta caer al suelo en forma de diminutas gotas. No respondió, no bramó; solo agachó la cabeza.

n Un grito rebotó entre las paredes del pabellón y quedó suspendido en el aire durante varios  
largos e interminables segundos. Era un alarido agudo, lleno de llanto y dolor contenidos durante  
demasiado tiempo. Esas cosas estaban dentro y devoraban a una de las supervivientes con avidez.  
Se encontraban a escasos metros de una Mónica agradecida por no haber sido ella. La sangre  
brotaba del cuello de la mujer a través de una enorme y profunda herida y manchaba los rostros de  
las criaturas, mientras estas no paraban de masticar su carne todavía caliente. La mujer se  
desmayó y abandonó este mundo sin oponer resistencia, siendo reducida a un saco de hueso  
escuchimizado que duró con vida demasiado tiempo como para tener una muerte plácida. Dejó la  
Tierra y voló por encima de las cabezas de los presentes, olvidando que vivía en un cuerpo  
material, parte del cual se encontraba en el estómago de los zombis. Un cuerpo que, con suerte y  
dado su estado, jamás regresaría de entre los muertos.

l El fascista miró a Mónica de nuevo. Ella le devolvió la mirada a la vez que decenas de  
pensamientos le venían a la mente: «Es el vivo reflejo del mal personificado. El que se ha erguido  
como el líder de la España rancia y vieja, la España que vive añorando el franquismo, la España  
de bueyes y mulas arrastrando carretas llenas de republicanos muertos, la España que tapaba la  
vergüenzas con arena y aceite de ricino. Esa España. La del blanco y negro, la de los toros y la  
folclóricas como estandarte, la heredera del Cid, que ganaba batallas después de muerto contr:

slos musulmanes. La España del Caudillo y el paredón. La del NO-DO y el garrote vil. La España que nos ha condenado a un atraso que sigue carcomiendo la sociedad más de medio siglo después de esa España. Él es todo eso personificado en un individuo cobarde y ruin, que permaneció rimpertérrito ante tal espectáculo».

Mónica empezó a correr. Corría deprisa, sorteando los obstáculos que la separaban de la salida: camas amontonadas de cualquier modo, petates, sacos de dormir, utensilios médicos y cadáveres. Sobre todo cadáveres. Todo ello tirado de cualquier modo en mitad de un pabellón que le había brindado uno de sus mejores momentos. Un recinto que albergó el mejor concierto al que había asistido jamás, y eso que no eran pocos. Allí tocaron Metallica, sus ídolos. Lloró a escuchar a Hetfield y compañía tocando el *Nothing else Matters* como lloraría ahora si pudiera observar con detalle todo el horror que la rodeaba. Aunque las lágrimas sabrían diferentes, de ese estaba segura. Las primeras fueron fruto de la alegría, de la emoción. Con la piel erizada y, por qué no decirlo, la entrepierna mojada, explotó al escuchar las primeras notas de la que era, sin lugar a duda, su canción favorita. Canción con la que había amado, llorado y echado en falta a su padre, todo por ese orden. Canción que le recordaba quién era y de dónde venía.

En ese momento, las lágrimas sabrían a terror y rabia. A muerte, sufrimiento y dolor. Pero se negaba a llorar, ya lo haría cuando estuviera sola, escondida en algún cuchitril oscuro y pestilente ocultándose de los zetas.

Giró la cabeza y echó un último vistazo al recinto. Pudo distinguir a su amigo, el facha tumbado en el suelo, suplicando clemencia mientras un zombi le agarraba por los pies. No le mordía, parecía regocijarse con el sufrimiento de su víctima. Ella lo hizo también y no se sintió culpable por ello. «Ese cabrón se merece padecer todo el dolor que él y los suyos produjeron en el pasado», pensó Mónica, que se sorprendió riendo de forma inconsciente mientras observaba el show. Dos zombis más habían llegado hasta donde se encontraba aquel tipo y tiraban con fuerza de los brazos. La cara del fascista era un poema y rezumaba dolor por todos los poros de su cuerpo. Mónica recordó el *Guernica* de Picasso: «Algo así debía ser lo que sintieron esas gentes cuando los aviones alemanes sobrevolaron el pueblo y lo bombardearon. El dolor por la pérdida de seres queridos y la incertidumbre de no saber cuándo les tocaría a ellos. Tal vez hoy, tal vez mañana, tal vez nunca. Esa incertidumbre duele más que cualquier corte, cualquier herida».

El cuerpo del político se partió en dos. Los zombis lo dejaron en el suelo. Parecía un animal atropellado con las tripas fuera. No se cebaron demasiado con él. Pronto encontraron otra distracción, otra víctima. «Debes saber tan mal que ni los muertos esos quieren comerte. La carne de cerdo fascista debe saber mal, muy mal. Tanto odio dentro de un mismo cuerpo te ha carcomido por dentro hasta pudrirte el alma. Seguro que sabes a rancio, a viejo; a embutido pasado, seco de tanto estar cara al sol».

Mónica se fue de allí por uno de los pasadizos laterales con la sensación de que ahora el mundo era un lugar mejor. Con toda seguridad, no era consciente todavía de la envergadura de lo que estaba ocurriendo. Tal vez aún albergaba alguna esperanza de que la situación se revertiera de algún modo, de que alguien inventara algo que acabara con todas esas cosas de golpe. ¡Boom!, una bomba inteligente y todos los zetas muertos. Sí, posiblemente creía aquello mientras Madrid agonizaba y los malditos zombis empezaban a extender sus garras más allá de la capital.

Raúl llegó a las puertas del Wizink Center tras superar infinidad de barricadas construidas a base de coches volcados, contenedores en llamas y desechos de todo tipo. Hasta una vieja lavadora, que hacía décadas que no giraba, había servido para parapetarse del ataque de los zombis. La escena era dantesca. Cuerpos destrozados en el suelo yacían lánguidos e inertes sobre enormes charcos de sangre salpicados con casquillos de bala y cargadores vacíos. Ante su estupor, pocos militares yacían muertos y, los que se encontraban en el suelo, estaban tan deshechos que ni la más grotesca de las maldiciones podría ponerlos en pie. Los zombis, en cambio, deambulaban a sus anchas entre los cadáveres. Le sorprendió el gran número de no muertos que vestían con ropa militar, y no le hizo falta pensar mucho para adivinar lo sucedido. Los fusiles desparramados por todos lados ya no les eran útiles ahora que su única misión era la de asesinar para alimentarse. Eran zombis, y ya no respondían ante autoridad o cargo alguno.

Abandonó su escondite tras uno de los vehículos del ejército y se hizo con un arma. Jamás había sostenido una de verdad entre sus manos. Pesaba mucho y le costaba mantener los brazos erguidos. No se sintió más fuerte, como era de esperar. Al contrario, se sintió vulnerable. Sabía que era incapaz de acertar en la frente de una de esas cosas, pero podía ganar tiempo cosiéndole los balazos por todo el cuerpo en plan Rambo si era necesario. De nada le servía ahora su amplia experiencia como ávido tirador en la caseta de la feria del barrio, donde cada año acudía con ilusiones renovadas para gastarse en ella el poco dinero que su madre le daba. Jamás la culpó por ello. Raúl, pese a la corta edad con la que contaba entonces, sabía a la perfección las penurias que pasaban para llegar a fin de mes.

Una cabeza asomó por una de las puertas laterales. Raúl, incapaz de salir de su asombro, reconoció de inmediato a la mujer que apareció por ella.

Era Mónica. Y, como por arte de magia, salía entera de ese infierno.

Tras ella, un grupo de zombis corría desbocado en su busca.

—¡Aquí! —gritó Raúl incorporándose—. ¡Rápido! —añadió mientras se apoyaba e intentaba concentrarse para disparar.

Mónica lo vio y se dirigió hacia él. Raúl apretó el gatillo y el primer disparo impactó en la pared. Usar ese fusil no era tan fácil como parecía en películas de guerra que tanto le gustaban. El segundo proyectil dio en la pierna del zombi que corría en cabeza e hizo que perdiera el equilibrio. Cayó al suelo. Los demás pasaron por encima de él como una estampida de ñus dejando el cráneo reducido a algo parecido al puré de patata con salsa de tomate y carne picada una masa gelatinosa, mezcla de sesos y sangre, que se pegaba en las suelas de todo aquel que lo pisaba.

Raúl disparó de nuevo y el balazo explotó en el pecho de una de esas criaturas. No sirvió de nada. El zombi siguió corriendo tras Mónica, que cada vez contaba con menos ventaja. Otro disparo dio en su rodilla y lo dobló al instante. La bala le atravesó la rótula, dejándola inservible. Perdió el equilibrio y cayó, llevándose con él a dos más.

—¡Corre! —ordenó Mónica a Raúl, consciente de que no podrían con ellos—. Por lo que

más quieras, ¡corre!

Y Raúl corrió como nunca lo había hecho, pese al dolor de piernas y al cansancio, corrió como un verdadero atleta. De ello dependía su vida. Aunque a veces creyera que esta no valía mucho, la apreció por primera vez desde la muerte de su madre.

Un grupo de zetas les perseguía tras varios minutos de carrera que les alejó del Wizin Center, un punto seguro que, en teoría, debía proteger a los supervivientes y mantenerlos a salvo de esas cosas, pero que acabó convertido en una auténtica ratonera. Siguieron por la calle O'Donnell a toda velocidad, sintiendo el aliento putrefacto de las criaturas pegado al cogote mientras las fuerzas empezaban a escasear. A Raúl le costaba respirar y notaba cómo, a cada paso, las piernas pugnaban por no doblarse víctimas del balanceo de su barriga. «Necesito agua» pensó. Mónica estaba algo más fresca, pero no tardaría en acusar los efectos del cansancio. Debían pensar algo y hacerlo rápido o sería el fin.

Un panel informativo de la Dirección General de Tráfico era la única opción que tenían para esconderse de esas cosas. Era alto, aproximadamente tres metros lo separaban del suelo, y solo se podía acceder a él por una escalera metálica y estrecha, cerrada con un candado, que permanecía suspendida a algo más de metro y medio de altura. Arriba, una plataforma de apenas dos metros de largo y uno de ancho, rodeada por una valla metálica, les esperaba como una boya en mitad de océano. El candado no fue un problema; Raúl lo reventó de un disparo. De tres, para ser más precisos. La puntería no era su fuerte, como él mismo había podido comprobar.

Mónica subió primero, mientras su compañero disparaba sin éxito a los zombis. Aunque la distancia que los separaba era suficiente para que ambos pudieran subir, no les iba a sobrar ni un maldito segundo.

Se aferraron a la plataforma y flotaron encima de los zetas como dos niños encaramados : una colchoneta de playa, que se mueve demasiado rápido en sentido opuesto a la orilla suplicando que alguien los traiga de vuelta a la paz de la arena, junto a los castillos.

Mónica ayudó a Raúl a incorporarse. Estaban a salvo, por el momento, encima de una plataforma que se balanceaba levemente mecida por el viento y las acometidas de los zombis. Ambos se miraron y respiraron aliviados. Por primera vez desde que se conocieron de forma trágica en el tanatorio de la M30, ni un ápice de rencor afloró en su mirada. Se abrazaron, como pocas veces alguien pueda hacerlo. Fue un abrazo sin amor, pero con infinito y mutuo agradecimiento.

Hacía frío, mucho frío. El viento azotaba como un martillo invisible que les impedía descansar con normalidad. Por suerte, la plataforma estaba vallada en su totalidad de tal forma que era imposible caer. La escalera, que seguía apoyada en el suelo, era el único punto de acceso y de salida, aunque a estas alturas la opción de escapar era inviable. Los zetas se habían congregado en masa a sus pies, como niños alrededor de una piñata. Cada vez eran más, el grupo crecía por momentos. Mientras tanto, Mónica y Raúl recuperaban fuerzas y pensaban la manera de salir de allí.

Una de esas criaturas se acercó a la escalera. Parecía observarla con detenimiento estudiando los travesaños metálicos que servían como peldaños uno a uno, llegando incluso a tocar una de las barras laterales. Por un momento pareció que la acariciaba como si de un gatito se tratase, lenta y suavemente, de arriba abajo, buscando el regocijo de esta. Pero la barra no

ronroneó, ni se acurrucó junto a él. El zombi levantó la cabeza y miró fijamente a la pareja que permanecía suspendida en el aire, a una distancia inalcanzable para ellos. Y sonrió. Fue una sonrisa gélida y macabra, digna de un villano de película de terror; como la de un vampiro hipnotizando a su víctima con su prodigiosa mente; o como la del mismísimo hijo de las tinieblas cuando recibe a las almas en pena junto a las puertas del infierno. Esa sonrisa solo podía y quería significar una cosa: «Voy a por vosotros». Y así fue. El condenado zombi apoyó sus manos en los laterales de la escalera y puso un pie en el primer peldaño.

—¿Qué puñetas es eso?! —exclamó Mónica con los ojos abiertos como platos, a punto de salirse de sus órbitas—. Está subiendo. ¡No puede ser! ¡Está subiendo! —añadió mientras retrocedía hasta la parte opuesta de la plataforma—. ¡Dispara! ¡Por lo que más quieras! ¡Dispara!

Raúl cogió de nuevo el fusil con ambas manos y se acercó al orificio. El zombi estaba a media escalera y subía con su horripilante cara mirando hacia arriba. Todavía sonreía cuando Raúl apoyó el cañón del fusil en su frente y disparó a bocajarro. La cabeza estalló en mil pedazos y la sangre espesa y negra salió disparada hacia los cuatro puntos cardinales. Raúl tuvo el tiempo justo de cerrar la boca antes de que le salpicara por completo. La criatura cayó escaleras abajo hasta dar con sus huesos en el suelo. Ya no se movía y, a pesar del destrozo que había hecho e

disparo en la su cara, todavía sonreía.

—Un podrido menos. Me he cargado a la Lisa Simpson de los zombis. ¿Has visto cómo subía el muy cabrón? ¿Desde cuándo esas cosas suben escaleras de mano? —preguntó Raúl. Estaba nervioso, era evidente. Cuando se excitaba hablaba mucho y casi siempre decía tonterías. Eso le había costado más de un disgusto en el pasado, pero aun así, era algo que no podía evitar, y parloteaba de forma involuntaria como una maldita cotorra.

Debajo de sus pies se habían congregado una treintena de zombis hambrientos que los esperaban con los brazos en alto y las bocas abiertas, intentando arañar sin éxito una porción de su jugosa carne, macerada con sudor y cocinada a fuego lento por el miedo y la angustia.

—¿Cómo vamos a salir de aquí? —preguntó Mónica con la mirada fija en la calle. A poca distancia, Torre España se levantaba por encima de los edificios de un Madrid en decadencia. Las columnas de humo se multiplicaban por todos lados. Sin nadie que se dedicara a extinguir los incendios que se producían por toda la ciudad, el fuego acabaría por devorarla.

La salida era clara, más allá de los estudios de Televisión Española, la Autovía M23 aunque colapsada, era la opción más viable. Los coches se amontonaban impidiendo el paso de otros vehículos, pero dos personas a pie podrían sortearlos sin problemas. Con un poco de suerte sus ocupantes estarían muertos o se habrían marchado lejos de allí, buscando comida. En caso de que no fuera así, deberían correr de nuevo. Ese parecía ser su destino desde el mismo momento en que la primera de esas cosas se puso en pie. Correr y esconderse, correr de nuevo y esconderse una vez más. Y así una hora tras otra en un maldito bucle sin fin. Solo existía una alternativa a su nueva vida de atleta maratoniano: la muerte.

—No lo sé, pero debemos darnos prisa —respondió Raúl—. No sé si esas cosas se comunican de algún modo que no podemos descifrar, pero cada vez hay más y siguen viniendo —añadió al mismo tiempo que señalaba a un grupo que avanzaba en su dirección. La fiesta no había hecho más que empezar y el Dj guardaba con recelo los grandes éxitos para un apoteósico final con confeti y luces de colores.

e —Pues debemos pensar en algo y debemos hacerlo ya. ¿Y si saltamos y corremos sin más? No van a reaccionar de inmediato, estos de abajo son tontos. Seguro que nos dan la suficiente ventaja como para perderlos entre los coches.

S —¿Tú crees? —preguntó Raúl con cierta sorna—. Esos cabrones nos pegarán su asqueroso aliento a la nuca tan pronto como nuestros pies toquen el suelo. Además, no cabemos los dos a la vez por la escalera y saltar no es una opción. Me niego. ¿Cuánto hay hasta el suelo? Ya te lo digo yo: dos metros o más, una torcedura en el tobillo y unos dientes desgarrando tu cuello. ¿Quieres que nos rompamos las putas piernas y les sirvamos el menú en bandeja de plata? Ensalada de Mónica, de primero, y Raúl asado en su propia grasa, de segundo. ¿Van a querer vino los señores? ¿Y postre? ¡No me jodas! No somos *Superwoman* y *Supergordoman*. Van a hacernos papilla en un periquete.

o Mónica no dijo nada. Observaba a los zombis, que seguían moviéndose bajo sus pies. Miraban hacia arriba y movían los brazos, intentando alcanzarlos inútilmente. Por suerte para ellos, los separaba algo más de un metro de las manos de aquella masa furibunda y apestosa que ellos esperaba. Aun así, podía percibir la fetidez que desprendían sus pieles podridas y sus ropas mugrientas y acartonadas. Olían a cloaca, a campo recién abonado. A mierda. Un hedor que calaba en las fosas nasales y que en un lugar cerrado sería insoportable. Agradeció que la fiesta fuera un picnic al aire libre. Lo que no le parecía tan bien era ser plato principal y postre a la vez.

. Raúl agarró el fusil con ambas manos y apuntó al enjambre de gusanos hambrientos. Disparó dos veces y acertó ambas, pero no en la cabeza como deseaba. El primer tiro impactó en el cuello y de una de esas cosas se hizo que retrocediera varios pasos. La cabeza quedó torcida, y un enorme agujero escupía sangre negra y espesa como la brea. No cayó, tal y como le hubiera gustado, pero dudaba que pudiera ejercer la fuerza necesaria para morder en tales circunstancias. El segundo balazo perforó la mejilla de una de las mujeres del grupo y se instaló en el interior de su boca. No hubo orificio de salida, pero tampoco escupió el proyectil caliente. Se lo guardó para ella en el más profundo de su pútrido estómago repleto de despojos humanos y sangre encharcada.

a —Así no vamos a conseguir nada. ¿Cuántos son? ¿Cuántas balas te quedan? Y... ¿Cuándo piensas acertar un puto disparo en la cabeza?! —chilló Mónica histérica. Estaba fuera de sí. Se sentía frustrada. No era capaz de imaginar la manera de salir de allí sin que su vida corriera serio peligro. Si saltaban, *chof*. Si corrían, *chof*. Si disparaban, *chof chof*. Nada le parecía seguro. Pero... ¿qué era seguro en un puto apocalipsis zombi?—. Voy a saltar. Si quieres, sígueme, pero me dudo que haya otra opción. Las balas se acabarán más temprano que tarde, ya llevas unos cuantos disparos y no tienes ni idea de cuántas quedan en el cargador. No hay nada alrededor para usar de cebo, solo coches, coches y más coches olvidados.

n —¡COCHES! ¡Claro! Tía, eres la hostia —explotó Raúl entusiasmado—. ¿Cómo coño no se me ha ocurrido antes? ¡COCHES!

—No te sigo...

e Mónica lo observaba sin comprender nada. Le acababa de decir que se marchaba, que se largaba de ahí, y el tío repetía la palabra coches como un poseso. Coches, ¿y? Llevaban horas esquivándolos y usándolos para esconderse. ¿Qué pasaba ahora con los puñeteros coches?

l —Vamos a disparar a uno de esos de ahí —dijo Raúl señalando un grupo de vehículos de gama media alta—. Los señores ricos tienen alarmas. Con un poco de suerte, una de ellas

empezará a sonar y todos estos zetas se irán a ver qué demonios pasa. Son estúpidos, seguro que repican. Los militares usaban una técnica parecida alrededor del Wizink Center para preparar emboscadas. Aunque solo giren la cabeza durante una milésima de segundo, la aprovecharemos para salir de aquí corriendo.

—Mónica asintió sorprendida. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Por una vez, Raúl estaba un paso por delante de ella. Le costó reconocer que la idea le parecía genial, sublime incluso. Miró abajo y comprobó que el número de podridos iba *in crescendo*. Cuanto más tardasen en irse, más difícil les resultaría.

—¿Estás preparado? —preguntó a su compañero. Este sostenía el fusil entre las manos sudorosas, que temblaban como un flan. Estaba nervioso, era evidente.

—No, pero no nos queda otra.

Raúl disparó una, dos y tres veces contra el grupo de coches. Un sonido seco y metálico cortó la ráfaga. Se había quedado sin munición. Arrojó el fusil lejos del alcance de esas cosas y se preparó para correr al mismo tiempo que la alarma de un Mercedes empezaba a sonar al ritmo de los cuatro intermitentes del vehículo.

—Baja por la escalera, yo salto —ordenó Mónica con semblante serio—. Los dos no podemos bajar a la vez y esperar sería una pérdida de tiempo que no nos podemos permitir.

La alarma empezó a aullar con más intensidad. De forma casi inmediata, los zetas giraron sus cabezas en esa dirección, buscando la fuente de tal alboroto.

—¡Ahora! —gritó Mónica, que ya estaba subida sobre la valla metálica.

Ella saltó. Raúl bajó por la escalera. Ambos se encontraron a ras de suelo a tiempo para observar cómo los zombis se alejaban en dirección contraria. Finalmente, tras unas horas de tensión, respiraron aliviados antes de empezar a correr.

La M23 era una serpiente escamosa y resbaladiza que se ofrecía ante ellos como única vía de escape. Poner distancia con el centro de Madrid, dejar atrás a los zombis e intentar refugiarse y escapar la tormenta en algún lugar remoto y lejano, les parecía la mejor de las ideas. No sabía cómo estaban las cosas más allá de los límites de la capital, pero sobrevivir dentro de ella era una auténtica odisea.

Mónica miró a Raúl y sonrió. A pesar de que sus inicios no fueron los deseados, agradecía tener a alguien al lado. Llámalo Raúl, Juan o Jonás; le daba igual quién fuera. Por primera vez en mucho tiempo no le apetecía estar sola. Tener a alguien con quien compartir la lucha le reconfortaba incluso más que la maquina china que tanto placer le había regalado en un pasado no muy lejano. No era algo sexual. Al fin y al cabo, se sentía parte de una sociedad y, como individuo, necesitaba sentirse integrada en esta. No se había percatado de ello hasta ese momento demasiado tarde quizás.

e  
s

e  
s

empezará a sonar y todos estos zetas se irán a ver qué demonios pasa. Son estúpidos, seguro que pican. Los militares usaban una técnica parecida alrededor del Wizink Center para preparar emboscadas. Aunque solo giren la cabeza durante una milésima de segundo, la aprovecharemos para salir de aquí corriendo.

Mónica asintió sorprendida. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Por una vez, Raúl estaba un paso por delante de ella. Le costó reconocer que la idea le parecía genial, sublime incluso. Miró abajo y comprobó que el número de podridos iba *in crescendo*. Cuanto más tardasen en irse, más difícil les resultaría.

—¿Estás preparado? —preguntó a su compañero. Este sostenía el fusil entre las manos sudorosas, que temblaban como un flan. Estaba nervioso, era evidente.

—No, pero no nos queda otra.

Raúl disparó una, dos y tres veces contra el grupo de coches. Un sonido seco y metálico cortó la ráfaga. Se había quedado sin munición. Arrojó el fusil lejos del alcance de esas cosas y se preparó para correr al mismo tiempo que la alarma de un Mercedes empezaba a sonar al ritmo de los cuatro intermitentes del vehículo.

—Baja por la escalera, yo salto —ordenó Mónica con semblante serio—. Los dos no podemos bajar a la vez y esperar sería una pérdida de tiempo que no nos podemos permitir.

La alarma empezó a aullar con más intensidad. De forma casi inmediata, los zetas giraron sus cabezas en esa dirección, buscando la fuente de tal alboroto.

—¡Ahora! —gritó Mónica, que ya estaba subida sobre la valla metálica.

Ella saltó. Raúl bajó por la escalera. Ambos se encontraron a ras de suelo a tiempo para observar cómo los zombis se alejaban en dirección contraria. Finalmente, tras unas horas de tensión, respiraron aliviados antes de empezar a correr.

La M23 era una serpiente escamosa y resbaladiza que se ofrecía ante ellos como única vía de escape. Poner distancia con el centro de Madrid, dejar atrás a los zombis e intentar refugiarse y capear la tormenta en algún lugar remoto y lejano, les parecía la mejor de las ideas. No sabían cómo estaban las cosas más allá de los límites de la capital, pero sobrevivir dentro de ella era una auténtica odisea.

Mónica miró a Raúl y sonrió. A pesar de que sus inicios no fueron los deseados, agradecía tener a alguien al lado. Llámalo Raúl, Juan o Jonás; le daba igual quién fuera. Por primera vez en mucho tiempo no le apetecía estar sola. Tener a alguien con quien compartir la lucha le reconfortaba incluso más que la maquina china que tanto placer le había regalado en un pasado no muy lejano. No era algo sexual. Al fin y al cabo, se sentía parte de una sociedad y, como individuo, necesitaba sentirse integrada en esta. No se había percatado de ello hasta ese momento, demasiado tarde quizás.

# CAPÍTULO 11

## —EN TUS CARNES—

### 1

Las vías del tren les brindaron un refugio y una calma que agradecieron por encima de cualquier lujo superfluo. Un bálsamo que apaciguaba los nervios vividos en el centro de Madrid una cura a sus quebraderos de cabeza. En definitiva: una esperanza. Llevaban horas andando bajo el sol, que ya empezaba a decaer por el horizonte. El frío se dejaba notar como una suave brisa que rozaba la piel sudada y sucia. Alfonso iba en cabeza, como casi siempre. Se había erigido como el líder del grupo y nadie parecía discutirlo. Tenía formación militar y poseía un arma argumentos suficientes para contentar a los demás. Lorena caminaba a su lado, intentando no desfallecer pese a que estaba hambrienta y sedienta. Le dolía hasta el último hueso de tanto andar pero no quería mostrarse débil ante los demás. César y Paz iban dos pasos por detrás de ellos. Con el devenir de las horas y el andar, habían empezado a entablar un extraño tipo de relación. Apenas hablaban, pero se hacían compañía y, de vez en cuando, intercambiaban gestos y alguna sonrisa.

La parada de tren de Santa Eugenia no debía quedar lejos de aquel lugar, y no les parecía un mal sitio para pasar la noche. Cuatro paredes, una habitación cerrada en la que esconder sus miedos y tal vez una fogata para calentar sus maltrechos huesos. Con un poco de suerte encontrarían alguna máquina de *vending* repleta de golosinas y refrescos con los que saciar un poco el gusano del hambre que les devoraba por dentro.

A su izquierda dejaron el Hospital Universitario Infanta Leonor. Una enorme estructura de paneles de un material plástico de color blanco, naranja y amarillo, construido no hacía mucho tiempo. Una descomunal columna de humo presidía la nave principal. Alfonso se dio cuenta enseguida de lo que eso significaba, los demás lo hicieron un instante después. El hospital había sido tomado por esas cosas que, no solo pululaban por el exterior en masa, sino que también debían de haber penetrado en sus entrañas. Por suerte, se encontraban a una distancia prudente del edificio y los zetas no representaban un problema para ellos.

—Hijos de puta, ni eso respetan —dijo César rompiendo el silencio que acompañaba al grupo desde hacía un buen rato—. Esa pobre gente no tiene ninguna opción de escapar.

—Nadie la tiene, solo podemos alargar lo inevitable. Si no nos pillan hoy, lo harán mañana o pasado. Esto no tiene marcha atrás. En Madrid se está librando la primera batalla de una guerra que se prolongará durante mucho tiempo —respondió Paz, que por primera vez desde que se incorporó a la cuadrilla había pronunciado más de cinco palabras seguidas.

—Joder, bonita, ¡ya podías estar callada un ratito más! —estalló Lorena—. Para una vez que abres la boca es para decirnos que vamos a morir de todos modos. ¿Para eso has venido con nosotros? ¿Para alargar lo inevitable?

Alfonso estuvo a punto de entrar al trapo, pero en el fondo, su opinión no distaba mucho de la de Paz. Sabía que no tenían opción alguna ante un ejército de zombis que ni descansan ni sienten el dolor. Criaturas que buscan a sus presas y matan, sin ningún tipo de remordimiento o duda moral que les frene. Son la muerte y conviven con ella, sintiéndose cómodos y regocijándose entre el mal que representan.

—Vamos a tener la fiesta en paz —interrumpió César—. No malgastemos el tiempo en discusiones estúpidas e intentemos llevarnos bien.

Lorena se sintió traicionada por partida doble. Por un lado, su marido, Alfonso, no estaba por la labor de intervenir en su ayuda y César, que llevaba con ellos desde el primer momento tampoco le apoyó. Agachó la cabeza y siguió andando sin decir nada, al igual que los demás, que habían callado hacía unos instantes.

## 2

La estación de Santa Eugenia apareció a lo lejos cuando estaba empezando a oscurecer. Desde la distancia les era imposible adivinar si los zombis habían tomado el andén, porque un enorme tren estaba estacionado justo en frente. La máquina debió quedar parada ahí y no se puso en marcha de nuevo. Tal vez era el tren de las siete, que normalmente regresa cargado de trabajadores que han terminado su jornada laboral, niños que vuelven a casa con sus padres después de las extraescolares y abuelas que salen a tomar el té con sus amigas de la capital. Quiénes sabe las historias de los pasajeros que cogían ese tren a diario. Gente que, con suerte, seguía escondida en sus casas, con sus seres queridos. Otros, menos afortunados, estarán en algún rincón oscuro, escapando de esas cosas; o incluso peor, se habrán convertido en una de ellas.

Poco a poco, los cuatro se fueron acercando a la estación. El ambiente era denso, cargado de humo se dejaba notar y las partículas de polvo se pegaban a las gargantas como garrapatas obligando al grupo de supervivientes a toser de forma involuntaria. Alfonso permanecía alerta y vigilante, con el fusil entre las manos, preparado para cualquier contratempo que se presentara ante ellos. Lorena vivía pegada a su espalda, como era costumbre. César se escondía detrás de Paz, que sujetaba con fuerza el cuchillo jamonero que había cogido en la charcutería y que le sirvió para deshacerse del nazi que quería acabar con ella. El joven rozaba sus nalgas con su entrepierna. No le molestaba en absoluto, al contrario, le gustaba. Paz, en cambio, parecía ajena a ello. Caminaban despacio, expectantes. La presencia de esa enorme mole metálica era un indicio claro de que ahí había muchas personas cuando todo se fue al garete.

No tardaron en encontrar al primero de los zombis cuando llegaron al tren. Estaba pegado a un cristal de uno de los vagones traseros; vestía un traje azul marino y una corbata que con anterioridad debió de ser de un rosa immaculado. Ahora estaba llena de sangre seca. El que, con toda probabilidad, había sido un hombre de negocios, los miró y golpeó la luna que los separaba. Se puso histérico, babeaba y movía la cabeza de un lado a otro, buscando la manera de llegar hasta ellos. En el cuello lucía orgulloso una enorme herida en forma de U que le había regalado esta nueva vida.

e —Dan mucho *yuyu*. En serio, nunca podré acostumbrarme a esto —dijo Lorena—. Es como si siguieran vivos dentro de sus cuerpos. Lo que eran antes de fallecer, digo. Como si rascando esa superficie roñosa e infecta, estuviera aun el ejecutivo prepotente que debió ser ese tío.

e —Sal del País de las Maravillas, Alicia. Aquí no hay conejos que hablan ni señores loco con sombrero. Esas cosas están muertas. Ese tío ya no existe. Es un puto envoltorio con diente que lo único que anhela es pegarte un buen mordisco. ¿Todavía crees en príncipes azules y princesas sosas e insípidas? —respondió Paz, que parecía haber recuperado el habla perdida—  
a Ya veo, ya... Creo que sí —añadió al ver a Lorena suplicar ayuda a su marido con la mirada—  
a Es igual que todos, seguro que alguna que otra vez te la ha pegado. No sé, tía, todos están cortado  
, por el mismo patrón. Y encima te debió echar a ti la culpa. Que si ya no follamos tanto como  
antes, que si nunca tienes ganas...

A Alfonso esas palabras le hirieron más que cualquier mordisco. Le estrujaron el corazón lo retorcieron y lo tiraron a la basura. En el fondo, sabía que Paz llevaba razón. Él mismo se justificó con esas palabras tras serle infiel a Lorena. Ella no se quedó cruzada de brazos e hizo lo mismo por mero despecho, no porque le apeteciera. Eso fue hace mucho tiempo. Por suerte consiguieron dejarlo atrás, pero de vez en cuando una sombra aparecía para sembrar dudas entre ellos. Él pasaba mucho tiempo fuera de casa, semanas enteras a veces, durante las cuales Lorena podía hacer lo que le viniera en gana sin que se enterara.

n —¡Cállate! —saltó un Alfonso rabioso e iracundo—. ¿Tú qué coño sabes de lo que hago o  
o de lo que dejo de hacer? Limitate a estar al loro por si sale una de esas cosas y le ensartas el puñetero  
e cuchillo en el culo. Me estáis hinchando las pelotas entre una y otra.

n César observaba callado cómo el ambiente a su alrededor estaba cambiando. Un olor fuerte  
á como a despensa cerrada bajo llave durante más de mil años, llenó el aire y sus pulmones  
n «¡Joder! ¡Huele fatal! Apesta a entrecot dejado al sol durante diez días, a carne negra y consumida  
por los gusanos, a tripas de orco, a mierda de bisonte o a político corrupto. No estoy seguro  
, porque todos huelen igual de mal», pensó César sin poder retener una sonrisa.

, Decidieron cruzar por el interior del tren, justo por la mitad del convoy. Las puertas  
, estaban abiertas, como era de esperar, y observaron con detenimiento justo antes de entrar. Estaba  
adespejado. Había bolsas olvidadas sobre los asientos, equipaje perdido en los compartimientos  
de carga superiores, móviles esparcidos por el suelo en mitad de un mar de sangre. Mucha sangre  
e En aquel tren, como en infinidad de lugares más, se libró una dura batalla.

u Alfonso cruzó el primero y se detuvo justo antes de salir.

a En el andén, sobre el cuerpo sin vida de un adolescente, cuatro de esas cosas se estaban  
o dando un verdadero festín. Como si de *La Dama y el Vagabundo* se tratase. Dos de ellos  
compartían sus intestinos, mientras los demás devoraban sus piernas con avidez. La estampa era  
l propia de una de las pinturas negras del maestro Goya, sobrecargada de trazos duros y oscuros  
n donde los colores negros y ocres solo eran contrastados por el rojo vivo de la sangre. *Saturno  
n devorando a su hijo* acababa de cobrar vida sobre el suelo de la estación y se alzaba victorioso  
l con los restos de su descendiente entre las encías.

r Alfonso frenó a los demás con un gesto seco, que permanecieron en el interior sin llegar a  
o ver qué estaba sucediendo.

o —Silencio —susurró el militar llevándose un dedo a los labios.

o Otro grupo de zombis se encontraba justo detrás del primero. Estaban jugando con la cabeza de un señor mayor, intentando sin éxito levantarla del suelo. Ellos mismos se empujaban y golpeaban, gemían y jadeaban excitados, como niños pasándose el balón en el patio de un oscuro colegio. El rastro de sangre que dejaba la cabeza se observaba desde su posición y dibujaba sobre el suelo una X casi perfecta que iba engordando a medida que circulaba de unas manos a otras. Alfonso no lo podía divisar bien desde su posición, dada la oscuridad que predominaba en el paisaje crepuscular que les rodeaba, pero juraría que estaban riendo.

s —¿Qué hacemos ahora? —preguntó Lorena a su marido—. No podemos quedarnos aquí. Y es de noche y necesitamos un lugar donde cobijarnos del frío y del acecho de esas cosas.

—Calla y deja que piense. No son tantos, podemos con ellos —respondió él con la mano apoyada en el hombro de ella con ánimo de tranquilizarla.

o —¿Cuántos son? —interrogó Paz. Desde su posición no podía ver nada. Haciendo caso a lo militar, se había quedado en último lugar. El viento le rozaba la espalda, que casi asomaba por el otro extremo del vagón.

a —Dos grupos de cuatro criaturas, separados por unos metros de distancia. Si disparamos al primero, los otros se nos echarán encima. Debemos pensar bien cómo lo hacemos. La estación es nuestra única opción. En la oscuridad estaremos mucho más desprotegidos.

o Sin que nadie se diera cuenta, un zombi se acercó a Paz por la parte posterior del vagón y la sujetó por el cuello. No pudo hacer nada para defenderse, estaba a merced del agresor. Sus manos le rodearon el pescuezo y apretaron con fuerza. Podía notar su fétido aliento junto a la oreja, susurrando gemidos incomprensibles y gruñidos inteligibles. Casi le rozaba la piel con sus asquerosos dientes mientras ella se debatía con fuerza e intentaba deshacer el abrazo en un esfuerzo inútil por liberarse. Las garras del zombi cada vez se cerraban más sobre su glotis impidiendo que el oxígeno llegara a sus pulmones.

s —So..so...co... —la voz no le salía de la garganta, que prácticamente estaba cerrada. Solo un hilillo lastimoso. Un susurro inaudible.

s Paz agarró como pudo el cuchillo jamonero e intentó levantar los brazos. Apenas le quedaban fuerzas; no podía respirar, se estaba ahogando. Su cara empezó a hincharse, se puso primero roja y después azul, y las manos perdieron la poca fuerza que aun conservaba. El cuchillo cayó al suelo y el sonido alertó a los demás, que se giraron de golpe. César, agarrotado por el pánico, no hizo nada. Se limitó a apartarse y observar cómo la bestia estaba a punto de clavar los dientes en la mejilla de Paz. Lorena fue empujada por su marido, que la sacó del vagón con violencia. Cayó al suelo y quedó tendida sin poder moverse. Los brazos y las piernas no respondían como ella ansiaba. El temor era tan real que la mantenía petrificada. Un temor elevado a la quincuagésima potencia como jamás había experimentado.

o Alfonso preparó su arma y disparó. Un solo tiro que se ensartó en la sien de la criatura, que dejó de moverse en el acto para caer al suelo resbalando por la anatomía de Paz, que se derrumbó a la vez que el cuerpo sin vida. Sus piernas no pudieron soportar su peso y quedó arrodillado junto a la cabeza humeante del zombi. Intentaba coger aire, respirar, pero la tarea le resultaba muy complicada. Estaba nerviosa, casi histérica, y el corazón se le salía del pecho.

César seguía inmóvil, incapaz de hacer nada. Pasar inadvertidos ya no era una opción. El alboroto ocasionado alertó al resto de zombis, que ya se incorporaban para correr en su búsqueda y Alfonso se situó junto a Paz y apoyó una mano sobre el hombro de esta.

—¿Estás bien? —preguntó. Era obvio que no, estaba hiperventilando y sudaba a borbotones. La cara estaba recuperando un tono rosado, pero sus labios todavía conservaban en parte la coloración azul propia de la asfixia.

Paz no respondió, se quedó mirando más allá de Alfonso, de César y del vagón. Levantó el dedo índice de su mano derecha y señaló. Fuera, junto al andén, estaba Lorena, que seguía sentada en el suelo.

Alfonso se giró justo a tiempo de ver cómo uno de los zombis que iba en cabeza saltaba encima de ella. No titubeó ni un segundo y mordió con ansia el hombro izquierdo de la mujer. El militar disparó y la bestia cayó al suelo, esparciendo sesos y esquirlas de hueso sobre el pavimento. Un segundo zeta salió de las sombras y la mordió en mitad del cuero cabelludo llevándose a la boca un buen matojo de pelo y dejando el cráneo de Lorena al descubierto. Alfonso disparó de nuevo con el mismo acierto. Esta vez, el muerto quedó tendido sobre el pecho de ella, impidiendo que se moviera. Gritó, gritó mucho. Y lloró aún más mientras notaba la sangre caliente resbalando por su cabeza.

Alfonso salió del tren y se acercó a Lorena, advirtiéndole que los demás zombis se aproximaban a toda velocidad. Disparó dos veces, derribó a uno e hirió a otro en la boca. La bala penetró en la cavidad abierta y salió por la parte posterior de la cabeza. No lo mató, pero hizo que retrocediera y diera tiempo a que un nuevo proyectil, que se alojó entre ceja y ceja, lo tumbara definitivamente. Tres disparos más acabaron con los que venían detrás.

No quedaba ninguno en pie.

Alfonso se arrodilló y abrazó a Lorena. Estaba casi inconsciente y escupía sangre por la boca cada vez que intentaba respirar. Él se la limpió con la manga y la besó en la mejilla. Estaba llorando. Se moría en sus brazos y se sentía la persona más culpable del mundo sin necesidad de juicio ni veredicto. Un jurado popular formado por hijos de puta le había señalado con su dedo unánime y había dictado sentencia. Culpable de haberla arrojado fuera del tren. Culpable por preocuparse de Paz, en lugar de por su mujer. Culpable de haberse olvidado de los zombis que esperaban en la estación. Culpable, culpable y culpable.

### 3

Los segundos transcurrían uno tras otro y ninguno de los tres se atrevía a abrir la boca. Lorena seguía inconsciente en brazos de Alfonso, que lloraba desconsoladamente. César se había acurrucado en los asientos del vagón, para buscar consuelo a través del cristal sucio y empañado. Un charco de sangre seca en la butaca de al lado era su única compañera.

Nadie se percató que algo se movía cerca de ellos. Una criatura se mostró altiva en mitad del andén, bajo una de las pocas farolas que todavía alumbraban el espacio, con luz tenue.

temblorosa. Se plantó justo en medio, frente a ellos, y los miró uno a uno, deleitándose con sus caras de sufrimiento y dolor. Con todas, pero sobre todo con la de Lorena, mientras esta se debatía entre la vida y la muerte. Alfonso lo vio y se levantó desafiante. Sujetaba el fusil, todavía caliente, con ambas manos.

a El zombi rio.

Sí, sonrió como lo hacen las hienas ante un cadáver en descomposición. Como Anthony Hopkins en el papel de Hannibal Lecter. Una risa cruel y despiadada que desgarraba por dentro arrastrando las tripas y clavándose como un puñal en el corazón. Una risa helada y tan fría, capaz de apagar los fuegos del infierno e incendiar los cielos en un arrebato de ira sin freno. Una furia parecida a la que estaba creciendo en la barriga de Alfonso, que ya cargaba con su arma apoyada en el hombro. Paz se levantó y se colocó a su lado cuchillo en mano.

l —Déjame a mí —dijo Paz a su compañero, que ni se inmutó. Seguía sujetando con fuerza el arma, que apuntaba directamente a la cabeza de la criatura.

l Paz empezó a correr dando grandes zancadas. No les separaba mucha distancia. El zombi no se movió ni un ápice, esperaba inmóvil la acometida de la chica con cara confiada y sonrisa de anuncio aderezada con tropezones de carne humana.

El cuchillo se alzó por encima de las cabezas de ambos. Paz parecía un samurái del antiguo Japón, luchando a muerte contra un guerrero chino de la dinastía Tang que había regresado de más allá de la muerte, cuyo único objetivo era alimentarse e incrementar su ejército de caos y destrucción.

a El zombi se movió un solo paso hacia la izquierda, haciendo que el golpe de Paz cortara el aire frío y viciado de la estación. La inercia la empujó hacia adelante y perdió el equilibrio. El zombi sonrió de nuevo y la derribó. Paz quedó tendida a merced de los dientes de la criatura, que ya se estaba inclinando sobre ella. No le había resultado más molesta que una mosca cojonera en una calurosa tarde de agosto, cerveza en mano a orillas de una piscina repleta de chicas en el bañador, o una abeja con un aguijón diminuto a la que iba a aplastar sin miramientos. Un insecto humano de carne algo flácida para su gusto, pero que iba a conformar un manjar exquisito.

r Alfonso disparó. El trueno rebotó por las paredes grises y apagadas de la estación, hasta perderse en el negro infinito de la noche. El zombi cayó al suelo, pero no estaba muerto. El disparo impactó en la parte superior del cuello, donde un enorme agujero boqueaba un pequeño hilillo de sangre espesa y coagulada, formando burbujas que se rompían al instante. Trató de incorporarse, pero no tuvo oportunidad. Paz agarró el cuchillo y lo ensartó en su maloliente boca. Presionó y hurgó hasta desgarrar por completo la mandíbula de la criatura, consiguiendo que por fin dejara de sonreír. La sangre, grumosa como la gelatina, salía por multitud de orificios; la lengua, caída y hecha trizas, lamía el suelo mientras un líquido espeso de un color blanquecino formado por trozos de hueso y demás porquerías, salpicaba la cara de Paz.

a Finalmente dejó de moverse. Paz respiró aliviada. Con el culo apoyado en el suelo y las manos en la cabeza, buscaba un poco de aire frío que la devolviera a una normalidad que no era tal. Lorena seguía inmóvil, tendida sobre el pavimento; ninguno de los presentes se atrevía a aceptar la realidad. Por su parte, César seguía oculto en el interior del vagón, sentado en una de las butacas y perdido en su mundo.

y

s Alfonso se arrodilló de nuevo junto a su mujer y le cogió la mano. Estaba fría y la piel empezaba a adquirir el tono amarillento propio de los recién fallecidos. La sangre había dejado de circular y las células morían. Intentó tomarle el pulso, pero este no apareció por ningún lado. Ni un *tac* ni un *toc*, solo el más absoluto silencio. Un silencio molesto y cruel, repleto de malas noticias, que significaba despedida. Sí, sonaba de una forma que todos eran capaces de comprender. A un adiós o un hasta siempre, acompañado de un millón de te quiero que jamás obtendrían respuesta. A mañanas sin sonrisas y noches sin calor. A cama fría sin abrazos ni arrumacos. Solo silencio. Un hueco tan hondo que provocaría mares de lágrimas hasta en los ojos que no saben llorar.

a Lorena despertó de su fugaz y profundo sueño como si saliera del agujero negro en el que se había convertido su vida en apenas unos minutos. Una sima tan profunda como la fosa de las Marianas, que le agrietaba el corazón y se esparcía por sus venas transformándola en un nuevo ser. Lorena se levantó despacio, desubicada, y ojeó alrededor mientras intentaba andar con dificultad, tropezando con sus propias piernas. La nueva Lorena era torpe, muy torpe, y andaba como un trompicones, como si alguien le hubiera atado los cordones de las deportivas.

e En apenas unos segundos, durante los cuales nadie hizo nada, aprendió a andar y miró de nuevo alrededor. Fueron diez o doce, no más, pero en ese tiempo Lorena se había transformado en una de esas cosas.

s Alfonso no movió ni un pelo. Se quedó esperando a su mujer, de pie en mitad del andén. Pese a lo que pensara antes de que todo aquello sucediera, no era capaz de disparar a su mujer. Si no fuera por la sangre y los cadáveres que se amontonaban alrededor, parecería una escena digna de película, donde la princesa tonta y desvalida corre hacia el apuesto y valiente príncipe que la ha rescatado de las garras de un temible dragón. Pero no era así, los príncipes y las princesas no existían en aquel Madrid.

n Lorena agarró a su marido por el cuello y empezaron a rodar como dos bailarines agarrados que seguían el compás de un tema lento y pegajoso. Él se dejaba llevar, balanceado por el vaivén que producían las acometidas de su mujer. A cada dentellada que ella infligía en la piel de militar, la pareja se balanceaba un poco más, hasta llegar a oscilar como una peonza. El movimiento resultaba tan magnético que César y Paz solo eran capaces de ver cómo la pareja danzaba mecida por esa nefasta melodía.

o Finalmente, cayeron al suelo. Se desplomaron de golpe. Los pies de él se doblaron sobre sí mismos justo en el momento en que el corazón de Alfonso dejó de bombear sangre. Estaba seco. El líquido vital se había perdido por la multitud de heridas que poblaban su piel, en la que se dibujaba un mapa repleto de mordiscos y arañazos. Lorena se sentó a horcajadas sobre el pecho de su marido. No le abrazó ni le besó. No se despidió de él. Solo clavó su boca y arrancó uno de sus pezones, estirándolo con fuerza hasta que este desapareció en el interior de su boca. Lo masticó rápidamente y siguió comiendo de su tórax. La cabeza se hundió entre las costillas rompiendo huesos y tendones, hasta llegar a los pulmones y el corazón, todavía caliente; tiró de él con rabia y lo arrancó de cuajo de la cavidad donde se encontraba. Lo miró con ansia. Era rojo y viscoso. De los capilares y arterias que lo conectaban al cuerpo todavía rezumaba un poco de sangre roja y brillante. Lo lamió en todas direcciones, de sur a norte y de este a oeste regocijándose en cada recodo y cada hendidura, aspirando hondo para vaciar las aurículas y los ventrículos en busca de aquel amor del que tanto había disfrutado. Cuando por fin lo dejó seco, lo

l  
mordió una sola vez. Pero fue un mordisco tan grande que se llevó a la boca casi la mitad de  
órgano al que había prometido amor eterno.

El cuchillo de Paz se clavó en la nuca de Lorena con tal fuerza que atravesó su cuello y se  
ensartó en el pecho abierto de Alfonso tras un crujido desgarrador. Ella dejó de moverse a  
instante y quedó tendida sobre el militar, que yacía muerto y despojado de parte de sus vísceras y  
órganos principales. Paz dudó un momento que se estiró durante varios segundos y casi formó  
minutos cargados de angustia. Se preguntó si los zetas serían capaces de regresar de la muerte con  
un cuerpo tan destrozado como el de Alfonso. Aun así, decidió no correr ningún riesgo  
innecesario y cogió el fusil del militar, que permanecía olvidado a su lado. Temblando, pero  
segura de lo que hacía, lo apoyó en la frente de su compañero y disparó a bocajarro. El cerebro  
salió como una masa pastosa llena de grumos por debajo de la cabeza, formando un pequeño  
charco alrededor. La pareja descansaba al fin, fundida en un abrazo casi eterno que duraría hasta  
que los gusanos y las variables climáticas lo permitieran. Un cuerpo expuesto al aire, agua y  
viento se descompone ocho veces más rápido que uno que ha sido sepultado bajo tierra. Además  
los insectos tendrían barra libre de carne para dar rienda suelta a su apetito.

e  
n

## 4

l.

El interior de la estación era un espacio diáfano, sin apenas decoración, con unos cuantos bancos  
situados en el centro. Los cuerpos se encontraban por todas partes y el hedor a sangre y muerte era  
tan penetrante que obligó a Paz y César a cubrirse la nariz con la mano. En pocas horas, la ciudad  
había adoptado ese hedor como propio y todo lo que en ella se encontraba estaba impregnado por  
ese dulzor nauseabundo y pegajoso. Seguramente, ellos mismos desprendían el mismo olor que los  
scadáveres que se encontraban tirados de cualquier modo, aunque no fueran conscientes de ello. Si  
alguien llegara ahora mismo a Madrid creería encontrarse en la ciudad más pestilente del mundo  
por encima de las contaminadas Nueva Delhi o Shanghái. En eso se estaba convirtiendo la capital  
en un enorme vertedero repleto de escombros y cuerpos en descomposición. Una auténtica cloaca  
arebosa de fluidos, ratas, moscas y gusanos.

César se sentó en el suelo, con la espalda apoyada en la pared de una de las oficinas de la  
estación que quedaba lo bastante escondida como para descansar sin ser vistos. Paz limpiaba su  
cuchillo con un paño de color verde que había encontrado en una de las mesas. Imaginó que se  
trataba de una gamuza de las que se usan para limpiar todo tipo de pantallas, incluso las de los  
ordenadores que permanecían apagados en esa misma habitación. Estaba sentada en una de las  
sillas y jugueteaba sobre sus ruedas a moverse adelante y atrás de forma rítmica mientras  
observaba una foto enmarcada en madera. En ella, una familia sonreía feliz sobre lo que parecía  
ser una de embarcación.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó la mujer al gallego—. Estoy hasta los ovarios de huir de  
todo. No lo vamos a conseguir. ¡Mira lo que ha pasado! Ese tío era el militar, estaba preparado  
para el combate. ¿Qué somos tú y yo?

César agachó la cabeza. Llevaba en silencio desde lo sucedido. No era el mismo chico que  
llegó a la estación, volvía a ser aquel chaval tímido y triste de su adolescencia. Ese chico que

Itemía a todo y a todos y no se enfrentaba a nada. El niño al que humillaban sin que opusiera resistencia. Quizás por eso se cebaban con él. Se había culpado durante mucho tiempo creyéndose responsable de que otros le pusieran la mano encima. «Si no fueras tan tonto», «si tuvieras un par de huevos», se repetía sin parar. Pero no, la culpa no era suya y eso lo aprendió con el paso del tiempo.

—¡Eh!, ¿me escuchas? —añadió Paz al borde de perder los estribos. Se estaba empezando a hartar de la actitud de su compañero.

—¿Hacer? No vamos a hacer nada. ¿Qué quieres? Fuera no tenemos ninguna opción, si Alfonso estamos perdidos. ¿Qué pasará cuando encontremos a un grupo numeroso de esas cosas? ¿Les vamos a hacer frente con un par de cuchillos de cocina?

—Tenemos un fusil —respondió Paz.

—¿Y cuántas balas? ¿Tienes otro cargador? ¿Sabes cambiarlo? Alfonso era el único que dominaba el tema. Yo soy incapaz de empuñar un arma. ¿Habías disparado antes de volarle la tapa de los sesos? No creo que sea tan fácil darle a algo que se mueve a metros de distancia.

Paz no contestó, no merecía la pena discutir con César. Jamás se pondrían de acuerdo, eran tan diferentes que podían chocar durante mil horas sin que ninguno de los dos llegara a ceder. Pero a eso, empezaba a caerle bien.

César salió de la oficina sin decir nada. No era la primera vez que el chico se ausentaba sin previo aviso buscando un poco de soledad. Paz no se movió, se quedó recostada en la silla. No le apetecía dormir, se negaba a cerrar los ojos. Estaba cansada y le dolía hasta el esternocleidomastoideo, si existía, que no estaba segura. Le divertían los nombres largos y complicados de los huesos y partes del cuerpo humano. Los músculos, huesos, membranas y tejidos le fascinaban. Siempre había soñado con ser forense o patóloga, pero nunca tuvo ni el tiempo ni la oportunidad de dedicarse a ello. Se enamoró locamente a muy temprana edad, quedándose embarazada de su hijo antes de cumplir los dieciocho. Se casó y escapó del abrazo de sus padres para entregarse al chico más dulce y cariñoso que jamás había conocido. Un auténtico príncipe azul como el de los cuentos de hadas que resultó ser un grandísimo embustero que la tuvo engañada durante años. Que la utilizó, humilló y forzó en más de una ocasión. Ese era su príncipe. Su hijo falleció de una meningitis cuando todavía era muy pequeño, pero se llevó con él todas las ganas que Paz tenía de seguir viva. Se convirtió en un autómata que se limitaba a cocinar, limpiar, planchar y abrir las piernas. No siempre por ese orden, ni con el mismo resultado. A veces le dolía tanto la cara que apenas podía abrir los ojos y los moratones le impedían planchar con normalidad; esas noches, cuando él llegaba, le pegaba aún más. Era un maldito ser despreciable, un cabrón de antología. Ella vivía anulada, un ser sin alma ni voluntad. Apenas salía a la calle, su día a día transcurría entre las cuatro paredes de su casa, que solo abandonaba para ir al supermercado. Iba lejos, tan lejos como podía, para que nadie preguntara qué le había pasado en la cara o el porqué de esas gafas de sol aunque lloviera.

Esa fue su vida hasta que un día decidió volar lejos de allí. El día que cogió el cuchillo y lo degolló sobre la mesa del comedor. El mismo día en el que toda esta mierda empezó. Ahora Paz era libre, se sentía fuerte, y por nada del mundo pensaba rendirse. Si César quería abandonar era su problema. Ella no pensaba arrojar la toalla.

e

El aire fresco del andén le sirvió a César para poner sus ideas en orden y olvidarse del chico bobalicón que había sido antaño y que amenazaba con volver. Ese niño murió el día que dejó su Galicia natal y se trasladó a Madrid con la promesa de que jamás permitiría que regresase, de que lo guardaría en el cajón de cosas que no merecía la pena recordar. Prometió convertirse en un hombre fuerte y seguro de sí mismo. Le daba igual a quién o qué tuviera que pisotear para ello pero lo conseguiría. César pasó por diferentes etapas hasta llegar a ser quien era ahora. Una primera de adaptación a su nuevo ecosistema, que consistió básicamente en conocer lugares y gentes, llegando incluso a entablar una buena amistad con una chica llamada María. De esa amistad nació un romance que duró lo mismo que una barra de hielo en el desierto del Sáhara prácticamente nada. César, en la intimidad, no era lo que a primera vista parecía. Era un hombre agresivo y dominante en exceso, con gustos particulares en la cama. Tal vez fuera allí donde el nuevo César demostraba su valentía, o al menos lo que él creía que esta era. Pero no, César era un hombre cabrón de cuidado cuando de jugar entre sábanas se trataba, y María no aceptó tenerlo como pareja. La amistad, evidentemente, no continuó y ambos se separaron para siempre. La segunda fase fue la de la afirmación. César conoció por fin quién era y hacía lo que fuera necesario para satisfacer sus necesidades. Salía de fiesta y engañaba a alguna chica, a menudo conquistándola con bebida y drogas para que accediera a irse con él a su piso. Cuando esto no daba resultado recurría a la prostitución. Cosa que ocurría con más frecuencia de lo que deseaba, pero tampoco le daba mucha importancia. Su único objetivo era vaciar la entrepierna y satisfacer su adicción sexual. La tercera y última fase consistió en el rechazo absoluto y la negación de todo lo que había realizado desde su llegada a Madrid. Sus preferencias sexuales lo convirtieron en un ser despreciable por el que sentía un asco tan profundo que se obligaba a redimir sus actos con buenas acciones.

César regresó al interior de la oficina y encontró a Paz dormida en el suelo. Estaba tumbada sobre su chaqueta, de lado y con las piernas semiflexionadas. Paz era una mujer atractiva, de eso no había duda y, aunque le superaba en edad, se había fijado en sus generosos pechos y su trasero. Salgo respingón.

La visión del cuerpo de Paz consiguió que algo despertara en su interior. Algo que creía muerto. Algo que le empujaba desde lo más profundo de sus entrañas en forma de erección. César llevaba meses sin estar con ninguna mujer, se había jurado y perjurado que sería así hasta que no consiguiera dominar sus instintos más ocultos por completo. Se había prometido que la próxima vez que estuviera con alguien, sería un César totalmente nuevo. Pero la ocasión se le presentó mucho antes de lo que él imaginaba.

Se acercó a Paz despacio, intentado no hacer ruido, y se tumbó a su lado procurando no despertarla. Contra su voluntad, o a causa de ella sin que fuera consciente, se desabrochó los pantalones y sacó su miembro erecto. Olía tan mal que él mismo se dio cuenta del hedor que desprendía, pero no le importó. Se arrimó tanto como le fue posible al cuerpo de Paz y empezó a restregar su pene contra el culo de ella. Casi podía notar cómo se perdía entre sus piernas buscando su sexo, indagando donde estaba el agujero en el que iba a verter toda su frustración.

Con la mano izquierda agarró a Paz por el cuello, sujetándola con fuerza, mientras con la derecha deslizaba su pantalón. Ella despertó de golpe, asustada. En un primer momento no supo dónde se encontraba ni qué diablos estaba sucediendo, pero notó al instante que alguien la estaba sujetando con fuerza. Tenía los pantalones bajados y las bragas rotas de tal forma que su culo quedaba a medio descubierto. Cerró sus piernas al sentir al algo duro contra sus glúteos e intentó deshacerse inútilmente del abrazo.

—¡Hijo de puta! ¡Suéltame! —gritó a su agresor. Ella aun no era consciente de que quien se encontraba detrás suyo era César.

—Cállate —dijo él—. Nadie puede escucharte, estamos los dos solos y lo único que vas a conseguir con tus gritos es que esas cosas sepan que estamos aquí. ¿Eso es lo que quieres?

—¡Cabrón! —gimió Paz entre lágrimas.

César agarró el cuchillo que llevaba con él desde que escapó del piso de Vallecas y apoyó su hoja en el cuello de Paz.

—Estate quieta y no te pasará nada, va a ser solo un rato. Lo vamos a pasar bien, verás como te gusta.

—N...n...ooooooooo —suplicó Paz. Sentía cómo el frío metal del cuchillo rozaba su pie con cada acometida mientras César la agarraba con fuerza e impedía que se moviera. El penetraba y salía de su vagina como una hoja de afeitar, desgarrando algo más que los tejidos y causándole un dolor que iba más allá de lo físico. Le partió en dos el corazón y el alma, lo destruyó. Se sintió sucia y deseó morir durante los minutos que duró aquella violación.

En un momento dado, cuando creía que no podría soportarlo más, cerró los ojos tan fuerte como pudo y deseó que todo aquello acabara cuanto antes.

—Para, por favor —rogó hecha un mar de lágrimas—. Para ya, te lo suplico.

César no dijo nada, solo jadeó como un cerdo. Volvió a sentir que era otra vez el hombre que había sido tiempo atrás. El macho que tomaba lo que deseaba cuando quería como si le perteneciera, el hombre que salía por las noches a comerse la ciudad y se saciaba de las mujeres haciendo de ellas lo que quería. El hombre temido del que muchas mujeres huían. Era el hombre que pegaba, humillaba y maltrataba a las prostitutas. César se había quitado la careta de persona amable que le acompañaba durante los últimos meses, para volver a ser el hijo de puta que siempre había sido. Nada de remordimientos, nada de redención.

Nada.

Al fin, tras unos minutos que para Paz significaron una eternidad, César se corrió. Gritó como un gorrino y apretó con fuerza su cuerpo contra el de ella, hasta que la última gota de semen se perdió entre las piernas manchadas de sangre. Paz seguía llorando en silencio. César se quedó tumbado boca arriba y se olvidó por completo de la mujer y del cuchillo. Olvidó que el mundo giraba a su alrededor, que los zombis pululaban por todos lados, y su mente empezó a volar. Soñó que era el sultán de un harén y que disponía de cincuenta mulatas de enormes pechos y traseros generosos que se peleaban para comerle las pelotas cada vez que lo deseaba. Soñó que volaba lejos de allí, hasta la playa de algún paraíso tropical repleta de mujeres desnudas que le ofrecían su sexo abierto. Su mente voló tan alto que se sintió feliz, hasta el punto de dormirse como un niño.

apequeño después de tomar el biberón.

<sup>e</sup> Paz se levantó despacio, sin hacer ruido. Se subió los pantalones y buscó su cuchillo por la <sup>y</sup>habitación.

<sup>l</sup> —Maldito hijo de puta —dijo.

El cuchillo de César reposaba en el suelo, pero ella necesitaba el suyo. Seguía llorando <sup>n</sup>Las lágrimas surcaban la suciedad que cubría su rostro, dibujando caminos imposibles que parecían relámpagos centelleantes en la más oscura de las noches. Su mirada era fría. Apretaba los dientes y puños para canalizar la ira que crecía desde el mismo lugar que César había profanado <sup>a</sup>contra su voluntad. Le dolía el sexo, le dolía mucho. Pero ese sufrimiento no era nada comparado con el tormento intangible que le perforaba el alma. Se había prometido a sí misma que nunca más iba a permitir que alguien abusara de ella contra su voluntad, juró que los años de sumisión habían <sup>y</sup>terminado y que, con la muerte de su marido, todo aquello quedaría atrás. Pero en un abrir y cerrar de ojos el mundo se había ido a la mierda y con él, todas sus esperanzas.

<sup>s</sup> Paz sujetó con fuerza el cuchillo y se dirigió hacia César, que dormía plácidamente. Un pequeño colgajo asomaba por el hueco de sus pantalones. Al verlo, sintió un asco profundo. Era pequeño, muy pequeño, y estaba recubierto por un capuchón de piel. Lo cogió con dos dedos <sup>y</sup>apoyó el filo del cuchillo en la base de los testículos. César se despertó e intentó moverse, pero el <sup>e</sup>intento duró tan poco tiempo como su cerebro tardó tanto en comprender lo que ocurría. Palideció <sup>y</sup>suplicó clemencia con la mirada.

<sup>a</sup> —No...lo...hagas —imploró—. Por lo que más quieras, no lo hagas. Lo siento mucho, de verdad, no sé qué me ha pasado. Yo no quería...

<sup>e</sup> —Maldito hijo de puta... —masculó Paz de nuevo con los dientes apretados por la rabia.

Presionó un poco más el filo contra la piel del escroto y un hilillo de sangre empezó a resbalar por él. Sonrió, aunque no quería. Sentía un asco profundo, casi vomitivo, pero sonrió <sup>e</sup>César empezó a llorar al notar el corte. Fue un instante, no dolió, pero le anunció lo que estaba <sup>e</sup>por llegar.

<sup>s</sup> —Lo voy a hacer despacio, así te dolerá más. Voy a abrir por aquí —dijo mientras movía el <sup>e</sup>cuchillo, que se introducía un poco más en la envoltura testicular—, y voy a arrancarte las pelotas <sup>a</sup>Pero no sufras, no vivirás tanto como para echarlas en falta. Voy a cortarte esa sucia polla y te la <sup>e</sup>meteré en la boca. Haré que te la comas, ¿te gusta la idea? ¡Claro que sí! ¡Te encanta tu polla! Vá a saber lo que es que te metan una cosa sucia y asquerosa en la boca, contra tu voluntad. Te la va a comer entera, tampoco te costará mucho —añadió riendo y regocijándose con el efecto que cada <sup>y</sup>sílaba producía en César.

<sup>n</sup> Paz no dudó y lo hizo. De un tirón sacó los testículos de la bolsa y los arrojó al suelo. César <sup>y</sup>gritó y lloró todo lo que pudo. El dolor que sintió no tenía parangón, y no se parecía a nada que <sup>y</sup>hubiera padecido con anterioridad. Ni la apendicitis que casi lo lleva a la tumba con trece años <sup>y</sup>había dolido tanto. Segundos después se le nubló la vista; el mundo se apagaba frente a sus ojos.

<sup>s</sup> —No, amigo, no. No va a ser tan fácil como morirse y ya está. No te va a salir tan barato— <sup>a</sup>Paz cortó el pene de César y lo agarró con fuerza, mientras un reguero de sangre resbalaba por su <sup>n</sup>brazo. La entrepierna del chico parecía una fuente de zumo de arándanos que vertía su contenido <sup>y</sup>de forma generosa—. Ahora abre la boca. Te será fácil, solo un poco. Con la mierda de polla que

tienes no te va a costar tragar.

a César apenas estaba consciente cuando Paz le obligó a tragar su propio miembro. No pudo ofrecer mucha resistencia, no tenía fuerzas. El pene llenó su boca, aunque no por completo. Sabía a sangre y mugre, a ruina. Sabía a óxido y a muerte.

Paz observó el cuerpo de su violador durante un largo rato mientras este permanecía inmóvil. La mujer disfrutaba viendo cómo la sangre salía de la herida y lo cubría todo. Finalmente, el chico dejó de respirar. Estaba cubierto por el rojo líquido y, aunque todavía se movía debido a los espasmos musculares, no había duda de que ya estaba muerto. Al contrario de lo que imaginaba, se sintió aliviada. La sangre que recubría parte de su cuerpo la devolvió a momento en el que se libró de su marido. Otra vez había ganado, aunque el precio de la victoria le resultara excesivo.

r Algo se rompió en el interior de Paz. Una bestia irascible creció desde sus entrañas como una flor carnívora y devoró la poca luz que aún albergaba su mente. La oscuridad se apoderó de ella y el odio, que durante años había creado un poso espeso y turbio en su cabeza, ascendió hacia la superficie. Ya no era Paz la que sujetaba el arma. No era la misma mujer que había llegado a la estación con la intención de resguardarse de los peligros de la noche. Ahora era otra persona y parecía a ella, pero muy diferente. Paz ya no creía en el ser humano. Sí, tal vez existía gente bondadosa, pero ella no tuvo la suerte de conocerla a tiempo, cuando todavía era capaz de ser fuerte y tomar las riendas. Se abandonó a una especie de muerte en vida durante la cual se limitaba a sobrevivir, a encajar los golpes tan bien como podía o sabía, y a abrir las piernas cuando era imprescindible para no recibir más. Quedó anulada como persona y como mujer, se sentía una mierda, igual que ahora. Se creía incapaz de seguir adelante sola. Se sentía vulnerable, llegando a desarrollar una especie de síndrome de Estocolmo que la mantenía pegada a él como un ser sin alma ni voluntad.

Con paciencia y destreza, utilizó el cuchillo para separar la cabeza de César del resto de su cuerpo. Le parecía el final más digno para un violador, y un bonito trofeo para su víctima. Si el mundo fuera aun mundo y viviera en su casa, lo colgaría de la pared del comedor tal y como hacen los cazadores con sus premios. Como si de un jabalí se tratara. Pero, por desgracia, no era así. El mundo ya no era tal, y su casa ya no era su casa.

a  
s  
s  
a

r  
e  
e

.  
u  
o  
e

tienes no te va a costar tragar.

César apenas estaba consciente cuando Paz le obligó a tragar su propio miembro. No pudo ofrecer mucha resistencia, no tenía fuerzas. El pene llenó su boca, aunque no por completo. Sabía a sangre y mugre, a ruina. Sabía a óxido y a muerte.

Paz observó el cuerpo de su violador durante un largo rato mientras este permanecía inmóvil. La mujer disfrutaba viendo cómo la sangre salía de la herida y lo cubría todo. Finalmente, el chico dejó de respirar. Estaba cubierto por el rojo líquido y, aunque todavía se movía debido a los espasmos musculares, no había duda de que ya estaba muerto. Al contrario de lo que imaginaba, se sintió aliviada. La sangre que recubría parte de su cuerpo la devolvió al momento en el que se libró de su marido. Otra vez había ganado, aunque el precio de la victoria le resultara excesivo.

Algo se rompió en el interior de Paz. Una bestia irascible creció desde sus entrañas como una flor carnívora y devoró la poca luz que aún albergaba su mente. La oscuridad se apoderó de ella y el odio, que durante años había creado un poso espeso y turbio en su cabeza, ascendió hacia la superficie. Ya no era Paz la que sujetaba el arma. No era la misma mujer que había llegado a la estación con la intención de resguardarse de los peligros de la noche. Ahora era otra persona, parecida a ella, pero muy diferente. Paz ya no creía en el ser humano. Sí, tal vez existía gente bondadosa, pero ella no tuvo la suerte de conocerla a tiempo, cuando todavía era capaz de ser fuerte y tomar las riendas. Se abandonó a una especie de muerte en vida durante la cual se limitaba a sobrevivir, a encajar los golpes tan bien como podía o sabía, y a abrir las piernas cuando era imprescindible para no recibir más. Quedó anulada como persona y como mujer, se sentía una mierda, igual que ahora. Se creía incapaz de seguir adelante sola. Se sentía vulnerable, llegando a desarrollar una especie de síndrome de Estocolmo que la mantenía pegada a él como un ser sin alma ni voluntad.

Con paciencia y destreza, utilizó el cuchillo para separar la cabeza de César del resto del cuerpo. Le parecía el final más digno para un violador, y un bonito trofeo para su víctima. Si el mundo fuera aun mundo y viviera en su casa, lo colgaría de la pared del comedor tal y como hacen los cazadores con sus premios. Como si de un jabalí se tratara. Pero, por desgracia, no era así. El mundo ya no era tal, y su casa ya no era su casa.

**Base militar secreta**

**Ciudad Real**

**Informe núm. Z1287X9**

**Sesión núm. 25**

**Fecha: 18/09/2019**

Los sujetos de prueba del primer bloque, tratados con el *Clostridium* procedente de la primera cepa, siguen siendo criaturas primarias. Solo reaccionan a los estímulos de forma bruta e iracunda. No se aprecia ningún tipo de razonamiento por su parte. No piensan ni interactúan con su entorno, más allá de alimentarse de los trozos de cadáveres que les proporcionamos. El sujeto Z1A, infectado con una segunda cepa modificada genéticamente con el fin de descomponer las células tumorales, se comporta de un modo completamente diferente; sigue obsesionado con el pomo de la puerta, no se alimenta y se empieza a notar un deterioro considerable en su aspecto.

Sabemos que el *Clostridium* es una bacteria que participa en muchos procesos de descomposición, causante en alguna de sus variantes de la gangrena gaseosa o el botulismo. Aunque no podemos asegurar que el sujeto esté desarrollando alguna de estas afecciones post mortem, no descartamos que sean las causantes de este deterioro.

Procedemos a introducir pequeños animales vivos en el interior de los habitáculos. No sabemos si los sujetos se van a alimentar de ellos, al igual que lo intentaron con el personal que les atendió antes de su encierro. Dos de los investigadores que participaron en la fase inicial de proyecto, son ahora los sujetos Z2B y Z4Y. Regresaron a la vida minutos después de que fueran atacados. De momento se comportan igual que los demás sujetos analizados, a excepción de sujeto Z1A.

Se va a inducir al sujeto Z4B a un coma controlado con el fin de acabar con su vida, si así se le puede llamar. Tenemos preparada la sala de autopsias y todo el material necesario para realizar el estudio. Es de vital importancia conocer la naturaleza del problema y averiguar qué ha ocurrido (o que ha salido mal) para que, después de fallecer, hayan regresado a la vida. Aunque no se aprecia en ellos ritmo cardíaco alguno, es evidente que están vivos.

**Base militar secreta**

**Ciudad Real**

**Informe núm. Z1287X9**

**Sesión núm. 25**

**Fecha: 18/09/2019**

Los sujetos de prueba del primer bloque, tratados con el *Clostridium* procedente de la primera cepa, siguen siendo criaturas primarias. Solo reaccionan a los estímulos de forma bruta e iracunda. No se aprecia ningún tipo de razonamiento por su parte. No piensan ni interactúan con su entorno, más allá de alimentarse de los trozos de cadáveres que les proporcionamos. El sujeto Z1A, infectado con una segunda cepa modificada genéticamente con el fin de descomponer las células tumorales, se comporta de un modo completamente diferente; sigue obsesionado con el pomo de la puerta, no se alimenta y se empieza a notar un deterioro considerable en su aspecto.

Sabemos que el *Clostridium* es una bacteria que participa en muchos procesos de descomposición, causante en alguna de sus variantes de la gangrena gaseosa o el botulismo. Aunque no podemos asegurar que el sujeto esté desarrollando alguna de estas afecciones post mortem, no descartamos que sean las causantes de este deterioro.

Procedemos a introducir pequeños animales vivos en el interior de los habitáculos. No sabemos si los sujetos se van a alimentar de ellos, al igual que lo intentaron con el personal que les atendió antes de su encierro. Dos de los investigadores que participaron en la fase inicial del proyecto, son ahora los sujetos Z2B y Z4Y. Regresaron a la vida minutos después de que fueran atacados. De momento se comportan igual que los demás sujetos analizados, a excepción del sujeto Z1A.

Se va a inducir al sujeto Z4B a un coma controlado con el fin de acabar con su vida, si así se le puede llamar. Tenemos preparada la sala de autopsias y todo el material necesario para realizar el estudio. Es de vital importancia conocer la naturaleza del problema y averiguar qué ha ocurrido (o que ha salido mal) para que, después de fallecer, hayan regresado a la vida. Aunque no se aprecia en ellos ritmo cardíaco alguno, es evidente que están vivos.

# CAPÍTULO 12

## —PARTE DE MÍ—

### 1

Sam llevaba un rato nervioso; olisqueaba, lloraba y gemía. Correteaba entre sus dueños para conseguir su atención. Estos, por su parte, estaban pendientes de todo lo que sucedía a su alrededor, analizando cada esquina y cada sombra, cada leve movimiento de árboles y arbustos por fortuito que fuera. Habían dejado las calles de Madrid atrás y ahora caminaban por terreno abierto. Pablo no recordaba la última vez que había estado por esa zona. Seguramente fue cuando llevó a sus sobrinos catalanes Mar y Cesc a visitar Faunia. «Ojalá las cosas en Cataluña estén mejor que aquí», pensó. Llevaba demasiado tiempo sin verlos y estaba seguro de que, tal y como estaban las cosas, no lo haría jamás.

Hacía un buen rato que no veían ni se cruzaban con zombi alguno. Desde que dejaron atrás la ciudad, las cosas iban mejor. Se podían permitir caminar algo más despacio y no tenían que lidiar de forma continua con esa sensación angustiosa de peligro pegada al pecho, amenazando con estrujar sus corazones. Aun así, mantenían los sentidos alerta y estaban preparados para actuar si era necesario. Desde que empezó aquel apocalipsis, Aroa, Sam y Carlos formaban un auténtico equipo de trabajo engranado a la perfección. El perro alertaba y atacaba mientras sus dueños se cubrían las espaldas de forma mutua. Sam se había convertido en un experto en la detección de zombis a leguas de distancia, y eso resultaba de gran ayuda a la hora de decidir qué camino tomar. Siempre atento a las necesidades de sus amos, les extrañaba que llevara rato nervioso sin que hubieran detectado ningún peligro en las inmediaciones. La estación de tren de Santa Eugenia no quedaba lejos, y tenían claro que ese iba a ser su próximo destino. Desde allí, seguirían la vía de tren; esa les parecía la mejor opción. Un camino más o menos recto, despejado y lejos de aglomeraciones que pudieran suponer un peligro.

El parque forestal de Valdebernardo les ofreció una tregua. Allí, escondidos bajo la sombra de los árboles, hallaron un pequeño remanso de paz en mitad del infierno. Comieron un poco y recobraron fuerzas. A partir de allí no sabían hacia dónde dirigirse; en sus cabezas solo estaba la idea de poner millas entre Madrid y ellos.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Pablo a sus compañeros.

—Vamos a largarnos de aquí, debe de haber un lugar al que esas cosas no hayan llegado. Lejos, quizás, pero debe haberlo. Una base, algún puesto del ejército vallado y lleno de personal armado y entrenado para el combate, con aviones y tanques... —respondió Carlos.

—Y Superman, no te jode —le cortó Aroa—. ¿Tú has visto bien esas cosas? Nada lo detiene. Ni cien hombres armados van a poder contra ellos. Tarde o temprano habrá diez o mil, o diez mil, queriéndote comer las pelotas. La única opción es poner distancia en medio. Coger un barco, cruzar el charco o yo qué sé. Mallorca, Menorca, las Canarias... cualquier lugar rodeado por mar me parece bien.

—Estamos en Madrid, ¿recuerdas? Aquí de mar poco —apuntó Pablo mientras devoraba

una lata de atún. Se estaba poniendo perdido de aceite.

—Podemos llegar hasta él si salimos de aquí. Podemos buscar un vehículo y escapar. Fuera del centro las carreteras están vacías. ¿No lo veis? Aquí no se formó ningún maldito atasco. Cogemos un coche y nos piramos a Valencia o Barcelona, al mar —explicó Aroa—. Seguimos la vías hasta un lugar tranquilo y allí nos hacemos con un vehículo, no es tan difícil. Hemos sobrevivido al centro, ¡joder! Podemos hacerlo.

—Al mar suena jodidamente bien —dijo Carlos.

a  
u —¡Al mar! —exclamaron los tres al mismo tiempo.

, El grupo se puso en marcha de nuevo. Sam iba unos pasos por delante, olisqueando el terreno. Un centenar de metros más y llegarían a la estación. Eso conllevaba cierto riesgo y todos eran conscientes de ello. Tal vez si se hubieran decidido antes, ya estarían lejos de la gran urbe pero el tiempo era el que era y debían acatar las consecuencias de sus actos. La urgencia por escapar de los zombis que entraron en su casa les había obligado a andar sin rumbo. Ese fue su gran error, caminar sin un objetivo fijo rodeando la ciudad.

s No era el momento de echarse nada en cara. Estaban vivos y, por encima de todo, estaban decididos a escapar de una vez por todas de aquella maldita ciudad.

o  
r  
o  
e  
e  
:

## 2

El viento les llevó el olor a muerte mucho antes de entrar en la estación. La sangre recubría partes de las paredes blancas con una lúgubre y escalofriante pátina roja que narraba el horror vivido. Si había librado una dura batalla y sabían a la perfección quién se había erigido como vencedor. Estandén era ahora el cementerio de un buen puñado de cuerpos que descansaban al fin para siempre lejos del horror que retorció las entrañas de todos los que seguían de pie. Sam ladró y echó a correr, lo que significaba que el peligro andaba cerca. Todos lo sabían. Aroa y Carlos corrieron detrás, dejando a Pablo solo. El madrileño reaccionó al instante e intentó seguirlos. Estaba exhausto de tanto caminar.

a Una mujer aguardaba sentada en uno de los bancos metálicos dispuestos por la estación. Estaba llorando. Los tres se acercaron despacio, vigilantes, temiendo una emboscada o algo parecido. No era normal que estuviera quieta y sentada en un banco en pleno apocalipsis zombie. Sam se puso a su lado y empezó a lamer el charco de sangre que se formaba bajo los pies de la mujer. Aroa lo apartó de inmediato con cierta dificultad. El perro, al igual que sus dueños, estaba hambriento.

s Junto a la mujer, apoyada sobre el banco, estaba la cabeza de un hombre. Tenía algo introducido en la boca, algo que a primera vista fueron incapaces de adivinar, pero que con un segundo vistazo descubrieron enseguida.

o —Me ha violado —dijo la mujer—. El muy hijo de puta me ha violado —añadió—. Nuestros compañeros acababan de morir —balbuceó mientras señalaba un grupo de cadáveres a uno de ellos vestía uniforme militar—. Nos cobijamos dentro y me violó —. Sam pareció

comprender el dolor que la mujer experimentaba y apoyó su cabeza sobre las rodillas de esta. Ella no reaccionó, seguía absorta en su mundo de dolor y tristeza; nada de lo que acontecía a su alrededor parecía importarle, ni siquiera su propia vida, dejada a merced del destino. Tenía la mirada vidriosa y perdida y sus manos, nerviosas, no paraban de temblar.

—Venía con nosotros y parecía simpático. Se mostraba inofensivo, había llegado hasta aquí sin librar ni un solo combate, escondiéndose de esas cosas tras la espalda de Alfonso, el militar. Pero cambió. Al quedarnos solos, cambió. El muy hijo de puta me puso un cuchillo en el cuello —sentenció mientras las lágrimas seguían resbalando por sus mejillas.

Aroa se acercó a ella y la abrazó. Carlos y Pablo no supieron cómo reaccionar y se quedaron detrás, observando alrededor. No había zetas cerca, al menos que pudieran verse, pero hicieron como que los buscaban. La situación resultaba de lo más incómoda para ambos.

—Ya está cielo, ya está —dijo Aroa—. Ese cabrón ya no te puede hacer daño —añadió mirando la cabeza con asco. El pene, que asomaba entre los labios, era lo que más le repugnaba. Siempre había pensado que todos eran feos, el de Carlos incluido. Pero ese, además de ser feo acababa de causar un dolor terrible que costaría mucho tiempo y esfuerzo reparar—. Míralo ahora, todos deberían acabar así. ¿Has hecho tú esto? —preguntó con cierta admiración.

—Sí —afirmó—. Enloquecí y no sé qué diablos me pasó. Una especie de ira creció dentro de mí y no pude frenarla. El muy hijo de la gran puta se durmió justo después de correrse. ¿Te lo puedes creer? Me viola y se duerme como si lo que acababa de hacer fuera lo más normal del mundo. Este tío estaba mal de la cabeza —explicó tras una breve pausa.

—Menudo desgraciado. Por suerte, ya está muerto. ¿Cómo te llamas? —preguntó Aroa intentando desviar la conversación a un terreno menos pantanoso.

—Paz.

—Pues es un verdadero placer, Paz. Yo soy Aroa y estos son Pablo, y mi marido, Carlos. El perro se llama Sam, creo que le has caído bien.

Paz no respondió. Esbozó un intento de sonrisa, pero fue incapaz de culminarla. El llanto se la llevó de nuevo hasta las tierras oscuras de la tristeza. Unas tierras más tenebrosas que las de Arda, frontera infranqueable con la Tierra Media, donde habitan unos seres despiadados y crueles cuyo único objetivo es colmar de dolor a todo aquel que pretende penetrar en ellas.

Sammy se recostó en la pierna de Paz. Ella lo miró y le acarició el hocico. El perro gimió y se frotó cariñosamente contra su rodilla. La mujer, esta vez sí, sonrió de forma tímida.

—Bien hecho, Sam —dijo Carlos acariciando al perro.

—¿Te unes a nosotros? —preguntó Aroa a Paz—. No son buenos tiempos para andar sola. Te aseguro que estos tres son un cacho de pan. Además, a Sammy le gustas.

—¿Cuál es el plan? ¿Hacia dónde vais? —preguntó Paz.

—Barcelona, tal vez, no lo hemos decidido aún. Un lugar que esté lo suficientemente lejos de Madrid para que esas cosas no hayan llegado todavía. Y luego quién sabe, coger un barco y meter mar entre ellas y nosotros —explicó Carlos.

—Eso está muy lejos —objetó Paz.

a —Cuando la cosa esté más despejada cogeremos algún coche prestado. Total, nadie lo va a  
uechar en falta.

a —No me parece una idea descabellada, es mejor que quedarse aquí y esconderse para  
siempre —respondió Paz.

a —Entonces... ¿Eso quiere decir que vienes con nosotros? —preguntó Aroa abriendo los  
l**1** brazos.

l**1** —Creo que sí...

e Ambas se abrazaron de nuevo. Carlos y Pablo se acercaron y pusieron su mano en e  
hombro de Paz, que se apartó un poco. Fue una reacción espontánea e involuntaria que corrigió  
enseguida, pidiendo perdón con la mirada. Los chicos no dijeron nada, solo asintieron de forma  
amable. Sammy apoyó su cabeza en las rodillas de la mujer que, en ese instante, pasaba a formar  
parte del equipo.

### 3

Paz estaba cansada de ser el saco roto donde los hombres vertían sus complejos y frustraciones  
Empezó a andar con el grupo, pero en realidad no estaba allí. Su cuerpo les seguía, pero su alma  
se había quedado clavada en la estación, sobre el suelo manchado con su sangre. El ser humano lo  
asqueaba y no guardaba ningún tipo de fe en las personas. «Todas, sin excepción alguna, existen  
para joder al prójimo», pensó Paz. «Algunas lo hacen de forma inconsciente, sin intención, la  
mayoría no pasa de utilizar a los demás en beneficio propio por cosas cotidianas. Pero las hay que  
albergan un mal enorme en su interior, un mal que en momentos como estos aflora a la superficie  
como un enorme submarino nuclear y lo manda todo a la mierda. Y yo me siento una mierda. Por  
suerte, la mayoría de las personas están muertas; lo siento por las que han sido buenas, pero me  
alegro por las malas», añadió para sí misma. De lo ocurrido en la estación no tenía culpa alguna  
lo sabía, pero la vida la había conducido por un camino lleno de dificultades, tanto en el plano  
físico como en el sentimental. Apenas había conseguido levantar cabeza y otro hijo de puta  
abusaba de ella. ¿En eso se convertía el ser humano? ¿El ser más evolucionado del planeta no era  
más que un saco de carne y huesos sin sentimiento alguno? No, Paz en el fondo no creía eso. Había  
conocido personas maravillosas durante su vida. Las voluntarias del centro de acogida, donde  
estuvo ingresada después de una de las múltiples palizas que la llevó al hospital, eran seres de  
luz. Personas que, de forma altruista, regalaban su tiempo a mujeres que lo necesitaban. Por  
desgracia, todas esas buenas personas ya debían estar muertas.

Las vías del tren pasaban bajo sus pies sin que apenas las rozara con las suelas de goma de  
sus sucias botas. Flotaba en un sueño triste y amargo del que no quería despertar, por miedo a que  
la realidad fuera peor. Todavía le dolía la entrepierna al andar y, a cada paso que daba, recordaba  
la sensación de angustia experimentada al notar las acometidas de César contra su espalda, el roce  
áspero de su miembro erecto penetrando en la vagina sin lubricar, más allá de la sangre producida  
por el desgarramiento de los tejidos. El tacto frío del filo del cuchillo contra su cuello le ponía los  
vellos de punta. Todavía lo podía sentir rozando los poros de su piel e introduciéndose en su

acuerpo a través del sistema nervioso, ahogando el corazón con sus invisibles manos. No consiguió olvidar ni el jadeo incesante ni el fuerte olor a sudor que desprendía el nauseabundo pene de ese malnacido.

Aroa se acercó a ella y le pasó el brazo por encima del hombro. Paz era mucho más alta que ella y tuvo que ponerse de puntillas para lograrlo. Aroa la miró y sonrió. Aquella sonrisa introdujo una pequeña luz en la oscura pesadilla de Paz. Aroa desprendía un aura especial. No sabía si era por sus ojos achinados o sus mejillas sonrojadas, pero calentaba un poco su alma cada vez que se dirigía a ella. A Paz le recordaba a uno de esos duendes traviosos y juguetones de nariz puntiaguda y amplia sonrisa. Uno de esos seres de una famosa serie de televisión de los setenta. Conseguía, con casi nada, que regresara un poco del abismo.

—Gracias —susurró Paz—. En serio, muchas gracias.

—No hay de qué, cielo. Para eso estamos las mujeres, para darnos apoyo. Si el mundo se va a la mierda, debemos permanecer unidas. Debimos hacerlo antes, cuando se nos ninguneaba y se trataba como a personas de segunda categoría. No lo hicimos, y en parte fue nuestra culpa. Pero ahora, las que quedamos, debemos estar juntas y mirar las unas por las otras —respondió Aroa con una sonrisa enorme en la boca—. Aquí me tienes para lo que haga falta.

Paz amagó un atisbo de sonrisa y una pequeña luz iluminó brevemente su mirada.

Tal vez sí existía un futuro para ella junto a ese pequeño grupo recién formado.

..  
a  
e  
n  
a  
e  
e  
r  
e  
b  
o  
a  
a  
a  
e  
e  
r  
  
e  
e  
a  
e  
a  
s  
u

cuerpo a través del sistema nervioso, ahogando el corazón con sus invisibles manos. No conseguía olvidar ni el jadeo incesante ni el fuerte olor a sudor que desprendía el nauseabundo pene de ese malnacido.

Aroa se acercó a ella y le pasó el brazo por encima del hombro. Paz era mucho más alta que ella y tuvo que ponerse de puntillas para lograrlo. Aroa la miró y sonrió. Aquella sonrisa introdujo una pequeña luz en la oscura pesadilla de Paz. Aroa desprendía un aura especial. No sabía si era por sus ojos achinados o sus mejillas sonrojadas, pero calentaba un poco su alma cada vez que se dirigía a ella. A Paz le recordaba a uno de esos duendes traviosos y juguetones de nariz puntiaguda y amplia sonrisa. Uno de esos seres de una famosa serie de televisión de los setenta. Conseguía, con casi nada, que regresara un poco del abismo.

—Gracias —susurró Paz—. En serio, muchas gracias.

—No hay de qué, cielo. Para eso estamos las mujeres, para darnos apoyo. Si el mundo se va a la mierda, debemos permanecer unidas. Debimos hacerlo antes, cuando se nos ninguneaba y trataba como a personas de segunda categoría. No lo hicimos, y en parte fue nuestra culpa. Pero ahora, las que quedamos, debemos estar juntas y mirar las unas por las otras —respondió Aroa con una sonrisa enorme en la boca—. Aquí me tienes para lo que haga falta.

Paz amagó un atisbo de sonrisa y una pequeña luz iluminó brevemente su mirada.

Tal vez sí existía un futuro para ella junto a ese pequeño grupo recién formado.

## **Informe médico forense del Sujeto Z4B**

**Nombre:** María José Navas Gutiérrez

**Sexo:** Femenino

**Edad:** 31 años

**Raza:** Caucásica

Complexión delgada, sin rigor mortis. Temperatura corporal de 22°C. No se observa presencia de insectos necrófagos.

Coloración grisácea de piel, con áreas negruzcas en zonas de flexión. Ojos amarillentos. Destrucción parcial del labio superior con exposición de dientes oscurecidos. Signos de venopunción en ambos brazos. Vasos superficiales congestivos y visibles en extremidades y cuello. Desgarro en el hombro derecho, con signos de putrefacción. Múltiples arañazos en cuello, tórax, abdomen y piernas. Abdomen prominente, ligeramente duro a la palpación. Ausencia de la mayor parte de las uñas de ambas manos. Masa dura en muslo izquierdo de consistencia pétreo.

A la apertura de la cavidad torácica y abdominal, órganos firmes. Pulmones con múltiples lesiones tumorales grisáceas, posible metástasis, que afectan prácticamente todos los lóbulos. Coloración marronácea-verdosa de prácticamente todos los órganos, la mayoría de aspecto descompuesto. Destaca estómago marcadamente distendido de pared adelgazada. Contenido pastoso, irreconocible, hediondo y maloliente.

Se explora masa en extremidad inferior izquierda, observándose gran masa tumoral que infiltra fémur y tejidos blandos. Posible neoplastia primaria.

A la apertura del cráneo, salida de masa espesa de aspecto pútrido. No se observa tejido cerebral preservado.

En la exploración externa no se observan signos sugestivos de lesión por mordedura, por lo que se sospecha que el sujeto podría haber muerto por otras causas no relacionadas con infección por mordisco.

Probable causa de la muerte: Cáncer metastásico diseminado.

## **Informe médico forense del Sujeto ZAB**

**Nombre:** María José Navas Gutiérrez

**Sexo:** Femenino

**Edad:** 31 años

**Raza:** Caucásica

Complexión delgada, sin rigor mortis. Temperatura corporal de 22°C. No se observa presencia de insectos necrófagos.

Coloración grisácea de piel, con áreas negruzcas en zonas de flexión. Ojos amarillentos. Destrucción parcial del labio superior con exposición de dientes oscurecidos. Signos de venopunción en ambos brazos. Vasos superficiales congestivos y visibles en extremidades y cuello. Desgarro en el hombro derecho, con signos de putrefacción. Múltiples arañazos en cuello, tórax, abdomen y piernas. Abdomen prominente, ligeramente duro a la palpación. Ausencia de la mayor parte de las uñas de ambas manos. Masa dura en muslo izquierdo de consistencia pétreo.

A la apertura de la cavidad torácica y abdominal, órganos firmes. Pulmones con múltiples lesiones tumorales grisáceas, posible metástasis, que afectan prácticamente todos los lóbulos. Coloración marronácea-verdosa de prácticamente todos los órganos, la mayoría de aspecto descompuesto. Destaca estómago marcadamente distendido de pared adelgazada. Contenido pastoso, irreconocible, hediondo y maloliente.

Se explora masa en extremidad inferior izquierda, observándose gran masa tumoral que infiltra fémur y tejidos blandos. Posible neoplastia primaria.

A la apertura del cráneo, salida de masa espesa de aspecto pútrido. No se observa tejido cerebral preservado.

En la exploración externa no se observan signos sugestivos de lesión por mordedura, por lo que se sospecha que el sujeto podría haber muerto por otras causas no relacionadas con infección por mordisco.

Probable causa de la muerte: Cáncer metastásico diseminado.

## **Comunicado interno Centro Nacional de Inteligencia**

**Nivel de confidencialidad: ALTO**

**22 de septiembre de 2019**

Se va a proceder al traslado del sujeto ZIA a la base aérea de Torrejón de Ardoz, para su posterior transporte a un lugar secreto cuya ubicación solo será revelada en el momento de despegue al personal encargado de dicha misión. Es de vital importancia que el dispositivo salga a la perfección. Cualquier error podría desencadenar en una tragedia de dimensiones inimaginables. El sujeto debe permanecer atado durante todo el trayecto, en el que será escoltado por cuatro hombres armados, con la misión de mantenerlo bajo control. Es de suma importancia que el sujeto llegue con vida al avión.

A partir de hoy, esta misión será conocida con el nombre en clave de DÍA UNO. Cualquier comunicado o informe referente a ella mantendrá el nivel de confidencialidad actual, y solo los agentes y oficiales de rango cuatro o superior tendrán acceso a la información, con el fin de seleccionar al personal indicado para realizar aquellas tareas para las que sean requeridos.



## **Comunicado interno Centro Nacional de Inteligencia**

**Nivel de confidencialidad: ALTO**

**22 de septiembre de 2019**

Se va a proceder al traslado del sujeto Z1A a la base aérea de Torrejón de Ardoz, para su posterior transporte a un lugar secreto cuya ubicación solo será revelada en el momento del despegue al personal encargado de dicha misión. Es de vital importancia que el dispositivo salga a la perfección. Cualquier error podría desencadenar en una tragedia de dimensiones inimaginables. El sujeto debe permanecer atado durante todo el trayecto, en el que será escoltado por cuatro hombres armados, con la misión de mantenerlo bajo control. Es de suma importancia que el sujeto llegue con vida al avión.

A partir de hoy, esta misión será conocida con el nombre en clave de DÍA UNO. Cualquier comunicado o informe referente a ella mantendrá el nivel de confidencialidad actual, y solo los agentes y oficiales de rango cuatro o superior tendrán acceso a la información, con el fin de seleccionar al personal indicado para realizar aquellas tareas para las que sean requeridos.



# CAPÍTULO 13

## —ADIÓS, REINA MIA—

### 1

La M23 seguía dibujándose bajo los pies de Mónica y Raúl como una serpiente gris recubierta por una infinidad de escamas metálicas. No habían encontrado ni un solo metro de calzada sin su correspondiente vehículo. Algunos, simplemente chocaron entre ellos; otros fueron abandonados. Los había de todo tipo y color, calcinados y humeantes, abiertos y cerrados. Lo único que tenían en común la gran mayoría de ellos es que estaban vacíos.

Mónica y Raúl andaban renqueantes y les dolía hasta el tuétano de tanto caminar. Llevaban horas de ruta sin descanso, agua o comida, y cada paso resultaba un esfuerzo titánico para su maltrecho organismo.

—Un poco más —susurró Mónica entre soplidos—. Solo un poco más, hace rato que no vemos a ningún zombi, los estamos dejando atrás.

—No me jodas. Si no paro un minuto, el próximo zombi que veas voy a ser yo. Voy a palma de un jodido infarto —respondió Raúl, que apenas podía mantenerse en pie.

—Joder, ya casi estamos. Solo un poco más, en serio.

—Dime que hay un puto *Mc Donald's* cerca y correré si hace falta. Necesito comer y beber. Estoy prácticamente muerto y siento un vacío enorme en el estómago.

Mónica rio. En el fondo, Raúl no era un mal tipo. Tal vez no tuvieron el mejor de los inicios posibles, es verdad, pero en esa situación ella habría reaccionado de un modo parecido. Perder a una madre es un golpe muy duro, quizá el que más.

—¿Les echas de menos? —preguntó Mónica—. Debe ser duro perder a tanta gente de golpe. No sé, yo nunca tuve un núcleo familiar definido. Llevo mucho tiempo fuera de casa y sin prácticamente vida social. Pero tú sí la tenías, o al menos eso creí entender.

—No lo sé. ¿Sabes? En el fondo me dan envidia. Ya están muertos, ya no pueden sufrir más. Creo que llevo deseando morir desde el mismo momento en que empezó todo esto. Me he abandonado a la suerte tantas veces como he podido y, siempre, por algún motivo que desconozco aparece alguien para salvarme —dijo Raúl.

—¿Deseas morir? ¡Tío! Hay miles de personas muertas que desearían estar vivas y tú... ¿tú me vienes con esa mierda? ¡No me jodas! —le espetó Mónica.

—Pues así es. He llegado a pensar que tal vez tenga un papel en esta obra y que, sin saberlo, soy el puto protagonista de *El circo de los horrores*. «¡Compre aquí su boleto para ver a las increíbles criaturas que habitan en este circo: el gordo barrigón que sobrevive de pura casualidad el pibón que parece Rambo y los zombis! ¡Compre aquí su boleto!» —exclamó Raúl, imitando un

voz enlatada como la de las furgonetas que anuncian el circo por los pueblos donde se instala.

Un camión en llamas les devolvió a la carretera, llevándose la carpa del circo hacia un cielo negro, plagado de nubes, de humo y ceniza. Las llamas envolvían la estructura del vehículo; se elevaban varios metros por encima de él. En la cabina, el conductor permanecía agarrado a volante, aunque a esas alturas no era más que un esqueleto recubierto por cachitos de carne calcinada y derretida por el calor que lo había consumido. Un grupo de zombis correteaba alrededor del incendio, atraídos por la explosión de luz y sonido. Parecían un grupo de adolescentes reunidos alrededor de una máquina de hacer palomitas, que se empujaban entre ellos para acercarse más y ser el primero en probarlas. Acto seguido se quemaban, las llamas lo envolvían y los zombis salían corriendo. Alguno de ellos recorría varios metros hasta que caía a r suelo totalmente abrasado. Eran criaturas muy básicas en su mayoría. En todo el tiempo que llevaban de huida, solo en una ocasión apreciaron cierta racionalidad en uno de ellos, cuando pretendió darles caza subiendo por una escalera. Los demás se limitaban a seguir sus impulsos más primarios hasta las últimas consecuencias. Atrás quedaba el incidente del tanatorio y los zombis que se arrancaron párpados y labios para poder alimentarse. A Raúl tal vez no le apeteció recordar ese detalle, y Mónica parecía haberlo olvidado por completo.

—¿Qué hacemos? —preguntó Raúl agazapado detrás de un coche—. O nos acercamos y luchamos contra ellos, o damos un buen rodeo para sortear al grupo.

—No tengo ni idea, en serio. Tampoco son muchos, pero... ¿Podremos con ellos sin la ayuda del fusil? —respondió Mónica—. La última vez salimos por patas. No tenemos ni un triste cuchillo con el que defendernos. ¡Maldita sea! ¿Cómo demonios no hemos buscado un arma en todo este tiempo?

Raúl agachó la cabeza, asumiendo parte de la culpa, y se echó a un lado. La carretera estaba situada sobre un pequeño terraplén. Debajo, la vía del tren cruzaba en perpendicular. No le resultaría muy difícil superar las vallas y escapar por ella, recorriendo la trayectoria que dibujaba hasta un poco más adelante. El único problema era que parte del recorrido transitaba por suelo urbano, incrementando las posibilidades de encontrarse con problemas, ya que allí la congregación de gente era mayor cuando todo ocurrió. «Más gente, más zombis», pensó Mónica antes de seguir a Raúl, que ya había recorrido un par de metros para quedar al descubierto. Un zombi que se alejaba del camión en mitad de una orgía de llamas y humo lo descubrió. La criatura profirió un grito desgarrador antes de empezar a correr hacia ellos a toda velocidad. Se movió rápido, muy rápido, dibujando una estela de humo tras de sí. La visión resultaba tan grotesca que Mónica se vio obligada a apartar la mirada durante un par de segundos. La carne quemada supuraba una especie de líquido negro parecido al petróleo. Los demás zombis no tardaron en seguir al primero, y en el tiempo que Mónica tardó en abrir los ojos, Raúl ya los tenía encima.

—¡Corre! —gritó a su compañero. Tuvo una leve sensación de *déjàvu*, como si ya hubiera vivido esa situación con anterioridad. Y así era, aunque en ese preciso momento no lo recordara.

Raúl obedeció y corrió tanto como le fue posible. Saltó la valla y descendió rodando por el terraplén. Sin duda, esa era la manera más rápida de hacerlo. El suelo describía un perfil irregular, lleno de piedras, y cualquier resbalón podía dar al traste con su plan de huida. Mónica hizo lo mismo, pero por el lado contrario de la carretera. A ella no la perseguía ninguna de esas cosas, pero quería alcanzar a su compañero lo antes posible.

Cuando Mónica se incorporó a las vías, Raúl estaba corriendo delante de un grupo numeroso de zetas. Eran muchos, más de los que imaginaba. Dos de ellos seguían envueltos en llamas y el crepitar de la carne muerta al cocinarse le erizó la piel. Olía a barbacoa de cerdo en mal estado y a entrecot de ternera con gusanos. A salchicha de carne putrefacta, a verdura podrida y a basura dejada al sol. Olía a muerte.

Cosas que hasta hacía muy poco eran propias de películas y videojuegos se reproducían ante sus ojos a una velocidad que era muy difícil de asimilar.

Raúl esquivó a una de las criaturas como pudo, y esta cayó calcinada a sus pies. Saltó por encima, y provocó que dos de los que le seguían a escasos metros cayeran detrás. Una enorme bola de fuego iluminó la explanada, produciendo un calor envolvente y sofocante que les secó de golpe la garganta. El gas metano había obrado el milagro de la combustión y, en menos que canta un gallo, tres de esas cosas salían despedidas por el aire hechas añicos. Mónica pudo seguir la trayectoria de una de las cabezas, alejándose por encima de la valla, hasta caer fuera de las vías. Un brazo impactó de lleno en el semáforo, quedándose enganchado por la ropa a un alambre que sobresalía de él. Raúl seguía corriendo, mientras tras él se deslizaba de cerca un pelotón de ejecución que, aunque acababa de perder a varios de sus miembros, seguía siendo bastante numeroso. Se acercaban cada vez más a suelo urbano, y eso no hacía más que incrementar las posibilidades de que esas cosas les dieran caza. Con un grupo de fieras descontroladas tras de sí y el efecto llamada que eso producía, no tardarían en congregarse un número nada desdeñable de criaturas alrededor.

Las vallas que separaban las vías de la ciudad aparecieron plagadas de criatura hambrientas antes de que el primer edificio hiciera acto de presencia. Raúl iba en cabeza mientras Mónica corría dos pasos detrás de él. Se había colocado a su altura, intentando llamar la atención de alguno de los zombis que lo perseguían desde que habían abandonado las vías. No sabía si la idea funcionaría, pero pensaba que entre los dos les sería más fácil darles esquinazo. La persecución transcurría por las calles de un enorme polígono industrial. A su izquierda se encontraba un almacén de Adif repleto de material de construcción. Junto a él, un enorme aparcamiento que albergaba cientos de camiones en sus entrañas. Los vehículos estaban tan pegados que podían cruzar de uno a otro por el techo sin pisar el suelo.

—¡Rápido! ¡Al aparcamiento! —gritó Mónica a su compañero.

—¿Cómo que al puto aparcamiento? Seguro que hay mogollón de cosas de esas allí. ¿No ves la cantidad de camiones que hay? ¿Dónde piensas que están sus conductores? —respondió jadeando.

—Por el techo, imbécil. Podemos cruzar casi todo el *parking* saltando de camión en camión.

—¿En serio? ¿Quién demonios te crees que soy? ¿La puta rana Gustavo? —Raúl no daba crédito a la propuesta de Mónica. El deporte jamás fue lo suyo, y saltar mucho menos.

—Joder, no es tan difícil.

—Si tú lo dices —refunfuñó Raúl.

Mónica fue la primera en subirse a la valla y saltar. Raúl la siguió a regañadientes, estaba farfullando cosas incomprensibles que Mónica interpretó como algo que distaba mucho de un

opiro. «Menudo gruñón de campeonato. Todo el puto día protestando por todo. Maldito oso de peluche grande, peludo y malhumorado», pensó la mujer sin dejar de correr.

Por fin estaban solos de nuevo, ya que esas cosas permanecían pegadas a la verja metálica, intentando seguir sus pasos. Se hallaban en zona de nadie, un espacio yermo, un pasillo cercado por unas finas vallas metálicas entre las vías y el aparcamiento. Debían sortear la que todavía quedaba a su espalda, coronada con alambre de espino, si querían llegar hasta la entrañas del estacionamiento.

Raúl ayudó a su compañera a encaramarse a la verja para acceder por fin al *parking*. No le costó mucho, se trataba de una mujer atlética y ostentaba una forma física envidiable. Nada más subir, Mónica usó su chaqueta para cubrir los pinchos y saltar al otro lado.

—¿Vas a poder subir? —preguntó desde el otro lado de la valla. Raúl intentaba aferrarse tanto como podía al enrejado, realizando un esfuerzo enorme para trepar.

—Voy a intentarlo. ¡Maldita barriga! Ya podía haber adelgazado. Para entrar en la camisa de los domingos no me hubiera servido, pero para escalar esta puta verja me habría venido de perlas.

Raúl se sujetó con la mano derecha y cogió impulso. Apenas consiguió alzarse unos veintiseis centímetros, pero eso le animó a seguir. Levantó la mano izquierda y se agarró con fuerza. Solo debía repetir la operación y en un santiamén se encontraría al otro lado, alejado de los zombis que se amontonaban, cada vez en mayor número, y amenazaban con combar la otra valla.

—Solo un poco más —dijo Mónica mientras observaba las penurias por las que estaba pasando—. Rápido, no hay tiempo que perder.

Raúl subió un poco más, tal y como había pedido su compañera. En ese instante, un ruido resonó a su espalda. El enjambre de bestias hambrientas había conseguido derribar la alambrada. Podía escuchar sus pasos acercándose de forma peligrosa. Si no subía pronto, no lograría sobrevivir. Tomó impulso de nuevo y se agarró a la parte superior, dejando los pies suspendidos a algo más de metro y medio de altura, insuficiente para no ser alcanzado. Una mano agarró su botín y tiró de ella con fuerza cuando todavía le quedaba para cruzar al otro lado. Unos segundos más y no habría logrado.

—¡Me cago en la puta! —exclamó furioso—. ¡Déjame en paz! —añadió mientras intentaba librarse del zombi.

No lo pudo evitar. Cayó al suelo de espaldas, ofreciendo su cuerpo al grupo de zombis que se encontraba justo debajo. No sufrió. Su cabeza se abrió como una sandía mucho antes de que el primero de los zetas le pegara el primer bocado. La sangre empezó a formar un charco que nació en su nuca y se extendió debajo los pies de las criaturas. Una de ellas se quedó de pie, mirando a Mónica. Se trataba de una mujer de unos cuarenta años que vestía un traje chaqueta azul marino y llevaba el pelo recogido en un moño, que ya había perdido su forma por completo. La mujer sonrió. Era la misma sonrisa que había visto antes, en la autovía. Una sonrisa fría como el hielo del ártico y oscura como una chimenea llena de hollín. Una sonrisa pérfida y malvada repleta de dientes negros y muy mala baba.

La mujer se agachó y se unió a la fiesta. De Raúl quedaba ya muy poco, su cara era ahora un asqueroso puré de carne y sangre que apenas conservaba la consistencia suficiente para mantenerse pegada al cráneo. Le habían arrancado los brazos y los devoraban con ansia. La

enorme barriga había desaparecido y, en su lugar, un grotesco agujero mostraba las entrañas pringosas y desordenadas que antes contenían su aparato digestivo. Los intestinos desparramados por el suelo eran poco más que un enorme y pestilente gusano repleto de heces.

—No... joder, no... —dijo Mónica con una lágrima pegada al ojo y el estómago a punto de salir por su boca.

Vomitó, se dio la vuelta y empezó a andar mientras los zombies se olvidaban de ella y se centraban en su víctima. Se estaban dando un verdadero festín con el cuerpo aún caliente de Raúl. Ciento veinte kilos de carne humana, fresca y jugosa, que corrían de boca en boca, de mano en mano, como si de un buffet libre se tratara y él fuera el plato estrella.

## 2

La noche encontró a Mónica acurrucada en la sucia cabina de un camión de larga distancia. El polvo cubría todo el salpicadero a excepción del volante y la palanca del cambio de marchas. Se trataba de un vehículo moderno, de los que te puedes encontrar en cualquier autopista, conducido por señores calvos con barriga. Desde la litera situada tras los asientos, podía observar cómo la luz de la luna proyectaba largas y fantasmagóricas sombras en el suelo del aparcamiento. Su imaginación jugaba con ella a dibujar monstruos de dientes largos y afilados, ogros con enormes garras y un sinfín de criaturas espeluznantes que, en ese momento, con todo lo que había vivido parecían cosa de críos. Se aferró a una palanca metálica que había encontrado sobre uno de los asientos y se relajó un poco. Con ella entre las manos se sentía un poco más segura, aunque desconocía hasta qué punto sería útil contra esas cosas.

Se tumbó boca arriba. El techo de la cabina era de un gris oscuro casi negro y estaba decorado, si es que así se podía llamar a aquello, con fotografías pornográficas de mujeres desnudas. No eran eróticas, carecían de cualquier gusto estético. Eran imágenes vulgares, de mujeres de grandes senos operados y vaginas rasuradas que se mostraban lascivas, con las piernas abiertas y el sexo húmedo. Mónica sintió asco una vez más. No es que el sexo no le gustara, pero le daba pereza toda la parafernalia que lo envolvía. Había perdido el interés por las relaciones sociales hacía mucho tiempo y la gente, en su gran mayoría, le parecía vulgar y aburrida. Ella era una mujer inteligente, con un gusto peculiar en lo que a hombres se refería, y prefería una buena conversación, regada con un vino tinto en el interior de algún restaurante pequeño y coqueto, a un polvo con cualquier adonis de gimnasio con más abdominales que cerebro. Por desgracia, Mónica había comprobado demasiadas veces que eso era lo que abundaba en Tinder.

Se hundió un poco más entre las sábanas sucias y arrugadas y cerró los ojos tan fuerte como pudo. Necesitaba dormir, lo necesitaba de forma imperiosa, estaba exhausta, casi muerta. Las sábanas olían casi peor que ella y estaban manchadas. Obvió eso y abrazó la almohada buscando un poco de consuelo en su mullido tacto. No era como su cojín de viscoelástica con funda de allovera, que le costó veinticuatro con noventa y cinco en El Corte Inglés de Puerta del Sol, pero era mejor que nada. En su situación, poco más podía pedir. Había sobrevivido a otra maratoniada ajornada, repleta de peligros, y tenía un lugar que consideraba seguro para descansar y una cam

s donde dormir. Además, en el interior del vehículo había encontrado una botella de agua de litro y medio, y un paquete de galletas por abrir.

Echaba de menos a Raúl. Pero eso formaba parte del juego y no estaba dispuesta a sentir ni un ápice de remordimiento. Si él hubiera cruzado primero, tal vez ella estaría en el suelo con la tripa abierta.

e  
.  
n

### 3

Algo golpeó la luna delantera del camión provocando un gran estruendo. Una grieta apareció justo en el punto de impacto y creció alrededor de forma concéntrica. Mil y una fisuras pequeñas salieron de ella, creando un enorme punto débil que, sin duda, terminaría por romper el cristal.

Mónica se incorporó y miró hacia el aparcamiento, donde una mujer sujetaba una enorme piedra entre las manos. La reconoció al instante, era la misma del traje chaqueta azul marino que había visto junto al cadáver de Raúl. La misma que le había sonreído de forma macabra antes de pegarle un enorme mordisco a su compañero. La misma hija de puta que se había reído en su carcajadas y que ahora volvía a hacerlo, con la sangre de su Raúl pegada al pelo y a la ropa.

Alzó la enorme piedra por encima de su cabeza sin apenas esfuerzo. La lanzó contra el camión con tanta fuerza, que partió el cristal delantero en mil y un pedazos que salieron rebotando hacia el interior. Mónica recibió el impacto de cien mil diminutas y afiladas agujas que formaron aquella lluvia torrencial de trocitos de vidrio, cubriéndose con ambos brazos la cabeza. Un grupo de zombis apareció por el lateral y se encaramó sobre el capó. Trepaban de forma rápida hacia una Mónica que se debatía entre hacerse fuerte en el interior, o salir y luchar contra esas criaturas. Ambas opciones le parecían igual de malas, pero debía decidir con celeridad. Cogió la palanca metálica y salió corriendo de la cabina, directa hacia la mujer que parecía esperarla sonriente. Dos zetas intentaron detenerla sin éxito y acabaron chocando entre sí. Pudo escuchar el sonido de los huesos del cráneo al romperse. Esos malditos cabrones se habían podrido en un tiempo récord y la osamenta no tenía la consistencia que se le suponía a un ser vivo. Eso, sin duda, sería una enorme ventaja.

La mujer abrió los brazos mostrando unas uñas largas y afiladas que, a modo de garras, abría y cerraba sin parar. Estaban sucias y recubiertas por una costra de un color rojo oscuro, casi negro. No le costó mucho deducir de qué se trataba, y trató de borrar la imagen de su compañero muerto en el suelo. Era su sangre, casi seguro, corrompida, putrefacta y muerta. Oía mal, muy mal, y las moscas revoloteaban a su alrededor, se posaban en sus manos, correteaban por sus brazos hasta llegar a la cara. Una vez allí se introducían por su nariz y salían por la boca, o al revés, en un bucle sin fin. Esa mujer era la descomposición hecha figura, la podredumbre elevada a la máxima potencia, la muerte de la materia y la transformación de esta en una masa maloliente y purulenta. A pesar de eso, era un ser capaz de matarla de un zarpazo, que solo anhelaba clavarle los dientes hasta desgarrar sus tejidos para alimentarse de ella.

Mónica vio todo eso y más durante el poco tiempo que duró la carrera hacia su contrincante. Se le echó encima, con toda la fuerza que su pequeño cuerpo, de apenas cincuenta kilos, podía.

yimprimir, intentando alcanzar la frente de la criatura con la herramienta que sostenía entre ambas manos. La zombi ni se inmutó, se limitó a recibir la embestida y apresar a Mónica con sus poderosas garras. Se miraron a los ojos. Los de la criatura eran fríos y oscuros como el agua del Mar de Bering durante una tormentosa noche de invierno. Los de Mónica, en cambio, eran el vivo reflejo del terror que sentía. Se sabía muerta, incluso antes de que la mujer le clavara sus sucios dientes.

El hedor era insoportable. Cada vez que esa cosa abría su boca, dejaba escapar una bocanada de aire que olía peor que un camión de la basura. Olía a sangre corrompida. Era un olor nauseabundo y dulzón. Un hedor tan agresivo que se metía por la nariz e invadía todos los sentidos, colapsando cerebros y revolviendo estómagos.

Si Mónica hubiera podido, habría vomitado. Pero la presión a la que la criatura sometía su cuello le impedía siquiera respirar. Todo acaeció tan deprisa que no se dio cuenta de nada de lo que ocurrió a continuación. Lo último que recordaba era que la criatura la sujetaba con fuerza mientras ella se debatía por escapar. Le dolían los brazos, y unas enormes marcas oscuras estaban apareciendo en el punto justo donde la bestia clavó sus garras. Se sentía bien, algo mareado; quizás, pero no había ni rastro de esas cosas alrededor. Un enorme charco de sangre la rodeaba por completo, condenándola al exilio sobre una pequeña porción de asfalto gris. Se tocó la cara y descubrió una enorme herida en la mejilla que la atravesaba por completo, dejando parte de su dentadura y de la boca al descubierto. Le habían arrancado un trozo de cara de un mordisco. Intentó llorar, conocedora de lo que eso significaba, pero no pudo. Un nudo invisible sujetaba sus lágrimas y las mantenía presas. Probó a levantarse, sin éxito; las piernas no le respondían y era incapaz de moverlas. Palpó su pierna derecha y descubrió que más allá del muslo no había nada. Se la arrancaron de cuajo durante el tiempo que estuvo ausente, ajena a lo que le hacían. Su pierna izquierda había corrido la misma suerte. Le habían amputado ambos miembros, dejándola tullida y desamparada en mitad de la nada, sin nadie que pudiera ayudarla.

Mónica se estaba desangrando a tanta velocidad que apenas sentía dolor. El mareo era cada vez más intenso y los párpados empezaban a cerrarse contra su voluntad. Luchaba, sin apenas fuerzas, para mantenerlos abiertos, consciente de que una vez se cerraran sería su final. Estaba confundida y se le nublaba la vista, como cuando intentaba mirar las películas en tres dimensiones en los cines de Callao sin gafas. Respiraba de forma apresurada, llenando y vaciando los pulmones a un ritmo frenético, intentando oxigenar un organismo que estaba pereciendo sin que pudiera hacer nada para evitarlo.

Mónica dejó de respirar y de moverse. Murió, pero fueron escasos los minutos que tardó en levantarse de nuevo, para regresar transformada en una de esas cosas. Nadie estuvo allí para verlo, para ver cómo se arrastraba por el suelo usando las manos para avanzar, tambaleándose de un lado a otro, conduciendo un cuerpo oscilante e inútil desprovisto de piernas.

a  
y  
e

o.  
a

imprimir, intentando alcanzar la frente de la criatura con la herramienta que sostenía entre ambas manos. La zombi ni se inmutó, se limitó a recibir la embestida y apresar a Mónica con sus poderosas garras. Se miraron a los ojos. Los de la criatura eran fríos y oscuros como el agua del Mar de Bering durante una tormentosa noche de invierno. Los de Mónica, en cambio, eran el vivo reflejo del terror que sentía. Se sabía muerta, incluso antes de que la mujer le clavara sus sucios dientes.

El hedor era insoportable. Cada vez que esa cosa abría su boca, dejaba escapar una bocanada de aire que olía peor que un camión de la basura. Olía a sangre corrompida. Era un olor nauseabundo y dulzón. Un hedor tan agresivo que se metía por la nariz e invadía todos los sentidos, colapsando cerebros y revolviendo estómagos.

Si Mónica hubiera podido, habría vomitado. Pero la presión a la que la criatura sometía su cuello le impedía siquiera respirar. Todo acaeció tan deprisa que no se dio cuenta de nada de lo que ocurrió a continuación. Lo último que recordaba era que la criatura la sujetaba con fuerza mientras ella se debatía por escapar. Le dolían los brazos, y unas enormes marcas oscuras estaban apareciendo en el punto justo donde la bestia clavó sus garras. Se sentía bien, algo mareada quizás, pero no había ni rastro de esas cosas alrededor. Un enorme charco de sangre la rodeaba por completo, condenándola al exilio sobre una pequeña porción de asfalto gris. Se tocó la cara y descubrió una enorme herida en la mejilla que la atravesaba por completo, dejando parte de su dentadura y de la boca al descubierto. Le habían arrancado un trozo de cara de un mordisco. Intentó llorar, conocedora de lo que eso significaba, pero no pudo. Un nudo invisible sujetaba sus lágrimas y las mantenía presas. Probó a levantarse, sin éxito; las piernas no le respondían y era incapaz de moverlas. Palpó su pierna derecha y descubrió que más allá del muslo no había nada. Se la arrancaron de cuajo durante el tiempo que estuvo ausente, ajena a lo que le hacían. Su pierna izquierda había corrido la misma suerte. Le habían amputado ambos miembros, dejándola tullida y desamparada en mitad de la nada, sin nadie que pudiera ayudarla.

Mónica se estaba desangrando a tanta velocidad que apenas sentía dolor. El mareo era cada vez más intenso y los párpados empezaban a cerrarse contra su voluntad. Luchaba, sin apenas fuerzas, para mantenerlos abiertos, consciente de que una vez se cerraran sería su final. Estaba confundida y se le nublaba la vista, como cuando intentaba mirar las películas en tres dimensiones en los cines de Callao sin gafas. Respiraba de forma apresurada, llenando y vaciando los pulmones a un ritmo frenético, intentando oxigenar un organismo que estaba pereciendo sin que pudiera hacer nada para evitarlo.

Mónica dejó de respirar y de moverse. Murió, pero fueron escasos los minutos que tardó en levantarse de nuevo, para regresar transformada en una de esas cosas. Nadie estuvo allí para verlo, para ver cómo se arrastraba por el suelo usando las manos para avanzar, tambaleándose de un lado a otro, conduciendo un cuerpo oscilante e inútil desprovisto de piernas.

## **Comunicado interno Centro Nacional de Inteligencia**

**Nombre del operativo: Día uno**

**Nivel de confidencialidad: ALTO**

**22 de septiembre de 2019**

El traslado empezará a las 04:30h de la mañana, y su duración estimada es de dos horas y cuarenta y cinco minutos. El sujeto ya está dispuesto en las instalaciones exteriores de la base confinado en una celda de aislamiento. Cuatro soldados y dos investigadores han sido heridos de gravedad durante los preparativos previos. Inmediatamente han sido trasladados al Hospital Carlos III de Madrid con pronóstico reservado.

El convoy será escoltado por cuatro vehículos militares con un total de doce soldados armados y preparados para actuar. Bajo ningún concepto se debe interactuar con el sujeto Z1A. Especialmente peligroso y, tal y como se relata en los informes previos remitidos a los efectivos que van a participar en el operativo, es de vital importancia que el sujeto llegue vivo a su destino.



## **Comunicado interno Centro Nacional de Inteligencia**

**Nombre del operativo: Día uno**

**Nivel de confidencialidad: ALTO**

**22 de septiembre de 2019**

El traslado empezará a las 04:30h de la mañana, y su duración estimada es de dos horas y cuarenta y cinco minutos. El sujeto ya está dispuesto en las instalaciones exteriores de la base, confinado en una celda de aislamiento. Cuatro soldados y dos investigadores han sido heridos de gravedad durante los preparativos previos. Inmediatamente han sido trasladados al Hospital Carlos III de Madrid con pronóstico reservado.

El convoy será escoltado por cuatro vehículos militares con un total de doce soldados armados y preparados para actuar. Bajo ningún concepto se debe interactuar con el sujeto Z1A. Es sumamente peligroso y, tal y como se relata en los informes previos remitidos a los efectivos que van a participar en el operativo, es de vital importancia que el sujeto llegue vivo a su destino.



## **Comunicado interno del Centro Nacional de Inteligencia**

**Nombre del operativo: Día uno**

**Nivel de confidencialidad ALTO**

**23 de septiembre de 2019**

El operativo ha empezado a la hora prevista. Se ha establecido un perímetro de seguridad alrededor del Hospital Carlos III de Madrid. Los heridos durante los preparativos han fallecido ; han regresado a la vida convertidos en seres irracionales y extremadamente violentos, parecidos a los sujetos que permanecen encerrados en la base de Ciudad Real. Se calcula que buena parte de personal sanitario ha sido infectado. Se ha procedido a clausurar el centro con la prohibición de salir bajo ningún concepto. Cualquiera que lo intente debe ser abatido. Es de vital importancia que nadie supere el perímetro de seguridad.

Todo está preparado en la base de Torrejón de Ardoz para proceder al traslado del sujeto Z1A hasta su nuevo destino. Este solo será revelado al personal encargado de pilotar el avión.

Se espera que el convoy llegue a la base a las 07:15 de la mañana. Las principales vías de acceso habrán sido cortadas con anterioridad y la Guardia Civil controlará el acceso a estas.



## **Comunicado interno del Centro Nacional de Inteligencia**

**Nombre del operativo: Día uno**

**Nivel de confidencialidad ALTO**

**23 de septiembre de 2019**

El operativo ha empezado a la hora prevista. Se ha establecido un perímetro de seguridad alrededor del Hospital Carlos III de Madrid. Los heridos durante los preparativos han fallecido y han regresado a la vida convertidos en seres irracionales y extremadamente violentos, parecidos a los sujetos que permanecen encerrados en la base de Ciudad Real. Se calcula que buena parte del personal sanitario ha sido infectado. Se ha procedido a clausurar el centro con la prohibición de salir bajo ningún concepto. Cualquiera que lo intente debe ser abatido. Es de vital importancia que nadie supere el perímetro de seguridad.

Todo está preparado en la base de Torrejón de Ardoz para proceder al traslado del sujeto Z1A hasta su nuevo destino. Este solo será revelado al personal encargado de pilotar el avión.

Se espera que el convoy llegue a la base a las 07:15 de la mañana. Las principales vías de acceso habrán sido cortadas con anterioridad y la Guardia Civil controlará el acceso a estas.



# CAPÍTULO 14

## —CON NOMBRE DE GUERRA—

**Base aérea de Torrejón de Ardoz**

**23 de septiembre de 2019**

Todo estaba preparado sobre la pista de despegue de la base. El avión, un Airbus A400M esperaba con los motores en marcha la llegada del convoy procedente de Ciudad Real. A lo mandos de la nave, el piloto José Narváez rezaba unas últimas oraciones antes de que llegara la hora señalada. Se encontraba ante una de las misiones más peligrosas e importantes de su dilatada carrera. A sus cuarenta y ocho años recién cumplidos, había transportado tropas a los lugares más inhóspitos del planeta, sobrevolado campos de batalla en el Golfo Pérsico, pueblos arrasados en Afganistán y surcado los cielos entre balas y proyectiles enemigos, mientras intentaba encontrar el punto exacto de aterrizaje. Ahora, todo aquello quedaba lejos y su único objetivo era transportar al sujeto Z1A hasta un punto que, hasta el momento, desconocía.

El escaso personal que quedaba en tierra divisó el convoy a las 07:17 de la mañana. Doce vehículos todoterreno del ejército español avanzaban unos metros por delante de un camión blindado. Detrás de este, dos vehículos más cerraban la comitiva. A las 07:18 de la mañana las puertas se cerraron.

Cuatro soldados bajaron de cada vehículo y se situaron junto a la puerta trasera del camión. Uno de ellos, flanqueado por los demás, abrió el portón y se situó a un lado, tal y como estaba planificado. El primero de los militares encargados de escoltar al sujeto Z1A bajó del vehículo acorazado sin mediar palabra y se lanzó encima del soldado que estaba justo a su derecha, el cual no tuvo tiempo de reaccionar antes de que ambos cayeran al suelo. En un abrir y cerrar de ojos los demás soldados, que habían sido convertidos en zombis durante el trayecto, bajaron del camión con las mismas intenciones. Saltaron brazos, cabezas y piernas. La sangre esparcida sobre el césped de la base lo teñía de un rojo vivo y brillante. Dos de los soldados que todavía quedaban con vida salieron corriendo y se alejaron tanto como pudieron, mientras los demás parecían incapaces de hacer nada. En unos instantes, más de una docena de soldados formaron un pelotón de no muertos que recibió al sujeto Z1A como a un auténtico mesías. Las aguas se abrieron para dar paso a un Moisés que mostraba una enorme sonrisa en su cara al mismo tiempo que descendía del vehículo.

Las cosas iban mal, muy mal, y Narváez lo sabía. A esa hora, todo debería estar empacado y listo para el despegue hacia ese lugar que ya tendría que haber sido desvelado. El convoy había llegado a su hora, de eso no tenía ninguna duda, ya que a lo lejos podía divisar la luz de los faros de los vehículos, pero nadie se había puesto en contacto con él. Trató de contactar con alguien a través de la radio del avión, pero nadie respondió a su llamada. Bajó de la aeronave :

miró hacia la torre de control. Allí debería haber alguien con órdenes al respeto, pero no apreció movimiento alguno tras los cristales.

Encendió un cigarrillo y respiró hondo. No le gustaban los contratiempos, los detestaba hasta límites inimaginables. En el mundo militar eso solo podía significar una cosa: problemas. Todos aquellos que estaban implicados conocían la importancia de esa misión, y se habían tomado las medidas necesarias para que saliera a la perfección. Apagó el cigarrillo contra el suelo y se ajustó el cinturón. Palpó su pernera derecha, allí guardaba con celo su pistola HK USP 9 milímetros *parabellum* que, a excepción de en los ejercicios de tiro, jamás había sido disparada. Era un arma pequeña y manejable, de excelente factura y diseño sólido que se adaptaba a su mano como un guante. La acarició y notó el frío tacto del metal en la yema de los dedos. En este instante unos gritos resonaron en la lejanía. Narváez los escuchó; no se puso nervioso, pero sabía que no era un experto en el combate cuerpo a cuerpo, aunque había estado volando por encima de demasiadas guerras. Otro grito más, y otro. Aquello presagiaba un fatal desenlace. Desenfundó y comenzó a caminar despacio, mirando en todas direcciones. Pese a las bajas temperaturas sudaba. Era un sudor frío y pegajoso que se le metía hasta en los rincones más escondidos de su anatomía. Cogió aire y lo expulsó varias veces para intentar recobrar el aliento y así poder tranquilizarse. Solo sabía que aquel convoy transportaba a un prisionero peligroso y extremadamente violento y, aunque el protocolo de seguridad garantizaba la llegada del convoy en el posterior traslado, por los gritos que escuchaba estaba claro que algo no había salido bien.

Se acercó un poco más. Ahora podía ver el camión y los vehículos todoterreno aparcados a su lado. Los motores seguían en marcha y el humo estaba empezando a formar una especie de niebla gris y densa alrededor. La visibilidad era escasa, por no decir nula, y solo donde los focos de los vehículos agujereaban la niebla se vislumbraba alguna cosa. Unas siluetas se movían errantes en la penumbra, agachadas, como perros que se olisquean unos a otros. Narváez puso el dedo en el gatillo y quitó el seguro. Había tal silencio alrededor que el *clack* pareció resonar a quilómetros de distancia. Una de las siluetas se levantó y lo miró fijamente, quedándose quieto durante unos segundos que parecieron alargarse en el tiempo, antes de empezar a correr hacia él. Era un soldado al que posiblemente conocía. Al fin y al cabo, en la base todos se conocían. Narváez se relajó un poco y bajó el arma.

Respiró aliviado.

—¿Va todo bien por ahí, compañero? —gritó Narváez al soldado. Aunque todavía le separaba un buen trecho, había gritado lo suficiente como para ser oído—. ¿Todo va bien? —repetió. Esta vez el soldado estaba más cerca. Podía distinguir perfectamente la figura que corría hacia él. El uniforme se recortaba sobre los focos del camión, que impedían que viera con claridad su cara—. Si no respondes me veré obligado a disparar —Narváez se puso más nervioso. Alzó el arma de nuevo y apuntó hacia la figura que se acercaba sin dejar de correr—. No lo voy a preguntar más, ¿va todo bien?

Narváez disparó. El proyectil salió propulsado hacia la pierna del soldado, que apenas se inmutó. Recibió el impacto, se dobló levemente sobre sí mismo y, un segundo después, volvió a correr. Ahora gritaba henchido por la rabia, pero más que un grito, era un gemido. Un gemido gutural y roto que nacía de lo más profundo de las entrañas del que, hasta hacía escasos minutos era una persona normal y corriente. Narváez vio la cara de la criatura cuando la tenía justo a dos metros, y comprendió al instante que se trataba de un zombi. Apuntó de nuevo, esta vez a la

ó cabeza, cogió aire y disparó. La bestia cayó hacia atrás como un peso muerto. Por fin dejó de correr y besó el asfalto de la pista.

a —Puto Carlos Sisí. Tenía razón.

o Narváez estaba en el centro de la pista de despegue, a una distancia considerable de cualquier parte. El avión quedaba a decenas de metros y la torre de control se encontraba todavía más lejos. Ante sí, el personal del convoy empezaba a hervir frenéticamente. Las siluetas se habían puesto en pie y lo observaban fijamente con sus ojos muertos. Podía notar cómo recorría su cuerpo con su mirada pétrea y ausente. Se sintió como una pequeña gacela en mitad de la sabana africana rodeada por una manada de leones hambrientos; como un ratón en un terrario repleto de boas constrictor a la hora de comer. A pesar de todas las horas de servicio, en aquellos momentos estaba asustado como nunca lo había estado.

y Una de las figuras avanzó hacia él. Narváez disparó dos veces con distinta fortuna. La primera perforó el pecho de la criatura, justo en el corazón, pero eso no la derribó. El segundo disparo se instaló justo encima de la nariz, dando al traste con la carrera y, de paso, con su nueva vida. «No soy tan mal tirador», pensó mientras se movía en busca de otro de los podridos. Estaba corriendo hacia él de forma anárquica, sin brazos y con una de las piernas doblada por la rodilla e impidiendo que avanzara con rapidez. No fue difícil acabar con él, de un solo culatazo en la sien lo derribó. Cayó casi al instante y murió entre convulsiones, escupiendo pegotes de sangre coagulada y trozos de dientes sobre el asfalto.

e Dejó el primer Uro Vamtac blindado tras de sí. Junto a él, un cuerpo yacía inerte. Se trataba de un soldado joven, de unos veinte años, y pese a que su cara era poco más que un amasijo de sangre y huesos quebrados, lo reconoció al instante. No hacía ni dos semanas que coincidieron en un bar próximo a la base; un cuchitril de carretera pegajoso y maloliente como pocos, de donde salían siempre con un olor a fritanga considerable, pero en el que servían unos menús copiosos a un precio de risa.

i Se santiguó y siguió avanzando. El segundo vehículo, con las cuatro puertas abiertas quedaba a su derecha. Detrás de él, dos de esas cosas devoraban a otro soldado del que no quedaba más que un torso abierto en canal y desprovisto de vísceras, órganos y una de sus piernas. Disparó dos veces, una por cabeza, y las criaturas dejaron de moverse, abrazando a un cadáver que yacía abierto en canal bajo ellas.

— No sabía cuántos caminantes quedaban en la base, pero estaba seguro de que no tardarían en aparecer. Se acercó al camión y subió a la parte trasera. En el suelo aguardaban las esposas y la mordaza que habían servido para inmovilizar al sujeto Z1A. Las paredes del vehículo parecían una obra de arte moderno donde el color rojo era el único protagonista. La sangre relamía el metal de arriba abajo hasta llegar al suelo, donde se transformaba en una masa viscosa y nauseabunda. Hacía mucho tiempo que Narváez no entraba en combate, seguramente desde sus tiempos de soldado raso, y se había olvidado de lo mal que olía la sangre. Un olor dulce y embriagador que se apenetraba en las fosas nasales y se pega en las paredes del cerebro durante demasiado tiempo recordándote a cada paso el terror vivido.

b Uno de los caminantes se asomó al camión e intentó encaramarse a él. Sin duda, era el oficial a cargo de la operación de traslado, tal y como indicaban los galones que lucía en la solapa de su uniforme. De una enorme herida abierta en el cuello supuraba un líquido negro :

peso, de una textura parecida al petróleo. La mandíbula partida en dos dibujaba en su rostro una sonrisa desencajada, incapaz de aguantar la lengua dentro de la cavidad bucal, por lo que pendía como una enorme babosa sobre su mentón, balanceándose de un lado a otro. El zombi intentó gritar, pero el rugido murió en algún lugar de su garganta antes de encontrar la salida. Un certero disparo, ejecutado desde detrás por otra persona, le rebanó los sesos y los arrojó encima de Narváez que, sorprendido, no tuvo tiempo de cobijarse. La masa blanquecina y viscosa cubrió su rostro por completo, al mismo tiempo que intentaba cerrar los ojos y la boca. El hedor era espantoso, mucho más de lo que se podía esperar de un cadáver. Él no era un experto en la materia, pero durante los años que participó en misiones de campo se había cruzado con la muerte en infinidad de ocasiones, en mitad de la batalla o debido a enfermedades propias de la zona en conflicto. Pese a eso, era incapaz de recordar una sola ocasión en la que un cuerpo desprendiera tal pestilencia. Ni tan siquiera cuando abrieron una fosa en Siria y descubrieron decenas de cuerpos que llevaban muertos algo más de un mes, bajo el sol del desierto y cubiertos por arena. Lo que fuera que transmitieran los zombis, corroía la carne y la podría a una velocidad increíble.

—¿Estás bien? —le preguntó una voz de mujer—. Siento el estropicio, pero no había otra forma de hacerlo.

—¿A ti te parece que estoy bien?! —explotó Narváez—. ¡Joder! ¡Esto apesta! —añadió mientras se limpiaba como podía con las mangas de la chaqueta.

—La próxima vez dejo que te coman la polla, si quieres. Eres un puto desagradecido —gruñó la mujer mientras subía al camión—. A ver, tenemos dos opciones. O nos atrincheramos aquí y les volamos la cabeza a esas cosas a medida que vayan apareciendo, o nos piramos con el camión. En las dependencias de la base no queda nadie con vida. Yo he salido de allí cagando leche.

—¿No queda nadie con vida? Pero si allí normalmente hay un centenar de personas entre civiles y soldados, ¿cómo coño no va a quedar nadie con vida? —preguntó Narváez, ostensiblemente nervioso.

—Ayer enviaron a casi todo el mundo a casa. Concedieron permisos extraordinarios y firmaron bajas laborales... la cuestión era vaciar la base. Solo nos quedamos el personal necesario para llevar a cabo el operativo Día uno, que como...

—¡Me cago en la puta! —gritó Narváez mientras se preparaba para disparar de nuevo. Una de esas cosas agarró a la soldado por el cuello y tiró de ella hacia atrás.

—¡Dispara! ¡Joder! ¡Dispara! —ordenó ella con un tono que parecía más una súplica que un requerimiento.

Narváez disparó. Esta vez con poca suerte, ya que la bala pasó rozando la cabeza rapada del zombi y se incrustó en la chapa del todoterreno que estaba detrás. La improvisada pareja de baile cayó al suelo, donde peleó y rodó hasta acabar contra las ruedas del camión, que ejercieron de muro infranqueable para aquel extraño dúo que libraba una cruel batalla por la vida. La mujer sujetaba la cabeza del zombi con una mano, mientras con la otra buscaba, sin suerte, el arma reglamentaria que siempre llevaba pegada a la pierna. Estaba a escasos centímetros de la boca de la criatura y el hedor la envolvía como un velo invisible y pestilente que le mareaba; las náuseas se amontonaban en su garganta y empujaban el vómito desde su estómago hasta la laringe.

a —Hijo...de...puta —farfulló la mujer mientras desabrochaba el cierre de la pistolera—  
aVete...a...la...mierda —añadió levantando el arma hasta colocarla en la frente del zombi.

ó Narváez bajó del vehículo justo a tiempo de ver cómo la bala atravesaba la cabeza de es:  
o cosa y se perdía en la oscuridad. La lluvia de sangre y trozos de cráneo salpicó la hierba, antes d  
e que el cadáver reposara definitivamente sobre el suelo húmedo.

u La mujer vomitó.

a Devolvió tanto que le azotó un dolor de cabeza horrible. Notaba el pulso en la sien, como s  
e su corazón bombeaba toneladas de sangre que iban a parar, de forma directa y sin pasar por l  
ncasilla de salida, a su cabeza. Si no hubiera padecido antes un dolor similar, si no fuera víctima d  
a terribles migrañas que la obligaban a quedarse encerrada en su dormitorio, con la luz apagada  
e en absoluto silencio, creería estar muriendo. Pero no, a ella no le resultaba extraña aquella tortura  
. Desde muy temprana edad el dolor de cabeza la había acompañado por los senderos más jodido  
de la vida. Un dolor que no avisaba, que se instalaba en los vasos sanguíneos alrededor de  
a cerebro para estrujarlo y exprimirlo, produciendo un dolor lacerante desde la nuca hasta los ojos.

—¿Estás bien? —preguntó Narváez a la soldado—. Ha ido de un pelo que esa cosa no...

ó —¿Qué coño has hecho? ¡Solo tenías que disparar! ¡O no sabes disparar o eres gilipollas  
Todavía no lo sé, pero... ¡Joder! Casi me mata por tu culpa. No es tan difícil, tío. Apuntas  
aprietas el gatillo.

s —Yo... verás...

l —Ni verás ni varás. ¡La hostia! La próxima vez te va a salvar el culo tu puta madre.

o —Nadie te pidió que hicieras nada, me las habría apañado muy bien solo —respondi  
e Narváez ofendido—. Has sido tú la que ha aparecido a lo Rambo. ¡Mira cómo estoy por tu culpa!

z —¿Vivo? —respondió ella con ironía.

—Sucio y pringoso, lleno de mierda de esa cosa. Y encima me vienes con cachondeo. ¿Tú t  
crees que me hace puta gracia?

l —Vale, vale... —se disculpó la mujer. Respiró hondo e intentó relajarse durante uno  
segundos para paliar aquel dolor de cabeza que poco a poco iba menguando—. Vamos a enterra  
el hacha de guerra. Si queremos salir de aquí, debemos colaborar. No sé cuántas cosas de esa  
quedan aún en la base, pero está claro que juntos tenemos más opciones de salir. ¿Te parece?  
¿Estás de acuerdo?

Narváez asintió. Fue un gesto seco y serio, más por necesidad que por convencimiento  
Estaba claro que juntos eran más fuertes, como acababa de quedar demostrado, pero la soldado n  
le parecía trigo limpio. Era arrogante, mal hablada, déspota, prepotente, gilipollas con todos lo  
e sinónimos que conocía y que en ese momento no recordaba. Era la definición de imbécil arrogante  
n hecha carne, una persona que en condiciones normales no querría a su lado, pero la necesidad  
r apretaba y dos pistolas siempre eran mejor que una.

e —¿Qué cojones te pasa? ¿Te ha comido la lengua el gato? ¿Vas a decir algo o qué? En serio  
stío... ¿Eres idiota?

—Cállate —respondió Narváez cortándola en seco.

—¿Por qué? ¿Por qué tú lo dices? ¿Te crees mejor que yo por tener dos pelotas entre de las piernas?

Narváez empezaba a tener serios problemas para contener su ira ante tal batería de preguntas estúpidas. La paciencia era una de sus virtudes, de eso no cabía duda, pero con los nervios a flor de piel y los podridos lamiéndole las pelotas, no sabía cuánto tiempo podría aguantar antes de lanzarse al cuello de aquella desgraciada.

—En serio, tío —repitió ella—. ¿No sabes nada o no te da la real gana responder? ¿Eres imbécil? ¡Joder! Ya tienes una edad para saber responder. ¿Pasas de mí? ¿Es eso?

Narváez seguía sin decir nada mientras un nudo se formaba en su garganta. Estaba a punto de estallar con la misma potencia que la bomba de Hiroshima, y la onda expansiva iba a ser potente que se iba a ver desde la luna, que era el mismo sitio al que quería mandar a esa cabrona.

—Va, tío, en serio... ¿Qué coño te pasa?

Narváez quitó el seguro de su pistola ante la mirada atónita de su compañera. Con la vista pegada al suelo y los hombros contraídos, el piloto alzó el arma hasta situarla frente a la cara de la mujer.

—He dicho que te calles —sentenció Narváez justo antes de disparar.

El trueno resonó entre los todoterrenos y se propagó a la velocidad del sonido hasta las orejas de los zetas que pululaban alrededor. La mujer cayó al suelo con un enorme y humeante agujero de bala en mitad de la frente, que dibujaba tras de sí un árbol de raíces rojas que recorría el lateral del camión. Narváez respiró aliviado. Pese a lo que acababa de hacer, no se sentía culpable. Todo lo contrario, se sentía aliviado. Por fin sus oídos podían descansar de la voz del piloto y las preguntas estúpidas de la soldado. Por fin el nudo en la garganta se había deshecho y podía respirar tranquilo. No sabía si la onda expansiva se había visto desde la luna, pero la mujer descansaba en silencio en un lugar mucho más lejano. Su conciencia no protestaba; parecía estar de acuerdo con lo acontecido. Al fin y al cabo, si ese instante era lo que imaginaba y el apocalipsis zombi había empezado, no debería rendir cuentas a nadie más que a él mismo.

Un zeta apareció como un fantasma de entre las sombras que proyectaban los faros de los vehículos sobre el césped. Su tez, de un blanco funerario inmaculado, describía una enorme sonrisa que recorría su rostro de oreja a oreja. Parecía sacado de una película de terror en blanco y negro, *Nosferatu*, u otro vampiro clásico, de dientes largos y afilados. Sus enormes ojos miraban fijamente a Narváez, que se debatía entre dispararle o salir corriendo tan rápido como le permitieran sus piernas, porque su presencia era poderosa, sin lugar a duda, e infundía un terror tan profundo y ancestral como no había experimentado con anterioridad, pese a sus años de piloto donde cada día era una batalla contra la muerte. Estaba asustado; aterrado, en verdad.

El zombi avanzó hacia él de forma elegante y armónica, sin prisa, pero sin pausa acompañando cada paso de un leve movimiento de cabeza. Parecía calcular las reacciones de sorpresa y hasta el más mínimo movimiento, pestañeo o contracción involuntaria de los músculos de la cara de Narváez, pasaban por el filtro de su cabeza. Comprendió casi al instante que se trataba del sujeto Z1A. No le hizo falta ninguna presentación, y entendió el porqué de todas las medidas de seguridad que se habían tomado para asegurar el traslado. Aun así, todo esfuerzo resultó estéril y el preso disfrutaba de total libertad, al menos, la que le otorgaban las vallas del recinto.

s Narváez apuntó a la cabeza de la criatura y rezó tres oraciones en un tiempo récord. Sabía que no debía errar el tiro, disponía de una sola oportunidad si quería acabar con él. Era consciente de que una vez disparada el arma, en caso de no acertar, estaba sentenciado. Apoyó el dedo en el gatillo y lo acarició suavemente. Estaba nervioso y las manos le sudaban a borbotones todo él era una masa de carne que temblaba como un flan. El sujeto Z1A se encontraba a escasos metros de él, y avanzaba sin borrar aquella asquerosa sonrisa de su rostro. Narváez respiró hondo y contuvo el aire en sus pulmones para estabilizar su cuerpo, tal y como le enseñaron en la academia. Apretó los pies contra el suelo, relajó los hombros y disparó.

El tiempo se detuvo, la niebla quedó suspendida en el aire como un algodón de azúcar, Narváez dejó de respirar mientras observaba como la bala rozaba el cráneo del zombi y seguía su trayectoria más allá de los todoterrenos, hasta perderse en la oscuridad que, a aquellas horas de la madrugada, todavía lo cubría todo con su negro manto. Después de eso, las cosas empezaron a suceder a mucha velocidad. El zombi se le echó encima y pelearon. Las garras se clavaron en la carne de Narváez, llevándose con ellas la piel, carne y pequeñas astillas de hueso. Le rompió el brazo y varias costillas antes de clavar su pulgar en el ojo derecho del experimentado piloto, que apenas podía hacer nada. Se cubrió como pudo de forma lastimosa para exponer la menor proporción de su cuerpo a las garras de la criatura, que todavía lucía la misma sonrisa grotesca. El ojo quedó suspendido sobre la mejilla de Narváez; el nervio óptico expuesto era parecido a un gusano de tierra que se balanceaba de un lado a otro a merced de las acometidas de la bestia.

En un momento de lucidez, el piloto agarró con fuerza la pistola y la acercó a la cara del zombi. Este parecía tan concentrado en golpear a su presa, que había descuidado por completo cualquier estrategia defensiva. En aquel instante estaba, sin saberlo, expuesto a una muerte inmediata. Con las últimas fuerzas que encontró en lo más hondo de su magullado cuerpo, el militar apretó el gatillo. El disparo entró por la pared lateral del cráneo de la criatura y salió por el extremo opuesto, a la altura de la oreja, que se rompió en mil pedazos.

El sujeto Z1A cayó al suelo y dejó de moverse. Narváez se recostó como pudo en el lateral del camión y miró hacia la criatura que, con su metro noventa de altura, parecía alargarse hasta el infinito y, más allá de donde terminaba su cabeza, todo estaba borroso. Respiró como pudo y un dolor punzante le recorrió de arriba abajo. No encontró ni un centímetro de su cuerpo que no le doliera. Cogió su ojo derecho con la punta de los dedos y lo introdujo de nuevo en la cuenca de su cráneo. No podía enfocar con claridad, pero no había perdido completamente la visión. Eso le tranquilizó un poco y, aunque el dolor era insoportable, respiró al fin, olvidando que las costillas rotas se clavaban en su pulmón, incrementando, más si cabe, su sufrimiento. Una vez leyó en alguna de aquellas revistas de ciencia que le gustaba ojear de vez en cuando, que el cuerpo humano solo es capaz de llegar a un nivel de dolor determinado y que, una vez superado este sigue percibiéndolo con la misma intensidad. Agradeció aquel recuerdo y apretó los dientes. El brazo estaba roto por diversos lugares y describía una forma antinatural que, en esos momentos, simplemente era incapaz de comprender. No podía ponerse en pie, por más que lo intentara. No le quedaban fuerzas para ello pese a no tener las piernas rotas. Perdía tanta sangre que se sentía tan débil como un anciano de más de cien años, postrado en la cama e incapaz de moverse. Los zombis no le prestaban atención, lo sabían sentenciado, y quizás presentían que sería uno más de ellos en cuestión de segundos. Él también lo sabía y, si pudiera, se pegaría un tiro con su propia arma. Pero con una mano no podía sujetar la pistola y con la otra no se sentía capaz de hacerlo.

aSuicidarse era algo que nunca había entrado en sus planes.

a Una explosión rompió el silencio que reinaba en la base y despertó a Narváez del dulce ;  
l placentero sueño al que había sucumbido hacía unos minutos. Estaba al límite, desangrándose, y si  
b vida se escapaba por las heridas con cada milímetro cúbico de líquido vital que perdía. Uno de  
s los vehículos militares voló por los aires, hecho añicos, y fue a parar a pocos metros del cadáve  
o del sujeto Z1A. Dos zetas resultaron heridos de gravedad y quedaron impedidos, hecho qu  
a aprovecharon dos soldados aparecidos de entre la bruma para acabar con ellos.

—Creo que no queda ninguno —dijo uno de los militares.

y  
u —Vale. No bajemos la guardia. Esos hijos de puta son peores que las moscas y huelen l  
a mierda a kilómetros.

a Narváez intentó decir algo, pero no pudo. Un hilillo de sangre brotaba por la comisura de  
a los labios cada vez que abría la boca.

l Los soldados se acercaron a él y lo miraron detenidamente. Uno de ellos le puso los dedo  
e en la muñeca.

r —Está vivo. Aunque parezca mentira, está vivo. Mira esas heridas, eso habría matado ;  
n cualquiera. Pero el muy cabrón sigue vivo —dijo el más alto, mientras dejaba la mano de Narváe  
o otra vez en el suelo—. Se ha cargado al sujeto Z1A. Bueno, imagino que ahora eso ya no importa  
l El dispositivo ha salido como el culo.

o —¿Qué hacemos ahora? —preguntó el otro.

e —¿Ahora? Salvar nuestros traseros. ¿No has visto nunca una película de zombis? Ya sabe  
l cómo va esto: cada vez aparecen más, se cargan a casi todo el mundo menos a los guapos y lo  
r fuertes...

—Sí. Y el puto Brad Pitt es inmune. He visto alguna que otra de esas pelis.

l —Pues eso. Y nosotros no somos Brad Pitt. ¿Qué hacemos con él? —preguntó a s  
n compañero.

e —Con él hay poco que hacer. Esas heridas tienen muy mala pinta, debe tener la mitad de lo  
u huesos rotos y la otra mitad hechos mierda.

e —Pero tú eres doctor, algo podrás hacer. En la base hay una enfermería llena de materia  
s médico. ¡Joder! He estado allí más de una vez y parece un puto hospital.

n —Sí, eso es cierto. Pero mira ese brazo, en el hipotético caso de que sobreviva, ¿tú cree  
o que podrá coger un vaso en su puñetera vida? Tío, está hecho papilla —el doctor se pasó la man  
b por la barba mal afeitada y dudó durante unos segundos—. Tienes razón, no podemos dejarlo aquí  
l Aunque, si te soy sincero, no sé muy bien qué hacer. En su estado dudo que pase de esta mañana.

e —A...yu...da —balbuceó Narváez a los soldados —. Por...fa...vor.

n —Tío, no podemos dejarlo así. Al menos debemos intentarlo, llevarlo dentro, hacerle un  
s transfusión, pincharle una inyección de adrenalina en el corazón como en las películas. ¡Algo!

e —Está bien, tú ganas. Pero creo que es inútil. ¿Has visto la cantidad de sangre que h  
a perdido? ¿Cómo coño crees que le vamos a hacer una transfusión aquí dentro? No hay sangre, n  
o hay nada —respondió el doctor.

—Estamos de suerte, creo... Soy donante universal. Si puedes, tenemos la sangre que quieras hasta dejarme seco.

—Me caguen... ¡No jodas! Entonces todavía tenemos alguna opción. Llémoslo dentro rápido.

Narváez abrió un poco los ojos, lo justo para ver que los soldados lo cogían en brazos y lo llevaban dentro de las instalaciones de la base. Se sentía como en un globo aerostático que volaba a ras de suelo, empujado por el viento, mecido por las perturbaciones y los cambios de temperatura. De golpe, todo se iluminó. Era una luz blanca, brillante. «¿Es el fin?», se preguntó. «¿Dónde está el maldito túnel? ¿Y la película de mi vida?». Notó algo que le golpeaba la espalda de repente no pesaba nada y se sentía prostrado en una especie de cama. Los soldados correteaban alrededor de él, flotando. Sus cabezas se acercaban y alejaban, se achicaban y crecían de un modo sobrenatural. Todo daba vueltas como en un tióvivo. Escuchaba voces que parecían llegar de un lugar muy lejano y que se difuminaban justo antes de entrar en sus oídos. No podía distinguir que decían, pero estaba seguro de que hablaban de él. De vez en cuando abría los ojos y la luz volvía a cegarle. Los cerraba, el dolor volvía a su ojo derecho. Se había olvidado por completo de él: del puto zombi, de su garra clavada en su cráneo, apretando con fuerza. Lo recordó y se estremeció, retorciéndose sobre sí mismo.

—¡Sujétale! —gritó el doctor—. ¿Cómo coño quieres que le ponga la vía si no para que se mueva?

—Tío, ¿cómo quieres que lo haga? Si no para de refunfuñar en sueños y agitarse. Este cabrón es un hueso duro de roer —respondió mientras sujetaba con fuerza a Narváez.

Tras mucho esfuerzo, el doctor consiguió administrarle un sedante a través de la vía que, por fin, logró ponerle.

—Una vez esté dormido sacaremos dos bolsas de sangre. Creo que, de momento, con eso bastará —dijo a la vez que comprobaba su estado—. Una vez estabilizado, si lo conseguimos procederé a curar todas esas heridas.

s

l

s

o

.

a

a

o

—Estamos de suerte, creo... Soy donante universal. Si puedes, tenemos la sangre que quieras hasta dejarme seco.

—Me cagüen... ¡No jodas! Entonces todavía tenemos alguna opción. Llémoslo dentro, rápido.

Narvárez abrió un poco los ojos, lo justo para ver que los soldados lo cogían en brazos y lo llevaban dentro de las instalaciones de la base. Se sentía como en un globo aerostático que volaba a ras de suelo, empujado por el viento, mecido por las perturbaciones y los cambios de temperatura. De golpe, todo se iluminó. Era una luz blanca, brillante. «¿Es el fin?», se preguntó. «¿Dónde está el maldito túnel? ¿Y la película de mi vida?». Notó algo que le golpeaba la espalda; de repente no pesaba nada y se sentía prostrado en una especie de cama. Los soldados correteaban alrededor de él, flotando. Sus cabezas se acercaban y alejaban, se achicaban y crecían de un modo sobrenatural. Todo daba vueltas como en un ti vivo. Escuchaba voces que parecían llegar de un lugar muy lejano y que se difuminaban justo antes de entrar en sus oídos. No podía distinguir qué decían, pero estaba seguro de que hablaban de él. De vez en cuando abría los ojos y la luz volvía a cegarle. Los cerraba, el dolor volvía a su ojo derecho. Se había olvidado por completo de él y del puto zombi, de su garra clavada en su cráneo, apretando con fuerza. Lo recordó y se estremeció, retorciéndose sobre sí mismo.

—¡Sujétale! —gritó el doctor—. ¿Cómo coño quieres que le ponga la vía si no para de moverse?

—Tío, ¿cómo quieres que lo haga? Si no para de refunfuñar en sueños y agitarse. Este cabrón es un hueso duro de roer —respondió mientras sujetaba con fuerza a Narvárez.

Tras mucho esfuerzo, el doctor consiguió administrarle un sedante a través de la vía que, por fin, logró ponerle.

—Una vez esté dormido sacaremos dos bolsas de sangre. Creo que, de momento, con eso bastará —dijo a la vez que comprobaba su estado—. Una vez estabilizado, si lo conseguimos, procederé a curar todas esas heridas.

# CAPÍTULO 15

## —TENTANDO A LA SUERTE—

### 1

Paz arrancó el cuchillo de la cabeza de uno de los zetas. A medida que se acercaban al centro de Coslada, la densidad de estos había aumentado de forma considerable, hasta formar un auténtico batallón de podridos. La estación era un verdadero nido de criaturas purulentas que se arremolinaban en el andén, esperando un tren que jamás iba a llegar. Cerca de ellos, un grupo de supervivientes avanzaba con precaución para intentar no llamar la atención.

—Esto está lleno de zombis —cuchicheó Carlos, agazapado detrás de un diminuto cuadro eléctrico que apenas cubría parte de su generosa espalda—. Ván a hacernos papilla. ¿No has visto cuántos hay ahí?

—No son tantos, cielo, podemos con ellos —respondió Aroa agachada a su lado—. ¿Ha visto como usa Paz el cuchillo? Ella sola se merienda a la mitad. La tía es una jodida máquina de matar zetas.

—No creo que sea buena idea. Podemos salir de aquí dando un rodeo y avanzar por alguna carretera de las afueras. Salimos de Coslada y llegamos a Torrejón, tal y como hablamos ayer. Eso era el plan, ¿no? Buscar algún lugar vallado y repleto de militares armados.

—Ese era, sí. ¿Sigue en pie?

—Sigue en pie —respondió Pablo, que se acababa de unir a ellos. La estampa era ridícula.

Paz los miró y se echó a reír. Por primera vez desde que encontró a sus nuevos compañeros había sonreído de corazón, con ganas y sin ningún tipo de remordimiento. Se sentía culpable de lo sucedido y se martirizaba por ello. Se obligaba a permanecer callada por miedo al qué dirán o a qué pensarán. Todavía no era consciente de que no quedaba nadie que pudiera juzgarla. Todo aquellos que, en condiciones normales, dictaban absurdas sentencias sobre las faldas de las víctimas o las horas a las que decidían salir solas a la calle, para suerte de todos, estaban muertos.

—Sigue en pie —añadió Paz desde la distancia—. Mejor damos un rodeo por las afueras tal y como ha dicho Carlos. Creo que es lo más sensato. No dudo que podamos con ellos, somos imbéciles, pero, ¿para qué arriesgarnos?

### 2

El grupo retrocedió hasta las afueras de la ciudad y abandonaron las vías por un agujero abierto en las vallas, donde un reducido grupo de zetas los recibió con las bocas abiertas. No resultaron

ser un gran peligro, y en un santiamén se deshicieron de ellos. Sammy fue el primero en detectarlos y saltó al cuello del que iba en cabeza, los demás se ocuparon del resto a golpe de hacha y cuchillo. Se encontraban en mitad de lo que parecía ser un aparcamiento de camiones, era evidente que allí se había librado una ignominiosa batalla con nefasto resultado. La sangre cubría los laterales de los tráileres que descansaban dormidos sobre el suelo de asfalto y gravilla. Una mujer se arrastraba lastimosamente hacia ellos. Sam ladró y echó a correr hacia ella. Se lanzó encima y le mordió el cuello, llevándose a la boca un puñado de carne y dejando al descubierto parte de la tráquea. La sangre resbaló por la herida como una especie de líquido negro parecido a la brea. Quienquiera que fuera esa mujer, había perdido las dos piernas y lucía un enorme agujero en la mejilla que dejaba al descubierto parte de la mandíbula. Era una zombi, de eso no había duda alguna, pues pese a las heridas y amputaciones, seguía avanzando hacia ellos.

Paz se adelantó unos metros y se situó frente a la criatura. La miró y bajó la cabeza sintiendo una enorme pena por ella. No sabía lo que había ocurrido, pero nadie merecía un final así, nadie a excepción del imbécil de César, al que imaginaba decapitado y sujetando aún su penacho entre los labios, merecía tal padecimiento. Agarró el cuchillo con ambas manos y lo clavó con fuerza en el cráneo de la mujer. Le costó abrir camino entre el hueso para llegar al cerebro. La transformación había ocurrido hacía poco y los tejidos todavía conservaban parte de su vigor.

—Me apiado de ti. Descansa —le dijo con tono dulce y suave mientras retiraba el arma con mimo—. Ha costado lo suyo, imagino que era reciente —añadió dirigiéndose a Aroa, que se había situado junto al cadáver de la mujer—. ¿Te has fijado en el otro cuerpo? Está justo debajo de la verja. Quizás intentaron escapar del grupo de zombis sin suerte. A veces, por gilipollas que parezcan, te rodean y no tienes mucho que hacer. En mi grupo había una pareja. Él era militar, me salvó la vida y lo pagó muy caro. Justo cuando un zombi me iba a morder se lo cargó, olvidando que su mujer estaba desprotegida. Ella no tuvo la misma fortuna y la mordieron. Alfonso, así se llamaba el militar, dejó que ella lo devorase. Fue un final muy triste, pero romántico a la vez. Prefirió morir entre sus brazos que echarla de menos lo que le quedaba de vida.

—Joder, qué putada —respondió Aroa impresionada—. Eso debe ser muy duro —añadió mirando a Carlos, que se encontraba dos pasos detrás de ellas—. No quiero ni imaginar lo que sintió tu amigo. Lo siento de veras.

Descansaron en las cabinas de dos camiones que estaban aparcados de lado. Uno lucía un brillante pintura roja, con una guerrera semidesnuda y un dragón. El otro era un simple vehículo comercial con el logotipo de una empresa de transporte estampado en el lateral. Aroa se recostó junto a Carlos en la cabina del primero, mientras Pablo y Paz compartían el otro. Paz desconfió del madrileño, que prefirió dormir en el asiento del conductor sabiendo por lo que había pasado ella recientemente. Apenas pudieron dormir un par de horas entre la puesta y la salida del sol estaban nerviosos. Los zetas deambulaban alrededor de los vehículos sin cesar, en un vaivén continuo de cuerpos retorcidos y maltrechos.

—Ni dormir puede uno con tanto zombi —dijo Pablo a Paz para intentar romper el hielo. Era evidente que la mujer no se sentía cómoda con su presencia—. Saldría a estirar las piernas pero puede que me quede sin —añadió jocoso.

—Son como hienas. Huelen la sangre a kilómetros de distancia. Me juego lo que quieras que hace unas horas no estaban aquí. La pobre chica... ¡Joder! No dejo de pensar en ella

Seguramente luchó como una guerrera antes de caer bajo sus garras.

—Son peor que hienas —respondió Pablo.

—Hay pocas cosas peores que las hienas. Se alimentan de la muerte y la desgracia ajena.

—¿Sabes qué pienso? —preguntó Pablo—. Pienso que en el fondo no son tan distintos : nosotros. Quizás no piensen, o no lo hagan como lo hacemos nosotros, pero no son tan distintos. ¿Acaso piensas que un zombi razona lo que está haciendo? Solo quiere alimentarse, como hacemos todos. Es más, te diría que son mejores que nosotros en muchos aspectos. No tienen maldad, no actúan por interés. ¿Cuántos de nosotros podemos decir esto? En un momento u otro de la vida todos hemos hecho algo en beneficio propio.

—Igual tienes razón —contestó Paz pensativa—. Yo he llegado a desear mi muerte durante tanto tiempo que, ahora que la he visto tan cerca, siento que necesito vivir, siento que merezco vivir. Aunque sea en un mundo de mierda, con asquerosos zombis por todas partes, tengo ganas de vivir —añadió Paz entre lágrimas—. Merezco vivir.

—Claro que lo mereces, como lo merecemos todos los que hemos llegado hasta aquí. Mira a Aroa y Carlos, son dos almas gemelas. Se tienen el uno a otro y no les hace falta nada más que su amor y su perro, pero aun así me acogieron en el grupo y jamás me han hecho sentir extraño. Son adorables, sobre todo ella, tan pequeña y risueña.

Paz sonrió. Aroa despertaba en ella una especie de ternura que hacía mucho tiempo que no experimentaba. Tal vez, entre tanto sufrimiento, había nacido el pequeño brote de la planta enredadera que la iba a sacar volando de allí, por encima de los infiernos que habitaban en su interior. Surcarían los cielos hasta el país de las maravillas, donde tomarían té y pastas mientras esperaban al sombrerero loco. Tal vez en ese país los problemas no serían más que pequeñas motas de polvo en suspensión frente al cristal de un proyector de cine. En la pantalla, su vida transcurriría por caminos llenos de gente amable y bondadosa, que le deseaban los buenos días con enormes sonrisas y gesto amable. Quizás esa misma gente sería la que también le deseaba las buenas tardes mientras paseaba por una calle empedrada de algún barrio bohemio de París. Sí, París. Ella siempre había querido viajar a la ciudad del amor, pero... ¿qué era el amor?

Las horas pasaron y todos cayeron en un sueño necesario. Un leve chirrido bastó para que Paz despertara, acostumbrada a dormir poco y mal. Se pasaba casi todas las noches en vela : causa de los ronquidos de su marido mientras devoraba montañas de libros. Había probado de todo sin que nada surtiera el efecto deseado. Ni las infusiones de tila, ni las pastillas que le había recetado su médico funcionaron.

Paz abrió los ojos con temor. El sonido provenía de fuera, donde algo o alguien estaba rascando la puerta del camión.

—Pablo —susurró Paz intentando despertar a su compañero. Este seguía durmiendo : pierna suelta y, pese a la oscuridad que lo envolvía todo, podía adivinar su boca abierta y un pequeño hilillo de baba pendiendo de ella—. Despierta... —añadió levantando un poco la voz.

El hombre no despertó. Un leve olor a sangre podrida llegó hasta donde se encontraban. Si habían acostumbrado a ese olor como quien se acostumbra al perfume de su pareja. Paz aguardaba tumbada en la cama, preguntándose cuál era la mejor opción. En el otro camión no se presenciaba signo alguno de movimiento, lo que significaba que Carlos y Aroa seguían durmiendo.

—¡Maldita sea! —exclamó Paz—. ¡Despierta de una puta vez!

Pablo despertó despacio, como un niño pequeño. Primero balbuceó algo incomprendible y frunció el ceño en gesto de desesperación. Después, poco a poco, abrió los ojos y observó a su alrededor. Estaba desubicado y se sentía fuera de lugar, muy lejos de las cálidas playas con la que estaba soñando hacía apenas unos segundos.

Paz se acercó a él y lo zarandeó hasta despertarlo por completo. Escucharon con atención pero no oyeron nada extraño. El leve viento que soplaba había cesado, y ni un grillo osaba romper a cantar.

—Te juro que había alguien fuera hace un momento. Estaba rascando la puerta—se excusó Paz. Pablo sonrió aliviado. Todo había resultado ser una falsa alarma y quizás, con un poco de suerte, podría regresar a la playa blanca de arenas cristalinas de la cual había sido arrancado.

En ese momento, la cabina se tambaleó de forma brusca, como si un huracán hubiera descargado toda su ira sobre la carrocería del enorme vehículo. Pablo dejó de sonreír y miró a Paz, que ya se había levantado y sujetaba el cuchillo jamonero con ambas manos.

—¿Qué cojones ha sido eso? —preguntó el madrileño.

—Te he dicho que había algo ahí fuera y no me has creído. Alguien está intentando abrir la puerta —respondió Paz mientras se acercaba a su compañero.

—Está bloqueada, por más que lo intente no podrá abrir. Es imposible que entre —suplicó apresurado a decir Pablo.

—Tal vez su objetivo no sea entrar, y solo intenta ponernos nerviosos. Puede que sea una de esas cosas, de las que piensan. ¿Sabes de qué te hablo? Algunos de esos cabrones no son como los demás, son capaces de razonar, aunque de una manera muy primaria. En la estación nos enfrentamos a uno de ellos y todavía me pone los pelos de punta recordar su sonrisa.

—Joder, ni que lo digas. Tuvimos que escapar de uno de esos cagando leches. El muy desgraciado abrió la puerta de la casa donde nos escondíamos —recordó Pablo.

Pasaron unos minutos eternos, observando en silencio, mientras una auténtica legión de zombis se congregaba alrededor de los dos camiones. Aroa y Carlos también estaban despiertos y atentos a todo lo que sucedía en derredor. Sus caras eran el vivo reflejo del pánico que estaban experimentando en esos precisos momentos. Nunca se habían enfrentado a una cantidad similar de podridos y, por más destreza que hubieran adquirido con sus rudimentarias armas, la tarea de salir de allí con vida parecía tan titánica como vencer al séptimo de caballería armados con arcos y flechas.

—Debemos crear una distracción que nos permita cruzar de un vehículo a otro y agruparnos de nuevo —indicó Paz a su compañero.

—¿Cómo cojones piensas distraer a docenas de esas cosas a la vez? ¿Con un perro pastor? Por si no te has dado cuenta son putos zombis, no ovejas —respondió Pablo en un estado creciente de nerviosismo.

—Ya lo sé, imbécil. Pero es nuestra única opción. Tal vez prefieras salir y ser su aperitivo. No estaría mal, incluso sería algo heroico que diría mucho de ti. Te podrías sacrificar por nosotros y ofrecer tu barriga a esas cosas. Imagino que tardarían un buen rato en acabarse todo este manjar.

—Serás... —respondió Pablo sin terminar la frase. Prefirió callar a tener una discusión estéril con aquella mujer. Era evidente que ambos estaban nerviosos y cualquier tipo de reproche no haría más que empeorar la situación. Aunque las palabras de Paz le habían dolido, tragó saliva y orgullo. Miró hacia el exterior justo a tiempo para ver cómo Aroa abría la puerta de su vehículo y dejaba salir a Sam.

El animal corría rápido; saltaba, brincaba, mordía y embestía con su enorme cabeza a los zetas que se ponían delante. Aroa lo observaba desde el camión con los dedos cruzados y gesto de preocupación, a la vez que rezaba una especie de oración a un Dios en el que no creía. Su fe poseía nombre y apellidos y no habitaba en enormes edificaciones de piedra y cristal repletas de tesoros y esculturas. Su fe estaba conformada por todas aquellas personas y animales importantes en su vida y que, por desgracia, seguramente ya habrían fallecido.

En mitad de la algarabía de ladridos y mordiscos, Pablo y Paz salieron de su camión y se dirigieron al de sus compañeros. Fueron pocos metros, muy pocos, pero se alargaron como un maratón interminable. Bajo sus pies, la sangre se mezclaba con la gravilla y restos diminutos de piel, huesos y ropa. Sam seguía corriendo y se llevaba con él a su séquito de zombis hambrientos. Aunque no habían visto a ninguno devorar a un animal, lo seguían como si fuera el último ser vivo del planeta, atraídos más por el movimiento y el ruido que por la carne del can.

—¡Ha ido de poco! —dijo Pablo entre jadeos.

—Pobre Sam —añadió Paz más preocupada por el perro que por su compañero. Seguía pensando que la humanidad era un lastre para el planeta; un cáncer que debía ser extirpado.

—¿Estáis bien? —preguntó Aroa.

—Sí —respondieron a la vez.

—Es hora de salir de aquí. Sammy los entretendrá un buen rato, van listos si piensas cogerle. El muy cabrón es escurridizo como él solo —dijo Carlos con aparente serenidad—. No tendremos otra ocasión igual. Salimos y echamos a correr hasta el otro extremo, saltamos la verja y ponemos distancia entre nosotros y esas cosas.

—Pero... ¿Y Sam? —preguntó Paz.

—No te preocupes, nos encontrará —respondió Aroa.

e  
,  
n  
e  
r  
y

s

?

e

i.

s

—Serás... —respondió Pablo sin terminar la frase. Prefirió callar a tener una discusión estéril con aquella mujer. Era evidente que ambos estaban nerviosos y cualquier tipo de reproche no haría más que empeorar la situación. Aunque las palabras de Paz le habían dolido, tragó saliva y orgullo. Miró hacia el exterior justo a tiempo para ver cómo Aroa abría la puerta de su vehículo y dejaba salir a Sam.

El animal corría rápido; saltaba, brincaba, mordía y embestía con su enorme cabeza a los zetas que se ponían delante. Aroa lo observaba desde el camión con los dedos cruzados y gesto de preocupación, a la vez que rezaba una especie de oración a un Dios en el que no creía. Su fe poseía nombre y apellidos y no habitaba en enormes edificaciones de piedra y cristal repletas de tesoros y esculturas. Su fe estaba conformada por todas aquellas personas y animales importantes en su vida y que, por desgracia, seguramente ya habrían fallecido.

En mitad de la algarabía de ladridos y mordiscos, Pablo y Paz salieron de su camión y se dirigieron al de sus compañeros. Fueron pocos metros, muy pocos, pero se alargaron como una maratón interminable. Bajo sus pies, la sangre se mezclaba con la gravilla y restos diminutos de piel, huesos y ropa. Sam seguía corriendo y se llevaba con él a su séquito de zombis hambrientos. Aunque no habían visto a ninguno devorar a un animal, lo seguían como si fuera el último ser vivo del planeta, atraídos más por el movimiento y el ruido que por la carne del can.

—¡Ha ido de poco! —dijo Pablo entre jadeos.

—Pobre Sam —añadió Paz más preocupada por el perro que por su compañero. Seguía pensando que la humanidad era un lastre para el planeta; un cáncer que debía ser extirpado.

—¿Estáis bien? —preguntó Aroa.

—Sí —respondieron a la vez.

—Es hora de salir de aquí. Sammy los entretendrá un buen rato, van listos si piensan cogerle. El muy cabrón es escurridizo como él solo —dijo Carlos con aparente serenidad—. No tendremos otra ocasión igual. Salimos y echamos a correr hasta el otro extremo, saltamos la verja y ponemos distancia entre nosotros y esas cosas.

—Pero... ¿Y Sam? —preguntó Paz.

—No te preocupes, nos encontrará —respondió Aroa.

## **Comunicado interno del Centro Nacional de Inteligencia**

**Nombre del operativo: Día uno**

**Nivel de confidencialidad ALTO**

**23 de septiembre de 2019**

La doctora Adriana España, jefa de medicina de la base de Ciudad Real y responsable de laboratorio, ha denunciado la desaparición de diez viales de CLAUS1/256 en fase de prueba. Esas muestras contienen la solución que se inyectó al sujeto Z1A y a otros de los sujetos de prueba. Por el momento no hay sospechosos, pero el CNI y el CNP investigan la posible motivación del robo y sus consecuencias. En el mercado negro esas muestras podrían alcanzar un gran valor y, en las manos equivocadas, podrían representar un enorme peligro para toda la población.

Estamos ante una de las mayores amenazas a las que se ha expuesto nuestro país y, por lo tanto, requerimos a todo el personal disponible, de los diferentes cuerpos y fuerzas de seguridad del estado, el máximo compromiso.



## **Comunicado interno del Centro Nacional de Inteligencia**

**Nombre del operativo: Día uno**

**Nivel de confidencialidad ALTO**

**23 de septiembre de 2019**

La doctora Adriana España, jefa de medicina de la base de Ciudad Real y responsable del laboratorio, ha denunciado la desaparición de diez viales de CLAUS1/256 en fase de prueba. Esas muestras contienen la solución que se inyectó al sujeto Z1A y a otros de los sujetos de prueba. Por el momento no hay sospechosos, pero el CNI y el CNP investigan la posible motivación del robo y sus consecuencias. En el mercado negro esas muestras podrían alcanzar un gran valor y, en las manos equivocadas, podrían representar un enorme peligro para toda la población.

Estamos ante una de las mayores amenazas a las que se ha expuesto nuestro país y, por lo tanto, requerimos a todo el personal disponible, de los diferentes cuerpos y fuerzas de seguridad del estado, el máximo compromiso.



# CAPÍTULO 16

## —EN BRAZOS DE LA FIEBRE—

### 1

Narváez despertó débil y conectado a multitud de tubos que conformaban una telaraña de plástico transparente alrededor de su maltrecho cuerpo. Con el ojo derecho no podía ver nada, pero el izquierdo le mostró un techo blanco, iluminado por una tenue y fría luz. Movi6 la cabeza hacia un lado y el dolor le azot6 como un látigo, fustigando cada una de las terminaciones nerviosas que conectaban cuello y cerebro. Reconoci6 la habitación y experiment6 cierto alivio. Estaba a salvo en el interior de la base.

—Agua —susurr6. Apenas podía hablar y el dolor se multiplicaba hasta límite inimaginables. Le dolía hasta el músculo más pequeño de su generoso cuerpo, y respirar sin que mil guerras se desataran en su t6rax resultaba una misi6n imposible—. A..g..u...a —repiti6. No sabía hasta qué punto sus lamentos eran escuchados, por lo que desisti6. La boca áspera y seca reclamaba hidrataci6n, pero su cuerpo no obedecía sus 6rdenes. Quería ponerse en pie y salir de allí, respirar aire fresco hasta llenar sus pulmones. Olvidar el dolor que experimentaba y echar a andar hasta su casa para ver a su mujer y a sus hijos. Maldijo el día en que acept6 la tarea de trasladar al sujeto Z1A. Esa llamada a su móvil desde el CNI solicitando sus servicios era una gran oportunidad para él, de eso no tenía duda. Pero si hubiera conocido los detalles del operativo, hubiera enviado a todo el centro a tomar viento tan rápido que ni mil millones de trillones de euros le habrían hecho cambiar de opini6n. «Un solo servicio y te jubilas. Imagínate con tu edad y cobrando una pensi6n de tres mil pavos», le dijeron. Y claro, aunque no se consideraba una persona avariciosa, la idea de disfrutar de una seguridad económica como aquella, a su edad, terminó por convencerle. Ni siquiera dud6 un momento antes de firmar, ni pregunt6 nada ni puso objecci6n alguna a los documentos de confidencialidad. Estamp6 su firma y sali6 de la reuni6n con la sensaci6n de haber hecho algo muy grande, como si hubiera pegado el braguetazo definitivo con la jubilada millonaria de turno, que le permitiría vivir a lo grande, como un gigol6 de lujo, el resto de su existencia. Podría ver crecer a su nieto, colmarlo de regalos y pagarle la mejor universidad que existiera, estuviera en Oxford o en Pensilvania. Podría comprarle el mejor coche del mundo y ser el abuelo que todo nieto desea. En aquel momento solo pensaba en el pequeño Blas dormido tranquilo en su cunita de color azul claro, con ositos gordito y mullidos. Ese ni6o había sido la mayor bendici6n que su dios le había dado. Un ser de luz que apacigu6 los ánimos en una familia que se iba a pique. Ese ni6o devolvi6 a su hija a casa, nueve meses después de que se fugara con un gañán que solo sabía trapichear con chocolate y hierba y jugar a la PlayStation. Como era de esperar, la dej6 preñada y tirada con lo que llevaba puesto diez días antes de cumplir los dieciocho.

Unos pasos resonaron por la habitación. El sonido se multiplicaba en la cabeza de Narváez.

y rebotaba por las paredes de su cráneo en un continuo y doloroso bucle. Algo pasó por delante de sus ojos. Fue un solo segundo, pero una silueta cubrió la luz de forma fugaz. Sin sus gafas le costaba enfocar, y el hecho de tener el ojo derecho inutilizado aumentaba esa sensación de desenfoque. Recordó a esas cosas y se aferró con fuerza a las sábanas. Le dolió el brazo, pero no emitió quejido alguno. Escuchó con atención y rezó de nuevo sin pronunciar palabra. Su cuerpo era un templo esculpido a imagen y semejanza de Dios; carne de su carne y sangre de su sangre. Y su fe era tan grande que con solo pedirlo le llenaba de fuerza y tesón. Los pasos se acercaban y alejaban continuamente, podía escucharlos alrededor de su cama, abriendo y cerrando cajones. No se trataba de un zombi, de eso estaba seguro, esas cosas no abrían y cerraban armarios de forma frenética como si buscaran algo. Esas cosas solo mordían y comían, arrancaban brazos y piernas, reventaban barrigas para sacar intestinos y multitud de barbaridades más, pero no, no abrían armarios.

Agua —susurró de nuevo. No se le había ocurrido mejor manera de hacerse ver y necesitaba beber con urgencia. La multitud de tubos le proporcionaban suero y medicamentos vía intravenosa, pero no saciaban la sensación de sed extrema que experimentaba—. Agua —repitió haciendo acopio de todas sus fuerzas con el fin de gritar para ser escuchado.

Un soldado acudió hasta él y le mojó los labios con una gasa húmeda. Su cuerpo agradeció el tacto frío del agua, que hidrató la boca de Narváez, pero no sació su sed.

—Es todo lo que puedo darte, amigo. Tengo órdenes estrictas del doctor. Él ha ido al almacén en busca de más analgésicos y calmantes para ti —dijo el soldado mientras dejaba la gasa sobre una pequeña mesita blanca de contrachapado—. Has tenido mucha suerte, tío. Estabas a medio muerto cuando te encontramos. El doctor te ha metido dos bolsas de sangre recién exprimidas de mi brazo. ¡Soy donante universal! ¿Puedes creerlo? Has tenido una suerte de cojones. Si no fuera porque él era doctor y yo donante, estarías criando malvas.

—Muchas gracias —respondió Narváez.

—No hay de qué, compañero, para eso estamos. Es lo mínimo que podíamos hacer.

Narváez respiró aliviado al saber que se encontraba en un lugar seguro, con al menos dos soldados más preparados para el combate. Dio gracias a dios una vez más, ahora con más motivo y cerró el único ojo que podía abrir. Tras las vendas que cubrían su ojo derecho, sentía un dolor punzante y molesto que le taladraba el cerebro cada vez que el corazón bombeaba sangre hacia su cabeza.

—Te hemos metido todas las mierdas que hemos encontrado en la enfermería. No queda nada más que podamos pincharte. Ni suero, ni analgésicos o calmantes. Nada. Creo que las vas a pasar muy putas cuando estas bolsitas se terminen —el soldado le puso un brazo en el hombro y apretó de forma cariñosa—. Te dejo descansar. Voy a ver cómo le va a Iván en el almacén.

## 2

El almacén resultó ser más grande, desordenado y oscuro de lo que el doctor Gilabert recordaba

eUnas estanterías metálicas repletas de utensilios tan variopintos como inútiles le rodeaban por completo y, entre tanta basura, era incapaz de ver dónde se encontraba el cuartucho que contenía la nevera con los medicamentos. Hacía tiempo que reclamaban unas mejores instalaciones médicas para la base, pero sus súplicas caían en un vórtice de promesas y mentiras cada vez más delirantes. No había presupuesto para esas cosas; en ese momento, las inversiones estaban destinadas de forma exclusiva a la logística, había prioridades más importantes, como el sistema informático, por ejemplo, y así un sinfín de excusas que habían relegado las peticiones del doctor a meras quejas a las que nadie hacía caso.

a Por fin encontró la puerta metálica que daba acceso a la pequeña habitación. Estaba cerrada, como casi siempre, para evitar los posibles hurtos. Durante algún tiempo, estos se producían con asiduidad y menguaban de forma considerable las reservas de analgésicos y tranquilizantes. El tráfico de este tipo de medicamentos era una cosa habitual en la base, e incluso una investigación interna relacionó al doctor Gilabert con esta mala praxis. Por suerte, el auténtico culpable salió a la luz y él fue absuelto de todos los cargos.

o La llave se resistió durante unos leves segundos, quizás fueran menos, pero al doctor le parecieron una eternidad que se prolongó hasta el infinito, solo comparable a un partido de tercera división entre equipos que solo juegan a defender, sin goles y con el único aliciente de ver cuánto jugadores terminan el partido sin las piernas rotas. Ese era el tipo de espera que le sacaba de quicio y le ponía nervioso hasta límites insospechados, inundando sus manos temblorosas de sudor.

s La puerta se abrió y un leve chirrido se escapó de las bisagras oxidadas, rebotó en las estanterías y murió olvidado en la otra punta del almacén. Con los nervios a flor de piel, cerró la puerta tras de sí y abrió la nevera. Ante su sorpresa, los medicamentos habían sido sustituidos por latas de cerveza, prohibidas en todo el recinto, y pequeñas botellas de alcohol como las que se encuentran en el minibar de las habitaciones de hotel.

—¡Me cago en la puta! —gruñó mientras maldecía al malnacido que había relleno la nevera con bebidas alcohólicas.

s Nadie respondió a su bramido mientras cerraba la nevera y salía de la habitación. Eso le tranquilizó en parte. Había olvidado que lo más importante en este tipo de situaciones era permanecer en silencio para no ser descubierto, pasar inadvertido y atacar por la espalda. Siempre creyó que esa táctica estaba reservada a los cobardes, que un soldado de verdad nunca debería esconderse y atacar por la espalda, pero ahora comprendía a su instructor. Hay situaciones en las que los cobardes viven y los valientes mueren. Y estaba convencido de que se encontraba ante uno de esos escenarios.

y Iván salió del almacén y observó cómo el sol despuntaba por encima de los edificios. La luz del nuevo día le rozó la piel y le insufló energías renovadas. Tal vez esas cosas fueran como los vampiros y de día dormían ocultas en un infecto agujero para escapar del astro rey. Quizá fueran eso, vampiros; alimañas despiadadas que se alimentan de la sangre de los demás para menguar los efectos producidos por un déficit de hemoglobina, glóbulos rojos o pollas en vinagre que les hacen dependientes de la sangre ajena. Eran como en las malditas películas de *Crepúsculo* que tanto le gustaban a su mujer y que él aborrecía hasta la saciedad. Esos putos vampiros fosforitos que tanto odiaba y que decía, una y otra vez, que eran una vergüenza para el género, unos burdos

rimbéciles nietos tontos de Vlad Tepes, que se dedicaban a seducir adolescentes y pelear con ahombres lobo musculados y metrosexuales, mientras el mundo se detenía para contar cuántas sespinillas le habían salido al guapo de turno.

Por desgracia, la teoría de Iván se desmoronó cuando divisó a una de esas cosas en mitad de la pista de despegue, a pocos metros del avión que debía trasladar al sujeto Z1A hasta su nuevo destino. El zombi husmeaba y olisqueaba en busca de una nueva presa que llevarse a la boca.

Iván se movió despacio, paralelo a la pared y con el culo pegado a los ladrillos viejos y rugosos. El zombi estaba lejos, por lo que era imposible que le divisara. Aun así, prefería recorrer los más de cien metros que le separaban de la enfermería sin ser descubierto, para no atraer a esa cosa y poner en peligro a los demás que seguían dentro.

La puerta de la enfermería se abrió despacio y su compañero salió para fumar un pitillo. Se apoyó en la pared y respiró tan fuerte que consumió medio cigarrillo de una sola calada.

—¡Joder! Lo estaba deseando —gritó desde la distancia al verle—. No sabes cómo siente uno de estos después de tantas horas sin fumar.

Iván no respondió, pero echó a correr tan rápido como pudo. Era evidente que los gritos de su compañero habían alertado a la bestia, que ya corría tras ellos entre alaridos y chillidos.

—¡Desgraciado! ¡¿No ves lo que has hecho?! —increpó Iván a su compañero—. ¡Abre la maldita puerta y entra! —añadió cuando se encontraba a escasos metros de él.

Ambos entraron en la enfermería segundos antes de que el zombi se estrellara contra la puerta, dejándose dos dientes, parte de la mejilla y una cantidad importante de sangre coagulada y babas en el intento. Con mucho esfuerzo, apilaron camas, mesillas y hasta un archivador metálico enorme frente a la salida. Si esa cosa quería entrar, debería superar infinidad de obstáculos hasta llegar a ellos.

—Ha ido de un pelo —dijo el soldado raso a Iván. Este se había apoyado contra la pared y lo miraba con cara de asesino de película de mafiosos italianos. Solo le faltaba una cicatriz en el cuello y un par de tatuajes de la familia para ser un digno aspirante a sobrino de Vito Corleone.

—Eres un puto inconsciente. ¿Cómo se te ocurre salir y gritar a viva voz? ¡¿Eres imbécil?! —

—Yo...es que...

—¡Ni es que, ni pollas! ¿No ves lo que has hecho?

La puerta se debatió sobre las charnelas después de un par de golpes de la criatura, que necesitaba en su empeño de entrar como fuera. El pomo giraba y giraba sin que la hoja cediera, y las embestidas morían amortiguadas en la improvisada barricada que le esperaba detrás. Los dos soldados miraban con atención mientras Narváez, postrado en la cama, era incapaz de comprender lo que ocurría.

—¿Qué pasa? —gimió como pudo el herido. El dolor aumentaba de forma exponencial cada minuto que pasaba. Alzó la vista y comprobó que las bolsas estaban vacías y ni una sola gota recorría los tubos que le proporcionaban los calmantes que tanta falta le hacían.

—Pasa que este es imbécil —respondió el doctor señalando al soldado—. Y no mires los tubos con esa cara, no queda ni un puto calmante en toda la base —añadió sin mencionar la

nsorpresa que encontró en el interior de la nevera.

S Narváez cerró el ojo izquierdo. Una punzada de dolor le atravesó el cerebro, rebotó contra su cráneo y estalló en algún lugar de su cabeza. Estaba jodido, de eso no tenía ninguna duda, pero no sabía hasta qué punto podría soportar tal sufrimiento sin calmantes. Cada pequeño movimiento se convertía en una pesadilla, y no bastaba con despertarse para salir de ella. Se entregaría sin dudar a los cuchillos de Freddy Krueger sin con ello consiguiera parar el dolor de forma definitiva, aunque eso significara la muerte.

a —¿Qué demonios vamos a hacer? Tarde o temprano tendremos que salir de aquí. No hay comida... —el soldado se había apoyado en una de las camas y manipulaba su teléfono móvil— ¡Maldito chisme! No hay cobertura.

e —El mío tampoco funciona —dijo el doctor Gilabert—. Lleva así un buen rato. He intentado llamar a mi familia un par de veces desde ayer por la noche. No sé qué coño está pasando, pero tiene mala pinta.

a —Y tan mala. No me atrevo a imaginar cómo estarán las cosas en Madrid, para que nadie haya venido hasta aquí. La operación Día uno ha sido un fracaso estrepitoso y nadie ha asomado la cabeza para ver cómo están las cosas. ¿No te parece raro?

a —Raro de cojones —respondió Iván.

a —Entonces, ¿qué vamos a hacer? —preguntó el soldado—. No podemos quedarnos aquí encerrados para siempre. Debemos buscar ayuda —añadió al mismo tiempo que señalaba a Narváez.

o —Tal vez venga alguien, no pueden ignorarnos para siempre. ¿No crees? —El doctor se negaba a aceptar que el ejército español, su ejército, les hubiera abandonado de esa manera.

—Puede, pero no podemos esperar eternamente. Tal vez deberíamos salir y reventarle la cabeza al puto zombi ese. La cafetería de la base está en el extremo opuesto, podemos ir y pillar provisiones —dijo el soldado.

Los puños de la criatura eran un amasijo de sangre, hueso y carne, que seguía aporreando la puerta sin cesar. Esta había cedido un poco, y un pequeño hueco se abría amenazador ante la mirada de los soldados. Podían escuchar el sonido que producían las manos de la criatura al rebotar contra el metal; un sonido parecido al de los pies hundiéndose en el fango después de un tarde fría y lluviosa de otoño. Narváez estaba asustado, y una pátina de sudor le recubría el cuerpo. El dolor seguía siendo insoportable y la sensación de vulnerabilidad hacía que este se incrementara hasta límites desconocidos para él. Si esa cosa entraba allí, no podría hacer nada. Estaba en manos de sus compañeros, que discutían de forma inútil qué paso dar a continuación.

r

a

a

s

a

sorpresa que encontró en el interior de la nevera.

Narváez cerró el ojo izquierdo. Una punzada de dolor le atravesó el cerebro, rebotó contra su cráneo y estalló en algún lugar de su cabeza. Estaba jodido, de eso no tenía ninguna duda, pero no sabía hasta qué punto podría soportar tal sufrimiento sin calmantes. Cada pequeño movimiento se convertía en una pesadilla, y no bastaba con despertarse para salir de ella. Se entregaría sin dudar a los cuchillos de Freddy Krueger sin con ello consiguiera parar el dolor de forma definitiva, aunque eso significara la muerte.

—¿Qué demonios vamos a hacer? Tarde o temprano tendremos que salir de aquí. No hay comida... —el soldado se había apoyado en una de las camas y manipulaba su teléfono móvil—. ¡Maldito chisme! No hay cobertura.

—El mío tampoco funciona —dijo el doctor Gilabert—. Lleva así un buen rato. He intentado llamar a mi familia un par de veces desde ayer por la noche. No sé qué coño está pasando, pero tiene mala pinta.

—Y tan mala. No me atrevo a imaginar cómo estarán las cosas en Madrid, para que nadie haya venido hasta aquí. La operación Día uno ha sido un fracaso estrepitoso y nadie ha asomado la cabeza para ver cómo están las cosas. ¿No te parece raro?

—Raro de cojones —respondió Iván.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? —preguntó el soldado—. No podemos quedarnos aquí encerrados para siempre. Debemos buscar ayuda —añadió al mismo tiempo que señalaba a Narváez.

—Tal vez venga alguien, no pueden ignorarnos para siempre. ¿No crees? —El doctor se negaba a aceptar que el ejército español, su ejército, les hubiera abandonado de esa manera.

—Puede, pero no podemos esperar eternamente. Tal vez deberíamos salir y reventarle la cabeza al puto zombi ese. La cafetería de la base está en el extremo opuesto, podemos ir y pillar provisiones —dijo el soldado.

Los puños de la criatura eran un amasijo de sangre, hueso y carne, que seguía aporreando la puerta sin cesar. Esta había cedido un poco, y un pequeño hueco se abría amenazador ante la mirada de los soldados. Podían escuchar el sonido que producían las manos de la criatura al rebotar contra el metal; un sonido parecido al de los pies hundiéndose en el fango después de una tarde fría y lluviosa de otoño. Narváez estaba asustado, y una pátina de sudor le recubría el cuerpo. El dolor seguía siendo insoportable y la sensación de vulnerabilidad hacía que este se incrementara hasta límites desconocidos para él. Si esa cosa entraba allí, no podría hacer nada. Estaba en manos de sus compañeros, que discutían de forma inútil qué paso dar a continuación.

# CAPÍTULO 17

## —EL FIN DEL CAMINO—

### 1

Sam apareció de repente entre los esqueletos de dos coches calcinados, mientras el grupo seguía recorriendo la M21. Habían dejado Coslada atrás y se encontraban en tierra de nadie, camino de la base militar de Torrejón de Ardoz. Sam estaba cubierto de sangre y andaba renqueante, sin apoyar una de las patas traseras, que lucía una enorme brecha en el muslo. Aroa se quitó el pañuelo que lucía desde el día que abandonaron su hogar y lo anudó alrededor de la herida. Era un pañuelo de seda, de tonos violáceos, que compró en el mercado nocturno de Bangkok años atrás cuando su único vicio reconocido era recorrer el mundo con la mochila sobre los hombros y poco dinero en el bolsillo. Estaba enamorada del sudeste asiático y de sus gentes de sempiterna sonrisa muchas veces mellada, pero brillante como pocas. Admiraba la capacidad que tenían de ser felices con tan poco y salir adelante por más trabas que les pusiera la vida. Esa gente conocía el secreto de la felicidad y lo guardaba con celosía en el interior de sus pequeños cuerpos. Durante mucho tiempo pensó en hacerse budista, pero llegó a la conclusión de que ninguna religión merecía su fe y, aunque adoptó ciertas costumbres budistas como la meditación, jamás se inmiscuyó en exceso.

Sam le acercó el hocico y le lamió la mejilla. El *foulard* había obrado un pequeño milagro y la herida sangraba con menor intensidad.

—Mi héroe —dijo Aroa mientras Sam la observaba con cara de sorpresa y los ojos abiertos como platos—. Nos has salvado la vida, cacho carne. Si los tuviera, te daría un premio o dos, o miles. Te los has ganado todos —el perro se frotó contra su pierna y Aroa lo acarició de nuevo—. Sin duda, Sam era el hijo que nunca había tenido y lo quería más que a nada en el mundo.

Carlos se unió a la fiesta y abrazó a un Sammy que coleteaba con fuerza. Aroa los miraba. Amaba a su marido y a su perro, no le hacía falta nada más para ser feliz. Pero verlos en esa tesitura también le quebraba el alma. Solo con imaginar que una de esas cosas podía rozarlos lo ponía enferma, y una furia irracional crecía en su interior. Había aprendido a ser fuerte a base de porrazos, y ahora tocaba serlo aún más. Los golpes ya no provenían ni de insultos, ni de burlas por unos kilos de más o por su poca estatura; en ese momento, el daño lo ocasionaban seres hambrientos con ganas de arrancarles la cabeza de cuajo y sorberla como si fuera un coco de las costas paradisíacas de su añorada Tailandia.

—Este perro se merece una medalla —dijo Pablo desde la distancia—. El cabrón se ha reído en la cara de todas esas cosas, como quien escapa de un grupo de Testigos de Jehová que prometen un falso paraíso que ni existe ni ha existido jamás. Ya le gustaría a Usain Bolt correr igual de rápido —Paz sonrió. No sabía quién era ese tal Bolt, pero imaginó que debía ser algún atleta alto y fibroso con piernas kilométricas de músculos duros y definidos.

Hacía muchas horas que no comían nada, y sus estómagos rugían enfurecidos como el león de la Metro. En aquel instante, y como por arte de magia, divisaron a su izquierda un centro comercial que anunciaba comida con enormes carteles de conocidas marcas de supermercados.

—Me comería una vaca —farfulló Carlos, que llevaba rato sin abrir la boca. Aunque amable y dispuesto, era un hombre de pocas palabras que prefería observar cómo los otros hablaban, para intervenir lo justo y necesario.

—Yo me comería un rebaño entero —respondió Pablo, que abrazaba su generosa barriga con ambas manos. Pese a que con el trajín de los últimos días había adelgazado de forma notable la protuberancia que rebasaba por encima de sus pantalones era visible todavía—. Me estoy quedando en los huesos con tanto ejercicio —añadió entre risas.

Todos rieron, incluso Paz, que por fin empezaba a salir de su caparazón construido a base de desconfianza y temor. Si alguien lo había pasado mal era ella, ya que además de lidiar con los zombis y los problemas derivados del apocalipsis, se había visto obligada a luchar contra el ser más temible y despiadado de todos: el hombre.

Sin más dilación, entraron en el centro comercial. Estaba vacío, ni un alma recorría las calles que hasta hacía escasos días rebosaban de vida y actividad. El primer supermercado no quedaba lejos y, por suerte para ellos, apenas había sido saqueado. Todo ocurrió tan rápido que por lo visto, la gente no tuvo tiempo de aprovisionarse y cientos de productos esperaban que alguien hiciera uso de ellos. Cogieron todo lo que pudieron cargar en las mochilas y salieron de nuevo a la calle, donde un grupo de zetas se había congregado. Sam fue el primero en percatarse de su presencia y ladró como era costumbre. Pero esta vez no salió en su busca. Aroa se extrañó pero no le dio más importancia. Asió el hacha entre sus manos mientras avanzaba decidida hacia el primer zombi. De un golpe le partió la frente en dos, dejando al descubierto parte del cerebro. La sangre, oscura y densa, resbaló por la cara de la criatura y le acompañó en su breve viaje hasta el suelo. Paz clavó su cuchillo en la nuca del segundo cuando este intentaba atacar a su compañero por la espalda. El filo de la hoja salió por la boca, seccionando las vértebras cervicales justo antes de que la mujer girara el arma en sus manos, lo que provocó un daño superior. Sacó la hoja y el podrido cayó encima del primero, que yacía en mitad de un charco de sangre negra y purulenta.

Pablo y Carlos se incorporaron a la refriega. Con la ayuda de sus cuchillos, acabaron con dos zombis más. Ahora disfrutaban de superioridad numérica, y no les costó demasiado dar muerte a los que aguardaban su turno.

—¡Estoy hasta los mismísimos ovarios de los putos zombis! —gritó Aroa mirando al cielo—. ¿Qué coño les pasa? ¿No nos van a dejar nunca en paz?

—Estamos demasiado buenos —respondió Pablo riendo. El papel de payaso le iba como un guante al dedo, y se sentía cómodo ejerciendo como tal. En el fondo era un bromista, y cuando estaba nervioso lo era todavía más. Le servía como terapia; el sentido del humor canalizaba los nervios y alejaba los fantasmas de su cabeza. Demasiados años intentando encajar en la sociedad le hicieron abandonar un hábito que, por sorpresa y sin avisar, había regresado en una de las situaciones más difíciles a las que uno se puede enfrentar.

n

o

Torrejón de Ardoz se presentó ante ellos como una enorme manzana podrida, llena de gusano hambrientos que deambulaban de un lado a otro en busca de alimento. Aunque la A2 transcurría paralela a la ciudad, la proximidad de las calles inundaba la zona de podridos. Sam correteaba nervioso, en silencio, unos pasos por delante del grupo que avanzaba intentando no llamar la atención. El perro todavía no apoyaba del todo la pata maltrecha, pero ya empezaba, poco a poco a andar a cuatro patas, tal y como era natural en él. El pañuelo de Aroa se había convertido en una costra de sangre reseca que se pegaba al pelaje y amenazaba con romperse de un momento a otro.

y

A pocos metros, un grupo de zombis aporreaba las verjas de un complejo deportivo intentando librarse del yugo que les mantenía presos. No eran muchos, una decena, pero, aun así el metal empezaba a combarse de forma peligrosa.

s

—Larguémonos cuanto antes de aquí —dijo Carlos al resto del grupo, que obedeció sin rechistar y aceleró el ritmo.

r

—¿Falta mucho para llegar a la base? —preguntó Paz.

s

—No creo —respondió Aroa—. Hace tiempo que no paso por aquí, pero creo que no debo quedar lejos.

o

Paz asintió.

e

No tardaron en divisar los terrenos que rodeaban la base en su totalidad. Una enorme extensión de campos de cultivo, que se extendía más allá de donde podían ver, esperaba sembrados con multitud de especies de cereales que nunca iban a ser cosechadas. Ya no quedaba nadie que trabajara la tierra, ni que la abonara o regara. Todo se iba a echar a perder. Primero serían las explotaciones ganaderas, repletas de animales que dependen del hombre en su totalidad. Los campos de cultivo y los bosques crecerán salvajes y se expandirán hasta conquistar pueblos y ciudades. La hierba crecerá en los jardines, cubrirá las aceras y se alzarán por encima de los muros que hasta ahora la mantienen presa en el interior de las parcelas. Las raíces de los árboles agrietarán las calles, y los pájaros anidarán donde les plazca, sin ningún vecino tocapelotas que les destroce los nidos. La tierra volverá a ser su propia dueña, relegando al hombre a un lugar secundario del que nunca debería haber salido.

n

Las afueras de Torrejón resultaron ser un lugar tranquilo y, contra todo pronóstico, no le resultó difícil alcanzar las verjas coronadas con alambre de espino de la base aérea. Tuvieron que dar un buen rodeo hasta encontrar uno de los accesos. Por desgracia, estaba cerrado.

o

—Es inútil. Por más vueltas que demos no vamos a encontrar una entrada abierta —dijo Carlos a la vez que miraba hacia el alambre de espino que cubría la parte superior de las puertas metálicas—. Hay pinchos a lo largo de toda la verja para impedir, precisamente, que unos desgraciados como nosotros podamos entrar.

s

—¡Pero debe haber alguien dentro! Es una base militar, debería estar repleta de soldados cuando todo esto empezó —escupió Aroa contrariada—. Es imposible que trepo cientos de personas se hayan esfumado de la noche a la mañana.

s

—¿Y qué quieres hacer? ¿Nos ponemos a gritar como locos y alertamos a todos los zombis que haya en dos kilómetros a la redonda? —preguntó el cántabro a su mujer. No era habitual que

discutieran en público, y menos aún con el tono de sorna que desprendían las palabras de él. Aroa se limitó a callar y se retiró un par de metros, para apaciguar la bestia que crecía dentro de su pequeño cuerpo. A pesar de que una de sus mayores virtudes era la paciencia y que su cara reflejaba siempre una enorme sonrisa, era una mujer de carácter fuerte que no soportaba que la ahicieran callar de malas maneras.

<sup>a</sup> Pablo se acercó a la puerta y tocó el timbre ante el asombro de sus compañeros. Nadie <sup>b</sup>respondió a su llamada, y eso aumentó un poco más el desánimo que enrarecía el grupo. Tenían la <sup>a</sup>esperanza de encontrar la base repleta de vida, con militares armados correteando de un lado a otro, mientras organizaban una misión de cojones para salvar a todo el mundo que quedase con vida. En lugar de eso, encontraron un interfono mudo y unas puertas cerradas a cal y canto.

<sup>b</sup> —Va a ser que no hay nadie. Quizás estén por ahí partiéndose el culo contra los zetas —dijo Pablo mientras se alejaba de la entrada—. Tocaré saltar. ¿Quién va a ser el primero?

<sup>n</sup> —Voy a subir yo —respondió Paz decidida—. Quitaos las chaquetas y dádmelas. Las usaremos para tapar los pinchos y poder atravesar sin peligro. Una vez dentro intentaré abrir este armatoste para que podáis entrar.

<sup>e</sup> —¡*SúperPaz!* —gritó Aroa entre sonrisas. El enfado con Carlos quedaba atrás ahora que se abría ante ella la posibilidad de entrar en la base. Llevaban varios días andando de un lado a otro sin un destino fijo, y este lugar era lo más parecido a un punto seguro que podían imaginar.

<sup>e</sup> Paz se encaramó a la puerta y ascendió con cuidado, asegurando pies y manos hasta llegar a la cima. No era muy alta, y en un santiamén se situó junto al alambre de espino.

<sup>a</sup> —Ahora, chicos. Dadme los abrigos.

<sup>b</sup> Con algo de esfuerzo colocó las prendas de ropa una encima de la otra, para formar un pequeño manto sintético sobre las púas. Cruzó con cuidado, intentando apoyar el mínimo peso sobre el alambre. Notó los pinchos en su barriga al cruzar, pero no se lastimó. De un salto aterrizó <sup>s</sup> e hincó la rodilla derecha en el suelo, al otro lado de la verja.

<sup>s</sup> —Intenta abrir esto —suplicó Aroa—. Sam no puede cruzar por encima.

<sup>r</sup> —Yo tampoco —añadió Pablo—. No quiero convertirme en un colador humano.

El sonido de un pequeño motor eléctrico desató sonrisas entre Aroa, Carlos y Pablo. La puerta empezó a moverse sobre los raíles de forma lenta pero constante. En unos segundos, el hueco fue suficiente para que todos entraran.

—Cierra —ordenó Carlos a Paz, que se encontraba junto a una de las paredes y manipulaba un pequeño cuadro de mandos.

<sup>s</sup> —A sus órdenes —respondió ella tras guiñar un ojo y llevarse la mano derecha a la frente, <sup>s</sup> para imitar el saludo militar.

La enorme puerta metálica se cerró tras ellos con un enorme estruendo, alejándolos de la muerte y la angustia que ocupaba el mundo exterior. Se encontraban, al fin, en un recinto vallado <sup>s</sup> en su totalidad. Los tres respiraron aliviados.

No tardaron en descubrir que el paraíso no era tal y como lo habían imaginado, al contrario <sup>s</sup> aquel lugar no era más que un páramo desolado y sin un alma que lo poblara. A su izquierda, <sup>e</sup>

enorme alambrada se extendía hasta el infinito. A su derecha, una serie de edificios de cemento gris ocupaban prácticamente la totalidad del recinto y, frente a ellos, una enorme pista de aterrizaje situada en el centro. Cuatro vehículos todoterreno y un enorme camión blindado estaban aparcados sobre la hierba, justo donde empezaba la pista. Ese fue el primer indicio que le advirtió de que las cosas no iban del todo bien. Las puertas de los vehículos estaban abiertas. Desde la distancia no podían adivinar lo que les deparaba, cosa que hizo que anduvieran con cautela hasta llegar a ellos. La hierba de los alrededores estaba cubierta por una capa de sangre seca que salpicaba también la chapa de los vehículos. En el interior del camión la cosa no variaba mucho, y el rojo teñía paredes y suelo. En ese momento pudieron ver cuerpos tirados por doquiera a sus pies. Miembros arrancados y magullados fueron el parterre donde naufragaron sus sueños. La sensación de inseguridad se adueñó de ellos otra vez.

—Menuda carnicería —susurró Aroa.

—Menuda mierda —añadió Carlos—. Estos son los militares que debían salvarnos.

—Sí, estamos jodidos. Nadie con vida a leguas de distancia, y vete tú a saber cuántas cosas de esas acechan por aquí —respondió Aroa.

Paz no dijo nada. Pablo se limitó a observar alrededor, escrutando la base con detenimiento. Nunca había pisado una instalación similar, por lo que se sentía extraño y fuera de lugar. Ya desde pequeño no le gustaban demasiado los uniformes. Se libró del servicio militar debido a las múltiples alergias que padecía. Por suerte, con el tiempo estas mejoraron hasta el punto de no afectar en su día a día, y solo cuando la cantidad de polen en el aire era superior a la habitual tenía pequeñas molestias que no iban más allá de un picor en la nariz.

—¿Alguien sabe pilotar un avión? —preguntó Pablo. Justo en mitad de la pista, a una distancia considerable de donde se encontraban, estaba estacionado un enorme armatoste metálico de color verde y marrón—. Joder, sería la puta hostia salir de aquí con ese bicho. Ya les podría dar a los putos zombis de los cojones.

—Creo que es un Airbus A400M del ejército. Eso no es un avión, es un monstruo —respondió Carlos—. No hace mucho vi un reportaje que hablaba de este modelo precisamente.

—A mí me sirve si puede volar. Me da igual un Airbus, un Boeing, o la abuela de la fabada tirándose pedos. Mientras me saque de aquí, me importa un bledo —añadió Pablo.

El ambiente se había relajado un poco al comprobar que ningún zombi les asediaba y, pese a la decepción inicial y el susto posterior, el grupo se empeñaba en mantener el ánimo tan alto como les era posible.

—Pues como no encuentres un piloto con vida, lo tenemos complicado —comentó Carlos—. Yo hice volar uno parecido en el *Flight Simulator*. Pero claro, eso era un juego. Imagino que no tendrá nada que ver con pilotar un avión de verdad.

—No voy a ser yo quien lo pruebe contigo —espetó Aroa—. Pero deberíamos ir a echar un vistazo. Quizás en el avión haya provisiones o algo que pueda sernos útil.

La pista de aterrizaje se extendía ante ellos como una enorme lengua gris que relamía el suelo que pisaban. En apenas unos minutos recorrieron la mitad del trecho que les separaba del avión, que a cada paso que daban parecía más grande. A su derecha dejaron atrás el primero de

los edificios, una enorme mole blanca que, según supusieron, estaba destinada a albergar las oficinas.

—¿Habéis visto eso? Ahí debían trabajar decenas de personas y, en cambio, no queda nadie en toda la base. No me puedo creer que se volatizaran de golpe en el momento en que todo esto empezó. Aquí hay gato encerrado, o peor, hay zombis encerrados —dijo Aroa.

—Tampoco vamos a perder el tiempo en abrir puertas que no necesitamos. Si allí dentro hay zombis, no será un problema mientras no me toquen los cojones —respondió Carlos.

—¡Chicos! Mirad —exclamó Paz a la vez que señalaba hacia un edificio de menor tamaño. Frente a él, dos zetas estaban intentando abrir la puerta con más fuerza que mañana.

Sammy ladró y se escondió tras sus dueños. Desde el trágico episodio vivido en el aparcamiento no era el mismo. El terror había hecho mella en él y rehuía el contacto con los podridos. El perro todavía cojeaba y se mostraba nervioso ante cualquier pequeño estímulo llegando a asustarse hasta temblar de miedo.

Paz fue la primera en ir a la caza de las dos criaturas que aporreaban la puerta con todas sus fuerzas. Alzó el cuchillo por encima del hombro y se lo clavó en la nuca al primero, de tal forma que el filo se deslizó a través del cuello y salió por el otro lado, recubierto de sangre. Le costó sacar la hoja, ya que había quedado trabada entre las vértebras y el peso del cuerpo inerte tiraba de ella hacia el suelo. El segundo zombi se le echó encima y le clavó sus asquerosas manos magulladas y ensangrentadas en el brazo. Pudo ver cómo las falanges de los dedos asomaban entre la carne encharcada. Las moscas revoloteaban alrededor de la boca de la criatura, que cada vez estaba más cerca del cuello de Paz. Esta se debatía entre sacar el cuchillo o intentar apartar a la bestia. Por suerte, en aquel instante, Pablo agarró al zombi por los hombros y lo apartó con fuerza liberando a Paz de su fétido abrazo. Con ambas manos y empeñando toda la fuerza que encontró en su fatigado cuerpo, Pablo sujetó a esa cosa mientras Paz recuperaba el arma.

—¡Ahora! —gritó Pablo extenuado—. No podré retenerlo mucho más.

La criatura se movió de forma frenética mientras intentaba deshacer la soga que formaba los brazos del madrileño alrededor de su tórax. Pataleaba y giraba la cabeza con el fin de amorderle. Por una vez, su barriga le estaba siendo útil para mantener al zombi lejos de su cuerpo. Paz recuperó el cuchillo sucio y se acercó a la extraña pareja de baile. De un solo golpe clavó el arma en el ojo de la criatura y lo retorció, vaciando la cavidad y arrancando el lóbulo entero. Los coágulos de sangre podrida salpicaron a Paz en la cara. Eran fríos y pastosos como una gelatina de las que comía cuando era pequeña. Se limpió con la manga y degolló al zombi. Pablo sufría por mantener su férreo abrazo y no lograba entender por qué no acababa de una vez por todas con el zombi. Paz, en cambio, disfrutaba como una enana mutilando y torturando a esa cosa.

La sangre coagulada ya cubría por completo el antebrazo de Pablo cuando Paz asestó un último y definitivo golpe. El cuchillo se clavó en mitad de la cara, introduciéndose por el hueco de la nariz y atravesó el cráneo por completo. De inmediato y como por arte de magia, dejó de luchar y se abandonó al sueño eterno del que nunca se regresa. Pablo respiró aliviado y lo dejó caer al suelo.

—¡Estás como una puta cabra! ¿No podías cargártelo sin más? ¡Joder! —gritó Pablo henchido de rabia—. La próxima vez te va a ayudar tu puñetera madre. Casi me da un jamacuco.

s —Lo siento —susurró Paz—. Te podría mentir y decir que no sé qué me ha pasado, pero no es así. Estoy cansada de toda esta mierda; estoy muy harta de huir —explicó Paz demasiado calmada para el momento que había vivido—. Este era el lugar que nos tenía que servir de guarida y mira... ¡Nada! Solo dos putos zombis aporreando la puerta de la enfermería.

Pasaron varios segundos sin que nadie se atreviera a abrir la boca. Paz observaba a la criatura que yacía junto a sus pies, mientras limpiaba con mimo el filo del su cuchillo.

—No hay nadie en toda la base, y la única puerta que despierta el interés de las criaturas es esta —divagó Aroa—. ¿Qué puede haber dentro de una enfermería que les pueda interesar a dos zombis hambrientos?

l —Enfermos —respondió Paz—. No hay nadie en toda la base y la única puta puerta que despierta el interés de las criaturas es esa...

—Esos seres solo se interesan por la gente viva. Pero... ¿quién? Tal vez hay enfermos tan hechos polvo que no puede valerse por sí solos y por eso siguen ahí dentro. Quizás dejaron a alguien postrado en cama a la espera de un fatal desenlace, y todavía sigue ahí dentro agonizando desangrándose y muriendo poco a poco, mientras escucha cómo las hienas arañan su puerta. Deberíamos abrir y salir de dudas. Al fin y al cabo, lo que haya dentro no puede ser peor de lo que nos hemos encontrado fuera —razonó Carlos.

s —Pues entremos y que sea lo que Dios quiera —sentenció Pablo—. ¿Cuánto hace que no descansamos como es debido? Me duele la espalda de dormir en cualquier lado, las piernas de zandar demasiado y la cabeza de escuchar tonterías. ¿Qué puede ser peor que quedarse aquí fuera? —Pablo abandonó su tono habitual para conjurar las frases de tal forma, que parecía una mezcla de vendedor de coches empalagoso y político embaucador y embustero. De todos modos y por extraña que parezca, sus palabras surtieron efecto y la dinámica del grupo cambió. En ese momento, entrar era la única opción posible, y la idea de un colchón liso y suave donde recostar sus maltrechos cuerpos se convirtió en una necesidad tan primaria como comer o mear.

n —Pues entremos —respondió Aroa decidida—. ¿Hay alguien ahí? —preguntó alzando la voz de tal forma que pudiera ser escuchada al otro lado de la pared.

l  
s  
a  
r  
l

n  
o  
e  
ó

o

—Lo siento —susurró Paz—. Te podría mentir y decir que no sé qué me ha pasado, pero no es así. Estoy cansada de toda esta mierda; estoy muy harta de huir —explicó Paz demasiado calmada para el momento que había vivido—. Este era el lugar que nos tenía que servir de guarida y mira... ¡Nada! Solo dos putos zombis aporreando la puerta de la enfermería.

Pasaron varios segundos sin que nadie se atreviera a abrir la boca. Paz observaba a la criatura que yacía junto a sus pies, mientras limpiaba con mimo el filo del su cuchillo.

—No hay nadie en toda la base, y la única puerta que despierta el interés de las criaturas es esta —divagó Aroa—. ¿Qué puede haber dentro de una enfermería que les pueda interesar a dos zombis hambrientos?

—Enfermos —respondió Paz—. No hay nadie en toda la base y la única puta puerta que despierta el interés de las criaturas es esa...

—Esos seres solo se interesan por la gente viva. Pero... ¿quién? Tal vez hay enfermos tan hechos polvo que no puede valerse por sí solos y por eso siguen ahí dentro. Quizás dejaron a alguien postrado en cama a la espera de un fatal desenlace, y todavía sigue ahí dentro agonizando, desangrándose y muriendo poco a poco, mientras escucha cómo las hienas arañan su puerta. Deberíamos abrir y salir de dudas. Al fin y al cabo, lo que haya dentro no puede ser peor de lo que nos hemos encontrado fuera —razonó Carlos.

—Pues entremos y que sea lo que Dios quiera —sentenció Pablo—. ¿Cuánto hace que no descansamos como es debido? Me duele la espalda de dormir en cualquier lado, las piernas de andar demasiado y la cabeza de escuchar tonterías. ¿Qué puede ser peor que quedarse aquí fuera? —Pablo abandonó su tono habitual para conjurar las frases de tal forma, que parecía una mezcla de vendedor de coches empalagoso y político embaucador y embustero. De todos modos y por extraño que parezca, sus palabras surtieron efecto y la dinámica del grupo cambió. En ese momento, entrar era la única opción posible, y la idea de un colchón liso y suave donde recostar sus maltrechos cuerpos se convirtió en una necesidad tan primaria como comer o mear.

—Pues entremos —respondió Aroa decidida—. ¿Hay alguien ahí? —preguntó alzando la voz de tal forma que pudiera ser escuchada al otro lado de la pared.

## **Comunicado interno del Centro Nacional de Inteligencia**

**Nombre del operativo: Día uno**

**Nivel de confidencialidad ALTO**

**25 de septiembre de 2019**

Las analíticas realizadas en la red de distribución de agua potable han revelado la existencia de restos del CLAUS1/256. Los viales que fueron robados han acabado en el sistema de abastecimiento de la capital. Se desconoce con qué fines o por qué se ha realizado tal acto, y que nadie hasta el momento ha reivindicado su autoría.

Se ruega a todo el personal disponible que acuda a su lugar de trabajo de forma inmediata. Se trata de una situación límite que requiere del esfuerzo de todos. No solo está en juego la seguridad de toda la nación, también lo estará la de todo el mundo si no contenemos la epidemia antes de que salga de Madrid.



## **Comunicado interno del Centro Nacional de Inteligencia**

**Nombre del operativo: Día uno**

**Nivel de confidencialidad ALTO**

**25 de septiembre de 2019**

Las analíticas realizadas en la red de distribución de agua potable han revelado la existencia de restos del CLAUS1/256. Los viales que fueron robados han acabado en el sistema de abastecimiento de la capital. Se desconoce con qué fines o por qué se ha realizado tal acto, ya que nadie hasta el momento ha reivindicado su autoría.

Se ruega a todo el personal disponible que acuda a su lugar de trabajo de forma inmediata. Se trata de una situación límite que requiere del esfuerzo de todos. No solo está en juego la seguridad de toda la nación, también lo estará la de todo el mundo si no contenemos la epidemia antes de que salga de Madrid.



# CAPÍTULO 18

## —PERRO TRAJIDOR—

### 1

—¡Cállate! —gritó el doctor Gilabert visiblemente enfadado. Estaba harto de las estupideces de soldado Navas y su maldita manía de no cerrar la boca ni bajo el agua—. Hay alguien fuera que puede salvarnos el culo, y tú en lo único que piensas es en meter tu sucia polla en un agujero. Si hay alguna mujer me aseguraré de que estés en todo momento a dos leguas de distancia. Voy a contarles que pillaste sífilis en el Congo, gonorrea en Bagdad y ladillas en el Kurdistán. Le explicaré que eres una colección de ETS andante y que te den, ya está bien de tanta monserga ¿Cómo diablos puedes pensar en follar ante una situación así?

—Joder, ni que fuera tan extraño. ¿Quieres que me crea que tú nunca piensas en chochitos? —respondió el soldado.

—Pues sí, ahora mismo estoy pensando en el de tu madre. Estás como una puta cabra.

—Ya que lo mencionas, mi madre murió hace tiempo. Gracias por acordarte de ella. De todos modos, no estaba hablando en serio.

—Joder, lo siento. No era mi intención. Pero es que me parece surrealista que en mitad de este embrollo me salgas con semejante tontería. Calla de una puñetera vez y ayúdame a quitar todo esto —el doctor había empezado a apartar los objetos que construían la improvisada barricada.

La puerta se abrió y entraron dos hombres, dos mujeres y un perro. Tras unos breves momentos de incertidumbre e intercambios de miradas, Iván optó por romper el hielo y presentarse.

—Soy el doctor Iván Gilabert, miembro del cuerpo médico del ejército español, y estos son el soldado raso Navas y el piloto Juan Narváez. Formábamos parte de un operativo especial, pero como podéis imaginar, nada salió tal y como estaba planeado. En este momento somos los únicos supervivientes de toda la base.

—¡No me jodas! —exclamó Aroa tomando la iniciativa—. Entonces... en toda la base... ¿Solo quedáis vosotros?

—Me temo que sí. La mayoría del personal se encontraba fuera de las instalaciones cuando se produjo el accidente —informó el doctor—. En la base quedaban los efectivos indispensables para llevar a cabo la misión. Todo salió mal y la gente empezó a transformarse.

—Entonces, todo este embrollo... es por... —balbuceó Carlos.

El doctor Gilabert asintió.

—No sé cómo están las cosas fuera. Llevamos aquí encerrados desde el día veinticuatro. La misión consistía en el traslado de un sujeto de prueba hasta una ubicación segura, pero el sujeto en cuestión atacó a los soldados encargados de su custodia y... Bueno, ya sabéis cómo funciona esto

—Fuera se ha ido todo a tomar por el culo. Esas cosas empezaron a levantarse y a matar gente. En menos que canta un gallo no quedará casi nadie con vida —dijo Pablo exaltado.

—Tal y como imaginábamos. Por eso ningún efectivo del ejército se ha personado aquí para comprobar el estado de la misión —respondió el doctor.

—En fin, yo me llamo Aroa y estos son Carlos, Pablo, Paz y Sam —dijo señalando a cada uno a medida que los nombraba—. Os aseguro que es un maldito placer estar aquí dentro.

—Lo mismo digo —respondió el doctor.

l  
e  
i  
a  
s

## 2

No hacía mucho que había oscurecido, y todos se encontraban tumbados en sus respectivas camas. Narvárez dormitaba mecido por la fiebre que le mantenía en un limbo entre la conciencia y el sueño, con ratos de lucidez y oscuridad que se intercalaban sin sentido. Aroa y Carlos descansaban en las dos camas que quedaban al fondo, tras un biombo blanco que les otorgaba algo de intimidad, mientras los demás se habían situado alrededor del convaleciente. Paz llevaba un rato intranquila, su radar había detectado unas miradas extrañas que provenían del soldado Navas. Unas miradas lascivas, aunque no en exceso, que pretendían insinuar a la vez que esconder sus intenciones. Paz estaba acostumbrada a que los hombres la miraran y la piropearan, sobre todo durante su adolescencia, pero esta vez creyó intuir que la cosa iba más allá. Quizás su cabeza le estuviera jugando otra mala pasada y todo era una trampa de su imaginación, fruto de sus malas experiencias; y tras lo sucedido con César, cabía la posibilidad de ver amenazas irreales. Tal vez fuera solo eso. De hecho, también dudó de Pablo cuando durmieron juntos en el camión. No era posible que otro hijo de puta se cruzara tan pronto en su vida, definitivamente, no podía tener tanta mala suerte. Desechó esos pensamientos e intentó conciliar el sueño.

A su derecha, Pablo ya roncaba como un jabalí y, de vez en cuando, pronunciaba alguna palabra incomprensible. Quizá se encontraba en algún lugar mejor, rodeado de gente maravillosa con millones de cosas bonitas que explicar. En una playa tropical o un concierto de rock de eso que tanto le gustan. «Sí, seguramente estaba cantando alguna canción de esos grupos que solo hacen ruido y gritan proclamas imposibles», pensó Paz. Se dio la vuelta, dio la espalda a su compañero y cerró los ojos con fuerza.

No habían pasado ni cinco minutos cuando notó cómo una mano se posaba sobre su boca y la sujetaba con fuerza para evitar que gritara. La mano se apartó con lentitud al mismo tiempo que algo frío se apoyaba en su frente. Paz no podía moverse, estaba petrificada.

—Calla o disparo —susurró el soldado Navas.

Paz obedeció y calló. Su mente no era capaz de discernir si lo que estaba viviendo formaba parte de un macabro sueño o estaba despierta. Un pene sustituyó la mano del soldado y se apoyó de forma torpe sobre sus labios, pugnando para que estos se abrieran.

n  
,

—Abre la boca —susurró mientras apretaba con más fuerza.

r Ella accedió y separó los labios, permitiendo que el miembro sucio y maloliente de  
soldado penetrara en ella. Primero lo hizo despacio, tanteando el terreno con suaves acometidas  
a Poco después aceleró el ritmo, lo que provocó que el miembro se introdujera cada vez más.

a Harta de tanta humillación, Paz cerró la mandíbula con todas sus fuerzas y mordió el pen  
justo cuando este se encontraba en el fondo de su garganta. El grito se escuchó por toda la base  
prolongándose hasta el infinito y más allá. El soldado se llevó las manos a la entrepierna par  
detener el torrente de sangre que brotaba de la herida. Mientras tanto, Paz ya se había incorporad  
y miraba a su agresor con desprecio. Mantenía la boca cerrada. Cuando por fin se cercioró de qu  
el militar la miraba, lo escupió al suelo, ante la atónita mirada de Narváez, y lo pisó una y otra ve  
hasta que solo quedó una masa de carne deshecha...

El doctor Gilabert encendió la luz de la enfermería para descubrir a Paz agitándose con  
virulencia sobre el suelo. Estaba llorando, henchida por la rabia. El soldado Navas se unió a s  
compañero, y entre ambos la levantaron y la posaron sobre la cama. Paz los contempló incrédula  
sin tiempo a asimilar que todo lo que acababa de experimentar no era más que una terrible  
pesadilla.

S Aroa corrió a abrazar a Paz, que lloraba desconsolada sobre el lecho.

o —¿Qué me está pasando? —preguntó Paz a la cántabra.  
n

i. Aroa no supo qué responder y se limitó a estrecharla entre sus brazos. Esta seguía buscand  
sexplicaciones en alguna galaxia perdida en el inmenso cielo de la noche, que imaginaba estrellad  
más allá del techo de la habitación.

e —Llévatelo de aquí —dijo Paz al doctor, a la vez que señalaba al soldado Navas—. No l  
Squiero cerca. El muy cabrón me acaba de forzar.

Z —Pero... —balbuceó el militar.  
a

n —Por favor, te lo ruego. Tal vez para vosotros haya sido una sola pesadilla, pero no soport  
verlo cerca. Lleva mirándome desde que llegamos aquí —imploró Paz.

a El doctor y el soldado salieron a tomar el aire. Hacía frío, y se refugiaron en el pequeñ  
acobertizo donde se guardaba la maquinaria de jardinería. Navas encendió un cigarrillo y aspir  
shondo, notando cómo el humo llenaba sus pulmones.

o —Esa tía está como una puta cabra. ¿Has visto cómo me miraba? Parecía poseída —dijo e  
u soldado a su compañero—. Te juro que si las miradas matasen, estaría criando malvas ahor  
mismo.

y —Vete tú a saber por lo que esa mujer ha pasado hasta llegar aquí. Tampoco podemos  
e culparla si actúa de un modo extraño —respondió el doctor para quitar hierro al asunto. A deci  
verdad, él también había percibido ciertas miradas y comportamientos que no le parecían del tod  
normales y que podían haber desencadenado esa situación—. Tu actitud tampoco ha ayudad  
a demasiado. ¿Sigues pensando en chochitos?

o —Joder... No te negaré que le he mirado el trasero un par de veces. Pero te juro que no m  
he pasado ni un pelo. ¡Si apenas me he acercado a ella! —se excusó Navas mientras apuraba e  
pitillo.

En ese mismo instante, Carlos y Pablo salieron de la enfermería. Ambos parecían nervioso

ly charlaban sobre lo ocurrido.

—Vamos a la cafetería —dijo Carlos justo cuando pasaba por delante de los dos militares.

—Voy con vosotros —respondió el doctor—. Necesito estirar las piernas. Además, no sabemos qué demonios nos podemos encontrar tras alguna de esas puertas. Juraría que la base está vacía, pero nunca se sabe. ¿Vienes? —preguntó al soldado Navas.

—Qué va. Yo me quedo aquí. Ya he tenido bastantes emociones durante lo que llevamos de noche —respondió este visiblemente molesto—. Voy a montar guardia frente a la enfermería por las moscas.

Pablo, Carlos y el doctor Gilabert se alejaron del cobertizo, dejando solo al soldado Navas. «Maldita zorra», pensó este, apoyado sobre un pequeño motocultor rojo lleno de barro, mientras encendía otro cigarrillo.

Paz estaba inmóvil entre los brazos de Aroa, que se había dormido sin dejar de abrazar a la madrileña. Narváez hacía lo mismo en su cama. El piloto apenas había interactuado con los nuevos debido a su lamentable estado. Parecía una momia, envuelta en un sinfín de vendas que cubrían parte de su cabeza, brazos y tórax.

Con sumo cuidado, Paz se libró del abrazo de su compañera y se levantó de la cama. Buscó el cuchillo entre sus cosas, que había tirado de cualquier manera en el suelo, y salió de la habitación. El aire frío la saludó con un refrescante beso y le recordó que el otoño había llegado para quedarse. Un escalofrío recorrió sus brazos desnudos, que vestía con una fina camiseta de tirantes, pero ni se inmutó. En su cabeza hervían miles de pensamientos que formaban una tela de araña de la que le resultaba imposible escapar. En ellos veía al soldado Navas sujetándola con fuerza mientras César la penetraba violentamente. Carlos y Pablo también estaban en la escena, lo contemplaban todo con una amplia sonrisa y gesto de satisfacción. Sus entrepiernas abultadas sus manos acariciando su miembro por encima de los pantalones...

«Hijos de puta», pensó Paz a la vez que cerraba los ojos y respiraba profundamente.

—Me los voy a cargar a todos —dijo en voz alta. Y acto seguido empezó a caminar.

### 3

El soldado Navas miró el cielo estrellado de la noche como si no lo hubiera contemplado en su vida. De hecho, le pareció que las estrellas brillaban con más intensidad y se multiplicaban hasta el infinito, formando un precioso manto. «La luna está recuperando su fulgor», pensó al contemplarla. El militar nunca hubiera podido adivinar que aquel iba a ser su último pensamiento que el momento de su muerte iba a llegar bajo aquel precioso cielo, por la espalda y sin ser consciente de ello.

El cuchillo de Paz se introdujo en la zona lumbar, tras rozar la columna vertebral reventando los intestinos. Como había hecho con anterioridad con los zetas, con un preciso gesto

de muñeca giró la hoja en el interior del soldado. Un río de sangre empezó a brotar de la herida a mismo tiempo que ella retiraba el cuchillo y dejaba un enorme boquete en su camisa. El soldado cayó al suelo entre convulsiones, intentando frenar la hemorragia mientras apretaba con ambas manos sobre la herida. El esfuerzo fue inútil. Paz se arrodilló a su lado y cogió la pistola de él sin apenas mirarlo. Sentía un odio irracional que la empujaba a actuar como una mera autómatas. No razonaba en absoluto. Tan solo obedecía a un ente invisible y rencoroso que se había instalado en sus entrañas. Un ser que había nacido fruto del desprecio, que se había cocinado a fuego lento a lo largo de su vida y que, en tan solo unos días (o unas horas), había crecido hasta lograr dominarla.

En apenas unos segundos, la vida del soldado Navas se apagó mientras sus ojos intentaban enfocar cómo la silueta de Paz se alejaba decidida.

A pocos pasos de allí, el doctor entraba en la cafetería junto a Pablo y Carlos. El local estaba intacto. Nadie había tocado ni un solo plato, y los frigoríficos aguardaban repletos de bebidas y comida. Pablo fue el primero en abrir una lata de Coca-Cola y degustar el dulce y empalagoso sabor del refresco. Carlos le siguió, pero en su caso optó por una cerveza sin alcohol. Iván se quedó junto a la puerta, para asegurar el perímetro. Aunque no habían visto un solo zeta durante su breve recorrido, no se atrevían a bajar la guardia.

—¿Seguro que no quieres nada? —preguntó Carlos al doctor.

—No, gracias. Coged lo que queráis y regresamos de inmediato. No me apetece dejar a las chicas solas. Paz estaba fuera de sí. ¿No habéis visto cómo miraba al soldado? ¿Qué diablo puede haberle pasado a esa mujer?

Por un momento, se habían olvidado de lo sucedido. Tan solo había sido una pesadilla y como cada minuto vivido en los últimos días. Carlos y Pablo obedecieron. Cogieron varias latas de refresco, leche y un paquete de bollería industrial y salieron tras el doctor, que ya empezaba a caminar decidido.

En apenas cinco minutos recorrieron el trecho que les separaba del cobertizo donde había dejado al soldado Navas apurando uno de sus cigarrillos. En su lugar les recibió un enorme charco de sangre fresca y brillante.

El doctor se acercó, se arrodilló y hundió la punta de los dedos en el rojo líquido.

—Está caliente —dijo a los demás—. La sangre es reciente. Todavía no ha empezado a coagularse.

Los tres miraron alrededor, pero no vieron a nadie. Al contemplar con detenimiento observaron un rastro de pisadas que se dirigían hacia la enfermería.

—¡Mierda! —exclamó Carlos justo antes de echar a correr.

de muñeca giró la hoja en el interior del soldado. Un río de sangre empezó a brotar de la herida al mismo tiempo que ella retiraba el cuchillo y dejaba un enorme boquete en su camisa. El soldado cayó al suelo entre convulsiones, intentando frenar la hemorragia mientras apretaba con ambas manos sobre la herida. El esfuerzo fue inútil. Paz se arrodilló a su lado y cogió la pistola del militar sin apenas mirarlo. Sentía un odio irracional que la empujaba a actuar como una mera autómatas. No razonaba en absoluto. Tan solo obedecía a un ente invisible y rencoroso que se había instalado en sus entrañas. Un ser que había nacido fruto del desprecio, que se había cocinado a fuego lento a lo largo de su vida y que, en tan solo unos días (o unas horas), había crecido hasta lograr dominarla.

En apenas unos segundos, la vida del soldado Navas se apagó mientras sus ojos intentaban enfocar cómo la silueta de Paz se alejaba decidida.

A pocos pasos de allí, el doctor entraba en la cafetería junto a Pablo y Carlos. El local estaba intacto. Nadie había tocado ni un solo plato, y los frigoríficos aguardaban repletos de bebida y comida. Pablo fue el primero en abrir una lata de Coca-Cola y degustar el dulce y empalagoso sabor del refresco. Carlos le siguió, pero en su caso optó por una cerveza sin alcohol. Iván se quedó junto a la puerta, para asegurar el perímetro. Aunque no habían visto un solo zeta durante su breve recorrido, no se atrevían a bajar la guardia.

—¿Seguro que no quieres nada? —preguntó Carlos al doctor.

—No, gracias. Coged lo que queráis y regresamos de inmediato. No me apetece dejar a las chicas solas. Paz estaba fuera de sí. ¿No habéis visto cómo miraba al soldado? ¿Qué diablos puede haberle pasado a esa mujer?

Por un momento, se habían olvidado de lo sucedido. Tan solo había sido una pesadilla, como cada minuto vivido en los últimos días. Carlos y Pablo obedecieron. Cogieron varias latas de refresco, leche y un paquete de bollería industrial y salieron tras el doctor, que ya empezaba a caminar decidido.

En apenas cinco minutos recorrieron el trecho que les separaba del cobertizo donde habían dejado al soldado Navas apurando uno de sus cigarrillos. En su lugar les recibió un enorme charco de sangre fresca y brillante.

El doctor se acercó, se arrodilló y hundió la punta de los dedos en el rojo líquido.

—Está caliente —dijo a los demás—. La sangre es reciente. Todavía no ha empezado a coagularse.

Los tres miraron alrededor, pero no vieron a nadie. Al contemplar con detenimiento, observaron un rastro de pisadas que se dirigían hacia la enfermería.

—¡Mierda! —exclamó Carlos justo antes de echar a correr.

# CAPÍTULO 19

## —EL FINAL DEL CUENTO DE HADAS—

### 1

Paz caminaba decidida hacia las puertas de la base con una sola idea en su cabeza. En su corazón ya no quedaba el más mínimo espacio para la piedad. Causar el mayor daño posible era la única cosa que podía producirle un cierto sosiego. Atrás había quedado cualquier esperanza de salir con vida de aquella base, y encontrar un lugar seguro ya no era una opción; había abandonado cualquier tipo de fe en la humanidad y el cuchillo teñido de sangre que sostenía entre las manos era buena prueba de ello.

Delante de las puertas de la base se había congregado un número nada desdeñable de esas cosas sin que nadie se percatara de ello. Quizá el grupo se había relajado con el devenir de las horas, sintiéndose seguro entre las vallas. Los zetas se amontonaban unos encima de los otros empujándose y aplastándose contra los barrotes de metal que aguantaban estoicamente las embestidas de las criaturas. Paz los miró y dejó escapar una ligera sonrisa. Por primera vez en mucho tiempo había sonreído de forma sincera. Sí, la sensación de poseer el control de la situación le producía placer. Sentía un ligero burbujeo en el estómago y el corazón le latía con fuerza dentro del pecho.

«Es la hora», pensó mientras accionaba el botón de apertura que se encontraba al lado de acceso a las oficinas.

La puerta empezó a moverse lentamente sobre los raíles, arrastrándose sobre las vías metálicas que chirriaron debido al peso y el óxido que se acumulaba sobre ellas. Los primeros zetas empezaron a entrar de forma torpe, trastabillándose unos con los otros empujados por la inercia.

Paz sabía que disponía de poco tiempo antes de que esas cosas se fijaran en ella. Había permanecido escondida detrás de una de las columnas de la entrada del edificio, pero si no se daba prisa, jamás llegaría con vida a la enfermería, y allí era donde se desarrollaba la segunda fase de su plan.

Sin tiempo que perder, la madrileña empuñó el arma que le había arrebatado al soldado Navas y disparó varias veces al aire. No quería acabar con los podridos, al contrario. Quería congregarse el mayor número posible de esas cosas tras ella con el fin de guiarlos hasta los que hacía unas horas creía sus compañeros.

Carlos fue el primero en ver al soldado Navas, y se llevó una mano a la boca con la intención de sofocar un grito que llevaba tiempo formándose en su garganta, casi tanto tiempo como el que llevaba lejos de su casa. Aunque hasta el momento se había mostrado seguro de sí mismo, los nervios lo corroían por dentro. Se paró en seco de tal manera que Pablo golpeó su espalda frut de la inercia.

—¿Qué pasa? —preguntó el madrileño.

Carlos no respondió. No pudo. El nudo que apretaba su glotis era cada vez más grande, notaba cómo el pulso amenazaba con reventarle las venas de la cabeza. Una lágrima resbaló por su mejilla a la vez que se giraba para disimular. El cántabro estaba al límite de sus fuerzas.

—Es él —sentenció Iván.

Esas palabras socavaron aún más en el estado de ánimo de Carlos, que se encontraba frente al abismo en el que habían ido a morir las pocas esperanzas que le quedaban de sobrevivir.

n —No puedo —susurró Carlos—. Ya no...

a El doctor Gilabert y Pablo se miraron sin saber muy bien lo que estaba ocurriendo.

n —Me ocupo yo —dijo Iván a la vez que apoyaba su mano en el hombro de Carlos—  
o También era mi compañero. Él querría que así fuera.

Pablo no dijo nada y se limitó a contemplar cómo el doctor Gilabert desenfundaba su pistola y se acercaba al zombi del soldado Navas, mientras este no dejaba de aporrear la puerta de la enfermería.

o Iván comprobó el arma y quitó el seguro. El *clack* rompió algo más que el silencio que reinaba en esa parte de la base. Carlos estaba hundido, y se negaba a mirar cómo el doctor ejecutaba a su compañero. Pablo contemplaba la escena, nervioso, como si fuera aquel niño pequeño y gordo que miraba de escondidas películas prohibidas para su edad. El doctor Gilabert ajeno a las miradas de los demás, seguía avanzando. A cada paso que daba, perdía parte de la seguridad de la que había hecho gala hasta el momento.

El zombi del soldado Navas dejó de golpear la puerta y se giró. Sus ojos rabiosos se posaron sobre el doctor. Un escalofrío recorrió el cuerpo de este, que se paró en seco. Una decena de metros le separaban de la bestia.

a —¡Dispara! —gritó Pablo.

El doctor levantó la mano derecha hasta situarla frente a sus ojos. Apoyó el dedo en el gatillo y apretó un poco, sin llegar a disparar. Navas corría hacia él. «Dispara», pensó Iván. Pero sus manos se negaron a acatar sus órdenes y sus piernas pedían salir corriendo.

a —¡Joder! —vociferó Carlos—. ¡Dispara de una puta vez!

o Pero el doctor hizo caso omiso a los gritos y se dejó abrazar por el soldado. Juntos cayeron al suelo y rodaron un par de metros hasta quedar junto a los pies de Pablo, que observaba la refriega sin ser capaz de hacer nada.

La boca del soldado se clavó en el cuello de Iván. Un reguero de sangre manchó la camiseta del doctor. Otra dentellada le arrancó la mejilla derecha, dejando al descubierto parte de su boca.

e Carlos se acercó al dueto e intentó separar al zombi de Navas, que se aferraba como un garrapata a su presa.

s —¡Déjalos! —gritó Pablo mientras empezaba a correr hacia la enfermería.

o Carlos no dijo nada, pero acató la orden con gesto cabizbajo y encaminó sus pasos hacia la puerta. Atrás dejó al doctor y al soldado fundidos en un apasionado y último abrazo.

A los lejos, se escucharon tres disparos.

y

Paz llegó a la enfermería con pocos metros de ventaja sobre el grupo de zetas que la perseguía. Sin tiempo que perder, contempló mientras corría, sin llegar a detenerse, el cadáver del doctor Gilabert tendido en mitad de un charco de sangre y pensó: «uno menos». El soldado Nava aporreaba la puerta del edificio cuando Paz se situó justo a su espalda. «Tal y como quería» pensó mientras levantaba el cuchillo, lo introducía con fuerza en el cuello del zombi y desgarraba su garganta con un hábil giro de muñeca.

Navas cayó al suelo. Esta vez de forma definitiva.

Con el pelotón de zombis a menos de quince metros, Paz agarró por las solapas el cadáver del doctor Gilabert y lo arrastró hasta el interior de la enfermería ante la atónita mirada de los demás, que todavía no eran capaces de comprender todo lo que estaba sucediendo.

a

a

## 2

e

r

—¿Qué demonios ha pasado? —balbuceó Narváez intentando asimilar lo ocurrido.

¿

¿

a

—Lo que tenía que pasar —respondió Paz tranquila y sosegada.

Esta se giró al escuchar unos pasos acercándose a la puerta. «Que empiece el juego», pensó. Al mismo tiempo, Aroa se ponía en pie.

a

—¿¡Qué coño está pasando!?! —gritó esta sin salir de su asombro.

Aroa observó cómo el doctor Gilabert empezó a retorcerse en el suelo como accionado por un mando a distancia. Sus brazos palparon el mármol blanco y brillante, a la vez que buscaban un punto de apoyo. El zombi del doctor, fuera de sí, levantó la cabeza para mirar a sus posibles víctimas.

—¡Mátalo! —gritó Aroa con la cara desencajada por una horrible mueca.

Paz la miró como quien observa una maravillosa pintura expresionista, como un Van Gogh construido a base de golpes de pincel y colores vivos. El rostro de angustia de su compañero despertaba en ella una sensación indescriptible, mezcla de admiración y excitación, que la empujaba hacia el lado más oscuro de su propia personalidad.

a

a

—Hazlo tú misma —respondió Paz entre sonrisas—. Te he visto hacerlo antes, se te da bien. Solo tienes que clavarle tu ridícula hacha de juguete en la cabeza

a

a

—¡Me cago en Dios! —blasfemó Pablo, que miraba al exterior a través de una pequeña ventana situada junto a la puerta—. ¡Están por todas partes!

Aroa se negaba a aceptar lo que veían sus ojos, y miraba de un lado a otro en busca de un leve indicio que le confirmara que todavía soñaba, que el asesinato formaba parte de una terrible pesadilla y que cuando despertara todo volvería a ser como antes.

El doctor Gilabert se puso finalmente en pie y dirigió sus primeros pasos hacia los que eran

sus antiguos invitados. Paz se apartó justo antes de que lo consiguiera, saliendo de su campo de visión. Carlos y Pablo no corrieron la misma suerte. El zombi del doctor agarró a Pablo y este pudo notar la muerte que impregnaba su cuerpo. La cara del doctor había cambiado por completo hasta dibujar un gesto colérico y enfermizo. Sus ojos eran el pozo sin fondo al que acababan de arrojar todas las esperanzas que les quedaban de salir con vida de allí.

Sam ladró. Con los nervios, se habían olvidado de que el perro continuaba atado en el exterior. El ladrido murió interrumpido, y fue sustituido por un chillido afilado que calló de golpe —¡No! —gritó Aroa—. ¡Sammy no! —añadió mientras empezaba a correr hacia la puerta.

Carlos la agarró por los hombros e impidió que la abriera. Su mujer era un manojo de nervios que naufragaba entre un mar de lágrimas. Ambos sabían lo que acababa de ocurrir, pero salir solo conseguiría conducirles hacia una muerte segura. El exterior estaba tomado por decenas de criaturas que empezaban a acumularse frente a la puerta.

—¡Hija de puta! —chilló Aroa a Paz. Esta se regocijaba de todo el caos creado y lucía una enorme sonrisa esculpida por el odio y el rencor.

Aroa levantó el hacha y avanzó iracunda y ansiosa por borrar esa maldita mueca que se burlaba de lo ocurrido. Sammy había muerto por su culpa, Pablo luchaba por mantener la mandíbula del doctor alejada de su cuerpo, mientras Carlos lo agarraba por detrás. Los dientes rozaron la piel del madrileño, y un escalofrío recorrió todo su cuerpo. «Ha ido de un pelo», pensó antes de mirar a Carlos y suplicarle un poco más de ayuda. Este comprendió el mensaje a la perfección y tiró del zombi con todas sus fuerzas, obligándolo a retroceder hasta situarlo en tierra de nadie. Mientras tanto, Pablo agarró el cuchillo que llevaba sujeto al pantalón y lo alzó. Carlos hizo lo mismo.

—¡Ahora! —ordenó.

Ambos atacaron al unísono y desgarraron el cuello y la cara de un Iván irreconocible. La sangre manó oscura y espesa, desparramándose encima de la cama donde Narváez permanecía prostrado desde hacía unos días, incapaz de intervenir. Con un ojo vendado y el otro abierto de par en par, observaba inmóvil y en absoluto silencio las evoluciones de la refriega, anticipando cuál sería el próximo movimiento y rezando para que acabara de una vez por todas. La sangre gruesa y oscura le salpicó la cara.

Al otro lado de la enfermería, Aroa asestó un primer golpe a Paz, que se cubrió como pudo con el antebrazo. La hoja cortó la carne, los músculos e infinidad de venas que derramaron un valioso líquido que contenían, dejando al descubierto parte del hueso que mantenía el brazo de una sola pieza. La pistola que sostenía entre sus manos cayó al suelo. El dolor debió ser enorme y sin embargo, apenas se inmutó. Todavía mostraba esa horrible sonrisa mezcla de oscuro sentimientos acumulados durante años, y que ahora afloraban sin control.

El segundo impacto fue directo al pecho izquierdo de Paz. Lo atravesó y se clavó en la costillas. El arma quedó trabada mientras la sangre cubría las manos de Aroa, incapaz de retirarla. Paz cayó al suelo.

Carlos sujetó al doctor con fuerza. Habían conseguido reducirlo hasta dejarlo tumbado en el suelo. Con la mejilla apoyada en el frío mármol y zarandeándose como una culebra en un trigal, no parecía tan fiero. Al contrario. Sus ojos enfurecidos buscaban con ansias la manera de liberarse.

de la mordaza que le mantenía preso. Pablo se arrodilló a su lado y le miró fijamente, escrutando en el fondo de sus pupilas para encontrar al Iván que todos conocieron. El Iván amable y con dos docenas de gentes que les había brindado la oportunidad de quedarse en la base y colaborar para urdir un plan de fuga.

Pero no encontró ni rastro. Ese Iván había muerto.

Pablo clavó el cuchillo en la sien del doctor y cerró los ojos justo antes de dejarse caer al suelo. Respiró hondo, ajeno a la pelea que estaban librando sus compañeras a menos de cinco metros de distancia.

Aroa estaba fuera de sí y asestaba golpes de hacha a toda velocidad. La mayoría de ellos impactaban sobre el mobiliario o en la pared, mientras Paz intentaba huir.

—Ríndete —ordenó Aroa—. No tienes nada que hacer.

—Hace tiempo que me rendí. ¿Crees que le temo a la muerte? Llevo muerta desde que ese hijo de puta de César metió su sucia polla en mí.

Paz se alejó un poco. La pequeña tregua le estaba dando una oportunidad que no esperaba. Seguía en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y las manos caídas a ambos lados de su cuerpo. La mirada perdida en algún lugar entre el techo y el suelo se posó en un objeto metálico que brillaba levemente debajo de una de las camas. «La pistola», pensó. Con las embestidas de Aroa se había olvidado de recuperar el arma. Paz levantó la cabeza, miró a su contrincante y rió de nuevo.

—No estás muerta. No estamos muertas. ¿Tú sabes la suerte que tienes? Miles de personas han muerto en pocos días y tú sigues con vida. Jodida, pero viva —dijo Aroa.

—Todos estamos muertos —sentenció Paz.

Un instante después, se arrastró hasta los pies de la cama y cogió el arma. Con ella en sus manos se sentía fuerte de nuevo y, convencida como estaba de que llevaba razón, se puso en pie para, acto seguido, encañonar al grupo.

—¿Quién lleva las de ganar ahora? —canturreó de forma irónica—. ¿A quién disparo primero? Me muero de ganas de agujerear esas barrigas y vaciar su contenido sobre el piso. Pero ¿tal vez sería un castigo demasiado duro para la pobre Aroa ver morir a su marido sin poder hacer nada? ¿A Pablito, quizás? Nadie lo va a echar en falta. Es un simple payaso, un bufón traidor y cobarde que no tuvo pelotas de ir en busca de su mujer —Paz rio ruidosamente—. O, ¿tal vez hago pagar a estos dos imbéciles y mato primero a la dulce y complaciente Aroa? No creo que a Carlo le importe demasiado.

Aroa apretó los dientes y los puños.

—¡Mátame ya! —escupió con rabia la cántabra—. ¿Te crees capaz de apuntarme con eso y apretar el gatillo? Somos tres contra una. Con un poco de suerte darás a uno y los demás te harán papilla. ¿Es eso lo que quieres?

Narváez observaba la estampa desde su rincón. Se habían olvidado por completo de él, que por suerte disfrutaba cada vez más de ratos de lucidez. Con mucho esfuerzo y conteniendo el dolor que le atravesaba el pecho, abrió el cajón de la mesilla y sacó su HK USP nueve milímetros *parabellum*, idéntica a la que sujetaba Paz entre las manos. La levantó, pero le temblaba el pulso.

oy no conseguía apuntar con seguridad. Aroa lo miró con disimulo y dio un codazo a Carlos, que no comprendió al instante. Debían ganar tiempo como fuera y crear una distracción para entretener a Paz mientras el piloto se preparaba para disparar.

—Mátame a mí —dijo Carlos—. O abre la puerta y mátanos a todos. No podemos salir de aquí con vida y lo sabes. No me parece una mala opción morir de un disparo. Prefiero eso que ser el entrante de una jauría de zombis hambrientos.

—De acuerdo. Tú serás el último. ¿Alguien tiene algo más que añadir? —preguntó Paz de forma irónica, con la mirada ida a causa de la locura que la poseía. Disfrutaba con cada sílaba que salía de su boca y que hacía rabiar a los demás.

—Mata a Aroa, así Carlos sufrirá tal y como se merece. Tú y yo podemos salir juntos de aquí. Siempre nos han dejado de lado. —La expresión de Pablo había cambiado por completo. Ya no era el mismo chico risueño y bromista. En un primer momento, sus compañeros creyeron que se trataba de algún tipo de estrategia, pero cuando vieron que Pablo era incapaz de sostenerles la mirada y bajaba la cabeza, comprendieron que hablaba en serio.

—¡Oh! Mirad al pobre payaso. Teme por su pellejo y me sirve otra vida en bandeja. ¿No era tu amiga? ¿La que te salvó la vida y a la que debes todo? ¡Otro bufón traidor que se quita la máscara! ¿Quién da más? — preguntó sin dejar de gesticular con las manos, moviendo el arma sin recuidado alguno para apuntar a todos los presentes .

Aroa resopló, le costaba mantener la calma. Carlos miró a Pablo desafiante. Narváez, por su parte, sudaba a mares. Ríos de agua salada que nacían de las glándulas sudoríparas e iban a desembocar en sus manos, convirtiendo el hecho de apretar el gatillo en una genuina odisea.

—Pues mira, estás de suerte, payaso gordinflón. Te voy a hacer caso y mataré a la chica primero. Será divertido ver caer su pequeño y robusto cuerpo al suelo.

—Maldita hija de perra —susurró Carlos.

Los golpes que los zombis propinaban en la puerta empezaron a resonar por toda la habitación. Habían empezado hacía un rato, pero cada vez eran más fuertes y seguidos.

—¿Quién se va a llevar el premio gordo que no es otro que un maravilloso disparo? Que suene el redoble de tambores. ¿Quién quiere un apartamento en Torrevieja, Alicante, pudiendo disfrutar de un estupendo suelo con vistas al techo? ¿Nadie? Entonces, si no tenéis nada más que añadir, ha llegado la hora. Aroa, ¿estás preparada? —preguntó Paz.

El sonido del arma al disparar rebotó por las paredes de la enfermería y se introdujo en sus orejas, recorrió todo su cuerpo y se incrustó en el alma.

Carlos se llevó las manos a la cabeza y gritó como nunca lo había hecho. Una mezcla de rabia, tristeza y miedo quebró su corazón, arrojándolo al suelo en mitad de un mar de lágrimas. Pablo se cubrió, deseando que el siguiente disparo no fuera dirigido hacia su persona. Aroa se quedó petrificada, contando los milisegundos de vida que le quedaban antes de que el meta ardiendo penetrara en su piel. No rezó porque no sabía, pero suplicó por la vida de su marido justo antes de cerrar los ojos y prepararse para el impacto.

Pero el impacto no llegó, Aroa estaba viva.

Fue el cuerpo de Paz el que recibió un tiro en el estómago, aunque por la trayectoria:

edescrita por la bala, esta debió incrustarse en algún lugar entre el hígado y el páncreas. La mujer rebotó contra la pared y se dobló sobre sí misma para caer de rodillas al suelo. Un hilo de sangre resbaló de sus labios, dibujando un campo de flores rojas sobre el mármol. La mano apoyada en la herida no conseguía disminuir el cabal de sangre que se perdía entre sus muslos. Cada vez se sentía más débil. Creyó morir cuando el sueño venció a sus párpados e imaginó que era libre a fin. Soñó que volaba por encima de un enorme parque y que en él, familias felices disfrutaban de un soleado día de picnic. Que había niños jugando a pelota en un campo de hierba verde que se mecía con el viento, y que uno de esos niños era el suyo. Ese niño que murió demasiado pronto.

Paz abrió los ojos y miró por última vez a su alrededor. Carlos y Aroa estaban abrazados y lloraban desconsoladamente mientras Pablo, con la pistola entre los dedos, se acercaba a ella.

—No dejes que me transforme —suplicó Paz—. Por favor...

Pero Pablo no le hizo caso y esperó de forma paciente a que cerrara los ojos y dejara de respirar. Se arrodilló a su lado y apoyó el arma en la frente sudada de la mujer.

Paz exhaló su último aliento.

Y, cuando finalmente abrió los ojos, justo al inicio de su nueva vida, disparó.

### 3

El cuerpo de Paz descansaba debajo de una sábana blanca mancillada por el rojo de la sangre. Testigo mudo de lo ocurrido, incómoda presencia sobre el mármol blanco de la enfermería narraba la historia de una mujer que había perdido la cabeza; una víctima más de la vida que empujada por la ira y el deseo de venganza, había asesinado al soldado Navas, e intentado acabar con los demás miembros del grupo. El resto de su gran obra llamaba a la puerta de forma insistente, a través de decenas de puños que golpeaban el metal y se abalanzaban sobre él pisoteándose unos a otros, a la vez que gemían y chillaban. De vez en cuando, los golpes cesaban durante unos instantes que se escurrían efímeros entre los deseos de que todo terminara.

Aroa estaba tumbada junto a Carlos en una de las camas. Era tan pequeña que debían hacer equilibrios para mantenerse encima, pero necesitaban estar juntos. Pablo estaba sentado en el suelo, junto al cuerpo sin vida de Paz. Miraba el contorno que dibujaba la sábana, incapaz de asimilar todo lo acontecido. Narváez, incorporado en la cama, miraba a los demás preguntándose qué debía hacer a continuación. Se sentía tan inútil como un paraguas en un día de viento, o como un motor diésel empapado en gasolina. En su penoso estado no podía dar dos pasos sin tropezar o caer al suelo, mucho menos andar y empuñar un arma a la vez. Tal vez hubiera salvado la vida de uno de ellos, pero eso no le hacía sentir mejor. Cualquiera hubiera hecho lo mismo. Tal vez la sensación de vulnerabilidad y menosprecio hacia sí mismo residía en el hecho de que asesinó a un soldado a sangre fría segundos antes de que todo terminara para él. Porque eso es lo que había ocurrido, todo se fue al garete en el mismo instante que el sujeto Z1A pisó la base. Ahora solo le quedaba rezar y esperar a que esas cosas llegaran hasta allí.

La puerta empezó a combarse, y un resquicio de luz inundó la habitación. Ese era el

rpistoleto de salida. La cuenta atrás empezaba y la arena del reloj caía a toda velocidad sobre sus cuerpos. Incapaces de pensar en nada más que una muerte segura, permanecían inmóviles, intentando solo esperar el fatídico momento en que una de esas cosas entrara en la habitación.

—Debemos pensar en algo y hacerlo rápido —dijo Narváez a los demás—. Yo tengo cero posibilidades de sobrevivir, pero vosotros todavía tenéis alguna.

—Te necesitamos para hacer volar ese trasto —respondió Aroa. Llevaba un buen rato con la cabeza escondida en el pecho de Carlos, intentando sofocar las lágrimas. Le costaba respirar con normalidad y se encontraba al borde de un ataque de ansiedad como los que padeció en su adolescencia, cuando sentía que todo el mundo se burlaba de ella. La pequeña Aroa: el saco de boxeo de las niñas del colegio que a ojos de sus padres jamás habían roto un plato, pero que a su espalda rompían la vajilla entera sobre la cántabra.

—Si tu marido era asiduo a jugar con simuladores de vuelo tal y como dijo, sabrá cómo hacerlo. Al menos podéis intentarlo, que es mucho más de lo que yo puedo hacer —Narváez se resignó al fin. Cualquier esperanza era poco más que una quimera. Era consciente de que no duraría ni un segundo ahí fuera—. Podéis usarme de cebo. Abrid la puerta y empujad la camilla. Yo me encargo de freír un puñado de podridos antes de que me coman las pelotas.

—Eso es una locura. Hay mogollón de zombis ahí fuera aporreando la puerta. Ya sabe cómo funcionan: se apelonan unos sobre otros, se pisan, cualquier cosa con tal de llegar primeros —respondió Carlos.

Pablo escuchaba la conversación desde su rincón, junto al cuerpo de Paz. Sin saber por qué y con una sensación de culpabilidad galopante, estaba empatizando con ella. Tal vez era la vergüenza la que le empujaba a pensar que Carlos y Aroa lo repudiarían. Había vendido a la mujer, ofreciendo su vida primero. Eso era algo que se convertía minuto a minuto en una pesadilla en lo más profundo de su conciencia que le impedía salir a flote.

—Tenemos las pistolas —exclamó Aroa tras mirar las armas que reposaban sobre una de las mesillas de contrachapado blanco—. Podemos salir y liarnos a tiros hasta quedarnos sin munición.

—¿Cuántas balas quedan? —preguntó Carlos a Narváez. Este cogió las armas y comprobó los cargadores.

—Tres y una.

—Hay algo que no me cuadra. Están las pistolas del soldado y la tuya... —dijo Carlos acercándose al cadáver del doctor—. ¡Eureka! —gritó al buscar en la pernera del difunto. Ahí estaba el arma del doctor. La cogió y se la entregó a Narváez para que comprobara de cuánta munición disponía.

—Dos más.

—Con eso no llegamos ni a cruzar la puerta. ¿Cómo coño vamos a salir de aquí? —preguntó Aroa.

—No vamos a salir —respondió Pablo tras despertar de sus ensoñaciones—. ¿Todavía no habéis comprendido que esta es nuestra tumba? O nos pegamos un tiro y lo mandamos todo a la mierda, o nos mandan ellos —dijo señalando hacia la puerta—. De momento, todavía podemos

eelegir. Si esperamos mucho, no tendremos esa opción.

y —¡No nos vamos a pegar un tiro! —le increpó Aroa—. No hemos llegado hasta aquí para morir como unos cobardes —añadió—. Aquí solo hay un único traidor y los cuatro sabemos quién es.

Carlos bajó la cabeza, resignado, y abrazó a su mujer. La idea de Pablo le parecía tan adescabellada como razonable y, sinceramente, estaba harto de luchar por un metro cuadrado de tranquilidad. Narváez negó con la cabeza mientras observaba a los demás. Sus caras eran un espejo roto que reflejaba sus múltiples personalidades. Hacía un momento querían salir de allí ; pelear, vencer a las bestias, conquistar el avión y salir volando. Ahora, la desazón pintaba sus rostros con la sombra de la duda y la resignación. Quizás quisieran vivir, pero al mismo tiempo empezaban a sospesar la idea de que morir allí dentro tampoco era un mal final.

o  
e  
o  
..

s  
r

é  
a  
a  
a

e  
n

ó

s  
í  
a

ó

o  
a  
s

elegir. Si esperamos mucho, no tendremos esa opción.

—¡No nos vamos a pegar un tiro! —le increpó Aroa—. No hemos llegado hasta aquí para morir como unos cobardes —añadió—. Aquí solo hay un único traidor y los cuatro sabemos quién es.

Carlos bajó la cabeza, resignado, y abrazó a su mujer. La idea de Pablo le parecía tan descabellada como razonable y, sinceramente, estaba harto de luchar por un metro cuadrado de tranquilidad. Narváez negó con la cabeza mientras observaba a los demás. Sus caras eran un espejo roto que reflejaba sus múltiples personalidades. Hacía un momento querían salir de allí y pelear, vencer a las bestias, conquistar el avión y salir volando. Ahora, la desazón pintaba sus rostros con la sombra de la duda y la resignación. Quizás quisieran vivir, pero al mismo tiempo empezaban a sopesar la idea de que morir allí dentro tampoco era un mal final.

# CAPÍTULO 20

## —EL FIN DEL CAMINO II—

Los golpes estaban a punto de derribar la puerta que les separaba de una muerte segura. La bisagras, dadas de sí, pugnaban por contener el fino trozo de metal que la mantenía cerrada. Los primeros dedos asomaban por el hueco que se había creado. Unas falanges huesudas y maltrechas desprovistas de uñas y carne que arañaban el aire, buscando sus apetitosos y temblorosos cuerpos

En el interior todos estaban asustados, el terror abrazaba sus magulladas almas y la retorció, jugueteaba con ellas, hasta arrojarlas a un mar infecto y maloliente movido por el caos y la duda. Aroa estaba cabizbaja y pensativa. Se negaba a aceptar que el final estaba tan cerca que podía olerlo al otro lado de la pared, llamando con insistencia, mientras ellos no hacían nada y se abandonaban a un destino incierto. Si salían y se enfrentaban a los zombis podían morir, pero lo harían peleando. Si se quedaban en el interior a la espera de que la suerte estuviera de su lado o que alguien los sacara de allí con vida, podían morir también. Otra opción era aprovechar las últimas balas para volarse la cabeza. El suicidio le parecía una salida demasiado fácil como para tenerla en cuenta. Siempre pensó que suicidarse era el camino que escogían los cobardes, la gente que no poseía la fuerza suficiente para hacer frente a los problemas, por graves que estos fueran. Creció con la convicción de que ella nunca haría algo similar, que no arrojaría la toalla por muy duras que fueran las condiciones. Era y se sabía fuerte, segura de sí misma, y vivía rodeada de unos seres increíbles a los que amaba con locura. Por eso le costó tanto entender que uno de sus mejores amigos de la adolescencia hubiera escogido el camino fácil cuando se colgó en el hueco de la escalera. Era un chico risueño y amable, sin problemas aparentes y, por qué no decirlo, muy guapo. Parecía tener todo lo que quería y a quien quería, además de trabajar en aquello que siempre había soñado. ¿Qué más se podía pedir?

Pablo se acercó a ellos y cogió una de las pistolas.

—Alguien tiene que ser el primero —dijo a sus compañeros.

—¿Lo dices en serio? —respondió Carlos mientras se pasaba su pistola de una mano a otra, absorto en cómo el metal reflejaba la luz y la proyectaba contra la pared—. ¿Te pegas un tiro y ya está?

—¿Qué más podemos hacer? No tenemos ninguna opción de seguir con vida. Si abrimos la puerta van a entrar. Con mucha suerte saldremos al exterior, donde nos esperarán cientos de bocas abiertas con ganas de hacernos carantoñas. Prefiero pegarme un tiro que servirles de cena.

Aroa negó con la cabeza y observó su sombra sobre el suelo de mármol. Ojalá fuera liviana como ella y pudiera escabullirse por debajo de la puerta sin ser vista. Deseaba poder echar a volar por encima de las nubes, tocar el sol sin quemarse y regresar convertida en un ave fénix poderosa e inmortal con la capacidad de escupir fuego. Achicharraría a todos los zombis, aunque eso significara quemar el planeta entero. Pero no, era una simple mortal y se encontraba a do

metros de la muerte, mientras dos imbéciles discutían entre pegarse un tiro o salir de allí en plan Chuck Norris.

Pablo se sentó en el suelo, con la espalda apoyada en la pared. Alzó la cabeza y en el techo imaginó la cara de su mujer; su mente voló fuera de aquel lugar, más allá del yeso y las vigas que lo sustentaban, hasta vislumbrar el cielo azul. Estaba radiante, y su mirada reflejaba una bondad limpia e inmaculada. Era ella en todo su esplendor, risueña e inocente como el día que la conoció. Le habló al oído con una voz suave que acariciaba los tímpanos y reconfortaba un cerebro harto de luchar para no caer en la más oscura de las depresiones. Se santiguó sin ser creyente, como hacían los héroes de las películas bélicas que tanto le gustaban, y se secó las lágrimas con el brazo.

Finalmente suspiró. Cerró los ojos tan fuerte que le dolieron los párpados e introdujo la pistola en su boca. Aroa y Carlos miraron hacia otro lado, incapaces de contemplar cómo Pablo se preparaba para poner fin a su vida.

El metal rozó el paladar, produciendo un escalofrío que recorrió todo el cuerpo de Pablo hasta tensar los músculos y erizar los nervios que devolvían los estímulos eléctricos al cerebro a toda velocidad. Hiperventilaba; sudaba en abundancia y respiraba tan deprisa que el aire no llenaba sus pulmones, obligándole a inhalar y exhalar continuamente.

El dedo apretó un poco el gatillo. Se hundió en la yema, pero no disparó aún. Infligió un poco más de presión hasta que notó que el percutor estaba a punto de ceder. Era ahora o nunca. Un poco más y todo habría terminado. Sin zetas, sin hombres, solo oscuridad. La nada que podría ser todo otra vez: luz, viento, marea o una diminuta partícula en un cielo eterno mecida por los designios de la gravedad. Ya no sufriría más dolor ni padecimiento. Sería libre.

El dedo impulsó un poco más el gatillo. Este recorrió el pequeño trecho que quedaba para accionar el mecanismo y...

Disparó.

La cabeza de Pablo rebotó contra la pared y quedó ladeada, apoyada sobre el hombro derecho. La sangre, mezclada con pedazos de cráneo y cerebro, recubría una superficie que hasta hacía escasos segundos era blanca. Aroa gritó y reprimió las ganas de llorar sobre el pecho de Carlos, que no podía dejar de observar a su compañero. Estaba muerto, definitivamente había acabado con su vida. No respiraba, no se movía, a excepción de los reflejos involuntarios que todavía contraían y extendían sus músculos, fruto de los impulsos nerviosos que todavía recorrían su cuerpo y que jamás hallarían el camino de regreso hacia su maltrecho cerebro.

—¿Nos toca? —preguntó Aroa a Carlos.

Él acarició su pelo negro y lo enredó entre sus dedos, mientras se balanceaba ligeramente como quien acuna a un niño pequeño para que se duerma. Eso era Aroa, su niña. Su mitad, como le gustaba llamarse. Un ser maravilloso que le complementaba y apoyaba en todas las decisiones por equivocadas que fueran. Si nos equivocamos, lo haremos juntos, se habían repetido en más de una ocasión. La abrazó con fuerza, quizás por última vez, y la besó en la mejilla.

—¿Disparamos a la vez? —preguntó Aroa—. No creo que sea capaz de hacerlo sola.

La puerta estaba a punto de ceder. El agujero por el que antes cabían solo las manos de unos cuantos muertos vivientes, se ofrecía ahora como una boca enorme que engullía brazos enteros

ncabezas y torsos hasta el interior.

Aroa miró por última vez a los ojos de Carlos y le entregó todo el amor que albergaba en e  
corazón, convertido en una sonrisa tan dulce que provocaba caries con solo verla. Era devoció  
een su máxima expresión, elevada al cubo y alargada hasta lo imposible. Un sentimiento qu  
dsobrepasaba los límites de lo humanamente posible y los condenaba a estar juntos hasta el últim  
segundo. No concebían la vida el uno sin el otro, ni aceptaban la muerte que los iba a separar.

o  
o —A la de tres —dijo Aroa mientras apoyaba la pistola en su cabeza.

l —A la de tres —respondió Carlos.

Narvárez miró a la pareja. No osaba intervenir. En el fondo, creía que esa decisión era ta  
arespetable como cualquier otra. Las situaciones vividas con anterioridad le habían enseñado qu  
ocada uno era dueño y señor de su propio destino. Que si uno quería poner fin a su vida, estaba e  
pleno derecho de hacerlo. Se sintió mal por ellos, y dejó escapar un par de lágrimas. Quizás é  
debiera hacer lo mismo, pero no se sentía con fuerzas.

a —Uno... dos... y tres.

o Los disparos se unieron en un único trueno cargado de dolor y tristeza. En el exterior, lo  
zombis celebraron el rugir de los cañones como una auténtica orgía de cuerpos putrefacto  
retorcidos entre sí. La puerta estaba a punto de caer y el bramido de las pistolas incrementó su  
ansías de conseguirlo.

r Aroa y Carlos murieron recostados el uno al lado del otro, tal y como habían vivido. La  
scabezas ladeadas encontraron el apoyo mutuo en la del otro. Si no fuera por la sangre qu  
salpicaba la pared posterior, parecían dormir tranquilamente, soñando con un lugar mejor en e  
aque poder disfrutar juntos de la eternidad.

o  
a  
e  
a  
e  
n

e  
o  
i,  
e

s  
i,

cabezas y torsos hasta el interior.

Aroa miró por última vez a los ojos de Carlos y le entregó todo el amor que albergaba en el corazón, convertido en una sonrisa tan dulce que provocaba caries con solo verla. Era devoción en su máxima expresión, elevada al cubo y alargada hasta lo imposible. Un sentimiento que sobrepasaba los límites de lo humanamente posible y los condenaba a estar juntos hasta el último segundo. No concebían la vida el uno sin el otro, ni aceptaban la muerte que los iba a separar.

—A la de tres —dijo Aroa mientras apoyaba la pistola en su cabeza.

—A la de tres —respondió Carlos.

Narvárez miró a la pareja. No osaba intervenir. En el fondo, creía que esa decisión era tan respetable como cualquier otra. Las situaciones vividas con anterioridad le habían enseñado que cada uno era dueño y señor de su propio destino. Que si uno quería poner fin a su vida, estaba en pleno derecho de hacerlo. Se sintió mal por ellos, y dejó escapar un par de lágrimas. Quizás él debiera hacer lo mismo, pero no se sentía con fuerzas.

—Uno... dos... y tres.

Los disparos se unieron en un único trueno cargado de dolor y tristeza. En el exterior, los zombis celebraron el rugir de los cañones como una auténtica orgía de cuerpos putrefactos retorcidos entre sí. La puerta estaba a punto de caer y el bramido de las pistolas incrementó sus ansías de conseguirlo.

Aroa y Carlos murieron recostados el uno al lado del otro, tal y como habían vivido. Las cabezas ladeadas encontraron el apoyo mutuo en la del otro. Si no fuera por la sangre que salpicaba la pared posterior, parecían dormir tranquilamente, soñando con un lugar mejor en el que poder disfrutar juntos de la eternidad.

# CAPÍTULO 21

## —AL OTRO LADO DEL SILENCIO—

—¿Capitán? ¿Me recibe?

—Alto y claro. Dígame.

—Acabamos de tomar la base. Ya no queda ningún zombi en pie.

—Bien hecho, sargento. ¿Algún superviviente?

—Sí, en la enfermería hemos encontrado el piloto de primera Narvéez postrado en una cama, bastante malherido y rodeado de cadáveres. Tres de ellos estaban todavía calientes, y dos fueron ejecutados tras convertirse. Según nos ha contado el piloto, se han suicidado escaso minutos antes de nuestra llegada.

# CAPÍTULO 21

## —AL OTRO LADO DEL SILENCIO—

—¿Capitán? ¿Me recibe?

—Alto y claro. Dígame.

—Acabamos de tomar la base. Ya no queda ningún zombi en pie.

—Bien hecho, sargento. ¿Algún superviviente?

—Sí, en la enfermería hemos encontrado el piloto de primera Narvárez postrado en una cama, bastante malherido y rodeado de cadáveres. Tres de ellos estaban todavía calientes, y dos fueron ejecutados tras convertirse. Según nos ha contado el piloto, se han suicidado escasos minutos antes de nuestra llegada.

# AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las gracias a todos aquellos y aquellas que de un modo u otro han colaborado a que este libro viera la luz. Sois muchos, por lo tanto, no voy a enumerar a todo el mundo.

A mi familia, mi pilar y auténtico baluarte. Ellos son quienes me empujan a diario a continuar con mi sueño. En especial a Adriana y Berta, mis dos tesoros más preciados y a mi madre: una auténtica, aunque cabezota, luchadora.

De mi hermana Carme he heredado la pasión por la literatura. A ella le robaba los libros de pequeño y a ella quiero dedicarle también este. A mis sobrinos, Mar y Cesc que crecen a paso agigantados y me hacen sentir orgulloso de las maravillosas personas en las que se está convirtiendo.

A mi cuñado Xevi.

A mi tío Jaume.

Y como no, a mi padre. Este libro es por y para ti, como los demás. Te echo de menos y no pasa ni un solo día que no me acuerde de ti. Gracias por enseñarme a amar el arte en todas sus formas.

Quiero agradecer también a dos personas que me ayudaron en las tareas de revisión y me dieron collejas y abrazos a partes desiguales:

A David Alarcón por hacerme ver que a veces es importante echar el freno de mano y contener las ganas de acabar con la humanidad de una forma cruel y sádica.

A Iván Gilabert por el trabajo de revisión y sus consejos. Te debo unas cuantas cervezas.

A la doctora Gemma Mateu por su ayuda con el informe forense.

Finalmente quiero agradecer a todas esas personas que durante el tiempo que he estado escribiendo me han apoyado y animado a que lo hiciera. Si este libro ha visto la luz, en gran parte es por vuestra culpa.

# AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las gracias a todos aquellos y aquellas que de un modo u otro han colaborado a que este libro viera la luz. Sois muchos, por lo tanto, no voy a enumerar a todo el mundo.

A mi familia, mi pilar y auténtico baluarte. Ellos son quienes me empujan a diario a continuar con mi sueño. En especial a Adriana y Berta, mis dos tesoros más preciados y a mi madre: una auténtica, aunque cabezota, luchadora.

De mi hermana Carme he heredado la pasión por la literatura. A ella le robaba los libros de pequeño y a ella quiero dedicarle también este. A mis sobrinos, Mar y Cesc que crecen a pasos agigantados y me hacen sentir orgulloso de las maravillosas personas en las que se están convirtiendo.

A mi cuñado Xevi.

A mi tío Jaume.

Y como no, a mi padre. Este libro es por y para ti, como los demás. Te echo de menos y no pasa ni un solo día que no me acuerde de ti. Gracias por enseñarme a amar el arte en todas sus formas.

Quiero agradecer también a dos personas que me ayudaron en las tareas de revisión y me dieron collejas y abrazos a partes desiguales:

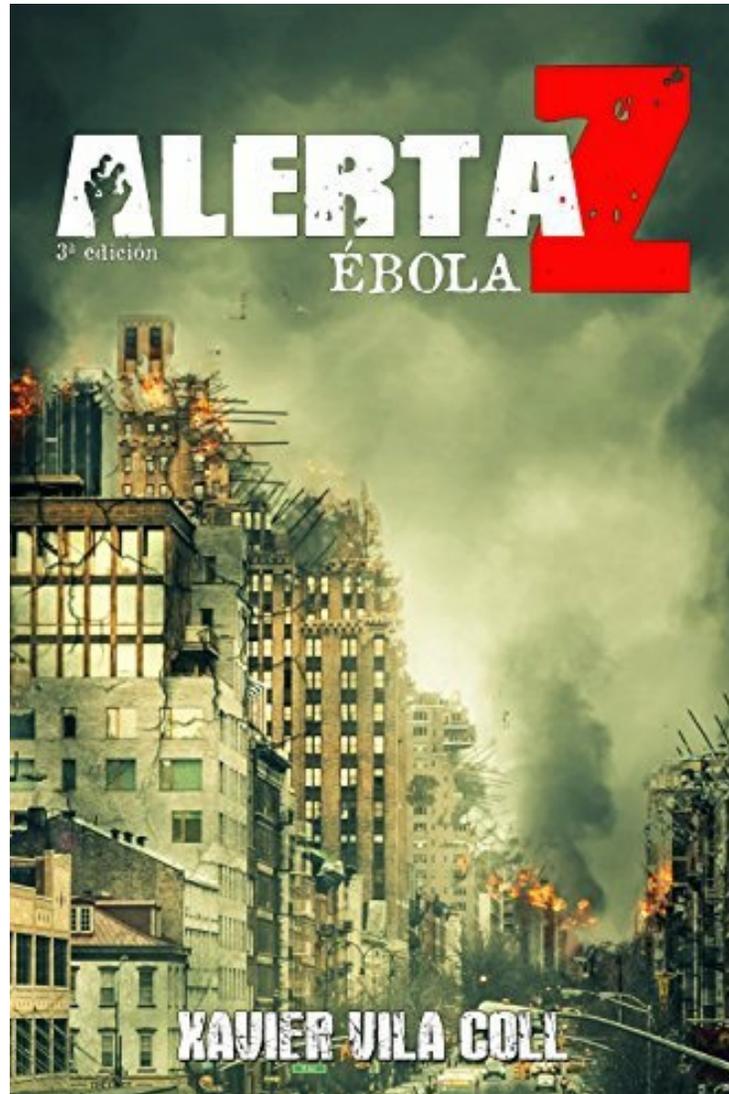
A David Alarcón por hacerme ver que a veces es importante echar el freno de mano y contener las ganas de acabar con la humanidad de una forma cruel y sádica.

A Iván Gilabert por el trabajo de revisión y sus consejos. Te debo unas cuantas cervezas.

A la doctora Gemma Mateu por su ayuda con el informe forense.

Finalmente quiero agradecer a todas esas personas que durante el tiempo que he estado sin escribir me han apoyado y animado a que lo hiciera. Si este libro ha visto la luz, en gran parte es por vuestra culpa.

## OTROS TÍTULOS



Sigue el día a día de un grupo de supervivientes al apocalipsis zombi desatado en España por la mutación del virus del ébola que convierte a todo aquel que perezca o se contagia en una máquina de matar hambrienta de carne humana. Vive, en primera persona, las aventuras de un doctor que consiguió escapar a tiempo antes de que el hospital Carlos III de Madrid fuera sellado por las autoridades. Desde ese preciso momento la vida se convirtió en una lucha constante por la supervivencia. Un combate a muerte donde muchas veces, el peor enemigo del hombre es el propio hombre. Una familia a la que proteger, se convierte en el más valioso de los tesoros en este nuevo y desolado mundo. Pero a su vez, puede convertirse en la peor de las pesadillas. Una historia que va más allá de la vida y la muerte, que une a ambas y te atrapa en una trama que no lleva a descubrir lo peor de cada ser humano, la bestia que llevamos dentro y que hará cualquier

cosa por seguir viva. Este es su diario personal y solo tiene un único objetivo: Sobrevivir.

a  
a  
e  
s  
a  
l  
e  
a  
s  
r

cosa por seguir viva. Este es su diario personal y solo tiene un único objetivo: Sobrevivir.



Si este diario ha llegado hasta tus manos, significa que algo terrible nos ha sucedido. Esta es nuestra historia, y en ella relato todo lo que nos ha ocurrido desde que se desató la infección de ébola que dio al traste con el mundo tal y como lo conocíamos hasta el momento. No hay marcha atrás posible, apenas queda nada de lo que disfrutábamos y dábamos por sentado unos meses atrás. El mundo se ha convertido en un enorme y putrefacto hormiguero lleno de criatura hambrientas que solo desean una cosa: la muerte ajena. Pero, por desgracia, ni esta es eterna. Los cuerpos regresan a la vida, repletos de una rabia irracional que alimenta su hambre atroz transformándolos en bestias hambrientas de carne humana.

Al mismo tiempo y, desgraciadamente, la vida es un bien cada vez más preciado y los que resistimos tenemos escasas posibilidades de sobrevivir. El número de personas disminuye engrosando así el ejército de infectados que nos rodea y persigue constantemente. Cada día se convierte en una lucha prácticamente estéril por la supervivencia. Por si eso no fuera poco, los grupos hostiles proliferan como cucarachas, y cada vez es más difícil encontrarse con similares.

con ganas de cooperar. Sus únicas motivaciones son el saqueo, el robo y la extorsión para hacerse con cualquier cosa que les pueda ser útil, sin prestar importancia a las vidas que tengan que llevarse por delante. Es un mundo enfermo, podrido... y somos poco más que míseros gusano buscando su pedacito de manzana.

Todos tenemos muescas sobre la piel que nos recuerdan lo ocurrido hasta llegar aquí. Arañazos, heridas y marcas que narran la pequeña odisea que hemos vivido durante todos estos meses, hasta llegar a un pequeño remanso de paz en mitad del océano, que sobrevive ajeno al mundo anclado en la nada. Todos tenemos muertos a los que llorar: padres y madres, hermanos y hermanas, seres queridos que quedaron atrás. Novios y novias, maridos y mujeres a los que jamás volveremos a abrazar, pero a los que seguimos queriendo y añorando. Aunque esto también resulta difícil y doloroso.

¿Qué queda entonces? Prácticamente nada.

S  
e  
a  
s  
s  
s  
s  
,  
  
e  
,  
e  
s  
s

con ganas de cooperar. Sus únicas motivaciones son el saqueo, el robo y la extorsión para hacerse con cualquier cosa que les pueda ser útil, sin prestar importancia a las vidas que tengan que llevarse por delante. Es un mundo enfermo, podrido... y somos poco más que míseros gusanos buscando su pedacito de manzana.

Todos tenemos muescas sobre la piel que nos recuerdan lo ocurrido hasta llegar aquí. Arañazos, heridas y marcas que narran la pequeña odisea que hemos vivido durante todos estos meses, hasta llegar a un pequeño remanso de paz en mitad del océano, que sobrevive ajeno al mundo anclado en la nada. Todos tenemos muertos a los que llorar: padres y madres, hermanos y hermanas, seres queridos que quedaron atrás. Novios y novias, maridos y mujeres a los que jamás volveremos a abrazar, pero a los que seguimos queriendo y añorando. Aunque esto también resulte difícil y doloroso.

¿Qué queda entonces? Prácticamente nada.

# BIOGRAFÍA



# BIOGRAFÍA

